
Un Duque Arrogante
MEGAN RYSE

Un Duque Arrogante

MEGAN RYSE

Copyright 2024 de Megan Ryse

- Todos los derechos reservados. -

Sinopsis

Ella lo desafía a cada instante con su altanería y belleza, mientras él solo busca al misterioso impostor que está arruinando su buen nombre.

Sabrina Larson prometió a su amiga Lucy en su lecho de muerte que buscaría al padre de su hijo ilegítimo, aunque este fuera el mismísimo duque de Bradford. Pero el muy arrogante, fastidioso y apuesto duque la despide asegurando que es imposible que sea el padre de la criatura.

Pero no se podrá deshacer de ella tan fácilmente.

Tras la terrible pérdida de su esposa e hijo no nato, Damon Middleton, duque de Bradford, solo desea arreglar un malentendido y regresar a su refugio en el campo. Aunque, a cada paso que da para encontrar al hombre que se hace pasar por él, más se topa con la señorita Larson. Una mujer que lo exaspera y a la vez, le hace olvidar su dolor.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Notas

Prólogo

La pequeña buhardilla apestaba a sudor y sangre. La comadrona había abierto la puerta para aliviar el calor sofocante, pero la corriente de aire apenas hacía parpadear la llama de la vela. Los maullidos y el inquieto movimiento del recién nacido en brazos de la comadrona rompieron el pesado silencio y añadieron carga a la pena que pesaba sobre todos ellos.

Junto a la puerta de la habitación del tamaño de un armario, el vicario esperaba y observaba, paciente como la muerte. Sabrina trató de no mirarlo, trató de no recordar que Lucy no viviría para ver el amanecer.

Se sentó en el suelo junto al jergón bajo el alero, sosteniendo la mano inerte de Lucy entre las suyas. Su amiga parecía tan pálida, tan débil. No se parecía en nada a la Lucy vibrante y brillante que había regresado de Londres hacía solo unos meses, rebosante de salud y expectativas para su hijo nonato. Oh, los planes de los que había hablado, los grandes planes para criar a su bebé y asegurarse de que ocupara el lugar que le correspondía en la sociedad.

Se habían esfumado. Nunca se harían realidad.

Sabrina tragó más allá del nudo que tenía en la garganta y se inclinó hacia ella mientras Lucy giraba lentamente la cabeza sobre la almohada. Sus ojos azules, siempre tan deslumbrantes, ya no brillaban con vida. Las rosas habían desaparecido de sus mejillas, dejándolas depiladas. Su precioso pelo rubio estaba oscuro por el sudor y se le pegaba al cuero cabelludo.

Los dedos de Lucy se agitaron en los de Sabrina y ella abrió la boca, pero no emitió ningún

sonido.

—Silencio. Sabrina pasó una mano por la frente húmeda de Lucy e intentó esbozar una sonrisa tranquilizadora—. Necesitas descansar.

Lucy soltó una risita cómplice, mitad risa y mitad sollozo. Por fin le llegó la voz, filiforme y frágil.

—Mentirosa. Me estoy muriendo, Sabrina.

—No. —El pánico corrió por sus venas. Hablar de la muerte con tanta facilidad la hacía aún más real. Ya había habido demasiadas pérdidas en la vida de Sabrina. No podía aceptar más. No lo haría—. Debes ponerte mejor, criar a tu hijo.

—Un hijo. —Los labios de Lucy se curvaron ligeramente—. A Brad le habría gustado.

—Shhh. —Sabrina se llevó la mano de su amiga a la mejilla. Qué frío. La carne de Lucy ya tomaba el aspecto de la muerte. Luchó por mantener la compostura. Venirse abajo no ayudaría a Lucy—. No hables de ese hombre. No merece que pienses en él.

Lucy enroscó sus dedos alrededor de los de Sabrina.

—Debes cuidar a mi hijo.

—Tonterías. Estarás aquí para que crezca como es debido.

—Sabrina. —La voz de Lucy se fortaleció, y solo por un momento pareció ser la misma de antes, toda confianza e ideas deslumbrantes—. Escucha. —La severidad desapareció de su tono y respiró entrecortadamente—. Me estoy muriendo. Siento que la vida se me escapa.

—No. —Sabrina negó vehementemente con la cabeza—. No puedo perderte, Lucy.

—Sé práctica. —La voz de Lucy se apagó hasta convertirse en un susurro—. Cuida de mi hijo, Sabrina. Cuida de mi David.

—David. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y parpadeó—. Un nombre precioso.

Los párpados de Lucy se cerraron.

—El nombre de mi padre.

Los dedos de Lucy se aflojaron y Sabrina se mordió el labio inferior, conteniendo el sollozo que amenazaba con ahogarla. Lucy se desvanecía ante sus ojos. En un momento desaparecería.

Como todos los demás.

Sabrina inclinó la cabeza sobre sus manos entrelazadas y dejó que las lágrimas cayeran por fin, recorriendo sus mejillas en silencioso homenaje a su amiga.

Los dedos de Lucy volvieron a apretarse.

—Mira.

Sabrina levantó la cabeza y miró a Lucy. El apodo casi le arrancó lo que le quedaba de autocontrol.

—Lucy. Pensé...

—Pronto. —Sus labios se curvaron de nuevo—. Siempre tan impaciente. Incluso apurándome hasta la tumba.

—¡No, claro que no! No quiero que te vayas, Lucy. —El sollozo finalmente salió de su garganta, rompiendo el dique de su contención. El dolor la inundó, robándole la fuerza de sus miembros—. ¿Qué haré sin ti?

—Cuidarás de mi hijo. —La mirada de Lucy no vaciló—. Asegúrate de que tenga lo que se merece. Un lugar en la sociedad con su padre. Júramelo.

—Sí, sí, lo juro. —Sabrina asintió, dispuesta a prometer cualquier cosa, a hacer cualquier cosa.

—Irás a Londres. Recogerás la dote que tu madre dejó para ti con Laurence.

—Lo haré.

—Utilízala bien. Hazte una vida.

—Sí, Lucy.

—Puedo contar contigo para hacer lo correcto, mi querida Sabrina. —Lucy volvió a sonreír, y sus labios aún estaban curvados cuando cerró los ojos y exhaló su último suspiro.

Sabrina se quedó paralizada junto a la cama. Esperó a que Lucy volviera a abrir los ojos para reírse de la broma. Pero Lucy permaneció en silencio y en paz en su muerte, y los dedos que Sabrina seguía sujetando se aflojaron.

Oyó un crujido de ropa y luego el vicario estaba a su lado. Le puso una mano en el hombro.

—Se ha ido.

—No. —El sonido fue más un graznido que una palabra. Sabrina apretó más fuerte la mano de Lucy—. No puede haberse ido. No tan rápido.

—Está en paz. —Quitó la mano de Lucy de la de Sabrina y la puso suavemente sobre el cuerpo inmóvil de la difunta—. Lo lamento. Deja que me ocupe de ella.

Sabrina asintió, con los hombros caídos, mirando cómo el vicario inclinaba la cabeza y rezaba. Por un momento sintió como si estuviera de nuevo junto a la cama de su madre, fallecida hacía poco más de un año. Suponía que los familiares rituales de la muerte deberían reconfortarla, pero lo cierto era que los odiaba. ¿Cómo era que siempre perdía a las personas que amaba?

Nunca había conocido a su padre. Había dejado embarazada a su madre y, al enterarse de su estado, la había despedido con una buena indemnización. Su madre, que había sido la gran actriz Nora Larson, había vivido el resto de su vida en la oscuridad y, cuando se le acabó el dinero, no tuvo más remedio que prostituirse en la taberna donde aún vivía Sabrina, hasta que la

bebida acabó por matarla.

Lucy también había trabajado en la taberna, pero como camarera, no como prostituta. Antes de su muerte, Nora había visto potencial en la muchacha y la envió con su amigo Laurence a Londres, quien le consiguió una carrera en el escenario. Meses más tarde, Lucy regresó a la taberna, después de haber disfrutado de cierto éxito como actriz, pero abandonada por su amante cuando se había quedado embarazada. Esperando el consejo de Nora, que había corrido la misma suerte, Lucy descubrió que Nora había muerto.

Como Lucy no tenía adónde ir, Sabrina le había ofrecido un lugar en su pequeña habitación del ático de la taberna hasta que naciera el niño. Aunque ahora Sabrina tenía que servir cerveza en la taberna para pagar la comida extra —además de sus largos días escribiendo las memorias de la rica señora Etherington, y sus noches cifrando las cuentas de la taberna—, sentía que no podía hacer otra cosa. No podía evitar pensar que, si alguien hubiera ayudado a Nora en su momento de necesidad, tal vez su propia vida habría sido diferente.

Pero ahora Lucy se había ido, y Sabrina no tenía idea de qué haría después. El entierro, por supuesto. Y luego volver a su vida solitaria. Siempre sola. Un gemido rasgó el aire, sacudiendo a Sabrina de sus recuerdos. La comadrona sacudió al bebé que lloraba.

—Ya, ya, hombrecito —arrulló—. Encontraremos algo de comer.

Con el bebé en brazos, la comadrona se acercó a Sabrina.

—Necesitarás una nodriza para él —dijo—. O leche de cabra. Pero el niño tiene que comer. —Se inclinó hacia delante y puso al niño en los brazos de Sabrina antes de que pudiera protestar.

—¿Vas a criar al niño entonces? —El vicario se apartó de la cama de Lucy—. Con su madre muerta, esperaba llevarlo al orfanato.

—Al orfanato no. —Sus brazos se apretaron alrededor del niño, y ella instintivamente lo

meció, calmando sus llantos—. Se lo prometí a Lucy.

El vicario alzó las cejas.

—No será un camino fácil, sin un marido que te mantenga.

Sabrina miró la figura pálida e inmóvil de Lucy y luego al bebé. Tenía la carita contraída por la furia y los puños cerrados mientras gemía de disgusto. Era tan pequeño. Tan indefenso.

Y ahora era suyo.

Miró al vicario y se preparó para una objeción.

—Pienso hacer lo que me ha pedido.

Para su sorpresa, él simplemente asintió, con rostro solemne.

—Muy bien, rezaré por usted.

—Me las arreglaré. Siempre lo hago. —Volvió a mirar al niño, con el corazón desbordante de amor—. No te preocupes, pequeño David —susurró—. Sabrina está aquí para arreglarlo todo.

Capítulo 1

Había sacado a Harry de muchas tabernas, pero no esperaba llevárselo a la tumba. No tan pronto.

Damon Middleton, duque de Bradford —llamado Brad por los pocos que lo conocían mejor—, cargaba con los hombros el ataúd de su amigo muerto mientras se deslizaba desde el coche fúnebre. Como personaje del más alto rango, le habían dado el puesto a la cabeza de Harry, con Ryan Fourdling, conde de Haddington, al otro lado. Nash y Dorian, un vizconde y un conde empobrecido, respectivamente, llevaban la carga en el medio. Resultaba muy apropiado que los cuatro, amigos desde sus tiempos escolares, fueran los encargados de llevar a Harry a su última morada. Los hermanos menores de Harry, George y Gavin, sostuvieron el pie del ataúd.

Comenzaron a caminar hacia la entrada de la iglesia parroquial de Harry. Cada paso que daba Brad, cada pisada crujiente sobre la tierra seca, resonaba como un tamborileo en su cabeza. El olor a cera quemada y flores salía de la puerta de la iglesia y llegaba a su nariz antes de que hubiera subido todos los escalones. El recuerdo, enfermizamente familiar, le golpeó como un bastón en las rodillas, y su pie calzado se enganchó en el último escalón. Se detuvo justo a tiempo para evitar que el ataúd se deslizara escaleras abajo. Ryan sostuvo la caja y le lanzó una mirada de advertencia.

Brad se estremeció interiormente ante la inesperada censura, pero se esforzó por asegurar que su expresión de solemnidad no vacilara en ningún momento. Un duque nunca revelaba su debilidad, ni sus emociones, a nadie. Y el hecho de que su corazón gritara de dolor no era asunto de nadie más que suyo.

Pero la muerte, y sus trampas, se deslizaban a través de sus defensas como un puñal bien

clavado en las costillas, desgarrándole las entrañas y dejándole sangrando. Parecía que solo hacía unos instantes que había estado junto al elaborado ataúd de Evelyn mientras la enterraban en la cripta familiar de Bradford, aunque sabía que habían pasado casi dos años. Y ahora acompañó a su mejor amigo a su sepultura en esta pequeña iglesia parroquial a las afueras de Londres.

Una anciana vestida de negro aspiraba en su pañuelo mientras caminaban por el pasillo. Lanzó a Brad una mirada de desprecio y siseó: «¡Borracho!» al pasar. Brad parpadeó sorprendido, pero luego dejó a un lado el momento y se concentró en equilibrar el ataúd y bajarlo con los demás portadores del féretro hasta su lugar cerca del altar.

La ceremonia pasó como un borrón. Oyó las palabras del vicario a través de una densa niebla de irrealidad. Era consciente de Ryan, Dorian y Nash sentados en el duro banco junto a él, de la madre de Harry lamentándose sin cesar desde la primera fila, consolada por sus hijos pequeños. Se quedó mirando la caja de madera ornamentada, incapaz de concebir que Harry estuviera realmente allí dentro. Todo era una pesadilla de la que no podía despertar.

Debería haber hecho algo. Debería haberle detenido.

Pero no, había estado tan absorto en su dolor por sus propias pérdidas que había rechazado la invitación de Harry de ir a aquel viaje a la India. Quizá si hubiera ido, si hubiera dejado que Harry lo sacara de la penumbra del luto y lo llevara de nuevo a los vibrantes colores de la vida, tal vez Harry seguiría vivo. Podrían haberse cuidado mutuamente, como lo habían hecho desde la infancia.

Pero él no se había ido, prefiriendo sus habitaciones oscuras y la ópera perpetuamente inacabada que estaba componiendo a pasar tiempo riendo al sol con su amigo más querido. Y ahora las sombras del dolor se extendían aún más sobre su vida. Primero le habían arrebatado a su mujer y a su hijo nonato, luego a su mejor amigo. Parecía que todos sus seres queridos sufrían por su relación con él.

Antes de que se diera cuenta, la ceremonia había terminado y él estaba fuera de la iglesia,

lejos de los empalagosos olores de la muerte y el luto. Su cochero le esperaba cerca, el carruaje negro con el emblema ducal en la puerta era un digno testamento de Harry. Se dirigió hacia él como una bala, sus cuidadosos muros derrumbándose bajo la pena que esperaba para reclamarle. No se había acercado a Londres desde antes de la muerte de Evelyn y ya ni siquiera sabía cómo hablar con la gente. Cómo añoraba el aislamiento de Bradford, la paz que encontraba en su propia sala de música mientras trabajaba en sus composiciones.

Cuarenta y ocho horas era su límite para permanecer en Londres. Ya habían pasado veinte. Para mañana esperaba estar de camino a casa, en Dorset, dejando Londres y sus rumorosos y entrometidos ciudadanos muy atrás.

—¡Oye, Brad! Espera.

Brad se detuvo justo cuando el lacayo saltaba para abrir la puerta del carruaje. Echó una mirada anhelante al acogedor interior, y luego miró hacia atrás para ver a Dorian corriendo hacia él.

—Dorian, me alegro de verte.

—Maldita sea, Brad, hoy apenas me has dirigido tres palabras. —Dorian se detuvo, sujetándose el sombrero con una mano tras la rápida carrera y alisándose el rizado pelo negro con la otra.

—Disculpa, Dorian. Es que... los funerales…

Dorian asintió.

—Demasiado doloroso después de lo de tu mujer.

—Sí.

—Entiendo. —Dorian mostró su famosa sonrisa encantadora—. Me encantaría que me llevaras, Brad, si tienes tiempo.

—Por supuesto. —Brad hizo un gesto con la mano hacia el carruaje—. Solo dale a Steel tu dirección.

—¡Espléndido! —Dorian salto hacia la puerta abierta, indicando su destino al cochero mientras lo hacía.

Brad suspiró y entró. Al parecer, tendría que esperar un poco más para disfrutar de su preciada soledad.

Una vez sentados, el carruaje se puso en marcha.

—Creía que habías llegado con Nash —dijo Brad.

—Así es, pero tu carruaje es más elegante. —Dorian soltó una carcajada, pero los ojos que dirigió a Brad eran serios—. De verdad, quería hablar contigo y no quería una audiencia.

Brad frunció el ceño.

—¿Ocurre algo?

—Eso es precisamente lo que iba a preguntarte. —Dorian se recostó contra los sillones, con su hermoso rostro arrugado por la preocupación—. Entiendo que necesitabas un tiempo a solas en el campo para llorar a Evelyn y a tu hijo nonato. Ryan, Nash y yo intentamos dejarte en paz, suponiendo que te pondrías en contacto con nosotros cuando estuvieras preparado.

—Te lo agradezco.

—Pero no puedo creer que regresaras a Londres y ni siquiera nos lo dijeras —continuó Dorian—. Y, sobre todo, me resulta difícil comprender cómo pudiste siquiera pensar en ir a un infierno de juego como el de Fulton sin pedirme que te acompañara.

Brad frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? Llegué a Londres anoche.

—Me refiero al incidente de hace tres días. Ojalá me hubieras pedido que te acompañara.

Podría haberte ayudado. —Dorian arrugó el ceño—. Me preocupas, Brad. Parece que te has vuelto un poco loco tras la muerte de tu esposa, siento decirlo.

—Lo lamentarás aún más si no te explicas. ¿Qué es eso de Fulton?

—Vamos. Es de dominio público que perdiste una pequeña fortuna allí hace tres noches. Pero lo que me molesta es la pelea de después. No es propio de ti darle una paliza a un hombre porque te engañó.

Brad miró a su amigo con creciente confusión.

—Dorian, ¿estás loco? No estuve en casa de Fulton hace tres noches y no hubo ninguna pelea. Como ya te he dicho, llegué a Londres ayer por la noche.

Dorian apretó la mandíbula.

—Estoy tratando de ser un buen amigo para ti, Brad, pero no llegaremos a ningún lado si continúas negando los hechos.

Los ojos de Brad se entrecerraron, y su afecto por Dorian se congeló como el estanque de su jardín en invierno.

—En los veinte años que nos conocemos, mi querido lord West, ¿Cuántas veces he mentido?

—No puedo decir que lo hayas hecho. Pero ahora lo has hecho. Solo te pones formal conmigo cuando estás enfadado. Pero solo intento ayudar. Siempre has sido el epítome de la corrección, Brad, y este repentino estallido de comportamiento deshonroso simplemente no es propio de ti. Se habla de ello en toda la ciudad.

—¿Hablar? —Brad se inclinó hacia delante, con todo el cuerpo rígido—. No sé a qué te refieres. Estoy instalado en Bradford desde antes de la muerte de Evelyn.

—La noticia de la reyerta ha llegado a todos los salones de Londres. Lo siento, Brad. Sé

cómo odias los cotilleos.

—No hubo ninguna maldita pelea, Dorian. Alguien cometió un error. —Brad se recostó, aspirando aire en sus pulmones. Malditos rumorólogos. Como si no tuviera suficiente miseria sin su aporte.

—No hay error, Brad. Edmund Collins te vio allí y corrió la voz. Por supuesto, estabas completamente borracho en ese momento, así que tal vez eso lo explica.

—Esto es una locura.

—Si me hubieras llevado contigo, podría haberte ayudado a evitar todo este desagradable embrollo. —Dorian acarició con los dedos el borde ligeramente desgastado de su abrigo—. Sabes que siempre estoy disponible para una partida de cartas.

—¿Este cuento está por todo Londres?

—Me temo que sí.

—Por mi honor, Dorian, te digo que ni siquiera estaba en la ciudad en ese momento. —Atrapó y sostuvo la mirada de su amigo—. Collins debe de estar tratando de manchar mi nombre por alguna razón. Debes creerme.

—Tal vez. —Dorian frunció el ceño—. Debo admitir que me ha sorprendido la historia.

—¿Cómo es posible que se difundan chismes de este tipo cuando ni siquiera estoy en la ciudad? —Brad curvó el labio y lanzó una mirada de disgusto por la ventana hacia los edificios de Londres—. Sin duda, a padre le haría mucha gracia, si estuviera vivo.

—Supongo que Collins podría estar intentando desacreditarte —especuló Dorian—. Tiene más sentido que la versión actual de los hechos.

—Me conoces mejor que la mayoría de la gente, Dorian. No miento, no juego y nunca en mi vida me he liado a puñetazos fuera de un partido amistoso en Gentleman Jackson's.

—Habría estado totalmente de acuerdo hasta hace dos días, cuando me enteré del incidente. —Dorian frunció el ceño—. Muy bien. Si dices que nunca ocurrió, lo tomaré como verdad.

—Gracias. —Brad se golpeó la rodilla con los dedos—. Hablaré con Collins para ver en qué anda metido.

—Excelente idea. Si necesita ayuda, sabes que puedes recurrir a cualquiera de nosotros. —Dorian esbozó una rápida sonrisa cuando el carruaje se detuvo frente a su residencia—. O a todos nosotros, para el caso.

Brad asintió.

—Lo tendré en cuenta.

—Encárgate de que así sea. —El lacayo abrió la puerta y, con un alegre saludo, Dorian salió del coche.

Brad lo observó irse. Una vez, la oferta de ayuda de sus amigos habría significado el mundo. Él, Dorian, Nash y Ryan habían sido niños atormentados por los matones de la escuela. Entonces Harry —más grande, más valiente y más listo que todos ellos—, los convenció para que se unieran y lucharan contra sus opresores. Con la arrogancia de los más jóvenes, se hicieron llamar Hijos de Grendel, en honor al mítico monstruo de Beowulf al que nadie podía derrotar. El plan funcionó, y su amistad, que incluía a Harry, había durado hasta bien entrada la edad adulta.

Pero cuando Harry le había necesitado, él no había estado allí. Harry murió solo en medio del océano, rodeado de extraños. Con eso en su conciencia, Brad no se atrevió a pedir ayuda a cualquiera de sus otros amigos, pero llegaría hasta el fondo de aquel chusco rumor y le pondría fin. Solo.

Como aún no era ni mediodía, encontró a Edmund Collins en casa, todavía en cama. El mayordomo trató de indicarle que su señor no recibía visitas en ese momento, pero Brad no lo

toleró y entró en la casa empujando al anciano. Ante la presencia de un duque en el vestíbulo, el criado no tuvo más remedio que llamar a su señor.

Brad esperaba a Collins en un diminuto salón cuya decoración parecía algo deteriorada. Cuando el hombre entró en la habitación, su aspecto no era mucho mejor, vestido apresuradamente con camisa y abrigo, sin corbata, y con el pelo peinado a toda prisa. Tenía los ojos azules y pálidos inyectados en sangre y la piel cérea, salvo por un hematoma verdoso en la mandíbula.

—Bradford. ¿Qué demonios hace aquí a estas horas? —preguntó.

Brad miró por la ventana.

—Ya ha salido el sol, Collins, y el mundo está despierto.

—El mundo no se metió en la cama con el amanecer. —Collins se acercó a la ventana y cerró las cortinas de un tirón—. Ahora exijo saber cuál es su propósito aquí.

Brad enarcó las cejas, sorprendido por la hostilidad.

—Vengo a pedirle explicaciones por los rumores que ha iniciado sobre mí.

—¿Qué rumores? —Sin reparar en que su invitado permanecía de pie, Collins se tiró en un sillón—. No he dicho nada que no sea la verdad.

—¿De veras? —Brad no se sentó, sino que se acercó a la silla de Collins—. ¿Qué hay de esa tontería de Fulton de hace tres noches?

Collins le fulminó con la mirada.

—Como he dicho, nada más que la verdad. Tal vez no recuerde los detalles con claridad al estar tan malditamente borracho, Bradford, pero yo no lo puedo olvidar. —Se tocó el moratón de la mandíbula—. Me envió a casa con un recordatorio.

Brad se echó hacia atrás.

—¿Ahora me acusa de haberle golpeado?

—Así es. Intenté despegarle del pobre Chatham y recibí esto por las molestias.

—Imposible. Llegué a Londres anoche.

—Claro que sí. —Collins se puso en pie, empujando nariz con nariz a Brad—. Yo mismo le vi, le llamé por su nombre, ambos jugamos a las cartas. Ganó mi dinero, pero luego perdió estrepitosamente contra Chatham. Luego le acusó de hacer trampas y le pegó hasta dejarlo incoherente —se burló—. Tengo que admitirlo, Bradford, no sabía que fuera tan hábil con las cartas.

—Pero no fui yo —murmuró Brad, más para sí mismo que para Collins—. Ni siquiera estaba en Londres.

—Fue usted, sin duda. Tardó un poco, pero parece que se parece más a su padre de lo que nadie sabía. Realmente es el hijo del loco Middleton, ¿no?

Las palabras le helaron.

—Le digo que es un error. Estuve en Bradford hasta ayer.

Collins se señaló con un dedo el moratón de la cara.

—No ha sido un error. Fue usted quien me golpeó en la mandíbula cuando intenté separarle de Chatham. Por suerte para mí, Fulton emplea a esos patanes para ocuparse de estas cosas. Le sacaron a rastras y probablemente le salvaron la vida al pobre Chatham.

—Eso no ocurrió —dijo Brad. Se quitó los guantes—. Míreme las manos. ¿Por qué no están magulladas ni raspadas?

Collins apenas miró los nudillos desnudos de Brad.

—Los que estuvimos allí sabemos lo que vimos, lo que sentimos. —Pasó una mirada mordaz por la impecable vestimenta de Brad—. Usted no es un caballero.

Brad se puso rígido y volvió a ponerse los guantes.

—Tenga cuidado, Collins. He venido aquí para descubrir a qué juego está jugando, y le advierto que lo descubriré.

—No tengo ningún deseo de encontrarme con mi creador. Todo el mundo sabe que es usted un crack, y yo le tengo cariño a mi pellejo. —Collins volvió a su silla y frunció el ceño—. Puede que su consecuencia baste para ocultar su verdadera naturaleza, Bradford, pero no puede silenciar a los que hemos visto ese lado suyo. El mundo conocerá la verdad sobre el duque de Bradford.

—Se equivoca —gritó Brad, sacudido por la intensidad de la mirada de Collins. El tipo creía cada una de sus palabras. Con un gesto seco de la cabeza, Brad salió del salón y de la casa.

¿Se había vuelto loco el mundo entero?

Desde el otro lado de la calle, vio cómo Bradford salía a toda prisa de la residencia de Edmund Collins y bajaba las escaleras hasta el lustroso carruaje negro que esperaba en la acera. Los lacayos saltaron para abrir la puerta del elegante carruaje, haciendo que el escudo de armas de la puerta resplandeciera bajo el sol de la mañana.

Burlándose de él.

Su maldita alteza, el duque de Bradford, subió al carruaje sin decir palabra a sus sirvientes. Maldito pretencioso. Pudo ver el semblante pétreo del duque a través de la ventanilla mientras se acomodaba en el asiento. El pobre hombre parecía querer darle un mordisco a algo... o a alguien.

Vaya, vaya. Estaba fuera de sí, ¿no? Se le dibujó una sonrisa en los labios. Al parecer, Collins no había recibido a Su Gracia con un ternero cebado. Demasiado trágico. Pero ¿qué podía esperar un tipo después de golpear a un hombre por una disputa de juego? Se rio y se frotó los nudillos magullados. El dolor merecía la recompensa.

El carruaje se alejó, sin duda en dirección a Mayfair, donde Su Alteza sería apaciguado por

su ejército de sirvientes en la elegante casa de la ciudad que había pertenecido durante mucho tiempo a la familia Middleton.

Por una vez no sintió envidia, solo una deliciosa expectación.

—Así es, querido muchacho —murmuró—. Vuelve pronto a casa, a tus oscuras habitaciones y a los espíritus que te persiguen. Déjame la noche a mí.



Brad llegó a su casa de la ciudad y buscó la intimidad de su estudio nada más regresar de casa de Collins. Sentado ante su escritorio, sacó un decantador de cristal de un armario cercano y sirvió una gran porción de whisky en un vaso de cristal a juego. Mientras se llevaba el vaso a los labios, se recostó en la silla y empezó a ordenar el correo que le había dejado su secretario.

Al cabo de un momento, dejó el vaso con cuidado.

Facturas de sastres, demandas de pago por deudas de juego, incluso una factura por un caballo que nunca había comprado. Había docenas. Todas compras supuestamente realizadas por el duque de Bradford. Todas de Londres. Todas en las últimas semanas.

Esto era imposible. No había estado en Londres durante casi dos años. Durante su exilio autoimpuesto en Bradford no había visto a nadie, con la excepción de Harry, y había tratado de perderse en la ópera que estaba componiendo. Estaba de luto, no loco. Sabía que era imposible que hubiera contraído esas deudas.

Pero alguien lo había hecho, utilizando su nombre.

Recordó las palabras de Collins. Collins le había visto, afirmaba haber jugado a las cartas con él, le acusaba de haberle hecho el moratón que actualmente decoraba su mandíbula. Pero en

aquel momento estaba en Dorset.

Alguien se estaba haciendo pasar por él. Alguien que se le parecía lo suficiente como para engañar a quienes no le conocían bien.

Con un movimiento frustrado del brazo, lanzó el papeleo al suelo. ¿Cuántos años había seguido cuidadosamente los estrictos parámetros de comportamiento establecidos por la sociedad? Su padre había dañado considerablemente el nombre de la familia con sus escandalosas hazañas, pero Brad había sido quien había dado ejemplo tras la muerte de su padre. Había evitado Londres y sus cotilleos en la medida de lo posible, optando en su lugar por vivir la mayor parte del tiempo en tranquila soledad en Bradford. Pero a pesar de sus cuidados, alguien estaba destruyendo el buen nombre por el que tanto había luchado, la honorable reputación que por fin hacía olvidar a la gente la de mala reputación que le había dejado su padre.

Lo había hecho todo bien, había dado cada paso con un cuidado atroz y ¿esta era su recompensa? ¿Ser utilizado por un desconocido?

Suficiente. Había tolerado durante años los vaivenes indisciplinados de su padre, de granuja de mala reputación a padre estricto. Había sufrido a manos de matones cuando era un colegial. Había repartido miles de libras en deudas de juego en nombre de su padre, así como a cualquiera de los muchos matones de su padre que se presentaban en su puerta. Pero no más. Este plan estaba fuera de lugar. No se merecía semejante trato y detendría al villano que estaba detrás.

Recogió los papeles del suelo. Una carta le llamó la atención por su letra femenina y su aspecto sencillo. No parecía un requerimiento de pago.

Curioso, la abrió. Las pocas frases de la misiva le helaron el corazón, pero luego volvió a latirle demasiado rápido. La sangre le corrió por las venas al rojo vivo. Cogió un papel de carta y su pluma, y escribió una breve respuesta. La selló con cera y la puso sobre la pila de correo que debía salir mañana.

Podía pagar las facturas. Dios sabía que tenía dinero suficiente para pagar a aquellos honrados comerciantes hasta que averiguara quién estaba detrás de aquella travesura, y prefería hacerlo antes que aumentar las habladurías aparentando eludir sus deudas. Pero esta última carta no tenía nada que ver con facturas vencidas o rumores de puñetazos. Sabía con certeza que él no era el responsable de este asunto, y era mejor que le dijera la verdad a la joven de una vez, para que pudiera seguir buscando al verdadero culpable.

Se levantó del escritorio, apagó la lámpara y se dirigió a la cama. No había forma de que pudiera abandonar Londres ahora, no sin descubrir la identidad del villano que se estaba haciendo pasar por él. Tendría que perseguir al canalla y poner fin a sus nefastas actividades... antes de que la sociedad empezara a creer sus propios rumores y determinara que él era, en realidad, el hijo de su padre.

Capítulo 2

Un mes después

Sabrina estaba en el umbral de Middleton House, con los ojos fijos en la pesada aldaba de latón que decoraba la puerta. El corazón le retumbaba en el pecho y le temblaban las manos. Ninguna mujer decente se dejaría ver visitando a un caballero en su casa, pero allí estaba ella, armándose mentalmente de valor para levantar la aldaba y anunciar su presencia.

¿Y si se negaba a recibirla? ¿Y si la echaba a la calle?

Solo de pensarlo se le erizó el vello. Se lo había prometido a Lucy y el pequeño David necesitaba a alguien que lo defendiera. El duque le había enviado una carta en la que le informaba de que tenía un hijo. Tal vez no fuera capaz de dejar de lado a su persona tan fácilmente como a un trozo de papel.

Utilizando su justa ira como muleta, llamó a la puerta.

Brad caminaba por el pasillo de su casa londinense un poco desmejorado, pues no había encontrado la cama hasta el amanecer. Había pasado la noche anterior como había pasado todas las demás desde el funeral de Harry, peinando los infiernos del juego de Londres en un esfuerzo

por localizar al canalla que se hacía pasar por el duque de Bradford. Siempre parecía estar un paso por detrás del tipo, y todas las personas con las que hablaba le decían lo mismo: que lo habían visto jugar o pelearse o seducir a una mujer o hacer alguna otra travesura. Reunir incluso esa pequeña información había resultado largo y costoso.

Esta persecución del gato y el ratón había empezado a cansarle, sobre todo porque empezaba a creer que él era el ratón y no el gato. Por lo tanto, no se inclinaba por un comportamiento agradable de ninguna forma, y especialmente con la joven que se había presentado a su puerta esta tarde y exigía una audiencia con él. La cabeza le latía con fuerza por la falta de sueño y la frustración, y lo último que quería era tratar con una compañía no deseada. Sin embargo, cada persona que llamaba podía tener alguna pista sobre la impostora, así que estaba obligado a ver a todas y cada una de ellas. Aunque hoy estaba decidido a despachar a este visitante a toda prisa.

La mujer en cuestión le esperaba en el salón azul, y cuando entró en la habitación, lo primero que pensó fue que no parecía una mujer de moral cuestionable, que era su reacción natural ante cualquier joven soltera que se presentaba sin ser invitada en casa de un caballero. La muchacha estaba sentada en el borde de un sofá, con un vestido gris útil, aunque anticuado. El cabello oscuro asomaba bajo una sencilla cofia de paja, que era todo lo que podía ver de ella mientras miraba fijamente las manos enguantadas que tenía cruzadas en el regazo.

Una mujer empobrecida, pensó. «Otro de los golpes bajos de mi padre, sin duda».

—Soy Bradford —anunció al hacer su entrada—. ¿Y usted es...?

Dio un respingo y se puso en pie, haciendo inmediatamente una reverencia.

—Me llamo Sabrina Larson.

Frunció el ceño, el nombre le sonaba familiar.

—¿Qué le trae por aquí, señorita Larson?

Ella tuvo que inclinar la cabeza para mirarle. Un rostro encantador, algo inusual, con pómulos inclinados y labios carnosos que hacían pensar en cualquier cosa menos en la iglesia los domingos. Sus ojos eran verdes y ligeramente rasgados, como los de un gato. Frunció el ceño, sin duda en respuesta a su tono cortante.

Esperaba que no fuera su hermanastra.

—Le escribí, Alteza, por un asunto urgente.

—Me escribió. —Maldita sea, ¿dónde había oído su nombre? Hizo un gesto con la mano hacia el sofá, y ella volvió a sentarse, aunque él permaneció de pie—. ¿Cuál era ese asunto urgente?

—El asunto de su hijo.

Los recuerdos volvieron a su sitio. Había dejado de lado el recuerdo de la carta, suponiendo que el asunto estaba cerrado.

—Según recuerdo, señorita Larson, respondí a su misiva. No soy el padre.

Su labio se curvó con un cinismo que le sorprendió.

—Un estribillo común. —Se puso rígido.

—No tengo el hábito de negar mis propias acciones, señorita Larson. Se equivoca.

—No creo estarlo, Su Gracia.

«Será insolente». Deslizó una mirada de admiración por su fina y femenina figura y tuvo la satisfacción de ver cómo sus dedos se apretaban como reacción.

—Ciertamente recordaría una relación con usted, querida señora.

Ella lo miró con furia e indignación. Por un instante, lamentó no haber sido él quien la había dejado embarazada. ¿Llevaba ella tanta pasión a la cama? ¿Estarían chamuscadas las sábanas después de su acoplamiento?

Dios mío, ¿cuánto hacía que no se fijaba en una mujer?

—No soy la madre del niño, como bien sabe —espetó—. Su madre era Lucy Belmont. ¿Ahora lo recuerda?

—No conozco a la señorita Belmont —dijo encogiéndose de hombros, todavía distraído por sus curvas. Por Dios, era una mujer hecha para la cama. Su esposa se había ido por casi dos años, y ninguna mujer había atraído su atención en todo ese tiempo, hasta ahora. Entonces la culpa del recuerdo de Evelyn le hizo fruncir el ceño—. Si usted no es la madre, ¿por qué está aquí y ella no?

—Lucy murió en el parto.

Se le entrecortó la voz, apenas un hilo, pero su mirada desafiante no vaciló en ningún momento. Una pizca de simpatía templó su creciente lujuria, y se encontró con sus ojos con toda sinceridad.

—Mis condolencias, señorita Larson.

Ella asintió con frialdad.

—Gracias, Alteza. —Tomó aire, como para serenarse—. Dado que ahora es huérfano de madre, he venido a discutir el bienestar de su hijo con usted.

Soltó una risa áspera, la compasión derrumbándose bajo una admiración reticente.

—He negado dos veces que el niño sea mío, señorita Larson. Tal vez no estaba prestando atención.

—El último deseo de Lucy fue que su hijo fuera criado como corresponde a su posición como hijo de un duque.

—Señorita Larson, admiro su tenacidad. Sin embargo, su despiadada determinación de tacharme de mentiroso está empezando a agotarse. Preste mucha atención. —Se puso a su lado y

la miró fijamente—. No soy el padre de ese niño.

Lentamente, se puso en pie. Él no se movió, pero ella no se dejó caer en el sofá como él esperaba. En lugar de eso, enderezó su pequeño cuerpo, su cabeza hasta quedar prácticamente en sus brazos, a escasos centímetros de distancia.

—Según mi experiencia, la mayoría de los hombres poderosos no aceptan las consecuencias de sus actos. Esperaba que usted fuera diferente, Alteza.

Sus palabras quemaron como sal frotada en las heridas de su corazón. ¿Quién era esa mujer para darle órdenes? ¿Por qué venía aquí, a su casa, a recordarle todo lo que había perdido, todo lo que le quedaba por perder?

—Lamento tener que decepcionarla. Buenos días, señorita Larson. Watson la acompañará a la salida.

Se apartó de ella y salió de la habitación sin mirar atrás.



Sabrina entró en la pequeña y confortable casa y cerró la puerta tras de sí. El portazo debería haberla tranquilizado, pero no fue así.

—Engreído arrogante —espetó, quitándose los guantes de uno en uno.

Laurence Berkley salió del salón, con David dormido sobre el hombro.

—Supongo que las cosas no han ido bien.

—No. —Parte de su ira se desvaneció al ver la cara dormida del bebé—. ¿Dónde está la señora Russell?

—Se fue al mercado. Acepté cuidar al pequeño hasta que volviera. —Giró la cabeza para mirar al niño con el rabillo del ojo—. Nunca me he imaginado como abuelo, pero creo que lo haría bastante bien.

Sabrina sonrió mientras se desataba la cofia.

—Teniendo en cuenta que es el hijo de Lucy, prácticamente eres su abuelo.

—Pobre Lucy. —El rostro del hombre envejecido se hundió por la pena—. Era tan encantadora. Tan talentosa. Me habría encargado de que fuera la estrella de Londres.

—Lo sé. —Colgó su sombrero en la percha junto a la puerta—. Por eso mi madre te la envió.

—Otra bella actriz. —Él sonrió—. Te pareces a ella.

—Mi madre era impresionante. Yo no soy más que pasable. —Miró al bebé—. ¿Quieres que me lo lleve?

—Todavía no. —Laurence puso una mano suave en la espalda del niño. —No es una carga para mí.

—Ojalá su padre hubiera dicho lo mismo.

—Oh, querida. —Le cogió el codo con la otra mano y la guio hasta el salón, donde le esperaba una bandeja con té y galletas—. Ven y cuéntame qué ha pasado.

Sabrina se sentó en el sofá y vio cómo él se acomodaba en su sillón favorito junto a la fría chimenea.

—Te has vuelto bastante bueno cuidando a nuestro hombrecito mientras realizas otras tareas —bromeó.

—He llevado trajes en el escenario que pesaban más que él. —Hizo un gesto con la mano hacia la bandeja del té—. ¿Quieres servir? Estoy impaciente por saber qué ha dicho el duque.

Levantó la tetera y vertió el humeante y fragante líquido en una taza.

—Dijo que no era su hijo. —Dejó la tetera y echó dos terrones de azúcar en la taza, como le gustaba a Laurence—. Me enseñó la puerta.

—Madre mía. —Laurence cogió el platillo con un dedo y lo arrastró por la mesa para poder alcanzar la taza de té—. ¿Personalmente?

Su tono irónico le arrancó una risita.

—No, Su Alteza simplemente salió de la habitación. Su criado me mostró la puerta. —Terminó de servirse su propia taza de té y dejó la tetera para poder mirarle—. Admito que estoy decepcionada, Laurence. Esperaba que el hombre hiciera lo honorable.

Él rio.

—Tienes mucho que aprender sobre los duques, querida, y sobre Bradford en particular.

Tomó su propio té, solo y sin azúcar.

—Tal vez puedas contarme más. Para no haber nacido para ello, pareces conocer a todo el mundo en las altas esferas de la sociedad.

Sus labios se curvaron.

—El salón de la señora Hayword. El mundo cortés se mezcla con el artístico todos los jueves por la noche en casa de esa señora. Aunque ya casi no actúo, sigo disfrutando de la compañía de mis compañeros de teatro.

—Claro que sí. —Volvió a acomodarse en el sofá, manteniendo un oído alerta por si el niño se revolvía.

—El salón de la señora Hayword es un lugar maravilloso para descubrir lo último en arte —dijo Laurence—. He oído hablar de Bradford, tanto del padre como del hijo.

Sabrina arqueó las cejas.

—Ah, ¿sí?

—El padre era un canalla terrible. —La voz de Laurence se acomodó en el profundo dramatismo de un orador—. Hay escándalos sobre él hasta el día de hoy, aunque ha estado con el viejo Nick estos últimos cinco años.

—¿Y el hijo?

—Perdió a su mujer hace unos dos años. —Sorbió su té—. Y estuvo de luto durante meses, por supuesto. Apenas se quitó la ropa de luto, se volvió un poco loco. Se convirtió en el peor tipo de jugador y bribón aquí en Londres, alimentando a los chismosos con sus muchas hazañas.

—¿Y Lucy fue solo una hazaña? —Sabrina torció los labios—. Los hombres de su calaña consideran a las mujeres meros juguetes.

—Eso no puedo responderlo.

Suspiró y miró una vez más el dulce rostro del bebé.

—Él afirmó que no era el padre, Laurence —repitió.

—Te lo dijo en la carta que escribió.

—Sí, pero esperaba que un encuentro personal le hiciera admitir que tuvo una aventura con Lucy. Que él es el padre de David. Pero no lo hizo, lo que significa que no puedo esperar ayuda de él.

Laurence suspiró.

—Ojalá hubiera podido ahorrar más de tu herencia, Sabrina, pero seleccioné mal esa última inversión. Perdiste más de la mitad de tu dote.

—Me alegro de tener algún fondo —dijo ella—. No puedo ni imaginar que mamá te enviara dinero para que lo guardaras para mí.

—Me preguntaba por qué no había enviado nada en tanto tiempo. Pero eso ocurría a veces.

A veces no enviaba dinero durante varios meses. —Sacudió la cabeza—. Ni siquiera supe que había muerto hasta que me escribiste para contarme lo de Lucy. Y, entonces, cuando por fin pude entregarte tu herencia, una mediocre decisión empresarial estuvo a punto de acabar con todo.

—Todavía estoy agradecida. Y me estás prestando el uso de tu casa. Es una gran ayuda.

—Tonterías. ¿Dónde más podrías vivir? No me importa quedarme en el hotel. Es más apropiado para una mujer decente como tú quedarte aquí.

—Aun así, te lo agradezco, así ahorraré dinero mientras esté aquí en Londres. —Frunció el ceño—. Pero ahora que el duque ha vuelto a rechazar a David, debo encontrar alguna forma de sobrevivir aquí.

—¿Pensé que estabas empleada en Little Depping? En la última carta que tu madre me envió, mencionaba que estabas ayudando a una vieja rica a escribir sus memorias.

—Eso se acabó cuando llegó David. —Sabrina volvió a mirar al niño, con el corazón derritiéndose en su pecho—. Ella no entendía que yo tuviera que cuidar de él, así que me despidió.

—Te ayudaré a encontrar empleo aquí en Londres.

—Eso es muy amable, Laurence, pero...

—No. —Levantó una mano para silenciarla—. Es por mi torpeza que estás en apuros financieros para empezar. Si no hubiera invertido en la empresa equivocada en tu nombre, tendrías una buena dote para atraer a un marido.

—No quiero un marido, como te he dicho varias veces.

—Sé que no quieres la alternativa: ser la amante de un rico noble.

—No. —Se le revolvió el estómago solo de pensarlo, y dejó el té para apoyar una mano en el vientre—. Vi lo que le pasó a mi madre cuando eligió ese camino.

—Y tú no quieres que el joven David vaya a un orfanato.

—No. —Ella trató de tragar más allá del nudo en la garganta—. Ese, por encima de todo, es mi peor temor.

—Entonces debes dejar que te ayude. —Se inclinó hacia delante todo lo que pudo sin molestar al bebé—. Eres muy hermosa. Debemos encontrar la manera de utilizarlo en tu favor.

Ella negó con la cabeza.

—No veo en qué puede ayudar eso. Tengo algunos estudios. Puedo escribir una mano fina y puedo leer y cifrar. De hecho, llevé la contabilidad de la taberna donde vivíamos. Seguro que puedo encontrar un puesto en algún sitio como acompañante o dependiente.

—Yo no recomendaría tal cosa. Sé que quieres ser valorada por tus habilidades, pero que intentes ignorar tu belleza no significa que otros lo hagan. Temo que seas forzada contra tu voluntad por uno de tus empleadores, y no podrías escapar.

—¿Entonces qué más hay? —La desesperación agudizó su voz mientras se levantaba y empezaba a pasearse alrededor del sofá—. No deseo casarme ni prostituirme. No me pondré en una posición en la que sea prisionera de los caprichos de un hombre. En Little Depping ocupé tres puestos al mismo tiempo: la contabilidad de dos negocios, servir en la taberna y ayudar a la señora Etherington con sus memorias. Aquí en Londres, me ofrezco a hacer un buen día de trabajo por un día de paga, y aun así corro el riesgo de ser violada o algo peor. Maldita sea por haber nacido mujer.

Laurence rio y golpeó la mesa con la mano libre.

—¡Brava, querida! ¡Qué pasión! ¡Qué fuego! Si el escenario no fuera la forma más segura de caer bajo la protección de algún hombre, te sugeriría que buscaras allí.

—No soy actriz. —Pero ella no pudo evitar que sus labios se curvaran ante el cumplido.

—No, no eres actriz. —Laurence se puso en pie, con el rostro extasiado por la expresión de

un hombre que ha vislumbrado el paraíso—. Una cantante.

—¿Qué? —Ella frunció el ceño—. ¿En qué se diferencia eso de ser actriz?

—Porque una cantante es una artista. Una diosa. Alguien que inspira reverencia. —Se acercó a ella, con una sonrisa en la cara—. Tú podrías hacerlo.

—Nunca me has oído cantar.

—Sí que lo hice. Te escuché una noche mientras cantabas al pequeño para que se durmiera. Tienes una voz excelente. Y si le decimos a todo el mundo que eres extranjera...

—¡Extranjera! ¿Estás loco?

—En absoluto. —Hizo un gesto con la mano—. Los ingleses adoran a los extranjeros. Sobre todo, si son misteriosos. Podemos decir que eres... déjame ver... italiana.

—Pero no lo soy.

—Tonterías. Tu pelo oscuro, tu bonita estructura ósea, tu piel aceitunada... Podrías ser italiana.

—Ya veo. —Se cruzó de brazos, divertida—. ¿Y cómo se supone que voy a convertirme en esta diosa?

Sonrió como un niño pequeño en plena travesura.

—En el salón de la señora Hayword.

—No. Ni hablar. —Sacudió la cabeza, poco dispuesta siquiera a contemplar semejante idea.

—Te presentaría a la señora Hayword. Y difundiríamos la historia de su origen. Cómo dejaste Italia cuando murió tu marido...

—¡Mi marido!

—Por supuesto. En primer lugar, no querrás anunciar que eres una inocente señorita de pueblo, porque no hay mayor atractivo para los granujas del mundo que la pureza. En segundo lugar, tienes un hijo. —Giró para que ella pudiera ver la cara del bebé—. Por lo tanto, eres viuda.

—Laurence...

—Y creo que debes tener un título dramático. Condesa, tal vez.

—Te has vuelto loco. Entrégame al niño, no sea que se descubra tu locura.

Se apartó ágilmente de sus brazos extendidos.

—Con un título, puedes ser altiva. Inescrutable. Exigente de respeto. ¿No lo ves? La gente te pagará generosamente por actuar en sus musicales y producciones teatrales. Aunque tu voz fuera horrible —que no lo es—, te pagarían por el prestigio de tener a la enigmática condesa actuando en sus funciones.

Volvió a cruzarse de brazos y dio un golpecito con el pie.

—Creo que te crees tus propios desvaríos.

—Oh, qué crueldad. Dama de corazón duro. —Sus ojos se abrieron de par en par—. Qué idea. Así es como te llamaremos. La Contessa della Pietra.

—¿Y qué significa eso? —Se acercó a él y le quitó al niño del hombro.

—La condesa de la piedra. —Se frotó las manos—. Es demasiado perfecto. Y hoy es jueves, así que no hay tiempo que perder.

Sabrina se sentó con cuidado en el sofá para no despertar al bebé.

—Es imposible que haga algo así.

—Oh, ¿así que prefieres consentir a pies juntillas a una vieja bruja que te trataría peor de lo que trata a su par de zapatillas más viejas? —Apoyó las manos en las caderas, con voz entrecortada y aguda—. O quizás prefieres el asilo. ¿La lavandería? ¿El agotador trabajo de

costurera? ¿Cómo cuidarás de David en esas circunstancias?

Ella bajó los ojos.

—No lo sé.

—Es una buena idea, Sabrina. —Se arrodilló frente a ella y le levantó la barbilla con el dedo para que tuviera que mirarle—. El escenario fue mi carrera durante treinta años. Sé lo que hago.

Se mordió el labio.

—No puedo permitirme cometer ningún error. Esperaba que el duque aceptara a David y tal vez me permitiera quedarme como niñera. Pero ahora... ahora estoy sola.

—Mi querida niña, no estás sola. —Le dedicó la encantadora sonrisa que había hecho que príncipes y campesinos por igual se levantaran en aplausos—. Me tienes a mí.

Capítulo 3

La señora Hayword era lo único que evitaba que Brad se volviera completamente loco mientras estaba atrapado en Londres. De todos los entretenimientos que se podían encontrar en la ciudad, el de la señora Hayword le parecía el más divertido de los respetables.

Se acercó a saludar a la corpulenta dama, que estaba sentada en su sillón favorito, un trono de almohadas doradas y moradas. Joanne Hayword había empezado como amante y se había casado con su amante justo a tiempo para que este la convirtiera en una viuda rica. Se divertía escandalizando a la sociedad y gastando cantidades flagrantes de dinero en arte. Sus salones de los jueves por la noche eran en realidad una oportunidad para exhibir a pintores, escultores, poetas, músicos y similares que buscaban patrocinio.

Estos días sentía que el salón era el único lugar al que realmente podía llamar hogar.

—Buenas noches, señora Hayword. —Brad le sonrió—. Una vez más eclipsas a todas las damas del salón.

—¡Granuja! —Ella rio y le dio un golpecito en el brazo con su abanico—. Me halaga, Alteza. Siéntese.

—Solo digo la verdad. —Tomó la silla junto a ella y observó la habitación—. No veo al joven Willingham. ¿Tuvo éxito en encontrar un patrón?

—Sí. Ella sonrió sin el artificio que él había visto practicar a las jóvenes señoritas—. Lord Warwick se ha ofrecido.

—Willingham era un buen pintor. Espero que veamos muchos retratos suyos, aunque no

todos de lord Warwick.

Soltó una carcajada desenfrenada.

—Hombre malvado.

—Veraz —corrigió él.

—¿Y usted, Alteza? —Ella ladeó la cabeza, como un pájaro curioso—. ¿No ve a nadie a quien le gustaría apadrinar? Sé cuánto le gusta la mente creativa.

—No en este momento.

—Supongo que no querrá tocar para nosotros esta noche. Me temo que las teclas del piano se ponen rígidas por el desuso.

Maldito sea por darse el gusto aquella primera noche y revelar su afición por el pianoforte. Con esfuerzo, mantuvo su encantadora sonrisa.

—Prefiero dejar el escenario a los que buscan patrocinio.

—Como quiera. Discúlpeme mientras le presento a nuestro primer artista. —Le dedicó una sonrisa socarrona—. Espero su opinión sobre su talento.

Brad asintió y un criado hizo sonar un pequeño gong. Su anfitriona se dirigió al frente de la sala y levantó las manos para pedir silencio. Las conversaciones se apagaron y toda la atención se centró en la señora Hayword.

—Mis queridos invitados, me gustaría anunciar nuestra primera actuación musical de la noche: la Contessa della Pietra. —Miró a la multitud—. La *contessa* acaba de llegar a Londres y está encantada de deleitarnos con su encantadora voz esta noche.

La multitud se separó y una mujer se acercó.

Brad se sentó derecho en su silla, como si lo movieran cuerdas invisibles.

La condesa parecía bastante joven, apenas había salido de la escuela, pero poseía una

sensualidad que captaba la atención de un hombre y no la abandonaba. Llevaba un vestido de tul color mora, profusamente bordado y con un corte bajo que dejaba ver los globos de sus pechos perfectos. Llevaba el pelo de un color entre castaño oscuro y negro, recogido en un elegante desorden que la hacía parecer recién salida de la cama de algún hombre. Su piel brillaba como las perlas, su rostro era una combinación de pómulos inclinados, ojos de pestañas oscuras y labios carnosos y sabrosos sobre una barbilla picante.

Era una ciruela exótica en un simple manzanal.

Un aplauso cortés la acompañó cuando se sentó al piano.

—Gracias por vuestra amable bienvenida —dijo, separando los labios en una lenta sonrisa que parecía un secreto íntimo compartido con todos ellos—. Es bueno estar de vuelta en Inglaterra entre mis compatriotas.

Entonces empezó a tocar.

Su ronco contralto envolvió las estrofas de la dulce canción campestre, añadiendo matices de coqueteo a la sencilla letra. Solo con ver cómo su boca formaba las palabras, el cuerpo de Brad reaccionaba, se tensaba, atraído hacia ella como si fuera Salomé invitándole al tocador.

Cerró los ojos mientras cantaba, acariciando las notas con la voz y las teclas con los dedos. La canción era su amante, y ella lo estaba seduciendo al pecado.

Seduciéndole a él en el pecado.

Su voz se elevó con la última nota, flotando, persistiendo, vibrando por toda la habitación como un clímax conmovedor. Entonces abrió los ojos y sonrió con dulce inocencia, como si no se diera cuenta de que acababa de excitar a todos los hombres a su alcance.

Se hizo el silencio. Después, un aplauso atronador rompió el hechizo. El público se abalanzó sobre ella, rodeó el piano y la ocultó.

Brad permaneció inmóvil durante largos instantes, con la respiración entrecortada en sus

pulmones. Su cuerpo se estremeció con el eco de su canción. La única vez que había experimentado una respuesta de esta magnitud había sido mientras componía su propia obra. ¿Cómo era posible que una mujer apareciera de la nada y sacudiera los cimientos de su alma solo con su voz?

¿Y cómo era posible que, después de sentirse muerto por dentro durante tanto tiempo, se sintiera tan fuertemente atraído por dos mujeres en el mismo día? Tal vez el malestar que le había atormentado durante tanto tiempo por fin estaba desapareciendo.

—Su Excelencia. —La señora Hayword apareció ante él—. ¿Quedó satisfecho con la actuación?

Asintió, aún incapaz de hablar.

—Si desea conocerla, estaré encantada de hacer las presentaciones.

Volvió a asentir y se puso en pie. La señora Hayword le hizo una seña.

La bella morena se apartó de una conversación con una viuda cercana y se colocó junto a la señora Hayword.

—¿Sí, señora Hayword?

—Condesa, este es el duque de Bradford. Su Alteza es un gran admirador de las artes.

—Su Alteza. —Mientras hacía una reverencia, levantó la vista y se encontró con la mirada de Brad durante una fracción de segundo. Sus ojos eran verdes, ligeramente inclinados en los extremos... y familiares.

Él los había mirado esta misma tarde en su propia casa. Su fascinación se desvaneció cuando la verdad se hizo evidente.

Una pizca de pánico entró en su mirada. Y bien debería estar preocupada. ¿A qué juego estaba jugando Sabrina Larson? Si ella era una condesa italiana, él era un poni de tres patas.

Tentado de mantenerla adivinando, asintió con la cabeza cuando ella se levantó de su reverencia.

—Condesa. Es usted una mujer con mucho talento.

—Gracias, Alteza.

—¿Cómo es que es de Italia, y sin embargo no tiene acento?

—Soy inglesa. Mi marido era italiano.

—¿Era?

Ella miró hacia abajo.

—Murió.

—Mis condolencias.

—Gracias.

El silencio pesó en la conversación. Aun sabiendo que no era quien decía ser, no podía apartar los ojos de ella. El fuego inicial de atracción que había sentido por ella en su primer encuentro había estallado en un infierno después de oírla cantar. Era todo lo que podía hacer para no arrastrarla a algún rincón oscuro y probar esos labios que tanto le tentaban. Pero tal vez había otra manera. Dirigió una sonrisa persuasiva a su anfitriona.

—Señora Hayword, debo admitir que después de todo me siento inspirado para tocar esta noche... pero solo si la *contessa* consiente en acompañarme con su hermosa voz.

—¡Oh, qué espléndido! —La corpulenta dama abrió su abanico y lo agitó rápidamente cerca de su rostro sonrojado—. Condesa, simplemente debe aceptar. Su Excelencia es un pianista superdotado.

La pequeña pájaro cantor parecía un poco verde, pero se las arregló para sonreír y asintió.

—Por supuesto. Sería un honor actuar con Su Alteza.

Le ofreció el brazo, incapaz de reprimir la sonrisa traviesa que curvó sus labios.

—Venga, condesa. Hagamos música juntos.

Sabrina dudó, sin saber si se estaba burlando de ella. No parecía reconocerla. ¿Y por qué iba a hacerlo? La condesa mundana era tan diferente de la simple y ordinaria Sabrina Larson. Pero aquella sonrisa malvada que curvaba sus labios al ofrecerle el brazo la hizo dudar. ¿Había algo implícito en sus palabras? ¿Quizá la reconocía y estaba jugando con ella... o estaba interpretando demasiado la situación porque temía ser denunciada como un fraude?

—Venga, condesa —la persuadió de nuevo, con el brazo extendido—. Su audiencia la espera.

Se detuvo un segundo más, atrapada como un ratón en presencia de un gato. Era demasiado grande, demasiado seguro de sí mismo, demasiado guapo. Sus ojos oscuros ocultaban muchas cosas, pero la observaban con una intensidad que hizo que sus entrañas burbujearan como gachas hirviendo a fuego lento. Se recordó a sí misma que le desagradaba intensamente, tanto por el trato que le daba a Lucy como por despedir a su hijo. No deseaba llamar su atención ni hacer nada que pudiera estimular su memoria. Pero la Condesa della Pietra nunca rechazaría la invitación de un hombre tan rico y poderoso como Bradford. De mala gana, le cogió del brazo.

Su carne estaba caliente incluso bajo su mano enguantada, su brazo atractivamente firme y musculoso. De algún modo, había pensado que un aristócrata sería blando, enfermizo. Este hombre no. Lo miró con el rabillo del ojo. Era tan alto como cualquier príncipe de cuento de hadas, la espalda recta, la cintura ceñida y un rostro agradable a la vista. Pelo oscuro, ojos oscuros, incluso ella, que nunca se había dejado seducir por el aspecto de un hombre, se sintió afectada por su semblante. Pero no se permitía más que eso, la admiración femenina de un físico masculino llamativo. Los hombres esperaban que una mujer se rindiera a sus caprichos, pero ella era una mujer que podía —y quería— valerse por sí misma.

Los condujo hacia el pianoforte, en la parte delantera de la sala.

Los siguieron murmullos y miradas furtivas. Un murmullo de entusiasmo recorrió la multitud, incomodándola. Mientras actuaba, había disfrutado de tanta atención. Ahora quería ser una persona más entre tantas. Al parecer, caminar del brazo de un duque no era la mejor manera de pasar desapercibida.

Intentó calmarse, ignorar la inusual atención de la multitud. Ella cantaría y él tocaría. No había deshonor en ello. No había escándalo. ¿Por qué, entonces, se sentía como si estuvieran a punto de hacer algo pecaminoso? Incluso la suave madera del piano le inspiraba fantasías perversas.

Bradford —qué fácil era pensar en él como Brad— se sentó al pianoforte con una elegancia que le hizo la boca agua. Rápidamente se colocó al otro lado del instrumento, como si mantener el piano entre ellos fuera a anular de algún modo el crepitar de atracción en el aire. Él la observó ocupar su lugar, y su boca se crispó con diversión.

Se le encogió el orgullo, pero decidió no mostrarlo. Regiamente, le indicó con la cabeza que empezara. Él se inclinó hacia delante, con los dedos suspendidos sobre las teclas, y sus manos arrancaron del instrumento los primeros compases de *Think Not My Love*.

Cielo santo, si antes le había parecido atractivo...

Detenida por su habilidad, estuvo a punto de errar el tiro, pero se dio cuenta justo a tiempo y empezó a cantar en el momento adecuado. Se negó a mirarle, para ver si su boca se había torcido en señal de socarronería ante su casi metedura de pata, y en su lugar miró al público y se entregó a la canción.

La música era un lugar donde nadie podía llegar. Nadie podía tocarla, herirla o despreciarla. Con alegría se perdió en la melodía, los dos haciendo el viaje juntos, de la mano.

No pudo evitar mirarle. Sus ojos oscuros reflejaban la misma alegría indescriptible que ella sentía, sus dedos acariciaban las teclas, exprimiendo de ellas lo mejor que podían ofrecer. ¿Harían lo mismo esas manos con una mujer?

Se le encendieron las mejillas y quiso apartar la mirada. Pero no podía. Así que olvidó al público, olvidó su inseguridad. Se quitó la máscara y le cantó directamente a él, de mujer a hombre. Le mostró su fuerza femenina. «Te igualaré, nota a nota».

Un destello de conciencia recorrió sus ojos. Apretó la mandíbula, pero mantuvo un control perfecto sobre el instrumento, su toque seguro y cariñoso sobre el teclado. ¿Le temblaban los dedos? Los suyos, sin duda.

Una puerta se cerró en algún lugar cercano, recordándole su entorno. Consiguió apartar la mirada de él y sonreír al público. Pero sentía su presencia, como una hoguera desatada.

Cuando cantó la última nota, no pudo evitar volver a mirarle. Sus ojos oscuros la abrasaron cuando levantó las manos de las teclas. Por un instante quiso inclinarse sobre el piano y hundirse en sus brazos.

Entonces, un atronador aplauso la devolvió a la realidad. Los simpatizantes se abalanzaron sobre ella. Se quedó helada y sintió que una mano fuerte se cerraba sobre su brazo.

—Venga conmigo —dijo Bradford, y la arrastró lejos de la multitud.

Pensó que era una mentirosa. Una impostora. Casi con toda seguridad una oportunista. Pero también una bruja, porque no había otra explicación para su reacción ante ella. Ninguna otra razón lógica para que la deseara tanto en ese momento como para haberla tomado voluntariamente allí mismo, en la sala de música, delante de todo el mundo.

Brad tiró de ella a través de la multitud, sometiendo a los admiradores con la mera fuerza de su consecuencia, hasta que llegaron a la puerta del salón y escaparon a la fresca soledad del pasillo.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, sin aliento.

«A mi cama», quiso decir.

—A buscar un rincón privado para conversar.

—No puedo imaginar de qué podría querer hablar, Alteza.

—¿No puede? —Le dirigió una mirada aguda, impaciente por el fingimiento, hambriento por la seducción—. Tal vez debería considerar el asunto... señorita Larson.

Dios mío, lo sabía.

El corazón casi se le paró, el pánico recorrió sus terminaciones nerviosas. Como un dócil sabueso, se dejó guiar por el pasillo, sorprendida de no tropezar. Se dirigió con seguridad hacia una habitación situada al final del pasillo, abrió la puerta y le hizo un gesto galante con el brazo para que le precediera.

Ella entró en la pequeña habitación, iluminada por una sola vela y un fuego bajo que ardía en la rejilla. La decoración era decididamente femenina, difícilmente el escenario para un enfrentamiento con un duque enfadado.

Debió de ver su perplejidad, porque dijo:

—Este es el salón privado de la señora Hayword. —Luego cerró la puerta y se recostó contra ella, cruzando los brazos sobre el pecho—. Ahora dígame, señorita Larson, la razón de este fingimiento.

—¿Su Excelencia? —La soledad la preocupaba. ¿Cuál era su plan? ¿Por qué la observaba como un tigre olfateando venado fresco? ¿Su actuación le había afectado tanto como a ella? ¿Se abalanzaría?

¿Quería ella que lo hiciera?

Indecisa, pasó la mano por el respaldo de un precioso sillón tapizado en azul pálido.

—No sea tímida, jovencita. No es más condesa italiana que yo.

Le miró con una ceja altiva, como si realmente fuera una nobleza italiana desplazada.

—No sabe nada de mí, Alteza, y como tan arrogantemente ha transmitido esta misma

mañana, no tiene ningún deseo de saber nada de mí ni de mis asuntos.

—¿Arrogante? —rio, pero no fue un sonido agradable—. No sabe nada de mis deseos, querida. —Deslizó su mirada, una caricia visual, el aprecio masculino tensando sus facciones—. Si esta mañana hubiese venido a mi casa con este precioso atuendo, habríamos tenido una conversación más agradable.

Ella se puso rígida.

—Esta imagen es una ilusión, un disfraz teatral.

—Así que está fingiendo.

—¡Sabe que estoy fingiendo! —Ella frunció el ceño—. De verdad, Alteza, no es usted quién para lanzarme piedras. Si no fuera por su prepotente despido de mí y de su hijo...

Puso los ojos en blanco.

—Volvemos a eso, ¿no? Dígame, señorita Larson, ¿cómo sabía que estaría aquí esta noche? ¿Sobornó a uno de mis sirvientes?

Se quedó boquiabierta.

—No tenía ni idea de que vendría esta noche.

—Por supuesto que no. —Sus labios se torcieron por el sarcasmo y se alejó de la puerta, acercándose a ella con una intención que la alarmó y la hizo estremecerse. ¿Qué le pasaba, que reaccionaba como una gansa ante un apuesto príncipe?

Retrocedió.

—No he hecho nada malo, Alteza.

—Así que esa actuación... esa seducción musical. ¿No iba dirigida a mí?

—¡Ni siquiera me gusta!

—Su recital decía lo contrario. —Entrecerró los ojos—. La señora Hayword es una amiga particular mía. No la veré humillada o sus reuniones usadas para sus conniventes fines.

—¿Pero no tiene reparos en humillarme? —Ella se escabulló detrás de la seguridad de los sillones, manteniendo los muebles entre ellos. Si él la tocaba, estaba segura de que se derretiría en sus brazos, y eso no podía permitirlo—. No le he hecho nada. Usted me pidió que cantara; yo no le pedí que me acompañara. No atribuya motivos tan retorcidos a acciones inocentes.

—Usted, querida, está lejos de ser inocente. Lo dejó perfectamente claro.

Ella se puso rígida, incómoda por el énfasis que él ponía en la palabra «inocente».

—¿Me condena por estar aquí? —preguntó—. Cuando se negó a responsabilizarse de su hijo, no tuve más remedio que buscar un empleo respetable.

El hombre soltó una carcajada y la cogió del brazo y la sacó de detrás de su refugio.

—¿Llama a esto respetable? ¿Hacerse pasar por una sirena extranjera, atrayendo a hombres desprevenidos con su voz? Si busca un protector, querida, podría habérmelo dicho.

Ella tiró de su brazo, pero la mayor fuerza de él ganó la batalla. La arrastró contra él. Su cuerpo era grande y cálido y olía a algo picante y seductor. El contacto solo echó leña al fuego que ella intentaba controlar. Sentía que su voluntad flaqueaba, que le temblaban las rodillas y que su carne se ablandaba contra él.

«Detenlo antes de que se dé cuenta del poder que tiene sobre ti».

—No busco un protector —le espetó—. ¿Tiene la costumbre de forzar a mujeres que no están dispuestas, Alteza?

Su tono cortante no le disuadió.

—¿Cómo puede afirmar que no está dispuesta, vestida así, cantando así? Es una invitación al pecado, querida. Solo puedo suponer que cuando tu estratagema de endilgarme a su mocoso

fracasó, debió enterarse de que estaría aquí esta noche y buscó captar mi atención. —Bajó la cabeza y aspiró el aroma de su pelo—. La ha captado.

—Se apresura a juzgar. —Ella echó la cabeza hacia atrás, hambrienta de su contacto, pero sabiendo que su cálido aliento, que le acariciaba la piel del cuello, podría destruirla. Él ya la tenía en poca estima—. Suélteme inmediatamente o gritaré.

—Si grita, le diré a quién responda la verdad sobre la *contessa*. —Le acarició la garganta.

Casi se le pusieron los ojos en blanco cuando sus cálidos labios encontraron su carne. Durante un instante, se deleitó con la explosión de sensaciones. Su cuerpo se calentó, se ablandó, se licuó por dentro. Sus rodillas se derritieron como cera caliente, y fue todo lo que pudo hacer para no deshacerse en su abrazo y rogarle que la tomara.

Él rozó su piel con los dientes. Ella no pudo reprimir un estremecimiento de reacción.

Él rio.

Ella no se rendiría. Apartando la cabeza, le empujó el pecho.

—Qué gratificante debe de ser —le espetó—, ser duque, tener al mundo entero sometido a todos sus deseos. Arruinar vidas por capricho. La de Lucy. La mía.

Sus labios se separaron con sorpresa, sus ojos se arrugaron con fastidio.

—¿De qué demonios está hablando? Es la gente como usted la que arruina vidas, charlatanes, oportunistas.

—Dejó embarazada a Lucy y luego la abandonó. Acudí a usted para asegurarme de que cuidaran de su hijo, y le dio la espalda. Ahora quiere forzarme basándose en juicios equivocados, a pesar de que le he rechazado. Es una vergüenza.

—Nunca he forzado a una mujer en mi vida.

—¡Probablemente porque nadie se ha atrevido a rechazarle!

La soltó bruscamente, y ella se agarró al respaldo del sillón para estabilizarse.

—No sé a qué está jugando, señorita Larson...

—¿A qué juego estoy jugando? Usted es el que ha actuado deshonrosamente aquí, no yo.

Ella esperaba que él se sintiera avergonzado por su declaración, pero él solo parecía irritado.

—Jovencita, vino a mi casa vestida como una cualquiera y parloteó sobre un hijo que no he engendrado con una mujer que no conozco. El mismo día, la encuentro aquí, donde está vestida como una tentadora, fingiendo ser alguien que no es. Uno de nosotros está jugando, y no soy yo.

—Tampoco soy yo. Esto —señaló su vestido—, es el resultado de su cruel desprecio por su hijo. Alguien tiene que darle de comer. Y una misteriosa condesa extranjera tiene más posibilidades de que le ofrezcan lucrativas oportunidades de actuación que la simple Sabrina Larson.

—Un argumento inteligente. Dudo que ese niño exista.

Se enderezó de pura indignación.

—Me ofende que me llame mentirosa, Alteza.

—Yo también. Uno de nosotros está equivocado, señorita Larson, y no creo que sea yo.

—Por supuesto que no. El cielo no permita que Su Gracia, el duque de Bradford, sea atrapado en su propia duplicidad.

—Tiene una lengua afilada. —Sus labios se separaron en una sonrisa malvada—. Qué desafortunado que diga que no busca un protector. Podríamos redirigir toda esa pasión en una dirección más amable.

Se ruborizó.

—Usted no es un caballero.

—Eso dicen las malas lenguas. —Le pasó un dedo por la mejilla—. Si decide ser sincera sobre lo que quiere, póngase en contacto conmigo. Creo que nos iría bien juntos.

Ella apartó la mano, negando aquel tentador contacto.

—No sé por qué esperaba que un hombre como usted hiciera lo correcto. Los de su clase nunca lo hacen.

—Esta es su única oportunidad, señorita Larson. Abandone este lugar ahora y no le diré a nadie de su engaño.

—Qué generoso de su parte —se burló ella.

Él solo arqueó una ceja y abandonó la habitación, una vez más sin las debidas cortesías.

Ella se quedó mirando la puerta por donde él había salido, con el interior hecho un torbellino de rabia y confusión. ¿Cómo había podido pensar que era guapo, siquiera por un momento? Había dejado embarazada a Lucy y luego la había abandonado. Solo por eso merecía ser vilipendiado. Luego había rechazado de plano al pequeño David, un bebé de cuya existencia dudaba. Debería haber traído al bebé con ella aquella mañana. Tal vez así él no la consideraría una oportunista que intentaba llamar su atención. Pero había tenido demasiado miedo de que él le quitara al niño en el acto y no volviera a ver a David.

Pero tal vez eso era lo que hacía falta. Tal vez el hombre autoritario necesitaba ver al niño con sus propios ojos. Posiblemente entonces daría un paso al frente y compensaría de algún modo el inocente resultado de su aventura con Lucy. Y si eso era lo que hacía falta...



—¡Querida! —Laurence se agachó en la habitación, con las arrugas de preocupación alrededor

de la boca y los ojos. La alcanzó y tomó sus manos entre las suyas, bajando la voz—. Te he estado buscando por todas partes. Imagínate mi sorpresa cuando me enteré de que te habían visto salir del salón con Bradford. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Le dedicó una sonrisa apenada y le soltó las manos con suavidad—. El disfraz no le engañó, Laurence.

—¿Te amenazó con revelar tu verdadera identidad? Eso sería desastroso.

Sabiendo que Laurence intentaría defenderla ante el duque, Sabrina mintió:

—No, nada de eso. Pero sigue manteniendo que no es el padre de David.

—Yo mismo lo vi escoltar a Lucy más de una vez desde el teatro. Sí, es él; no hay duda.

—Quizá llevándole a David se lo demuestre. Tengo la intención de ir allí mañana con el bebé.

—No lo hagas —siseó Laurence—. ¿Y si te arrebata al niño y lo envía a un orfanato? Su comportamiento en los últimos meses indica que no está por encima de algo así.

Como el miedo de él se hacía eco del suyo, ella trató de poner cara de valiente.

—No permitiré que eso ocurra. Confía en mí, Laurence.

—Confío en ti; en quien no confío es en él. Lucy confió en él, y mira lo que le pasó.

—Cálmate, Laurence. —Invocó una sonrisa tranquilizadora, enmascarando el pánico que ella misma sentía—. No creo que tenga nada que temer del duque de Bradford.

—Rezo para que tengas razón, porque si decide llevarse a David, no podremos luchar contra él, Sabrina. Es demasiado poderoso.

—Nadie me separará de David, Laurence. —La determinación se endureció como el hielo en su corazón—. Nadie.

Capítulo 4

La chimenea ardía en la parrilla, infundiendo a la tenuemente iluminada sala de estar un resplandor apagado que convenía a los ojos de los caballeros un poco pasados de sobriedad. Brad miró su vaso de whisky medio vacío y pensó que podría acabar más pasado que eso si sus amigos tenían algo que decir al respecto.

Pero quizá el olvido de la embriaguez le hiciera algún bien. Tal vez podría olvidarse de un par de ojos verdes y de la duplicidad de las mujeres al menos durante unas horas.

Con una sonrisa afable, aunque ligeramente ebrio, Nash Silverman, vizconde de Lahgton, golpeó su vaso de whisky contra la mesa.

—Se abre la sesión de los hijos de Grendel.

—¿Y quién te ha puesto al mando? —Ryan no levantó la voz ni los ojos de su vaso, pero el gruñido tranquilo del hombretón hizo que la sonrisa de Nash se desvaneciera.

—Alguien tiene que hacerlo. —Nash se encorvó en su silla, con un ojo azul brillando bajo sus despeinados mechones rubios. —Puedes hacerlo tú, si quieres.

—Es la casa de Brad. Que lo haga él. —Tumbado indolentemente en un cómodo sofá, Dorian saludó a todos con su propio whisky. Su aspecto moreno y su sonrisa malvada daban la impresión de un ángel pecador—. ¿Qué dices, Brad? ¿Te nombramos nuestro líder ahora que el pobre Harry ha ido a su recompensa?

Se hizo el silencio. Brad miró a Dorian como lo haría con una pulga en su cama.

—Nadie puede reemplazar a Harry.

—Reemplazar no. —Dorian balanceó los pies en el suelo y se enderezó, alertado por el tono de advertencia. Su whisky salpicó por el lado del vaso—. Pero los hijos de Grendel necesitan un líder.

—Nosotros no, y ten cuidado con esa alfombra. Es persa. —Brad dio un sorbo a su vaso y se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que estuviera lo bastante borracho como para que no le importara la maldita alfombra. La bebida ya le había soltado demasiado la lengua, y en algún momento entre el tercer y el cuarto vaso de whisky había confiado de mala gana a sus amigos sus recientes dificultades con el impostor. No había nadie en quien confiara más que en aquellos tres hombres, todo lo que quedaba de sus compañeros de colegio, los hijos de Grendel. Y, aun sabiéndolo, no les habló de Sabrina Larson.

Quería olvidarse de ella. Si fuera lista, haría caso de su advertencia y dejaría de hacer chanchullos. Qué irónico que la primera mujer a la que había respondido en años resultara ser una mujer más que se aferraba.

—Claro que necesitamos un líder. —Nash sonrió como un tonto y recostó la cabeza en la silla—. Harry ha sido nuestro desde Eton. No podemos esperar seguir sin uno durante mucho más tiempo.

—Ya somos mayorcitos. —Arrastrando sus pensamientos lejos de esa mujer enloquecedora, Brad levantó su vaso y ponderó el parpadeo de la luz del fuego a través del líquido ámbar—. No veo razón para tener un líder.

—Estoy de acuerdo —dijo Ryan—. Todos los hijos de Grendel inspiran temor en los corazones de los hombres hasta el día de hoy, incluso sin Harry.

Brad se echó un poco de whisky a la boca, y luego volvió a contemplar el fuego a través del nuevo nivel de alcohol, fingiendo que no se le oprimía el pecho con el mero nombre de Harry.

—En efecto. La amenaza que nos forjó hace tiempo que pasó.

—Pero ahora hay otras amenazas. —Dorian los señaló con el dedo, manteniendo de alguna manera los otros cuatro envueltos alrededor de su vaso—. Vuestros recientes problemas, por ejemplo.

Ryan dirigió sus preocupados ojos plateados a Brad.

—Deberías habérnoslo dicho antes.

—Os lo estoy contando ahora —dijo Brad.

Nash se inclinó hacia delante.

—¿Has informado a Bow Street?

—Todavía no. Parece el siguiente paso lógico. —Cogió la jarra que tenía sobre la mesa—. Hoy se me ha acercado otro tahúr con otro juego de vocales falsificadas.

—¿Qué has hecho? —preguntó Nash, atónito.

—Pagué, por supuesto. ¿Qué otra cosa podía hacer? —Brad midió cuidadosamente otro dedo de whisky en el vaso.

—¡Dile que se vaya al diablo! —exclamó Nash.

Brad negó con la cabeza.

—Eso solo empeoraría las cosas.

—Me imagino que los chismosos le están sacando partido —dijo Ryan, haciendo que Brad hiciera una mueca de dolor—. Y sé que detestas ese tipo de chismorreos.

—Por tu padre, que en paz descanse. —Nash asintió para sí—. El loco de Middleton otra vez.

Brad lo fulminó con la mirada.

—Muchas gracias por echar sal en la herida, Nash.

—Sí. —Dorian estuvo de acuerdo—. No es suficientemente malo que un villano ande por la ciudad haciéndose pasar por el duque de Bradford, sino que ahora el pobre Brad debe enfrentarse también a la resurrección de las fechorías de su padre.

Brad dio un sorbo a su whisky y cerró los ojos, saboreando el ardor y deseando que pudiera borrar los acontecimientos de las dos últimas semanas.

—No sé cómo lo está haciendo. Algunos conocidos afirman que me han visto en lugares a los que nunca he ido. Jugadores han aparecido con rotuladores en las manos, supuestamente firmados por mí. Señoritas me han condenado por jugar con sus afectos.

—¡Santo Dios! —exclamó Ryan—. ¿Y si va demasiado lejos? Podrían acusarte de algo realmente oscuro.

Brad apretó la mandíbula.

—Lo detendré mucho antes.

—Al menos tienes los bolsillos llenos. —Nash se tragó lo que quedaba de whisky—. Los tuyos y los de Ryan. A mí me pasa todo lo contrario. Hoy mismo mi padre declaró que he quebrado las arcas familiares. Reclama que malgasté mi futura herencia en fruslerías.

—Si sientes la necesidad de tirar tu dinero, Nash, tíramelo a mí —dijo Dorian riendo—. A pesar de que tengo mi título, no hay nada más que una pila derruida en Leicestershire para acompañarlo.

—Estas condenado a la decepción, mi querido Dorian, al menos por ahora. —Nash se volvió hacia él, con una generosa cantidad de whisky chapoteando en su vaso—. Mi padre ha dictado un edicto para que yo deje de ser una carga para las finanzas y me dedique a aumentarlas. Tiene la intención de casarme con alguna heredera llorona.

Dorian dejo la copa con un ruido seco.

—¿Con cuál?

—La señorita Rose Casey.

—Ah, demonios. —Dorian sacó un papel arrugado del bolsillo de su chaqueta y lo miró con ojos sombríos—. La número cuatro.

Ryan soltó una risita.

—¿Todavía tienes esa lista de herederas, West?

—Por supuesto. —Dorian se levantó del sofá y tomó la pluma del escritorio de Brad, la mojó en la tinta y luego garabateó un nombre en el papel—. Adiós, número cuatro.

—Puedes quedártela —espetó Nash, dando un gran trago antes de dejarse caer en su silla —. Dios sabe que no quiero un equipaje con cara de hacha dándome órdenes.

Dorian sopló sobre el papel para secar la tinta.

—Y a mí, amigo mío, nada me gustaría más. Sin embargo, parece que nadie quiere que su amada hija sea atada con grilletes al hijo de un asesino.

—No se ha probado nada sobre tu padre —intervino lealmente Ryan—. Por supuesto, eso no detiene a los cotillas.

—En efecto —dijo Nash, asintiendo sabiamente.

—Si yo fuera tú, aceptaría la felicidad conyugal con una sonrisa —dijo Brad—. La alternativa sería mucho peor.

Nash arrugó la frente, confundido.

—¿Libertad?

—Pobreza —corrigió Brad.

Ryan y Dorian soltaron una carcajada.

—Y una mierda —murmuró Nash, y volvió a dar un sorbo a su whisky.

—Vaya par que somos. —Dorian guardó su lista mientras volvía al sofá—. Haría lo que fuera para que una heredera se limitara a reconocer mi presencia, y este está lloriqueando porque una está demasiado ansiosa por recibirlo en el altar.

—Ojalá pudiera entregártela, Darce —dijo Nash con un giro sarcástico en la boca—. Porque no me cabe duda de que mi vida será una pura miseria.

—No tienes por qué casarte con ella —dijo Brad—. Siempre puedes decir que no y abrirte tu propio camino en el mundo.

Nash dio un pequeño estremecimiento.

—No, gracias.

—Entonces deja de lloriquear y haz lo que hay que hacer —dijo Ryan.

—Basta ya. —Brad se levantó con cuidado y alzó su copa—. Por Harry, que lideró a este grupo de desarrapados y débiles en rebelión contra los matones de la escuela, forjando nuestra amistad para toda la vida. Y por primera vez desde su funeral, estamos todos reunidos para recordarle. —Hizo una pausa, superando el nudo en la garganta—Que Dios te acompañe, amigo.

Se levantó un murmullo de acuerdo y se alzaron las copas. Brad se hundió en su silla y vació su vaso hasta los posos.

Brad se levantó y caminó con Ryan, deteniéndose cuando el lacayo abrió la puerta del vestíbulo.

—Buenas noches, Ryan. Me ha alegrado verte.

—Y a ti también. —Ryan le dio una palmada en el hombro—. Llama a la calle Bow para que vayan tras este canalla. No esperes más.

—Me pondré en contacto con ellos mañana.

—Buenas noches, amigo mío.

—Buenas noches. —Brad esperó hasta que Ryan se puso en marcha por el pasillo detrás de un sirviente, luego se volvió hacia sus otros dos amigos—. ¿Llamo a sus caballos, caballeros, o se quedan esta noche?

—Ah, qué decisión. —Dorian levantó una mano y comenzó a contar con los dedos—. Su chef es mejor que el mío, sus habitaciones más lujosas...

—Y me esperan mañana para llevar a mi abuela de compras a Bond Street.

—¡Caramba! —Dorian se levantó de un salto con una agilidad que desmentía su estado de embriaguez—. Ven, Lahgton. Brad necesita descansar, debe de estar bien descansado para la duquesa.

—¿Viene la duquesa? ¿Ahora? —Nash miró la habitación con los ojos entrecerrados.

—Maldita sea. —Dorian envió una mirada de exasperación a Brad—. Creo que necesitaremos un lacayo. O tres.

—En efecto. —Ahogando una sonrisa, Brad hizo una seña al lacayo que estaba junto a la puerta, que asintió con la cabeza y se marchó a pedir ayuda.

—Bueno, ¿no vas a ayudar? —preguntó Dorian.

Brad observó el rostro de Nash y determinó que su amigo había caído en el estupor de los verdaderos borrachos. Agarró el otro brazo del vizconde y ayudó a Dorian a sostener a su compañero inconsciente.

—Hacía años que no lo veía tan hecho polvo.

—Es la heredera. Todo este asunto lo tiene atontado. Odia que su padre lo haya forzado a este extremo.

Brad gruñó de acuerdo.

—Comprensible.

—Esto es lo mejor que le ha pasado nunca, si el muy tonto se diera cuenta. —Dorian sacudió la cabeza hacia Nash, con el rostro arrugado por el afecto exasperado.

—Llegaremos hasta el final. —Dos lacayos entraron en la habitación y Brad cedió el peso de Nash a uno de ellos—. Siempre hemos cuidado el uno del otro.

Dorian dio un paso atrás, permitiendo que el otro lacayo se encargara de sostener a su amigo.

—Contra matones de patio de colegio y maridos indignados. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Nash, mientras los lacayos se lo llevaban—. Y asegurarnos de que nuestros camaradas borrachos llegan sanos y salvos a sus casas. Sin embargo, ayudar a un compañero a llegar al altar está un poco fuera de nuestro territorio.

—¿Eso debería detenernos?

Dorian sonrió y se dirigió hacia la puerta.

—Acompañaré a Nash a casa. Supongo que iremos en tu carruaje.

—Lo arreglaré. Y enviaré a alguien con tus caballos mañana.

—Buenas noches, entonces. —Dorian vaciló, la emoción parpadeando en su rostro—. Nunca hubiera pensado que un par de reprobados como nosotros durarían en una amistad como esta. Teniendo en cuenta nuestras familias.

—Somos dueños de nuestros destinos, mi querido West. —Brad comenzó a dirigirlo hacia la puerta—. Los pecados de nuestras familias están en el pasado.

—¿Lo están? Entonces, ¿por qué no vuelves a casarte? —Dorian se detuvo en el umbral—. ¿Todavía culpas a tu padre por haber elegido a Evelyn como esposa?

Brad se puso rígido.

—Todo el asunto se arregló antes de que yo saliera de la guardería. Ella parecía

perfectamente normal.

—Hasta que ella... —Dorian apretó los labios—. Estoy hecho polvo y he dicho demasiado. Buenas noches, amigo mío. Felices sueños.

—Buenas noches. —Brad vio como los lacayos escoltaban a Nash y Dorian fuera de la habitación. Consiguió mantener sus emociones bajo control hasta que volvió a quedarse solo. Echó un vistazo al salón en penumbra, a las copas vacías, al fuego bajo que ardía en la rejilla.

—No es lo mismo sin ti, Harry. Maldito seas por morir. Y maldito sea yo por no haberte salvado.

Se dio la vuelta y cerró de un portazo al salir de la habitación, sellando los fantasmas del pasado en su interior. Harry. Evelyn. Luego subió las escaleras de dos en dos hasta la siguiente planta, donde le esperaba un mínimo de paz en la pequeña habitación al final del pasillo.

La sala de música, donde el consuelo lo llamaba con los brazos abiertos.

Se sentó ante su preciado piano de cola Broadwood y levantó la tapa para descubrir las teclas. Debería irse a la cama, medio borracho como estaba. Pero sabía que no dormiría. La camaradería de aquella reunión de los Grendel, la primera sin Harry, había hecho que su alma llorara con la promesa de lo que nunca volvería a ser. Y la mención casual de Evelyn por parte de Dorian había abierto en canal las heridas apenas cicatrizadas de su corazón.

Ella lo había engañado, su hermosa esposa. Le había hecho creer que se preocupaba por él, que deseaba lo mismo que él. Que estaba ansiosa por tener un hijo suyo. Pero todo había sido una cuidadosa mascarada. La poción que había ingerido para librarse de su hijo también le había quitado la vida. Todo lo que siempre había querido era el prestigio de ser duquesa.

Él nunca había sospechado, nunca había visto un atisbo de la verdad.

Dos años después, seguía preguntándose si podría haber hecho algo para salvarla. Había sido su esposa, su responsabilidad. ¿Por qué no había visto su verdadero yo? Nunca se dio cuenta

de su obsesión por ser bella, por ser duquesa. Nunca supo que algo andaba mal, no hasta que ella murió.

Y ahora estaba Sabrina Larson.

Una mujer hermosa, tan llamativa por su aspecto exótico que había despertado su libido dormido. Pero había demostrado ser una mentirosa. Estaba seguro de haber sido claro al advertirla. Sin duda, ella ya se había ido con un incauto más susceptible, y él no volvería a verla.

Maldita sea.

Todo lo que siempre había querido era una familia, buenos amigos y ser conocido como un hombre honorable. El destino se burlaba de él, llevándose primero a su esposa y a su hijo, luego a su mejor amigo y ahora su buen nombre, lo único que le quedaba.

Pero no pudo llevarse su música.

La emoción se apoderó de él, tan feroz que casi le desgarraba la piel. Necesitaba purgarse, recuperar el control de su vida. Solo había una forma de hacerlo.

Levantó las manos hacia las teclas y empezó a tocar.

Capítulo 5

El señor Samuel Kaplan no tenía aspecto de agente de la ley. No era muy alto y estaba algo delgado. Sus ojos castaños parecían bonachones detrás de las gafas y se había dejado el sombrero con Watson, dejando al descubierto su calva. Arrastraba los pies y canturreaba para sí mientras tomaba notas en un pequeño libro. Sin embargo, en Bow Street decían que era el mejor.

Llevaba tanto tiempo garabateando que Brad empezaba a pensar que tendría que pedir un refrigerio cuando el hombre levantó por fin la vista.

—Creo que tengo casi todo lo que necesito para empezar la investigación, Alteza.

—Excelente. —Brad miró el reloj. Faltaba un cuarto para el mediodía.

La abuela llegaría en breve para su viaje a Bond Street.

—Una pregunta más. ¿Cuándo empezaron los incidentes?

Brad volvió a centrar su atención en el corredor.

—Calculo que hace al menos tres meses.

—Muy bien, entonces. ¿Hay algo más?

Dudó, y finalmente cedió ante el demonio que le había estado acosando.

—Quiero que investigue a una joven. Se llama Sabrina Larson y es nueva en Londres. Quiero que averigüe todo lo que pueda sobre sus antecedentes.

—Sí, Su Gracia. —El señor Kaplan inclinó la cabeza en señal de deferencia—. ¿Está relacionada con este caso o es un asunto aparte?

—No, un asunto completamente aparte. —Golpeó con los dedos en su escritorio, ya lamentando el impulso—. Anoche cantó en casa de la señora Hayword con el nombre artístico de Contessa della Pietra. No quiero que moleste a la señora Hayword con sus indagaciones, pero por favor, interrogue a los criados de Hayword para ver si la señorita Larson llegó o se fue con alguien.

—Lo haré, Su Gracia. Si hay algo que saber de esta Sabrina Larson, lo averiguaré.

—Me tranquiliza —dijo Brad.

—La calle Bow se ha ganado su reputación —dijo el hombrecillo con un resoplido de orgullo.

Brad enarcó las cejas.

—A mi abuela la esperan a mediodía, Señor Kaplan. Quizá sería mejor que se despidiera.

—Por supuesto. Buenos días, Alteza.

—Buenos días. —Brad observó cómo el extraño tipo salía a toda prisa de la habitación. Intentaba desesperadamente no juzgar por las apariencias, pero el señor Kaplan no parecía muy competente. Claro que eso podía ser una treta y la razón de su supuesto éxito.

Volvió a mirar el reloj. Diez minutos antes del mediodía... lo que significaba que podía esperar a la abuela en algún momento de la siguiente hora. El reloj de su abuela solía ir más despacio que el del resto del mundo, por lo que siempre llegaba tarde.

Brad se levantó y se estiró un poco. Había sido un día largo, empezando por un sastre iracundo con una factura impagada por un abrigo que nunca había encargado y un comerciante de caballos que exigía el pago de un jamelgo que nunca había comprado. El impostor seguía acumulando deudas, dejándole a él la tarea de pagarlas. Y así lo hizo, pues no quería mancillar aún más su reputación añadiendo a la lista al evasor de deudas. Con suerte, el investigador tendría éxito donde él había fracasado, y el asunto se resolvería pronto.

Pero ¿qué le había llevado a pedirle que investigara a Sabrina Larson? No tenía ningún deseo de complicarse la vida. Si era una mujer tan inteligente como parecía, probablemente ya se habría marchado, yendo a buscar al siguiente hombre que cayera en sus artimañas.

Tal vez, cuando el investigador demostrara su doblez, podría olvidarse de ella y centrarse en asuntos más importantes.

Llamaron discretamente a la puerta y Watson abrió.

—La señorita Larson desea verle, Alteza. La he puesto en el salón azul.

—¡El descarado equipaje!

El sirviente vaciló.

—¿La acompaño fuera, Alteza?

El labio de Brad se curvó mientras la anticipación se cocinaba a fuego lento.

—No, Watson. Permítame.

Cuando entró en el salón azul, experimentó un momento de déjà vu, pues allí estaba sentada su pequeña cuáquera del día anterior con su primoroso vestido gris y su bonete de paja. Solo que esta vez no inclinaba la cabeza ni jugueteaba con los dedos como una señorita nerviosa. No, podía ir vestida como la cuáquera, pero los ojos verdes que le desafiaban reflejaban el fuego de la condesa. También se fijó en una cesta que había en el suelo, junto a su silla.

—Buenas tardes, señorita Larson. Me asombra su atrevimiento.

—Hago lo que hay que hacer —dijo ella, y luego se puso en pie el tiempo suficiente para hacer una reverencia. Su brevedad puntuó sin palabras que ella le deseaba al diablo.

No pudo evitar la sonrisa que se le dibujó en la boca. Era como un erizo, espinosa y cautelosa, pero dispuesta a morder si la situación lo requería. Como cualquier niño travieso, no podía resistirse a la oportunidad de hacer alguna travesura. Se sentó frente a ella en un cómodo

sillón, ansioso por hacer mella en su fría actitud.

—Estoy casi dispuesto a echarla a la calle, jovencita, pero que no se diga que no soy un amable anfitrión. Es una tragedia que no se pusiera el vestido burdeos de anoche.

Entornó los ojos hacia él, casi ensartándolo con su aguda mirada.

—No he venido aquí para que se burle de mí.

—No, ha venido aquí para irritarme a muerte. Veo que tiene una cesta ahí. ¿Qué ha traído? ¿Un picnic para compartir en privado?

Sus dedos enguantados se apretaron en su regazo.

—Es un hombre vil. Me cuesta creer que sea el padre de este dulce bebé.

Se incorporó bruscamente.

—¿Quiere decir que realmente hay un niño? —Ella levantó la barbilla.

—Claro que lo hay. Su hijo.

Quiso levantarse y salir de la habitación, alejarse lo más posible del niño. Pero eso sería cobardía, y se negaba a mostrar debilidad cuando aquellos perspicaces ojos verdes estaban sobre él. Intentó ignorar la cesta.

—Muy bien, admitiré que no creía que el bebé existiera. Sin embargo, nada ha cambiado. Ya le he dicho que no soy su padre.

—Si puede mirar a este bebé con cara de ángel y aun así rechazarlo, entonces realmente no puede llamarse un hombre honorable.

—¿Cree que soy blando de corazón? —Él sonrió con humor negro, ignorando el aguijón de su inteligencia. Algo en aquella mujer despertó su espíritu luchador, haciéndole sentir más vivo de lo que había estado en años. Lo suficiente como para forzarse a superar su dolorosa pena y demostrar su determinación—. Muy bien, entonces. Echemos un vistazo al bebé, y luego puede

dejarme en paz.

—Está dormido. —Ella miró la cesta a sus pies y su rostro se suavizó como el de una madona—. Espero que se despierte pronto.

—Vamos. No le despertaré. —Se levantó y se acercó a su silla, acuclillándose frente a ella para mirar dentro de la cesta. Por el rabillo del ojo se dio cuenta de que ella se ponía rígida ante su proximidad, del sutil movimiento de sus pies.

Del delicado aroma del agua de rosas.

—Se llama David, como el padre de Lucy.

—¿Ah, sí? —Lanzó una rápida y cautelosa mirada al bebé, todo lo que pudo soportar sin desenterrar recuerdos angustiosos. Luego se centró en ella, dejándose distraer por su aroma y su calor. Su piel era suave y radiante, como solo puede serlo la piel joven. Se preguntó si sería así en todo el cuerpo.

—Está mirando fijamente.

Se sobresaltó. Maldita sea, si no estaba embobado como un muchacho novato, pero cada vez que la veía, se fijaba en algún pequeño detalle que no había visto antes. Esta vez era la suave hendidura de su barbilla, un pequeño hundimiento superficial, pero suficiente para que supiera que ella no se desviaría fácilmente del camino que eligiera.

¿Podría ser que la hubiera conocido ayer por primera vez?

—Disculpe, Alteza. —Ella rechinó la cortesía a través de los dientes apretados—. Se supone que debe mirar al niño, no a mí.

—¿La pongo nerviosa? —Sonriendo ante esta pequeña grieta en su espinosa armadura, hizo acopio de la valentía suficiente para mirar de nuevo al niño, pero lo único que vio fue cabello oscuro y una carita contraída por el sueño. Apartó la mirada, fingiendo desinterés, ocultando su dolor—. Parece un niño cualquiera. Me temo que no hay nada que aprender de su

semblante.

Se levantó y se retiró a su silla.

Sus carnosos labios rosados se afinaron.

—¿Así que sigue desestimándolo?

Él soltó una risita oscura.

—Jovencita, lo he descartado desde el principio. Usted, sin embargo, es persistente. Muy bien, determinemos por qué no es posible que yo sea el padre de este niño. ¿Por casualidad sabe en qué mes nació?

—Sé el día exacto, Alteza. —Se puso de pie, con los hombros rígidos y la mandíbula apretada—. Lucy murió dándole la vida el tres de marzo de este año.

—El tres de marzo. Lo que significa que tendría que haber sido concebido... hmm... la primavera pasada. A finales de mayo o principios de junio, tal vez.

Ella asintió con la cabeza.

—Me remitiré a su mayor conocimiento de esas cosas.

Él la miró ahora, de repente molesto por su actitud justiciera.

—De hecho, sé algo al respecto. Verá, mi mujer murió dando a luz a mi hijo. De eso hace dos años, el pasado febrero. —Le dirigió su mirada más fría. Ella no se inmutó, ni apartó la mirada, ni cedió un ápice. Pero él pudo ver cómo se suavizaba su expresión, la simpatía que iluminaba sus ojos. Y él la odió por ese corazón blando, la maldijo. No quería sentir nada de esas tiernas emociones. Nunca más—. El año pasado, señorita Larson... los pasados meses de mayo y junio, cuando supuestamente estuve con su amiga embarazada... yo seguía guardando luto por mi esposa en la soledad de mi finca.

Sus labios se separaron y él pudo ver que la había asustado. Qué bien. Quizás ahora dejaría

de desafiarle. Ella miró al bebé, luego volvió a mirarlo a él y entonces entrecerró los ojos.

—Lucy juró en su lecho de muerte que usted era el padre. Le nombró expresamente. Dudo que mintiera en tales circunstancias. Y otras personas os vieron juntos. ¿Cómo puede explicar eso?

—¿Explicar? —Su voz se alzó mientras la ira del mal uso lo inundaba—. Jovencita, soy el duque de Bradford, y no le debo explicaciones a nadie por mis actos... con la excepción de mi rey.

Sus labios se afinaron.

—Se equivoca, Alteza. Se lo debe a este niño.

—¡Claro que no! —rugió.

El bebé se despertó con un suave llanto. Sabrina lanzó una mirada de reproche a Brad y se inclinó para sacar al niño de la cesta. A pesar de sus intentos por calmarlo, el lamento desgarrador del bebé atravesó el silencio y fue subiendo de volumen poco a poco.

Watson eligió ese momento para presentarse en la puerta.

—La duquesa viuda de Bradford —anunció, y luego se hizo a un lado mientras la abuela de Brad entraba cojeando en la habitación.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

Sabrina meció al bebé con la mirada perdida, vacilando en mirar directamente a la dama. Un hombre dudaría en echar a una joven a la calle, sobre todo si le parecía atractiva. De hecho, contaba con que el evidente interés masculino de Bradford le diera tiempo suficiente para convencerle de que ayudara a David. Sin embargo, una mujer poderosa era otra historia. Una mujer sería más propensa a expulsar a otra mujer, especialmente si consideraba que un hombre de su círculo estaba amenazado.

—Contéstame, Damon —le exigió la duquesa, y entonces un extraño ruido sordo hizo que Sabrina echara un vistazo.

La duquesa viuda de Bradford era una dama menuda que parecía como si el portazo fuera a derribarla. La cabeza de rizos plateados de la duquesa probablemente solo le llegaba al hombro, y su delicado cuerpo estaba envuelto en metros de seda azul pálido. En sus dedos enjoyados, la duquesa empuñaba un elaborado bastón pintado con violetas de colores sobre un fondo blanco, que era lo que producía el extraño ruido. Sus pasos lentos y arrastrados indicaban que el bastón era una necesidad y no una afectación de la moda.

—Abuela, no me había dado cuenta de la hora. —El duque se apresuró a besarle la mejilla, alzándose sobre la duquesa y ofreciéndole el brazo. Ella apoyó la mano en su manga con la misma delicadeza con que una mariposa se posa en una rama de roble, y aceptó su ayuda para llegar al sofá—. Ven, siéntate y le diré a Watson que te traiga un poco de té.

—Hay un bebé en tu salón, Damon —anunció la duquesa, posándose cautelosamente en el borde del sofá—. Y una joven sin carabina.

—La señorita Larson ya se iba.

Sabrina lo fulminó con la mirada, mientras hacía rebotar a David en sus brazos para tranquilizarlo. El niño se estaba calmando y, con un poco de suerte, volvería a dormirse.

—No creo que hayamos concluido nuestro asunto, Alteza.

Si las miradas fueran armas, su mirada acerada la habría derribado.

—No estoy de acuerdo. ¿Tiene un carruaje? Si no, haré que los sirvientes llamen a uno.

Estaba claro que el duque no la quería cerca de su abuela. Se tragó el amargo sabor de la decepción y luego enderezó la columna. ¿Qué esperaba? Debería estar acostumbrada a ese comportamiento por parte de los ricos y con título. Ella era menos que nada para él.

—Damon —reprendió la duquesa, alisando sus faldas contra los cojines—. ¿Cómo puedes

ser tan grosero? Al menos deja que esta joven termine de calmar a su hijo antes de echarla a la calle.

Sorprendida por el tono seco de la anciana, Sabrina agachó la cabeza y se afanó con la manta de David. Cualquier otra mujer de noble cuna se habría horrorizado al verla visitando al duque sin ir acompañada de una criada u otro sirviente. El hecho de que la duquesa de Bradford se detuviera el tiempo suficiente para considerarla en lugar de echarla a ella y a David de la casa, decía mucho del carácter de la viuda.

—No voy a echarla a la calle. —El tono irritado de Brad hizo que los labios de Sabrina se curvaran—. Simplemente, no tenemos nada más que discutir.

La duquesa miró a Sabrina de soslayo, fijando la vista en el bulto que llevaba en los brazos.

—¿Cómo se llama su hijo, señorita... Larson?

—Sabrina Larson. Y él es David. —Sabrina consiguió levantarse y hacer una rápida media reverencia mientras balanceaba al bebé.

—Un buen nombre. —Hizo un gesto con la mano—. Ven, déjame verlo.

Sabrina miró a Bradford, pero él sólo le lanzó una mirada amarga y se fue al otro lado de la habitación. Se acercó a la anciana y se inclinó para que la duquesa pudiera ver la cara de David. El bebé había cerrado los ojos y se chupaba furiosamente un puño.

—Oh, qué preciosidad. —La duquesa sonrió, primero al niño y luego a Sabrina—. Debes de estar muy orgullosa.

—Lo estoy —dijo Sabrina, enderezándose. Acomodó mejor la manta alrededor de la cara del bebé—. Aunque no soy su madre.

La duquesa rio.

—Oh, yo creo que sí, al menos en lo que importa. —Luego miró a su nieto—. ¿Este niño es tuyo, Damon?

El duque se puso rígido y lanzó una mirada asesina a Sabrina.

—No, abuela, no lo es.

Sabrina apretó los labios para contener su feroz refutación. Aunque estaba dispuesta a debatir con Bradford hasta el fin de los tiempos, no quería enfadar a la duquesa viuda. Sin embargo, qué típico de su parte negar lo que era claramente evidente.

La duquesa miró a Sabrina.

—Supongo que no estás de acuerdo, querida. —Sabrina asintió.

—Bien, entonces. —La duquesa miró a su nieto con el ceño fruncido—. Averigüémoslo. —Extendió los brazos—. Dame al niño y determinaremos si es un Middleton o no.

Sabrina vaciló ante la extraña petición. Primero, la duquesa no los había expulsado de su presencia, ¿y ahora quería sostener al niño? Miró a Bradford, pero él parecía igual de perplejo.

—Vamos, vamos, jovencita. —La autoridad en la voz de la anciana hizo que Sabrina obedeciera antes de pensarlo. Con cuidado, puso a David en brazos de la duquesa.

Se inquietó un poco, pero estaba claro que la duquesa ya había tratado con niños. Le arrulló y le sacudió hasta que se calmó de nuevo y se quedó dormido, sorbiendo el puño que tenía metido en la boca. Luego desenvolvió lentamente la manta y, para sorpresa de Sabrina, apartó la bata del bebé para dejarle los pies al aire. Le quitó un patuco y miró el piececito que tenía en la mano.

—Bueno —anunció—, efectivamente es un Middleton.

—¿Qué demonios...? —El duque se sobresaltó y cruzó la habitación en tres largas zancadas—. Abuela, ¿qué estás diciendo?

La duquesa le dirigió una mirada.

—Me doy cuenta de que estás alterado, Damon, pero cuida tu lenguaje cuando hay damas presentes.

—Mis disculpas, abuela. Y no estoy exaltado.

—Lo estás —corrigió ella—. Mira aquí. ¿Ves los dedos de los pies del niño? El segundo y el tercero se agrupan, como si crecieran de la misma base. Un rasgo Middleton.

Sabrina se inclinó para mirar más de cerca y casi chocó su cabeza con la del duque cuando este hizo lo mismo. Su cercanía le hizo percibir un aroma a sándalo antes de que ambos retrocedieran bruscamente. El calor se apoderó de su rostro cuando él la miró con una ceja levantada.

—Damon —dijo la duquesa—. Mira tú primero.

El duque se inclinó, observó los dedos del bebé y retrocedió como si le hubieran disparado.

—¿Cómo puede ser? —preguntó.

—Señorita Larson —invitó la duquesa.

Sabrina se inclinó para estudiar los dedos de David. El dedo gordo y los dos más pequeños crecían directamente del pie del bebé, pero el segundo y el tercero parecían proceder de una sola base, dividiéndose en dos dedos a medio camino. No era una rareza grotesca ni deformación de ningún tipo, nada que llamara la atención si uno no lo buscaba. Pero por lo que sabía de sus propios pies, sus cinco dedos crecían por separado, a diferencia de los de David.

—Este niño es un Middleton —anunció la duquesa. Le devolvió el bebé a Sabrina, que volvió a envolverlo con la manta—. ¿Qué dices, Damon?

—Yo no soy el padre. —Sabrina resopló, y él la fulminó con la mirada antes de volver a mirar a la duquesa—. Abuela, usted sabe tan bien como yo que hace nueve o diez meses, cuando

este niño fue concebido, yo ni siquiera estaba en Londres.

—Es un enigma —convino la duquesa, y luego se volvió hacia Sabrina—. ¿Cuándo nació el niño?

—El tres de marzo, Alteza.

—Y si usted no es su madre, ¿quién es?

—Se llamaba Lucy Belmont. Murió en el parto.

—Una lástima. —La duquesa lanzó una mirada a su nieto—. ¿Nunca dejaste Bradford, Damon?

—Nunca. Ya sabes por qué.

—Lo sé. Y si me dices que no eres el padre de este bebé, te creeré.

—Nunca he visto a esta Lucy Belmont, así que difícilmente puedo ser el padre.

—Te vieron con ella varias veces —dijo Sabrina.

—¿Quién? ¿Usted?

—No. Acabo de llegar a Londres. Pero hay otros que sabían de su... relación... con ella.

—Me encantaría conocer a esos «otros».

—Damon, tu lenguaje —le reprendió la duquesa.

Con el rostro tenso por la frustración, hizo una respetuosa inclinación de cabeza a la anciana.

—Le pido disculpas, abuela.

—Como he dicho, estás alterado.

—Ya lo creo. Yo no hice esto.

—Sin embargo, las pruebas parecen indicar lo contrario —dijo Sabrina. Por primera vez, sintió algo de optimismo, al menos por el futuro de David. Pero también estaba decepcionada. Había empezado a albergar esperanzas de que Bradford fuera diferente de otros hombres de su clase, otros hombres como su propio padre, que rechazaban a sus hijos no deseados como un paño arrugado en el cuello.

—Este niño parece ser un Middleton —dijo la duquesa—. Por favor, comprende que te creo, Damon, si dices que nunca conociste a la madre del bebé. Sin embargo, las pruebas indican que este niño es miembro de nuestra familia, lo que te convierte en su responsabilidad, aunque no seas su padre.

—Aceptar la responsabilidad equivale a admitir la culpabilidad —protestó—. Y yo soy inocente en esto.

—También eres el cabeza de familia, Damon.

—Muy bien. Ya que lo desea, abuela, proporcionaré fondos para la crianza del niño. De forma temporal —enfatizó—. Solo hasta que descubramos la identidad del verdadero padre del bebé.

Sabrina quiso protestar por el bien de David. El dinero era un frío sustituto de la aceptación de un padre, pero en sus circunstancias actuales, se dio cuenta, no tenía más remedio que conformarse con lo que le ofrecían.

—Estoy dispuesta a seguir cuidando de David, Alteza, hasta que decida una situación permanente.

—Estoy seguro de que lo está, señorita Larson. —Sus palabras llevaban un desprecio que ella no podía confundir—. Deje su dirección con Watson, y le enviaré un mensaje mañana sobre cuál será ese nuevo arreglo. —Le hizo una seña a un lacayo para que la acompañara a la salida.

—Muy bien. —Colocó a David en su cesta, la recogió y se dirigió hacia la puerta, luego

vaciló en el umbral.

—No temas —dijo la duquesa, percibiendo su incertidumbre—. Mi nieto cumple su palabra.

—Sí, Alteza. —Con una última mirada al severo rostro del duque, Sabrina hizo una reverencia a la duquesa y siguió al lacayo fuera de la habitación.

—Esa joven me recuerda a alguien. —A solas con su nieto, la duquesa frunció los labios —. No se me ocurre a quién, pero ya me acordaré.

—No veo cómo has podido conocerla antes —dijo Brad, todavía con el ceño fruncido tras la persistente señorita Larson—. Apenas pertenece a tu círculo.

—¡Qué fastidio, Damon! No tienes ni idea de quién está en mi círculo. —La duquesa resopló molesta—. O quién pudo estarlo en el pasado. Podría contarte historias de mi juventud que te pondrían los pelos de punta.

—Por favor, no lo hagas. —Levantó una mano e intentó sonreír—. Olvidemos todo este malestar y continuemos hacia Bond Street.

—¡Ja! —La duquesa se puso en pie, haciendo equilibrios sobre su bastón y sin esperar la mano de Brad—. Si puedes olvidarte de esa encantadora joven, Damon, ¡no eres ni la mitad del Middleton que creo que eres!

—Lo considero un cumplido.

La duquesa resopló y empezó a salir de la habitación, pero Brad notó que sus labios se curvaban cuando creía que él no la miraba. Dejando a un lado sus pensamientos sobre Sabrina Larson, aceleró el paso para seguir a su abuela. Era mejor quedarse a su lado, no fuera a ser que se le ocurriera otra locura, como intentar conducir el carruaje.

Capítulo 6

Sabrina bajó del coche de alquiler, todavía inquieta por su encuentro con el duque. Agarrada a la cesta de David, subió por el camino hasta la casita de Laurence, agradecida de que el duque al menos le hubiera pagado el billete de antemano, que era lo menos que podía hacer.

Aunque la duquesa lo había avergonzado para que se hiciera cargo de la manutención de David por el momento, a Sabrina le preocupaba mucho que siguiera manteniendo que él no era el padre. Solo tenía su palabra de que había estado de luto por su esposa durante el último año y, sin embargo, Laurence le había contado otras historias de Wild Bradford, un hombre que se dejaba llevar por el juego y las mujeres blandas desde la muerte de su esposa. Por desgracia, Lucy había sido una de esas mujeres. Difícilmente las acciones de un viudo afligido. Alguien estaba mintiendo, y todos los indicios apuntaban a Bradford.

No podía creer que le hubiera parecido atractivo, ni siquiera por un momento. La gente mentía todo el tiempo, pero ella quería creer sus protestas de inocencia. ¿Por qué? Porque era guapo y su sonrisa hacía que sus entrañas dieran vueltas como gatitos en una cesta. Porque su música juntos le había hecho creer por un instante que había algo más en juego, algún destino que los unía.

Pero ella sabía que no era así. ¿Cuántas veces lo había visto de primera mano, tanto con su madre como con las otras mujeres que trabajaban en la taberna? Las mujeres eran tan crédulas cuando se trataba de hombres, tan dispuestas a creer cada palabra que salía de sus labios. Todas querían enamorarse, ser rescatadas por un apuesto caballero sobre un corcel blanco.

Pues bien, la mayoría de las veces ese caballero resplandeciente no era más que un

charlatán zalamero montado en una mula robada... y normalmente uno que no tenía reparos en pisotear el corazón de una mujer o robarle el sueldo que tanto le había costado ganar.

No, el duque de Bradford podía llevarse al diablo su encantadora sonrisa y sus perversos ojos oscuros. Ella misma fue abandonada por su sangre azul, pero no aceptaría un futuro así para David. La duquesa ya había confirmado que David estaba emparentado con su familia. Solo necesitaba que el duque admitiera la verdad, pues incluso un padre reacio era mejor que ninguno.

Sabrina alargó la mano para abrir la puerta principal. Al girar el pomo, una mano la empujó con fuerza por la espalda y la metió dentro. Gritó y se agarró a la cesta, aterrorizada de caerse y llevarse al bebé. Unas manos ásperas le agarraron los brazos y la sostuvieron mientras la puerta se cerraba tras ella.

—Buscamos a Laurence Berkley.

Se dio la vuelta y se encontró frente a dos hombres a los que nunca había visto. Ambos vestían ropas sencillas que los identificaban como obreros y no como caballeros. Uno de los hombres estaba apoyado en la puerta principal, mirando por la pequeña ventana que había junto a ella. El otro aún la tenía agarrada, con su gran nariz ligeramente torcida, como si se la hubiera roto alguna vez. Uno de sus ojos marrones la miraba, pero el otro tenía tendencia a deslizarse hacia la derecha.

Ya había visto antes a hombres de esa calaña, en la taberna y en los muelles cercanos a donde vivía. Peligrosos. Impredecibles. Aferró con más fuerza el asa de la cesta.

—¿Dónde está Berkley?

El aliento del hombre olía a cerveza y cebolla, y fue todo lo que pudo hacer para no girar la cabeza y tener arcadas.

—No está aquí.

—¿Cuándo volverá?

—De momento no vive aquí. —Enderezó la columna y los miró a los ojos mientras mentía —: Mi marido y yo alquilamos la casa.

—Marido, ¿eh? No lo creo. —Él la agarró con más fuerza y la arrastró sobre las puntas de los pies—. ¿Eres la mujer de Berkley?

—¡Claro que no!

Su indignación debió de divertirle, porque soltó una breve risita.

—Dile que Mint y Barney estuvieron aquí.

Ella se aferró a su compostura con todas sus fuerzas.

—Si quiere dejar su dirección...

—Sabe dónde encontrarnos. —El rufián finalmente la dejó ir, luego lanzó una rápida mirada a la canasta—. Bonito bebé. Si tanto te gusta, asegúrate de que Berkley reciba el mensaje.

—Lo haré. —Se obligó a mirarle sin vacilar—. Buenos días.

Su boca se torció divertida.

—Buenos días a usted… Señora. —Se dio la vuelta, saludó con la cabeza a su compañero y los dos hombres salieron por la puerta principal, dejándola entreabierta.

Sabrina dejó la cesta en el suelo, se precipitó hacia delante, cerró la puerta de un portazo, echó el pestillo y se apoyó en la sólida madera. Dios mío. ¿Qué quería esa gentuza con Laurence? Estaba claro que estaban dispuestos a recurrir a la violencia física en cualquier momento. El corazón le latía con fuerza y respiraba entre labios secos. Podía haberle pasado cualquier cosa, a ella o a David. Se había vuelto experta en evitar la atención masculina no deseada después de años de vivir primero con su madre y luego sola encima de la taberna. De vez en cuando, uno de los clientes de su madre se había encaprichado de un rostro y una figura más jóvenes y había intentado convencerla de que se entregara a él. Ella siempre había logrado

escapar, excepto la última vez, cuando Jack Hinton vino en busca de su difunta madre y, en cambio, estuvo a punto de arrebatarle la inocencia a Sabrina por la fuerza cuando descubrió que su amante había muerto. Lucy lo había detenido con un certero orinal en la cabeza.

Cómo deseaba que Lucy estuviera allí ahora.

El bebé se agitó, emitiendo esos gruñidos jadeantes que indicaban que se estaba despertando. Se sacudió los fantasmas del pasado. David era su presente y posiblemente su futuro. Ahora la necesitaba.

—Señorita Larson, ¿es usted? —La señora Russell, la nodriza que Laurence había contratado para el bebé, bajó las escaleras con una alegre sonrisa en su rostro de mejillas de manzana—. Qué bien, ha vuelto. Estaba doblando las sábanas del bebé y no le oí hasta que cerró la puerta.

Un gemido se elevó desde la cesta, comenzando bajo, pero aumentando de volumen con cada segundo que pasaba.

—Creo que David tiene hambre —dijo Sabrina, desatándose la cofia con dedos temblorosos. Se dio la vuelta para colgarla en el perchero junto a la puerta y se tomó un momento para recuperar la compostura. No pudo resistirse a mirar por la pequeña ventana, pero no había nadie fuera.

—Desde luego que sí. —Sonriendo, la nodriza sacó al bebé de la cesta—. Lo llevaré arriba y me ocuparé de eso antes de irme por la tarde. Mis pequeños estarán buscando su cena.

—Gracias, señora Russell. —Sabrina recogió la cesta del suelo y la dejó sobre una mesa cercana mientras la nodriza subía las escaleras, arrullando a David. De nuevo su mirada se posó en la ventana. Seguía sin haber nadie.

Se quitó los guantes y contuvo el miedo con la fuerza de su voluntad. Cuando viera a Laurence, tenía la intención de dirigirle unas palabras. Lo había arriesgado todo para venir a

Londres, para darle una vida mejor a David. Los rufianes que irrumpían en la casa no hacían que Londres fuera diferente de Little Depping. Cuando se volvió para dejar los guantes sobre la mesa, vio la carta que había allí, dirigida a la Contessa della Pietra. Curiosa, la cogió y la abrió.

Ojeó las líneas que contenía y sonrió lentamente.



—No me divertía tanto en años —dijo Nash con una sonrisa mientras él y Brad salían del carruaje frente al establecimiento de juego de Ball. Brad había ordenado a los criados que ocultaran su escudo de armas en el equipaje; no quería aumentar las habladurías acerca de que el duque de Bradford frecuentaba los infiernos de juego. Nash, en cambio, prácticamente vibraba de entusiasmo, más excitado que un mozalbete con su primera mujer.

—Si este villano mantiene su patrón actual, yo esperaría que llegara aquí en algún momento. —Brad miró la anodina casa del pueblo con desagrado.

—O quizás nos hemos anticipado a él.

—Tal vez. Podríamos avisar a los dueños de este establecimiento y pedirles que nos alerten si aparece.

Nash rio.

—Realmente no entiendes la mentalidad de los bajos fondos, ¿verdad, Brad?

Brad le lanzó una mirada sombría.

—Comprendo que esta gente quiera obtener beneficios. Espero que les merezca la pena ayudarnos.

Nash sacudió la cabeza, con los labios todavía curvados por la diversión.

—Adelante, Alteza. Yo vigilaré tu espalda, por si alguien intenta clavarte un cuchillo.

—Te lo agradecería.

Brad subió los escalones del salón del juego y se detuvo en el rellano, observando al bruto hombre que bloqueaba la puerta. El portero le devolvió la mirada, como un desafío silencioso.

—Nos gustaría entrar —dijo Brad.

El portero señaló a Nash y luego señaló con el pulgar la puerta que tenía detrás. Nash esbozó una sonrisa, rodeó al tipo y abrió la puerta. Brad hizo ademán de seguirlo, pero una palma del tamaño de un jamón le golpeó el pecho y lo detuvo.

—Él —dijo el portero—. Usted no.

Brad agarró al hombre por la muñeca y le apartó la mano.

—¿Sabe quién soy?

—Bradford.

—Oh. —Sin inmutarse, consideró sus opciones. Estaba claro que el impostor ya había estado aquí... y había dejado una impresión poco halagüeña—. Usted lo dejó entrar, pero yo soy más rico que él.

El portero cruzó los brazos sobre su enorme pecho y le miró como si fuera una mierda de vaca en la alfombra del salón. El brillo de sus ojos retó a Brad a intentar algo físico.

Brad miró hacia la puerta cerrada, preguntándose por qué Nash no había vuelto a buscarlo. Sin duda, su amigo, siempre en busca de la forma más rápida de aumentar su riqueza, lo había abandonado por las mesas. Tomó nota mental de llevar consigo a Ryan la próxima vez que quisiera infiltrarse en un salón de juego.

Miró al guardia a los ojos.

—¿No me dejará entrar? —El bruto se quedó mirando.

Brad sacó una guinea.

—¿Esto le hará cambiar de opinión?

La indignación se extendió por el rostro del portero. Mostrando los dientes en un gruñido, golpeó la mano de Brad, haciendo volar la moneda.

—Annie vale más que el oro.

—¿Annie?

El portero agarró dos puñados del abrigo perfectamente entallado de Brad y lo levantó con facilidad.

—Sabe lo que le hizo.

La genuina ofensa en el tono del guardia hizo que los sentidos de Brad se pusieran en alerta. Algo terrible había ocurrido aquí, y el impostor tenía algo que ver.

—Quiero hablar con el dueño de este establecimiento —pidió, manteniendo con esfuerzo un tono razonable ante un gigante que parecía que iba a mandarlo a volar tras la guinea—. Quiero arreglar las cosas.

El portero aflojó el agarre, la sorpresa y la sospecha se mezclaron en su rostro.

—¿Quiere ver a Ball?

—Sí. ¿Es posible?

El portero vaciló y una sonrisa impía se dibujó en su rostro.

—Iremos a ver a Ball. —Se dio la vuelta y abrió la puerta con una mano, arrastrando a Brad con la otra aún agarrada a su abrigo. Ante la posibilidad de caerse o ser arrastrado, Brad se las arregló para seguir el ritmo del portero.

El ruido del local asaltaba sus oídos: voces que se esforzaban por hacerse oír por encima de otras, risas estridentes, el tintineo de botellas contra copas, el golpeteo silencioso de las cartas

contra la mesa. Una vez dentro, el portero saludó con la cabeza a un tipo casi tan grande como él, y aquel monstruo salió para ocupar el lugar del guardia en la puerta principal.

Las fosas nasales de Brad se encendieron ante los olores del tabaco y el exceso de colonia, y cuando pasaron por la sala común, echó un vistazo en busca de Nash. Creyó vislumbrar una cabellera rubia que le resultaba familiar, pero luego lo arrastraron por un pasillo.

Finalmente se detuvieron ante una puerta custodiada por otro hombre enorme, que saludó con la cabeza al portero y golpeó la puerta con un puño carnoso. Una voz respondió desde el interior, y el guardián de esta puerta la abrió de un empujón, luego les hizo un gesto con la cabeza.

—El duque de Bradford desea verle, Ball —dijo el portero, y luego empujó a Brad dentro de la habitación. Cuando Brad tropezó con la lujosa alfombra roja, la puerta se cerró tras él con ominosa finalidad.

Vio un fuego ardiendo en la chimenea, varias estanterías repletas de libros y, detrás del enorme escritorio repleto de libros de contabilidad y papeles, a la mujer.

Le pareció que ya había pasado la flor de la vida, pero los generosos y suaves pechos, apenas cubiertos por el vestido de noche de seda color jade, habrían llamado la atención a cualquier edad. Un espectacular collar de diamantes y esmeraldas cubría aquel impresionante pecho y brillaba con cada respiración. Podría haber sido una belleza despampanante en otro tiempo, pero su amplia boca, de un dramático color escarlata, estaba rodeada de líneas esculpidas por la dura vida. Sus ojos azules brillaban con las lecciones de supervivencia bien aprendidas.

—Tienes agallas para enseñar esa cara tan bonita por aquí —dijo la llamativa pelirroja—. No quiero que me cuelguen por matar a un duque, pero algunos de los chicos no son tan quisquillosos.

—¿Eres Ball?

Ella rio.

—No juegues, Bradford. ¿Has venido a compensarme por lo de Annie?

—Ha habido un malentendido.

—Golpeaste a mi chica y no puede trabajar. Digo que me debes el dinero que ella me habría hecho ganar.

Brad se irguió y la miró fríamente.

—Señora, como le he dicho, ha habido un malentendido. Es la primera vez que visito su establecimiento.

Ella soltó una carcajada.

—Bastardo despiadado. Estuviste aquí anoche, borracho como una cuba. Tomaste a Annie para tu placer y luego usaste tus puños con ella. La chica apenas puede andar hoy.

—No lo hice. Desafortunadamente, señora Ball...

—Solo Ball. Es un apodo.

—Como iba diciendo, alguien que se parece a mí va por la ciudad haciéndose pasar por el duque de Bradford. Me ha estado causando no pocos problemas.

Soltó una carcajada.

—Es una nueva historia para evitar un escándalo. Vosotros, los nobles, sois muy raros.

—Le aseguro, señora, que no es ninguna broma. —Sacó su monedero y contó varias monedas y billetes, luego dejó el dinero sobre su escritorio con un tintineo de monedas. Ball se abalanzó sobre él como un gato sobre un ratón.

—Hay más de cincuenta libras —continuó—. Creo que eso debería compensaros a Annie y a usted por la pérdida de ingresos.

Ella le lanzó una larga mirada de sospecha con los ojos azules.

—Hablo muy en serio —continuó—. Este villano se parece tanto a mí, me han dicho, que aquellos que no me conocen bien podrían ser engañados.

—¿Es así? —Volvió a meter el dinero en la bolsa y lo guardó en un cajón—. No me importa quién seas o digas no ser —dijo—. Pagaste por Annie, así que estamos en paz.

—Si le vuelve a ver, ¿podría enviar una nota a Middleton House, en Mayfair?

Ella se sentó en su silla.

—Si le veo, ¿tengo que enviar una nota a su casa diciendo que le he visto?

Él no podía culpar su escepticismo y lo aceptó con calma.

—Sí.

—De acuerdo, si eso es lo que quiere que haga.

—Lo es. Haré que valga la pena.

Ella se encogió de hombros, casi desprendiendo un pecho precariamente recogido.

—Bien.

—¿Puedo pedirle también ayuda para localizar a mi compañero? — preguntó—. Su guardia lo dejó pasar por la puerta y no lo he visto desde entonces.

—Por supuesto. —Ella se levantó, su vestido verde brillando alrededor de su espectacular figura mientras salía de detrás del escritorio—. Ven conmigo.

Le cogió del brazo, enroscando posesivamente los dedos alrededor de la manga de su abrigo, y le condujo hasta la puerta. Salieron al vestíbulo justo en el momento en que se produjo una interrupción al final del pasillo. El guardia de la puerta retenía a una mujer rubia y delgada que se aferraba a él con una mano y le daba palmadas en el brazo con la otra.

—¡Suéltame, Moss! Quiero ver cómo Ball lo echa a la calle.

—Cálmate, Annie. Te vas a hacer daño.

—Ya viste lo que me hizo, Moss. Nunca pagará por ello; nadie se lo hará pagar. ¡Todo lo que tengo es ver a Ball tirando su culo en la cuneta!

—Annie. —La voz tranquila de Ball los dejó helados—. Ven a mi despacho. Tú también, Moss. —Miró a Brad—. Mis disculpas, Alteza. Puedo hacer que uno de los hombres le ayude a localizar a su amigo.

—No es necesario. —Brad observó a la esbelta muchacha rubia mientras se acercaba, la forma en que se encogía en el armatoste del portero, su único ojo, el que no estaba hinchado, que se ensanchaba con cautela. La chica pasaba por guapa, pero caminaba despacio y con cuidado, como si cada paso fuera una agonía. Moss, el portero, miró a Brad como si quisiera despedazarlo con sus propias manos.

Brad se volvió hacia Ball.

—Quizá deberíamos entrar todos en su despacho, señora, para aclarar este asunto.

Ball se encogió de hombros.

—Bien, pero si vuelve a ir a por Annie, haré que Moss te eche.

Apretó la mandíbula.

—Entiendo.

Todos volvieron al despacho de Ball, y la forma en que Annie hacía todo lo posible por apartarse de su mirada hizo que a Brad se le revolvieran las tripas de rabia. Este impostor, cuando lo descubrieran, tendría mucho por lo que responder.

—El duque ha pagado tus ganancias perdidas, Annie, así que puedes quedarte en tu habitación esta noche —dijo Ball—. Pero si no eres capaz de aceptar clientes en un día o así,

tendré que dársela a otra chica.

—Lo sé —murmuró Annie.

Moss miró a su jefe como si quisiera decir algo, pero no se atreviera.

Brad frunció el ceño mirando a Ball.

—¿Espera que vuelva al trabajo como si no hubiera pasado nada? Está herida.

—¡Tú eres el que lo ha hecho! —gruñó Moss.

Ball levantó la mano para silenciar a su empleada y dirigió su atención a Brad.

—Esto es un negocio, Alteza, no una casa de caridad. Si Annie no puede trabajar, no puede quedarse. Ella lo sabe.

—Debe haber algo más que se pueda hacer.

—No sé por qué actúa tan bien de repente —murmuró Annie.

—Porque yo no te he hecho esto, Annie. —La chica se burló.

—Fue usted.

—No, no fui yo. —Brad mantuvo la voz calmada y suave—. Hay un hombre en Londres que se parece a mí y se hace pasar por mí.

—¿Qué? ¿Cómo su hermano? —se burló Annie.

El comentario descuidado le hizo detenerse con la negación aún en los labios. ¿Su hermano? ¿Tal vez uno de los golpes de papá?

Y si el mismo hombre que causaba todos estos problemas era también el padre del bebé que Sabrina le había traído... Bueno, eso explicaría lo de los dedos Middleton, ¿no? Y significaría que el canalla llevaba causando problemas mucho más tiempo de lo que sospechaban.

Mantuvo la calma en su expresión, aunque su sangre se aceleró con la certeza de que había dado con la verdad.

—Mírame con atención, Annie. ¿Tengo un aspecto diferente al que recuerdas?

—¿De qué está hablando? —gimió Annie, mirando a Ball.

—Haz lo que dice el duque —le dijo Ball—. Míralo bien y dile lo que quiere saber.

Moss fulminó con la mirada a Brad mientras Annie volvía su atención a escudriñarle.

—Parece más delgado —dijo finalmente—. Pero eso podría ser solo por su ropa. Y tiene el pelo más largo. Pero también hay formas de evitarlo.

—¿Es alto como yo? Dime todo lo que puedas.

—Más o menos del mismo tamaño. —Se quedó mirando la cara de Brad, por fin de cerca, y luego jadeó—. ¡Caray, sus ojos son diferentes!

—¿Diferentes, cómo? —Brad ignoró la repentina quietud de Ball y la mirada entrecerrada de Moss.

—Sus ojos eran verdes, verdes de verdad. Recuerdo haber pensado que parecían los ojos del diablo cuando me golpeó. Sus ojos son marrones. —Dejó escapar un suspiro lento—. No fue usted quien me hizo daño.

—Es cierto.

—¿Entonces quién lo hizo?

—Eso —dijo Brad mirando a Ball—, es lo que intento descubrir.

Annie se movió y Moss dio un paso atrás desde su postura protectora.

—Pero Ball dijo que pagó por mí. ¿Por qué lo hizo si no es usted?

—Porque es lo correcto. —Brad miró a Ball—. Como un hombre difícilmente puede

cambiar el color de sus ojos, creo que hemos establecido que la persona que hizo esta cosa horrible no fue el duque de Bradford. Señora, me gustaría negociar la liberación de esta chica de su empleo.

—Todo se puede negociar, Alteza —ronroneó Ball.

—¿Para qué la quiere? —preguntó Moss, con un tono sospechoso.

—Le daré un puesto en una de mis casas. —Brad miró a Annie—. ¿Te gustaría, Annie? Te aseguro que te pagaré un buen sueldo.

—¿Como una criada?

—Exactamente.

—Puedo hacerlo. Pero tengo mi propia cama aquí.

—Tendrás tu propia cama en mi casa, así como comida caliente todos los días.

—¿Todos los días? —Annie sonrió todo lo que le permitió su cara hinchada—. Caray. Pero nadie me pondrá la mano encima a menos que yo lo diga.

—De acuerdo. —Brad levantó las cejas mirando a Ball—. ¿Empezamos las negociaciones, señora? Y mientras discutimos los términos, tal vez su hombre aquí podría localizar a mi amigo por mí.

—Por supuesto. Ball despidió a sus empleados con un movimiento de cabeza hacia la puerta. —Moss, busca al acompañante de Su Gracia. Annie, recoge tus cosas. Tengo el presentimiento de que nos dejarás esta noche.

—Sí, Ball.

Ball se acercó a su escritorio y se sentó.

—Venga, Su Alteza. Discutamos los términos.



La Contessa della Pietra aceptó los efusivos cumplidos de Lord Highbrow, manteniendo su sonrisa con esfuerzo. Sir Alec Bennett y su esposa habían contratado sus servicios para la velada, y ella ya había recibido dos invitaciones más para cantar, una de ellas del anciano conde. Por desgracia, el conde parecía creer que contratar a una artista le daba derecho a poner sus manos sobre cualquier parte de su persona que le apeteciera.

—Cantas como un ruiseñor —dijo Highbrow, acariciándole el brazo—. Sé que serás una adición encantadora a nuestra fiesta de cartas. —Su mirada acuosa se clavó con obsesión casi lastimera en el pecho de ella.

—Gracias, milord. —Ella se alejó unos centímetros, obligándolo a soltar la mano, aunque sus ojos permanecieron fijos donde estaban—. Qué pena que su señora esposa no haya podido acompañarle esta noche. Espero que su salud mejore.

—Bah. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Megrims, como siempre. Estará como una rosa por la mañana.

—Me alegra oírlo. Ella fijó una sonrisa cortés y miró más allá de él-—. Oh, aquí está nuestra anfitriona. Espero que me disculpe...

—Me recuerdas a alguien. —Volvió a cogerla del brazo antes de que pudiera alejarse, y esta vez su agarre no le permitió escapar.

—Condesa. —Lady Clarissa Bennett se detuvo junto a ellos, su expresión era un perfecto equilibrio de educada autoridad—. A la marquesa de Lenster le gustaría una presentación.

—Por supuesto. —Sabrina tiró de su brazo—. Lord Highbrow, si me disculpa, debo atender a la marquesa.

El barón no pareció escuchar.

—Ella me recuerda a alguien, Clarissa —dijo—. Lo recordaré en un momento.

—Ahora, tío. —Lady Clarissa lanzó a Sabrina una mirada de disculpa—. Suelta a la condesa. Su señoría está esperando.

—Me halaga su admiración, milord —dijo Sabrina—. Toda artista busca conmover a su público.

—Conmover a su público. ¡Ajá! Lo he recordado. —Levantó un dedo—. Me recuerdas a una actriz que estaba de moda hace unos veinte años. Mi amigo Rothgard y yo estábamos locos por ella. Le enviábamos rosas cada vez que actuaba. —rio, claramente perdido en sus recuerdos —. Nora Larson. Una mujer preciosa. Tú podrías ser su imagen.

El corazón de Sabrina pareció detenerse en su pecho.

—Gracias, milord.

—Por supuesto, eres demasiado joven para recordarla. —Highbrow finalmente le soltó el brazo—. Espera a que se lo diga a Rothgard.

—Lady Lenster espera, tío. —Lady Clarissa logró apartar a Sabrina del alcance de las manos errantes de Lord Highbrow.

—Sí, sí, adelante —sonrió con nostalgia, claramente perdido en el pasado.

Lady Clarissa se llevó a Sabrina.

—Por favor, perdone a mi tío, condesa. Se está haciendo mayor. A veces su mente divaga.

—No hubo ningún daño —dijo Sabrina, aún conmocionada por la mención del nombre de su madre—. Me halaga que le haya recordado a alguien a quien una vez admiró tanto.

—Es usted muy amable. Ven, la marquesa te espera.

Capítulo 7

La señora Russell había llegado y vuelto a marcharse después de darle a David su comida matutina. Era evidente que la alegre mujer quería mucho al niño, pero mientras tanto tenía que atender a su propia familia.

Sabrina estaba sentada en el salón, en una mesita cerca de la ventana, con la cabeza inclinada sobre su contabilidad. Si seguía recibiendo invitaciones para actuar, como la noche anterior, ella y David podrían vivir cómodamente, con o sin el duque de Bradford. David pataleó y chilló en la cesta que había en el suelo, deleitándose con cada sonido. Ella levantó la vista de sus números y sonrió ante su alegre inocencia mientras se entretenía con sus manos. Pero su sonrisa se desvaneció al pensar que, si bien podía alimentar y vestir al bebé con lo que ganaba, nunca podría proporcionarle el amor de un padre. Llamaron a la puerta. Con un suspiro, dejó la pluma y, tras echar un vistazo al bebé para asegurarse de que estaba a salvo, salió al vestíbulo justo cuando resonaba otro golpe autoritario. Miró por la ventana que había junto a la puerta, jadeó y se apresuró a abrirla.

Bradford la miró con desaprobación desde su elevada altura.

—Señorita Larson, ¿no hay sirvientes que atiendan la puerta?

Su leve reprimenda fue suficiente para ponerla rígida.

—Esta es una casa humilde, Alteza, no una mansión de Mayfair. Pase. —Abrió la puerta de par en par. Mientras él entraba en la casa, ella echó un vistazo a los dos relucientes carruajes parados en la acera.

—¡Señorita Larson!

—¿Sí? —Cerró la puerta y se volvió hacia él—. No necesita ladrar mi nombre como un general. —Cruzó los brazos y preguntó con fingida dulzura—: ¿Tan grande es su consecuencia que necesita más de un carruaje para acompañarla en sus visitas?

—Eres una descarada, teniendo en cuenta que fuiste tú quien acudió a mí en busca de ayuda.

—Y usted es bastante alto de empeine.

—Soy el duque de Bradford, jovencita. No hay empeine más alto que el mío.

Dijo las palabras con tal solemnidad que ella tardó varios segundos en darse cuenta de que sus ojos brillaban con humor.

Una risita brotó de ella cuando su actitud defensiva disminuyó.

—Es usted un hombre de peculiares diversiones, Alteza.

—Confío en que se guarde esos conocimientos para usted. —Se quitó el sombrero y miró a su alrededor—. ¿De verdad no tiene sirvientes?

—La cocinera está limpiando la cocina de la comida de la mañana, y la señora Russell, la nodriza, volverá para el almuerzo. —Le quitó el sombrero de copa alta de las manos y se volvió para dejarlo sobre la mesa junto a la puerta. El olor a sándalo que desprendía el costoso castor despertó sus sentidos y se volvió rápidamente hacia él—. ¿A qué debo este honor, Alteza?

—Por piedad, puede referirse a mí como Bradford, o Brad si lo prefiere.

—Como desee. —Un pequeño maullido desde el salón llamó su atención—. Venga al salón, su... quiero decir, Bradford. Debo atender a David.

Ella se apresuró a entrar en el salón, sin prestar atención a la falta de cortesía al dejar que él la siguiera. A David le estaba dando un ataque. Cuando sus gritos se hicieron más fuertes, ella lo

sacó de la cesta y lo sacudió en sus brazos.

—Aquí, aquí. Llegó Sabrina.

El duque entró en la habitación más despacio.

—¿Le pasa algo?

Ella levantó la vista, divertida por el tono vacilante de su voz.

—No, sólo está cansado. Espero que se duerma pronto.

—Ya veo.

Acurrucó a David contra su cuerpo y empezó a balancearse, girándose para poder ver al duque.

—Los bebés no hacen otra cosa que comer y dormir cuando son tan pequeños.

—¿Cómo sabe que está cansado?

—Por su llanto. Ella reprimió una sonrisa ante la torpeza con que él permanecía de pie ante la silla—. Siéntese, Alteza.

—Bradford —corrigió él suavemente—. Y no puedo sentarme mientras una dama está de pie.

—No puedo sentarme y mecerlo al mismo tiempo —dijo ella—. De verdad, no me ofenderá, y me hace sentir incómoda de pie tan sombríamente.

—No tiene razón para sentirse incómoda. He aceptado mantener al niño hasta que se encuentre a su verdadero padre.

Tan rápido como eso, su fácil relación se disolvió.

—Qué amable de su parte ofrecer refugio a un bebé inocente. —Consciente de la mordacidad de su voz, le dio la espalda, aparentemente para devolver a David a su cesta, pero en

realidad para ocultar la decepción que estaba segura que se reflejaba en su rostro. ¿Por qué seguía bajando la guardia con él solo para que le recordara quién y qué era?

Un hombre, y un hombre rico. Un duque. Alguien que nunca podría preocuparse por los demás tanto como por su propia bota negra.

Miró al bebé y volvió a recordar lo que era importante. Lo que importaba. David tenía los ojos cerrados con fuerza y chupaba furiosamente un puño, a punto de dormirse. Le dolía el corazón de amor.

Haría lo que pudiera por él.

Con cuidado, le ajustó la ropa para que durmiera cómodamente. A continuación, reunió sus defensas a su alrededor y se volvió para mirar al duque de Bradford.

Para su sorpresa, él observaba al bebé con una mezcla de dolor y algo que por un momento pareció anhelo.

—Es increíble cómo todos empezamos siendo tan pequeños e indefensos y, sin embargo, nos convertimos en lo que estamos destinados a ser.

Su corazón dio un lento vuelco en su pecho.

No. No se ablandaría con él. No podía confiar en él.

—Sí, bueno, así son las cosas, ¿no? —Ella volvió a sentarse en su silla junto a la ventana, y él se sentó finalmente en el sillón—. ¿Por qué me ha concedido el honor de su presencia, Alteza?

La insinuación de sarcasmo se deslizó por el rostro de Brad sin causarle daño alguno, pero sin duda era consciente de ello. Hizo una pausa antes de responder, buscando algún atisbo de calidez en sus ojos. Pero su expresión seguía siendo educada y distante, nada que ver con su objetivo.

Maldita sea, ¿qué le había dicho para que se pusiera en guardia? Cuando él llegó, ella había

estado riendo y bromeando con él. Ahora le observaba como si fuera un ladrón en una joyería. Quería que se sintiera a gusto con él, y no solo porque sospechara que tenía información que necesitaría para resolver su dificultad más actual. Solo quería caerle bien por razones que no se atrevía a explorar demasiado. Y hasta ahora no le había dado muchos incentivos para que lo considerara un amigo y no un enemigo.

Pero tampoco le mentiría.

—Estoy aquí porque dije que me haría cargo del niño de forma temporal, al menos hasta que se determine su paternidad. He venido a llevarla a su nuevo hogar.

—¡Mi nuevo hogar! ¿Qué tiene de malo esta casa?

Miró a su alrededor y se encogió de hombros, tachando el acogedor entorno de inferior.

—He alquilado una bonita casa para usted, señorita Larson. Estará muy cómoda allí, sobre todo porque hay personal.

Ella se había puesto rígida como un palo de billar en cuanto él empezó a hablar.

—No me gusta vivir a las órdenes de otro.

—¿No es esto lo que quería?

—La verdad es que no. —Se levantó y empezó a pasearse con los brazos cruzados sobre el pecho—. Esperaba que aceptara a su hijo y lo criara usted mismo.

—Y así lo haría, si fuera mío.

Se giró hacia él, con los ojos desorbitados y las mejillas teñidas de indignación.

—¿Cómo puede negarlo? Su propia abuela lo ha declarado miembro de su familia.

—Le he dicho que yo no puedo ser el padre del niño.

—Sí, porque estaba enclaustrado en su finca, de luto por su esposa. —Ella agitó una mano desdeñosa—. No veo por qué eso le impide ser capaz de engendrar un hijo, Bradford. No es

como si estuviera fuera del país o abatido por una enfermedad.

Apretó las manos contra los brazos de la silla.

—Bien podría haberlo estado —respondió en voz baja—. No me apetecía en absoluto estar en compañía de nadie durante ese tiempo, ni de mis amigos ni de mi familia. Desde luego, no de una amante.

—Qué terrible. —La mirada que le dirigió contenía compasión, pero también determinación—. Pero he visto a hombres de juerga con doncellas de taberna mientras sus esposas yacían en cama dando a luz. Que un duque busque el consuelo de una mujer tras la muerte de su esposa no es nada descabellado.

Se levantó de la silla.

—¿Y dónde ha visto semejantes cosas, señorita Larson? Usted profesa ser una mujer de carácter moral sólido. ¿Cómo podría una mujer con una sensibilidad tan delicada estar en posición de presenciar tales cosas?

—Mis comienzos fueron humildes.

—Percibo un misterio. —Se acercó más, escrutando su rostro. Justo cuando creía entenderla, se desplegó otra capa de secreto—. ¿Quién es su familia, Sabrina Larson? ¿De dónde viene?

—Estábamos hablando de David.

—Sí, y ahora estamos hablando de usted. —Se acercó lo suficiente como para alborotar los mechones de su cabello mientras exhalaba—. Es una mujer feroz, señorita Larson. David tiene mucha suerte de tenerla. Pero, ¿por qué una mujer soltera de su exquisito aspecto se cargaría con el hijo de otra mujer?

—No había nadie más. —Miró al bebé dormido y luego volvió a mirarle a él—. Lucy murió, abandonada por el hombre que engendró a su hijo. Solo me pidió que cuidara de David y

luchara para que ocupara el lugar que le correspondía en la sociedad.

—Ciertamente ha luchado —reconoció—. Una verdadera guerrera.

—Se burla de mí.

—No me burlo. Simplemente quiero entenderla. —El delicado aroma del agua de rosas permanecía en su piel, en sus atractivas trenzas, y él se llenó los pulmones con él. Quería llenarse las manos con ella. ¿Cómo podía un aroma tan inocente incitar tanta hambre?—. Qué valiente es, luchando conmigo espada contra espada por un niño que ni siquiera es suyo.

—Lo siento como mío —susurró ella.

Su corazón valiente le intrigaba. ¿Era la joven desinteresada que aparentaba ser, o una astuta oportunista empeñada en mejorar su propio estilo de vida?

—¿Quiere tener hijos? —le preguntó, mientras le pasaba un dedo por el brazo.

—La mayoría de las mujeres sí. —Ella se apartó, separándose unos centímetros.

—Algunas mujeres sí —corrigió él. Recorrió con la mirada el sencillo vestido de muselina, admirando la forma elegante bajo los pliegues de color verde pálido. El modesto escote solo dejaba entrever los magníficos pechos que él sabía que tenía—. Parece algo natural, algo que una mujer desearía. Sin embargo, por alguna razón, hay quienes se acobardan por ello.

—No sé nada de eso. Solo puedo hablar por mí.

—Solo hablamos de usted. ¿De dónde viene? ¿Quiénes son sus padres?

—Mis padres están muertos. Estoy sola en el mundo, Alteza, así que verá por qué soy cautelosa.

—Sería tonta si no lo fuera. Un hombre sin escrúpulos podría intentar aprovecharse de una mujer de su belleza.

Sí. Ella lo miró audazmente.

—Podría.

En lugar de ofenderse, se sintió divertido.

—Muy bien, pequeño erizo. Le sugiero que recoja su carga y venga conmigo a su nuevo hogar. Los criados traerán sus pertenencias en el otro carruaje.

—Está muy seguro de sí mismo.

—Estoy proveyendo para el niño, y para usted también. ¿No es esto lo que quería?

—Nunca se habló de mantenerme, Alteza. Quería que tomara a David a su cuidado. —Su tono era desafiante, pero a él no se le escapó la mirada anhelante que dirigió al bebé.

—¿Quería que simplemente me quedara al niño y lo criara? ¿Es capaz de separarse de él tan fácilmente?

—Sería lo mejor para él. —Ella levantó la barbilla, con los ojos verdes desafiantes, pero por primera vez él percibió un destello de vulnerabilidad.

Le cogió la barbilla con la mano.

—No, usted es lo mejor para él. Necesita a su feroz reina guerrera por un tiempo más.

Sus ojos se empañaron de lágrimas y su exuberante labio inferior tembló. Él sabía que lo que había hecho era imprudente, incluso cuando se inclinó hacia ella y apretó la boca contra la suya.

Por un momento, ella respondió. Su boca se aflojó bajo la de él y se inclinó más hacia él mientras él la rodeaba con los brazos. Hacía tanto tiempo que no estrechaba a una mujer contra sí que la pasión se encendió en su interior casi al instante. Sus suaves curvas se apretaron contra su pecho, de mujer a hombre. Quería perderse en ella, aliviar el hambre y calmar la soledad. Su dulzura le atrapó, le atrajo como la miel. Pero ella no podía disimular la inocencia de su beso.

No había probado nada. Probablemente, virgen.

Sabía que debía parar. Debía actuar como un caballero y apartarse. Pero desde el momento en que ella irrumpió en su vida, captó su atención, le hizo fijarse en una mujer por primera vez en más de un año. Y se dio cuenta de que no estaba dispuesto a dejarla marchar tan fácilmente.

Entonces ella le apartó, sus pequeñas manos se agarraron a su pecho. Le miró con aquellos ojos exóticos, con la boca húmeda por el beso.

—Pare. No formo parte de los enseres domésticos que hay que empaquetar y llevar a su casa, a su protección.

Las palabras picaron y lo sacudieron del hechizo casi romántico bajo el que había estado. Pero no quiso que ella viera que su protesta le había afectado.

Dio un paso atrás y se ajustó las mangas del abrigo.

—¿Qué hay de malo en que sea su protector? Como mujer sola en Londres, debería alegrarse de tenerme vigilándola.

—No compartiré su cama, Bradford.

Enarcó las cejas y le dedicó una fría sonrisa.

—¿Quién se lo ha pedido?

Ella no se acobardó y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Si ese beso fue una invitación —dijo ella—, considérelo rechazado.

—Fue un beso, señorita Larson, no una proposición.

—Mejor le llamo, Alteza. No quiero malentendidos entre nosotros.

—Como desee.

—Estoy aquí por David, nada más.

—Entendido.

—No para ser una compañera para su conveniencia.

—Usted ha hecho su punto.

—Y...

—Señorita Larson, creo que protesta demasiado.

La indignación parpadeó en su rostro, y aunque ella no mordió el anzuelo, la batalla estaba allí en sus ojos. Casi deseó que ella soltara ese control suyo, que dejara que su pasión la llevara de nuevo a sus brazos.

—En efecto —dijo finalmente—. Por favor, vigile a David mientras recojo mis cosas.

Y sin esperar respuesta, salió de la habitación, dejándolo solo con sus deseos insaciables y un bebé dormido.

Debía de estar loca para plantearse una situación así.

Sabrina guardó sus escasas pertenencias en la mochila, con menos cuidado del que habría tenido en otras circunstancias. Nunca le había pedido al duque que le proporcionara ningún tipo de sustento; era a David a quien quería que diera cobijo. Era a David a quien quería que mantuviera. Sabía que tenía pocas posibilidades de quedarse con el bebé, pero esperaba hacerlo como niñera, un empleo válido por el que ganaría un sueldo. Nunca había esperado que el duque la recogiera como si fuera un mueble y se la llevara a una residencia cuyo alquiler pagaba él.

El hecho de que no le hubiera hablado de los detalles de aquel acuerdo no se le escapó, ni tampoco el recuerdo de su beso.

No podía negar que la idea de pasar más tiempo con aquel precioso niño la llenaba de alegría. Sin embargo, la única manera de conseguirlo era aceptar la oferta del duque de vivir en una casa pagada por él, bajo sus condiciones. ¿Pero en qué la convertía eso?

Ansiaba quedarse con David, asegurarse de que recibiera los cuidados que se merecía.

¿Pero qué pasaría si el duque insistiera, si tratara de convencerla de que se fuera a su cama? ¿Sería tan despiadado como para echarlos a ambos a la calle si ella lo rechazaba? Él ya había abandonado a Lucy, y por eso ella debería odiarlo.

Pero no lo hacía. Y eso la asustaba más que cualquier otra cosa.

La situación era intolerable. Si se iba con él y vivía en una casa que él pagaba, le estaba dando a entender que tenía unos derechos que ella no tenía intención de concederle. Pero si se negaba a mudarse, él podría llevarse a David —a pesar de sus atrevidas palabras sobre que el bebé la necesitaba— y ella no volvería a ver al niño. Nunca sabría qué le había pasado ni si la promesa que le había hecho a Lucy se había cumplido.

Cerró la bolsa de viaje. Tendría que ser fuerte. Sí, el duque era atractivo. Sí, por alguna razón su cuerpo traidor se encendía cuando él estaba cerca. Pero al final era David quien tenía su corazón. David la necesitaba. Y se quedaría con él hasta que se decidiera su futuro, al diablo el duque de Bradford.



Mientras esperaba en el salón, Bradford lanzó una mirada cautelosa al bebé que dormitaba.

—Tienes suerte de estar durmiendo —dijo—. La señorita Larson está más irritable que de costumbre.

El niño ni siquiera se inmutó. Aliviado, Brad se sentó. Cuando una mujer iba a recoger sus cosas, un hombre podía esperar indefinidamente.

Supuso que no había necesitado tomarse tantas molestias. Probablemente podría haberse limitado a dar dinero para el niño, pero algo dentro de él quería asegurarse de que tuvieran un

lugar decente donde vivir, y no quería que Sabrina siguiera pensando que era un ogro. Naturalmente, tenía toda la intención de dejarla ocuparse de sus asuntos y no merodear por ahí, vigilándola como un loco obsesionado.

Pero no podía negarse a sí mismo que había venido hoy sobre todo para asegurarse de que ella aceptaba su oferta de ayuda, y no solo porque su abuela insistiera en que la ayudara. Por lo visto, Sabrina decía la verdad sobre el bebé, tal y como ella lo entendía, así que estaba dispuesto a considerar la posibilidad de que no fuera la oportunista que él había creído en un principio. Ella creía de verdad que él había engendrado a David. Pero su interés iba más allá de la mera gestión de un posible escándalo. Ella despertaba en él algo que no había sentido en mucho tiempo, y quería investigar esos sentimientos. Quería saber si ella sentía la misma conexión que él.

Hasta hoy, sabía que no se había comportado bien con ella. Nunca había dado el menor indicio de que fuera a quitarle el bebé, pero aun así ella aparentemente lo temía. Así que decidió demostrarle que no era un monstruo, sino un hombre que buscaba las mismas respuestas que ella.

Y si acababan siendo amantes, que así fuera.

Uno de sus criados se acercó a la puerta del salón.

—Laurence Berkley está en la puerta, Alteza. ¿Le permito entrar?

—Sí, hágale pasar.

Momentos después Berkley irrumpió en el salón.

—Alteza, ¿puedo preguntar por qué uno de sus sirvientes me detuvo en la puerta de mi propia casa? ¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Estoy esperando a la señorita Larson.

—¿Con qué propósito? ¿Y por qué hay un ejército de sirvientes cargando los carruajes afuera?

—La señorita Larson me ha pedido ayuda con respecto al joven David. Por lo tanto, estoy proporcionando una casa y sirvientes para ella y el bebé hasta que podamos resolver este asunto. —Brad hizo un gesto con la mano hacia el sillón—. Siéntese, señor Berkley.

—¡Qué bien que me inviten a sentarme en mi propio salón! —Berkley se dejó caer en la silla con un resoplido—. Usted se toma muchas libertades, Bradford, duque o no.

—Me parece que a menudo es más conveniente tomar las riendas para asegurarme de que las cosas se hacen correctamente.

—Parece que no pensó en eso cuando abandonó a Lucy, ¿verdad?

Brad se puso rígido.

—¿Es eso lo que piensa?

—Eso es lo que sé. —Berkley sostuvo la mirada de Brad—. A diferencia de Sabrina, yo fui testigo de su aventura con Lucy. Le vi ir a buscarla al teatro al menos tres veces esa primavera. Intenté decirle que tuviera cuidado, que un hombre de su estatus nunca la consideraría más que un juguete. Pero ella nunca me escuchó. Creía que usted la amaba.

Brad llamó la atención.

—¿Vio a este tipo usted mismo?

—Le vi.

Sacudió la cabeza.

—A mí nunca, Berkley. Estuve enclaustrado en mi finca hasta hace dos semanas. Desde hace algún tiempo, algún canalla anda por la ciudad utilizando mi nombre para sembrar el caos.

—Le vi a usted —repitió Berkley.

—Por lo visto, este tipo se me parece bastante.

Berkley resopló.

—Una historia probable. Para que lo sepa, Alteza, la sociedad puede inclinarse ante usted, pero Sabrina y yo no. A nuestros ojos, usted es la peor clase de canalla que envió a nuestra querida Lucy a la muerte.

Brad apretó la mandíbula.

—He estado rastreando los movimientos de este tipo, Berkley, desde que tuve conocimiento de él, y he contratado a Bow Street para que me ayude en el asunto. ¿Lo haría si yo fuera el culpable?

—Dado que el dinero no significa nada para usted, no me extrañaría que se involucraras en semejante subterfugio solo para desviar la atención de sí mismo.

—Realmente le caigo mal, ¿verdad?

Berkley miró con la certeza de los justos.

—Me desagrada cualquier hombre que abandona a una mujer que ha tenido un hijo.

—En eso estamos completamente de acuerdo.

Berkley soltó una carcajada incrédula.

—Es usted audaz, Alteza.

Brad apretó los dedos.

—Ya que hablamos de canallas, me desagradan los que no pueden controlar sus tendencias al juego. Especialmente si piden dinero prestado y luego lo pierden en las mesas. ¿Está de acuerdo?

El triunfo se desvaneció de la expresión de Berkley.

—Por supuesto. Una transgresión inexcusable.

—En efecto. Pero si esa es su creencia, ¿por qué dos rufianes —conocidos por trabajar para cierto hombre de negocios que presta fondos a los jugadores— vinieron ayer aquí y entraron

por la fuerza en la casa?

—¿Qué? —Berkley se irguió en su silla—. ¿Estuvieron aquí?

—Sí. Brad le dirigió una sombría mirada de censura—. Y también estaba la señorita Larson.

—Dios mío. —Berkley se pasó una mano por la cara y se hundió en su asiento—. ¿Por qué no me lo dijo? ¿Y cómo demonios lo sabe usted?

—Tenía a un hombre vigilando la casa. La señorita Larson parece ilesa, pero creo que estará de acuerdo en que, si siguen ocurriendo incidentes de este tipo, la seguridad tanto de ella como del bebé puede estar en peligro.

—Sí, sí. —Berkley sacó un pañuelo y se secó la frente—. Dios mío, estaban aquí. Podría haber pasado cualquier cosa. No puedo creer mi propia estupidez.

—Ahora verá por qué creo que la señorita Larson y el niño estarán más seguros bajo mi protección.

—Sí, sí, por supuesto.

—Ella está algo enojada con este asunto, así que espero su apoyo, Berkley. Si puede convencerla de que se mude a la casa que le he conseguido, entonces estará a salvo de cualquier otro encuentro desagradable.

—Entiendo. —Berkley volvió a meterse el pañuelo en la manga y luego miró a Brad a los ojos, con firme resolución—. Reconozco que he hecho un lío con mis propios asuntos, y al hacerlo he puesto en peligro la seguridad de Sabrina, pero sigo sosteniendo que usted es el menor de dos males, Bradford. En lo que a mí respecta, asesinó a Lucy con su abandono. No piense en seducir también a Sabrina. Una mujer muerta en su conciencia debería ser suficiente.

Brad asintió con rigidez, aunque le molestaba que incluso este réprobo cuestionara su inocencia.

—Su honor está a salvo conmigo.

—Más le vale, Alteza, o ni siquiera su título bastará para salvarle.

Capítulo 8

Cuando Sabrina bajó las escaleras, los sirvientes de Bradford recorrían los pisos de la casa como hormigas en un picnic. Uno de ellos le quitó la bolsa de viaje y Sabrina no tuvo más remedio que volver al salón. Allí encontró a Laurence sentado en el sofá frente al duque, con el bebé dormitando en la cesta entre ambos.

—¡Sabrina, buenos días! —exclamó Laurence, poniéndose en pie. El duque también se levantó de la silla. Aunque no dijo nada, sus ojos oscuros brillaban con cierta satisfacción masculina que le puso los pelos de punta.

Ignorando a Bradford, centró su atención en el viejo actor. No había olvidado a los desagradables visitantes que entraron a empujones en la casa el día anterior, pero aún no había mencionado el incidente a Laurence.

—Buenos días, Laurence. Me preguntaba cuándo vendrías a visitarme.

Algo en su tono debió de alertarle, porque su sonrisa se atenuó un poco mientras se ponía en pie.

—¿Va todo bien?

—Bastante —contestó ella, consciente de la astuta mirada de Bradford sobre ellos. Tomó asiento en el sofá, y Laurence volvió a sentarse a unos metros de distancia, al igual que el duque, frente a ellos—. Unos amigos tuyos hicieron una visita ayer, pero no aburriremos al duque con esas trivialidades. ¿Te ha dicho que ha venido a trasladarnos a David y a mí a una casa de su elección?

—Así es.

—He informado a Su Alteza de que estamos muy cómodos aquí, pero él insiste. —Arqueó las cejas hacia el duque.

—Y yo he informado a la señorita Larson de que no tendrá preocupaciones mientras esté bajo mi cuidado —dijo Brad.

—Me he impuesto como norma moral que nunca estaré en deuda con otra persona —replicó Sabrina—. Me gustaría que respetara mis deseos.

El duque le dedicó una sonrisa encantadora que la afectó más de lo que le gustaba.

—Por muy admirable que sea, señorita Larson, también es algo poco realista. Usted solicitó mi ayuda, y esta es la ayuda que he decidido darle.

—Y me hace parecer bastante maleducada por intentar rechazar su oferta.

—Si recuerda, ya hemos establecido los parámetros de nuestro acuerdo, ¿no es así?

A ella no le pasó desapercibida la insinuación en su voz, que le recordó con vívida claridad el beso robado que habían compartido. Sus mejillas se calentaron y esperó que Laurence no se diera cuenta.

—Así es, Alteza.

—Creo que es una buena idea —dijo Laurence—. No llevas mucho tiempo en Londres, Sabrina, y con el duque cuidando de ti, seguirás estando a salvo.

Ella le envió una mirada torva. ¿Cuándo había cambiado su opinión sobre Bradford?

—Creo recordar que pensabas diferente hace solo dos días, Laurence.

—Sí, bueno... —Envió una rápida mirada al duque—. Su Alteza y yo hemos estado hablando, Sabrina. Parece que nos hemos equivocado con él.

—¿Cómo dices? —Consciente de la sonrisa confiada de Bradford, se inclinó hacia delante

—. ¿En qué sentido le hemos perjudicado?

Laurence se movió en su silla.

—Al parecer hay alguien que se hace pasar por el duque y está causando todas estas travesuras.

—Oh. —Su tono quebradizo hizo que Laurence se estremeciera—. ¿Qué pruebas hay de esto, Laurence? ¿Quién es este misterioso gemelo que quiere destruir la reputación del amable y virtuoso duque?

—Señorita Larson, creo que es suficiente.

Sabrina se volvió bruscamente hacia Bradford.

—No puedo creer que sea tan cobarde como para atribuir sus propias fechorías a un misterioso desconocido que resulta ser su gemelo. ¿Cómo de crédula cree que soy?

—El señor Berkley no tiene ningún problema en aceptar mi explicación. Uno se pregunta por qué está tan empeñada en creer lo peor.

—Porque es demasiado fantasioso para ser verdad.

—Es una cínica —murmuró Brad, la comprensión iluminando sus ojos—. ¿Quién habría creído que una guerrera tan feroz como usted no tendría fe en los demás?

—Sé lo que la vida me ha enseñado —dijo ella—. Sé que puedo confiar en mí misma. Los demás no son tan de fiar.

—Eres demasiado joven para creencias tan duras —dijo Laurence—. Deberías confiar en que el duque hará lo correcto para ti y David.

—¿Qué es lo que te ha dicho, Laurence, que te hace creer que no hizo todas las cosas de las que hemos oído hablar? —preguntó Sabrina—. Sigue sin admitir que engendró a David.

—Tal vez no lo hizo —dijo Laurence.

—Lucy declaró que sí. No tendría motivos para mentir. Y tú mismo dijiste que lo viste con Lucy varias veces. ¿Cómo explicas eso?

—Al parecer, este impostor se parece mucho al duque.

—¡Qué conveniente!

Laurence frunció el ceño.

—Sabrina, yo fui quien realmente vio al hombre, y te digo que no era el duque de Bradford.

—¿Ah, sí? ¿Qué tiene de diferente?

—Su... eh...

—Me han dicho que este tipo tiene los ojos verdes —dijo Brad—. Como puede ver, mis ojos son marrones.

Lo último que ella quería hacer era mirarle a esos aterciopelados ojos oscuros. En lugar de eso, olfateó desdeñosamente.

—Una idea bastante fantasiosa.

Laurence le tomó las manos.

—Sabrina, debes escucharme. Esto es lo que querías. Bradford está dispuesto a cuidar de David. ¿Por qué dudas?

—Porque aún no admite que es el padre de David. Los adornos materiales están bien, pero este niño necesita un padre. Él no pidió nacer, ser un inconveniente. —Sabrina lanzó una mirada a Brad, sintiéndose un poco reconfortada por la forma en que fruncía el ceño al ver sus manos entrelazadas—. Me parece que, si un hombre fue tan descuidado como para engendrar un niño, debería asumir alguna responsabilidad en la crianza de ese niño.

—Está asumiendo su responsabilidad. Le proporciona un hogar, comida. —Laurence le

apretó las manos—. Acepta lo que puede darte, Sabrina. Quizá el resto llegue.

—Laurence...

—Sabrina. —Laurence volvió a apretarle las manos y luego la soltó—. La gente tiene sus limitaciones. Acepta la oferta del duque.

—De acuerdo. —Ella se puso de pie, todavía frustrada de que Laurence se pusiera del lado del duque—. En ese caso, estoy lista para partir.

—Por fin. —Brad también se puso de pie—. Creo que estará satisfecha con su nuevo hogar.

—Estoy segura de que está muy de moda, Bradford, pero no es mi casa. Es la suya.

Él le dedicó una sonrisa amable, y ella odió que pudiera hacer que su vientre se agitara con tanta facilidad.

—No —dijo él, señalando al bebé—. Es suya.



La casa que Bradford les había procurado la impresionó en cuanto la vio, pero nunca alentaría aquella escandalosa situación haciéndole al duque ningún cumplido.

Pequeña pero elegante y situada en una calle tranquila de un barrio antiguo, pero todavía de moda, la elegante residencia atraía cada parte de ella que anhelaba ser aceptada por la sociedad. Así era como siempre había imaginado la casa de sus sueños. El hecho de que Bradford se la proporcionara la irritaba y la emocionaba a la vez.

No era su esposa ni su amante. Se trataba de un acuerdo comercial, y ella se encargaría de que las cosas siguieran así, sin importar los motivos ocultos que pudiera tener Su Alteza. Pero no

podía negar, al menos para sí misma, que en el fondo de su corazón deseaba que todo esto fuera permanente. Real.

—¿Te gusta? —preguntó Bradford, observándola atentamente. Seguían sentados en su carruaje, pues el duque había relegado a Laurence y al bebé al segundo vehículo. Ella había notado que él parecía incómodo en presencia del bebé, pero supuso que se trataba de la incomodidad natural de un hombre ante un niño.

Volvió a mirar la casa por la ventanilla. Su corazón se abrió en señal de bienvenida, pero consiguió mantener el rostro impasible y el tono desinteresado.

—Es muy bonita.

Él apretó la mandíbula y ella se sintió victoriosa por un momento, pero entonces los lacayos estaban abriendo la puerta del carruaje.

—A ver qué le parece el interior —dijo. En lugar de esperar a los lacayos, bajó del coche, se volvió y le tendió la mano.

A ella le dio un vuelco el corazón. Tenía todo el aspecto de un novio dando la bienvenida a su nueva esposa a su hogar, pero ella cortó el pensamiento antes de que pudiera formarse por completo. Era un duque, muy por encima del tacto de la hija de una actriz que ni siquiera podía nombrar a su propio padre. Nunca ofrecería nada honorable a una mujer como ella.

—Venga, venga, señorita Larson.

La impaciencia de su voz la sacó de sus pensamientos. Se levantó del asiento, pero vaciló en la puerta del coche. Su mano permanecía extendida. Lentamente, la cogió.

El calor de su piel penetró incluso a través de los guantes. Su fuerza despreocupada la guio con facilidad por los escalones hasta que sus pies tocaron el suelo. La cogió de la mano un instante más de lo necesario y su mirada se clavó en la de ella.

Ella respiró hondo, tratando de normalizar su pulso. Nunca se había sentido tan afectada

por un hombre, y él ya había manifestado su interés por ella. Una situación tan peligrosa, sobre todo para una mujer que había jurado no caer jamás bajo el hechizo de ningún hombre. Cuanto antes resolvieran la situación con David, pensó, mejor.

Laurence salió del otro carruaje, junto con la señora Russell, que llevaba a David en su cesta. El actor les miró las manos, aún tocándose, y enarcó las cejas. Ella arrancó los dedos del apretón del duque y marchó hacia la casa.

La hora siguiente estuvo llena de presentaciones del personal —un ama de llaves, tres lacayos, tres criadas y la cocinera— y Sabrina hizo todo lo posible por no sentirse abrumada. La casa era preciosa y los criados estaban bien entrenados. Nunca había imaginado que llegaría a disfrutar de tanta comodidad. Bradford la observó todo el tiempo, por lo que Sabrina se esforzó por mantener una expresión fría. No quería que él creyera que le había hecho cambiar de opinión al proporcionarle aquel precioso hogar a ella y al bebé, aunque así fuera.

No era permanente. No era un apuesto héroe de cuento de hadas que la llevaba a su castillo para vivir en paz y felicidad para siempre. Era una situación temporal mientras él decidía qué hacer con David. Tenía que recordarlo.

Cuando llegara el día en que tuviera que abandonar este maravilloso hogar, lo haría sabiendo que David estaba bien cuidado y su promesa a Lucy cumplida.

Sabrina subió al tercer piso para ver la guardería. Brad se quedó abajo, la expresión de su cara cuando ella le preguntó si iba a venir recordaba a la de un hombre que acababa de comer carne en mal estado. Ella, Laurence, la señora Russell y David fueron en su lugar, guiados por la criada de arriba. Aquella joven fue llamada a los pocos minutos y les invitó a recorrer la zona por su cuenta.

David empezó a alborotarse y la señora Russell se excusó para ocuparse del bebé en el diminuto dormitorio, dejando a Laurence y Sabrina en la zona del aula de la guardería.

—Bueno —dijo él—. ¿Has cambiado de opinión?

—¿Sobre qué?

—Sobre ser la amante de un hombre. —Miró a su alrededor—. Esta es una buena casa que Bradford te ha proporcionado, Sabrina. No puedo evitar preguntarme qué precio pagarás por ella.

—¡Me animaste a aceptar su oferta!

Laurence se encogió de hombros.

—Pensé que simplemente estabas siendo inteligente, dejando que un noble como el duque pagara las facturas hasta que encontrara el valor para hacer lo correcto. Pero entonces vi esa pequeña escena junto al carruaje hace un momento.

—No tengo intención de compartir la cama del duque, Laurence. ¿Cómo puedes pensar eso? Me conoces mejor que eso.

Se encogió de hombros.

—Solo puedo guiarme por lo que veo.

La ira agudizó su tono.

—Hablando de lo que se ve, ¿quizá quieras explicar tus tratos con los dos rufianes que entraron a la fuerza en la casa el otro día? ¿Mint y Barney?

—Debo disculparme por ello. Nunca pensé que esos dos llevarían una broma tan lejos. —Le dedicó una sonrisa apaciguadora.

Ella no se dejaría apaciguar.

—Laurence Berkley, dime que no me consideras tan simplona.

Su sonrisa se desvaneció y suspiró.

—Muy bien. No eran amigos. Le debo dinero a un tipo de una partida de cartas. No siempre es paciente.

—¿Cuánto dinero?

Se incorporó, claramente ofendido.

—Jovencita, eso es asunto mío.

Ella apoyó las manos en las caderas.

—¡También es asunto mío si estos hombres creen que pueden irrumpir en tu casa y amenazarnos!

—Ya, ya. Ni se te ocurra.

—¿Cómo no voy a hacerlo, Laurence?

—Porque ya no es asunto tuyo. —Hizo un gesto con la mano para indicar los alrededores —. Ahora vives aquí. Estás fuera de peligro.

—Así que hay peligro.

Apartó la vista de su mirada directa.

—Bradford cuidará de ti ahora, Sabrina. Él te mantendrá a salvo.

—No soy responsabilidad de Bradford. Estoy aquí por David y por ninguna otra razón.

Laurence soltó una carcajada.

—Ya lo creo. ¿Pero él lo sabe? Ten cuidado, Sabrina, o podrías perder tu corazón por él.

Ella le señaló con el dedo.

—Deja de ocultarme cosas que puedan poner a David en peligro. Yo me ocuparé de mi corazón.

—Ah, querida Sabrina, olvidas que te vi junto al carruaje. —Le dedicó una sonrisa triste y le dio unas palmaditas en el brazo—. Creo que ya puede ser demasiado tarde.



Las sombras merodeaban por la taberna, aunque la luz del sol caía del cielo a través de las mugrientas ventanas. Una figura embozada permanecía junto a la mesa del rincón, y la capucha de la prenda ocultaba cualquier atisbo de rostro o figura. Solo la mano que sujetaba el asa de una jarra delataba su sexo masculino.

Unos pasos se acercaron y se detuvieron junto a la mesa.

—¿Es una broma? —La figura encapuchada levantó la vista—. Siéntate. Estás llamando la atención.

El recién llegado soltó una carcajada y se sentó a la mesa. Miró a su alrededor y llamó la atención de la camarera.

—Cerveza —dijo. Ella asintió y se apresuró a traerle una jarra.

El encapuchado miró a su acompañante.

—Se supone que debes ser discreto.

—¿A esto le llamas discreción? —Con una mueca de diversión, el recién llegado estiró la mano y tiró de la capucha del otro hombre—. Nadie le conoce aquí, milord. Y aunque os conocieran, están tan embrutecidos que os creerían una aparición. Porque, ¿qué haría el elegante y refinado vizconde Lahgton en una taberna de los muelles?

Nash lo fulminó con la mirada.

—Nunca se sabe quién puede hablar con quién.

—Se preocupa demasiado. —Llegó la cerveza, y el acompañante de Nash dedicó a la camarera una sonrisa lasciva y un cariñoso golpe en el trasero cuando se dio la vuelta—. La vida es para vivirla, Lahgton. Y últimamente he vivido bien.

—Desde luego que sí. —Nash observó con desagrado cómo el otro hombre engullía parte de la cerveza y se pasaba el dorso de la mano por la boca—. Pero creo que ha llegado el momento de poner fin a esta farsa. Seguro que ya ha ganado suficiente dinero.

—Lo dice un hombre que siempre ha tenido el dinero al alcance de la mano—. El recién llegado se recostó en su silla y le dedicó a Nash una sonrisa familiar y escalofriante al mismo tiempo—. Nunca hay suficiente.

Nash bajó la vista hacia su cerveza para escapar de la penetrante mirada. Debía de estar loco para haber aceptado la proposición de aquel hombre hacía tantos meses. ¿Cómo había podido ser tan tonto? ¿Por qué había permitido que el orgullo y los celos lo llevaran a traicionar a uno de sus mejores amigos?

—¿No me digas que sufres el peso de la conciencia, Lahgton?

Nash volvió a levantar la vista.

—Claro que no —mintió—. Es que... bueno, era fácil cuando Brad estaba secuestrado en su finca. Ahora que está aquí, en Londres, podría ser peligroso continuar. ¿Y si descubre quién eres?

El otro hombre se inclinó hacia delante, con los ojos verdes duros como el jade.

—¿Estás insinuando que mi querido hermano, el duque, podría apartar la vista de su maldito pianoforte el tiempo suficiente para desentrañar un plan que lleva años fraguándose?

—Ha oído las historias. Ha estado recibiendo las facturas...

—¡Y pagándolas! —El otro hombre echó la cabeza hacia atrás y rugió de risa. Por un instante se pareció tanto a Brad que Nash casi olvidó con quién estaba hablando. Pero cuando el otro hombre cogió la cerveza, aún sonriendo con malicioso regocijo, la realidad se hizo presente con la fuerza de una bala. Se trataba de Darius Jones, el hermano bastardo de Brad. Podría haber sido el gemelo de Brad, salvo por sus ojos verdes.

Y el hecho de que el hombre era un lunático. Dios mío, ¿qué había hecho?

—Pensé que sería prudente parar un rato —dijo Nash—. Al menos hasta que haya regresado a Bradford.

—¿Estás loco, Lahgton? Tenerlo aquí solo aumenta el desafío. —Jones se inclinó sobre la mesa—. A menos que tengas miedo de lo que hará cuando descubra que le has traicionado.

Nash esperaba parecer indiferente mientras cogía su cerveza.

—Por supuesto que no. Lo que me preocupa es mi propio pellejo... y el tuyo.

—¡Por eso puedo brindar! —Jones volvió a levantar la jarra.

Nash sonrió y golpeó su jarra contra la de Jones, pero por dentro se encogió de dolor por lo que había llegado a ser. Siempre había visto a Bradford como un hombre que lo tenía todo, y nunca pudo entender por qué Brad se consideraba torturado por el destino. A su modo de ver, era muy maleducado por parte de Brad lamentarse de la imperfección de su vida cuando tenía tanta riqueza a su alcance con la que aliviar sus males.

Jones se había acercado a Nash en el momento justo, cuando las restricciones financieras de su padre lo estaban estrangulando, cuando se sintió carcomido por los celos al descubrir que Harry había invitado a Brad a ir con él a la India y no lo había incluido. Y cuando preguntó a Brad si podía acompañarle en la excursión, la negativa de su viejo amigo había sido tajante.

Su rabia y su dolor por haber sido excluido eclipsaron su sentido común. Maldita sea, pero había sido un blanco fácil para un granuja como Darius Jones. Lo que había empezado como una forma de vengarse un poco —una parte de la riqueza y la influencia de las que Brad disfrutaba tan despreocupadamente— se había convertido en algo completamente distinto... y más peligroso.

¿Y qué le quedaba? Harry estaba muerto, y se sentía acribillado por la culpa mientras observaba cómo Brad se ocupaba de las travesuras que Jones había provocado. Y ahora las

acrobacias de Jones eran cada vez más atrevidas. ¿Cuánto tardaría en ir demasiado lejos?

Debería ir a ver a Brad, confesar, decirle dónde encontrar a Darius Jones. Pero eso significaría implicarse a sí mismo, lo que le costaría la amistad de Brad para siempre. Y ese era un precio que no estaba dispuesto a pagar.

Hizo una señal a la camarera.

—¡Más cerveza!

—Dos —dijo Jones, dejando su jarra vacía.

Nash asintió y levantó dos dedos hacia la camarera. Luego se volvió hacia Jones, el diablo que conocía.

—¿Qué es lo siguiente en tu plan?

Los labios de Jones se entreabrieron en una sonrisa lenta y diabólica que hizo que a Nash se le anudaran las tripas.

—Vas a apreciar esto de verdad...

Capítulo 9

¿Por qué demonios eran las mujeres tan contrarias?

Brad miraba por la ventana la penumbra londinense. Las páginas de su ópera estaban esparcidas por el piano, pero sus dedos no picaban las teclas como de costumbre. En su lugar, Sabrina Larson consumía sus pensamientos.

¿Qué demonios le pasaba? No era más que una mujer, una mujer sin perspectivas. Era atractiva. Muchas mujeres lo eran. Tenía la voz de una seductora. Lo mismo podía decirse de muchas mujeres que pisaban las tablas de Drury Lane. ¿Cómo fue que ella captó su atención tan completamente, de una manera que ninguna mujer lo había hecho desde antes de la muerte de su esposa?

¿Fue el bebé, el mero hecho de que le importara lo que le ocurriera? ¿O por la ferocidad con la que protegía al niño, sin echarse atrás cuando él la desafiaba?

Por alguna razón le costaba seguir enfadado con ella, incluso cuando le ponía a prueba hasta el límite de su paciencia.

Ella había acudido a su puerta suplicando apoyo para el bebé que decía ser suyo. Pero tal vez suplicar no era la palabra adecuada. Exigir estaba más cerca. Había llegado a su puerta y le había exigido que aceptara al niño como suyo. Incluso ante el rechazo absoluto, no se había dado por vencida, haciéndose pasar por una condesa italiana, para poder actuar para los diez mil de arriba y mantener al niño. Menos mal que lo había cortado de raíz. Tal vocación era propia de una bailarina de ópera o de una actriz. A pesar de sus humildes circunstancias, Sabrina Larson era mejor que eso.

¿Pero era lo bastante buena para un duque?

Maldita sea. Ni siquiera había tenido la delicadeza de darle las gracias por proporcionarle un hogar y criados para ella y el bebé. Había esperado algún tipo de gratitud ayer, sobre todo después de aquel momento junto al carruaje, cuando había abierto con orgullo la puerta de la casa. Pero ella había entrado en el edificio como si él la hubiera introducido en un corral, con la columna vertebral rígida y los labios fruncidos por la firme desaprobación.

Fue todo lo que pudo hacer para no besar aquellos labios y convertirlos en la dulce sumisión que antes había saboreado.

En lugar de eso, la dejó a su disgusto, satisfecho de haber ganado aquel asalto.

Llamaron a la puerta. Frunció el ceño, pues sus criados sabían que no debían molestarle mientras estuviera en la sala de música. Pero, de todos modos, no había estado trabajando en su música.

—¡Adelante! —llamó, consciente de que su enfado se reflejaba en su voz. La puerta se abrió y Watson se asomó—. Mis disculpas, Alteza, pero el señor Kaplan está aquí.

—¿Ha encontrado ya al canalla? Ha sido un trabajo rápido. —Reunió sus páginas de composición en una pila ordenada y las puso sobre el escritorio—. Llévalo a mi estudio, Watson. Iré enseguida.

—Muy bien, Alteza.

Cuando Brad entró en el despacho varios minutos después, Kaplan estaba de pie frente a su escritorio, jugueteando con sus gafas, como era su costumbre. Levantó la vista con cierta impaciencia y se colocó rápidamente las gafas.

—Buenas tardes, Alteza.

—Señor Kaplan, confío en que tenga noticias para mí.

—Desde luego que sí.

Brad se sentó detrás de su escritorio.

—Muy eficiente de su parte, Kaplan. Entonces, ¿quién es él?

—¿Él, milord? He venido hoy para hablar de la señorita Larson.

—¿Ah, sí? —Su curiosidad aumentó, lo que le molestó mucho. Era solo una mujer, y una mujer difícil. No debería llamar tanto su atención.

—Me pidió que investigara sus antecedentes.

—Así es.

Kaplan sacó un pequeño diario.

—Llegó a Londres hace casi una semana. Antes vivía en una pequeña ciudad costera llamada Little Depping. Desde que llegó a Londres, ha estado viviendo en casa de Laurence Berkley, un actor de cierto renombre en los escenarios londinenses.

—Conozco al señor Berkley. Y tal vez le interese saber que la señorita Larson ya no vive en su casa. La he trasladado a una de mis propiedades.

Kaplan hizo un garabato en su cuaderno.

—Tomo nota, Excelencia. ¿Debo seguir investigando a la señorita Larson, entonces?

—¿Por qué no?

El señor Kaplan se aclaró la garganta, pero sostuvo la mirada de Brad fijamente cuando respondió:

—No estaba seguro de si la relación de la señorita con usted era de carácter privado.

Brad reprimió con esfuerzo el atisbo de irritación.

—Si está deduciendo que es mi amante, no lo es. La cuido a instancias de mi abuela.

—Ah. Muy bien, entonces. —Kaplan se subió las gafas—. Es que... uno supone... bueno, dado que la madre de la joven era conocida por ser una mujer que concedía sus favores con facilidad.

Brad se inclinó hacia delante.

—¿Qué está insinuando, Kaplan? ¿Que la madre de la señorita Larson era una ramera?

El rostro de Kaplan enrojeció.

—Ah... lo era, Alteza, al menos en los últimos años antes de morir.

—¡Al diablo con lo que dices! —Totalmente sorprendido, Brad se sentó. Nunca hubiera imaginado algo así. Sabía que tenía algún misterio en su pasado, pero supuso que se trataba de un romance que se había estropeado o de simple pobreza. ¿Podría ser una oportunista, después de todo?

Kaplan movió los pies.

—En realidad, es una historia bastante común, Su Alteza. La madre de Sabrina Larson era la actriz Nora Larson. Causó un gran revuelo en Drury Lane antes de desaparecer de Londres hace unos veinte años.

—¿Quién es el padre de la señorita Larson? Supongo que Nora Larson dejó Londres porque estaba embarazada.

—Creo que ese es el caso, Su Gracia, pero nadie con quien hablé puede nombrar al padre. Todo fue bastante secreto.

—¿Con quién habló, Kaplan? Admito que me has dejado atónito con tu rápida respuesta a mi pregunta.

—Los criados que trabajan para la señora Hayword —dijo Kaplan—. Sin embargo, la propia señora demostró estar bastante informada sobre el asunto.

—¡La señora Hayword! ¿No te dije específicamente que no la interrogaras?

—Lo hizo, Alteza, pero ella vino a mí mientras yo interrogaba a su personal. Ofreció la información por su propia voluntad.

—¿Ah, sí? —Brad golpeó el escritorio con los dedos—. Una situación muy interesante. Quizá recuerde a Nora Larson.

—Una posibilidad, señor. Seguiré investigando si lo requiere.

—Tal vez. —Reflexionó sobre el asunto. Cuando creyó que Sabrina era una oportunista en busca de dinero rápido, parecía ético investigarla. Sin embargo, ahora que la conocía un poco, tenía que admitir que se sentía un poco culpable por investigar su pasado.

Sin embargo, según las averiguaciones de Kaplan, era hija de una actriz convertida en prostituta, cuyo padre no había querido reconocerla. Esto implicaría una vida carente de comodidades. ¿Había aprovechado la oportunidad de mejorar su suerte reclamando al hijo de Lucy Belmont al nacer?

Maldita sea. Justo cuando creía haber descubierto el verdadero carácter de la mujer, surgían hechos que sembraban la duda.

—¿Eso es todo lo que ha averiguado? —preguntó.

—Hay más, Alteza, aunque no sobre la señorita Larson.

—¿Sobre el impostor, entonces?

—No, milord. Durante mi investigación sobre la señorita Larson, naturalmente investigué los antecedentes del señor Laurence Berkley.

—Conozco al señor Berkley.

—He descubierto que ha sido el administrador de una cuenta de inversión a nombre de la señorita Larson. Recientemente la cuenta fue cerrada, pero me han dicho que retiros sustanciales

fueron tomados de ella en los últimos años.

—Y, sin embargo, la señorita Larson llegó a Londres hace poco. —Brad frunció el ceño al darse cuenta de la implicación—. Berkley está en deuda con uno de los prestamistas más despiadados de Londres.

—Es un jugador, Alteza.

—Ciertamente lo es. Y su suerte no ha sido buena últimamente.

—¿Le gustaría que observara sus movimientos?

Brad meditó la idea un momento.

—No, hablaré yo mismo con él. Me gustaría que continuaras siguiendo al impostor.

—Muy bien, Alteza.

Llamaron a la puerta. Brad frunció el ceño cuando Watson asomó la cabeza.

—Mis disculpas, Alteza, pero hay unas visitas que exigen verle.

—Dígales...

—¡Hablaremos con Su Alteza inmediatamente! —Dos mujeres empujaron al criado y entraron en la habitación—. ¡Cómo te atreves a intentar evitarnos, Bradford! Después de lo que has hecho.

Brad se puso lentamente en pie.

—Lady Nantwick, señora Colley. ¿En qué puedo ayudarlas?

—¡Ayuda! —Lady Nantwick, una mujer excesivamente regordeta, se adelantó a grandes zancadas, con el pecho hinchado por la indignación y el rostro enrojecido por el mal genio—. ¡Puede dar cuenta del daño que le ha hecho al nuevo curricán de Clarise, sinvergüenza!

—¿Su nuevo curricán? —Consciente de que Kaplan se retiraba en silencio a un lugar

apartado del paso de las damas, Brad miró a la huesuda compañera de Lady Nantwick, que tenía cara de caballo, y observó que estaba más pálida que de costumbre—. Señora, me temo que me tiene en desventaja.

—El señor Colley ha recibido por fin la herencia de su prima lejana —dijo lady Nantwick antes de que la señora Colley pudiera abrir la boca—. Le ha comprado un bonito curricán nuevo que le han entregado esta misma mañana.

—Enhorabuena, señora Colley —dijo Brad—. Sin embargo, no puedo entender qué tiene que ver conmigo su nuevo curricle.

—¡Porque usted causó el accidente! —declaró Lady Nantwick, señalándole con el dedo.

Brad lanzó una mirada a Kaplan, una horrible sospecha recorriéndole, y luego volvió su atención a la señora Colley.

—¿Qué accidente?

—El de esta misma tarde en Hyde Park —dijo lady Nantwick—. Usted y ese semental suyo del demonio nos sacaron del camino mientras corría con ese joven cachorro de Westermann. La rueda se rompió y Clarise y yo casi morimos.

—Yo no estaba hoy en Hyde Park —dijo Brad.

—Ni siquiera intente negarlo —advirtió Lady Nantwick, sacudiéndole el dedo—. Le conozco desde que estabas en la guardería, Bradford, y no puedo tolerar tal comportamiento. ¿Qué dirá su abuela?

—¿A qué hora ocurrió esto?

—No entiendo la necesidad de preguntas tontas —dijo Lady Nantwick con un resoplido. —Claramente es obvio que Clarise y yo estábamos recorriendo el parque a la muy de moda hora de las cuatro para que todo el mundo pudiera observar su nueva adquisición.

—Por supuesto que sí. —Brad captó la mirada de Kaplan e inclinó la cabeza hacia la puerta. El corredor hizo una imperceptible inclinación de cabeza y salió silenciosamente de la habitación.

—No puedo comprender qué pretendía, corriendo por el parque a semejante velocidad. Y a esas horas. Podría habernos matado.

Brad miró más allá de Lady Nantwick.

—Señora Colley, ¿quedó muy dañado el carruaje?

—Sí —dijo Lady Nantwick.

Brad la fulminó con una mirada impaciente.

—Lady Nantwick, estaba hablando con la señora Colley.

—La querida Clarise está alterada. —Lady Nantwick se acercó a su camarada y le pasó un brazo por los hombros—. Necesita a sus amigas a su alrededor.

—Qué suerte que estuviera con ella. —Brad dio un paso adelante que apartó a Lady Nantwick y le dejó frente a Clarise Colley—. Señora Colley, ¿qué ha pasado?

—¡Bueno, yo nunca! —jadeó Lady Nantwick.

Brad le lanzó una dura mirada que hizo que cerrara los labios.

—El carruaje —susurró la señora Colley. Sus pálidos ojos azules parecían inmensos en su rostro, y la mirada de acusación que le dirigió hizo que el sentimiento de culpa le recorriera las entrañas, aunque no había hecho nada malo—. Mi marido me dijo que le esperara.

—Ya, ya, Clarise. —Lady Nantwick se abrió paso entre los dos, acariciando el brazo de Clarise—. Su Excelencia asumirá la responsabilidad de sus actos, de eso estoy segura. Arreglará las cosas con el señor Colley. —Su mirada desafió a Brad a contradecirla—. Debería avergonzarse, Bradford. Si su cochero no hubiera actuado con rapidez, el coche habría volcado y

alguien habría resultado herido.

—Me he hecho daño en el brazo —susurró la señora Colley, bajándose el chal para mostrarle un feo rasguño a lo largo del antebrazo.

Su ira disminuyó. Por muy difícil que fuera la situación, aquellas damas eran víctimas inocentes del impostor.

—Clarise, ¿por qué no me lo dijiste? —Lady Nantwick marchó hacia la puerta y la abrió, pero Brad dio dos zancadas y la bloqueó antes de que pudiera llamar a un criado. Lady Nantwick abrió la boca para protestar, con los ojos brillantes de furia.

—Ocúpese de la señora Colley —dijo en voz baja, y luego miró al lacayo que estaba en el vestíbulo—. Por favor, envíe a la señora Bentley con agua y vendas.

—Sí, Alteza. —El lacayo se alejó corriendo. Brad se encontró con la mirada de Lady Nantwick.

—¿Y qué hay del carruaje? —preguntó.

—Me ocuparé del asunto. Por favor, permita que mi personal la acompañe al salón mientras esperamos a que mi ama de llaves traiga las vendas. Y Lady Nantwick, ¿sería tan amable de refrescarme la memoria sobre lo sucedido?

Ella resopló.

—Al menos está dispuesto a hacer lo correcto.

Él se limitó a asentir, resignado a ser una vez más juzgado culpable sin juicio.

—Lo intento.

—La señora Langston es una de las viudas más ricas de Londres —susurró Laurence mientras él y Sabrina se dirigían a través del abarrotado salón hacia la dama en cuestión—. Ha solicitado expresamente una presentación.

—Intento no anticiparme a nada —dijo Sabrina, pero por dentro temblaba de emoción. Cada nueva actuación la acercaba un paso más a la libertad total, a una época en la que podría ser económicamente independiente sin comprometer ninguno de sus principios ni sucumbir a los caprichos de un hombre.

El recuerdo del beso de Bradford se coló en sus pensamientos y lo apartó sin piedad. El hecho de que él la hubiera trasladado a una casa pagada por él seguía irritándola. Si no fuera por David, nunca habría tolerado semejante atrevimiento. Pero hasta que acumulara fondos suficientes para vivir cómodamente y mantener a un hijo, no le quedaba más remedio que esperar.

Dios mío, odiaba despertarse todos los días preguntándose si hoy sería el día en que Bradford se cansaría de David y lo echaría o decidiría que debía mostrar su gratitud por su generosidad con otros favores más personales. Y temía su respuesta si la presionaban.

La condesa le proporcionaría suficientes ingresos para que pudiera tomar sus propias decisiones sobre su vida, pero la ilusión no podría proteger su corazón en caso de que Brad volcara en ella todo su poder de seducción.

—Señora Langston —dijo Laurence, deteniéndose junto a la apuesta mujer que conversaba con la señora Hayword—. Le presento a la Contessa della Pietra.

—¡Condesa! —La señora Langston aplaudió—. Estoy encantada de conocerla. Tengo que invitarla a mi cena del martes. Dígame que no está ya comprometida.

Sabrina miró a Laurence, que asintió imperceptiblemente, indicando que su agenda estaba

libre.

—Será un placer, señora Langston.

—¡Espléndido! Y usted, señor Berkley. —Ella le dio un golpecito juguetón en el brazo con su abanico—. Acompáñeme a la mesa de refrescos.

—Será un honor. —Ofreciéndole el brazo, Laurence acompañó a la mujer, dejando a Sabrina parpadeando ante el temperamento voluble de su nuevo patrón.

—Se ha puesto de moda, condesa —dijo la señora Hayword.

—Gracias a usted —respondió Sabrina—. Fue usted quien me brindó la oportunidad.

La señora Hayword sonrió y sus famosos ojos azules brillaron con humor.

—Recuerdo lo que sentí al ansiar esa oportunidad de hacer algo por mí misma. —Bajó la voz—. No sé si lo sabe, pero nací hija de un pescador. Pasé la mayor parte de mi vida fuera de las puertas de la sociedad, al menos de la parte aceptable. Los caballeros disfrutaban bastante de mi compañía, mientras que sus esposas cruzaban la calle cuando me veían. Y entonces el señor Hayword decidió desdeñar las convenciones y hacerme su esposa.

—Y todo cambió para usted.

La señora Hayword soltó una carcajada.

—¡Casi nada, querida! Fui horriblemente condenada al ostracismo... pero entonces el querido Allen falleció y me dejó siendo una viuda rica. Y de repente tenía más amigos de los que podía contar. —Miró alrededor de la habitación—. Decidí usar mi nueva posición para ayudar a otros en mi situación. A otros como tú.

Hacía tanto tiempo que nadie se preocupaba por su bienestar que Sabrina parpadeó y contuvo el repentino escozor de las lágrimas. Miró a la multitud para serenarse.

—Ojalá hubiera más gente en el mundo como usted.

—Ahora, querida. —La señora Hayword sacó un pañuelo de su retícula y se lo entregó—. No debes tener los ojos rojos cuando actúes.

Sabrina rio y se secó los ojos subrepticiamente.

—El cielo no lo quiera.

—Usa tu belleza y tu talento, querida niña. Te llevarán lejos en este mundo. Predigo que tendrás una gran carrera en el escenario.

—No. —Sabrina sacudió la cabeza y retorció el pañuelo entre sus dedos. —No tengo ningún deseo de entrar en el teatro. Me conformo con cantar en funciones privadas, nada más.

La señora Hayword se quedó boquiabierta.

—¿Estás loca? Podrías convertirte fácilmente en la artista más solicitada de Londres. Es una gran oportunidad.

—No deseo la fama, señora Hayword.

—Admito que estoy asombrada. Tu madre sin duda tenía las más altas aspiraciones.

Sabrina se paralizó.

—¿Cómo dice?

—Tu madre. Éramos amigas, al menos hasta que desapareció de Londres tan repentinamente. —La señora Hayword bajó la voz—. El querido Laurence me dijo quién eras aquella primera noche... ¡como si no pudiera averiguarlo por mí misma! Eres la viva imagen de Nora, mi niña.

Sabrina se quedó paralizada, sintiendo que el miedo la asfixiaba. ¿Revelaría la señora Hayword su engaño? Si el mundo descubría que no era quien decía ser, perdería la oportunidad de ganar suficiente dinero para mantener a David. Solo le quedarían los caprichos de Bradford.

Su rostro debió de revelar su pánico, porque la señora Hayword alargó la mano para

acariciarla.

—No temas, querida. Tu secreto está a salvo conmigo.

—Gracias —logró decir Sabrina.

—Ahora ven, condesa. La señora Langston está ansiosa por verte actuar.

—Señora Hayword, me llamo Sabrina. —La mujer mayor sonrió como respuesta.

Empezaron a caminar por el salón lleno de gente. Sabrina sonrió a los que se cruzaban, pero cuando se acercaban al piano, una mujer la miró fijamente con una intensidad que casi la hizo vacilar. La rubia, elegantemente vestida, parecía pasada de moda, pero estaba claro que había sido una gran belleza. Sus ojos eran de un verde impresionante, su porte perfecto y su figura parecía la de una mujer mucho más joven. Una marca de belleza cerca de la comisura de los labios llamaba la atención sobre su clásica estructura ósea. No sonreía.

Cerca de ella se encontraba una versión más joven de la mujer, cuya juventud era evidente en el brillo de su piel y la chispa excitada de sus ojos. Iba completamente vestida de blanco, como correspondía a una debutante.

«Madre e hija», pensó Sabrina. Pero, ¿por qué la madre la miraba tan intensamente?

Decidió ignorar el extraño comportamiento y se dirigió hacia el piano. Entonces alguien jadeó detrás de ella. Sabrina miró hacia atrás y vio que la mujer mayor se desplomaba en el suelo y la niña la atendía frenéticamente. Se detuvo.

—No, no —La señora Hayword la apremió mientras Sabrina trataba de evaluar la situación —. Los criados están atendiendo a Lady Rothgard. Hace mucho calor aquí. No dejes que esto interrumpa el entretenimiento.

—Muy bien. Sintiéndose extraña por continuar como si nada hubiera pasado, siguió a la señora Hayword hasta el pianoforte, más que consciente del alboroto que dejaba tras de sí.



—¿Por qué dejé que me convencieras de venir aquí? —Bradford subió las escaleras de la casa de la señora Hayword.

—Porque todavía estás de mal humor por el curricán de la señora Colley, y pensé que te divertiría —dijo Nash, siguiéndole el paso—. Debes de tener los bolsillos más profundos de la cristiandad para seguir pagando por cosas que no has comprado. ¿Por qué simplemente no negaste que estuviste en el parque esta tarde?

—Porque sí tengo bolsillos profundos, y porque no es culpa de la señora Colley que un loco arruinara su carruaje nuevo. Alguien debe restituirlo.

—Pero ¿por qué tú? Esto es lo que no puedo comprender.

Bradford levantó la aldaba de la puerta y golpeó, luego volvió a mirar a Nash.

—Porque lo hace en mi nombre. No quiero empeorar las cosas.

—Pero...

—Entiéndeme, Nash. Cuando encuentre a ese sinvergüenza, lamentará haberme traicionado. —La puerta se abrió y Brad entró, con Nash justo detrás.

—Pero se lo estás poniendo fácil para que se aproveche de ti. —Nash le agarró del brazo y tiró de él hasta detenerlo en medio del pasillo de la señora Hayword.

—Limitándote a pagar la cuenta cada vez que comete una de esas locuras, bien podrías estar admitiendo tu culpabilidad.

—Al final triunfaré.

—¿Y si hace algo peor que estrellar un curricán o acumular facturas de sastrería? —Nash exigió—. ¿Y si hace daño a alguien?

Pensando en Annie, Brad dijo:

—También me ocuparé de eso. —Continuó por el pasillo, obligando a Nash a apresurarse para seguirle el paso.

—Joder, Brad. Si esto me pasara a mí, ya estaría a medio camino de Bedlam. Solo... —Nash vaciló, pareciendo luchar con sus palabras—. Ten cuidado, ¿quieres?

Al notar la auténtica angustia en los ojos de su amigo, Brad forzó una sonrisa.

—Estoy en guardia, Nash.

—Bien. Asegúrate de estarlo. Me temo que lo peor está por venir de este embaucador.

—No eres el único. —Llegaron a la puerta del salón, que un lacayo abrió ceremoniosamente justo cuando sonaba un gong en el interior.

Nash y Brad cruzaron la puerta y se detuvieron. La señora Hayword estaba de pie al lado del piano, junto a la ventana, con una amplia sonrisa en el rostro.

—Damas y caballeros, amables invitados, es un placer para mí dar la bienvenida una vez más al salón de los jueves por la noche a la Condesa della Pietra.

Sonaron los aplausos y Sabrina, vestida de exquisito zafiro, se acercó al instrumento.

Brad se quedó mirando, incrédulo. ¿Qué pretendía ahora la impetuosa muchacha? Ayer mismo le había regalado una elegante casa en Londres donde vivir, con criados que se ocupaban de todas sus necesidades. ¿Por qué estaba aquí, entonces, actuando como si no tuviera otras perspectivas?

Maldito sea por tonto. ¿Sabrina Larson le estaba utilizando?

—¿Cuál es su juego? —murmuró—. Sea lo que sea, le pondré fin.

Como si le hubiera oído, Sabrina volvió la cabeza para mirar a Brad. Un momento de emoción temblorosa se extendió entre ellos. Luego apartó la cabeza y se puso a cantar.

Él sabía lo de la condesa; no había motivo para sentirse culpable.

Pero la miraba como si quisiera arrancarla del piano y arrastrarla fuera de la habitación, no sabía si por violencia o por pasión.

Recordó su animosidad cuando pensó que su disfraz era una treta para estafar a sus amigos. Le había exigido que cesara de inmediato. Seguramente, ahora que habían llegado a un acuerdo sobre David, él ya no lo creía.

Volvió a mirarle. Su mirada no había vacilado, todo su cuerpo estaba rígido. Dios mío, no se había dado cuenta de que ella seguiría siendo la condesa.

Y ella no se había dado cuenta de que él seguiría desaprobándolo.

Sin decir palabra a nadie, Brad se dio la vuelta y se marchó, pasando junto a la señora Hayword y sus sirvientes, que ayudaban discretamente a Lady Rothgard, aún pálida, a salir del salón.

La señora Hayword levantó la vista al pasar, dispuesta a saludarlo, pero la perplejidad se reflejó en sus facciones cuando Brad salió sin decir palabra. Su amigo Nash corrió tras él.

Sabrina consiguió terminar su actuación, motivada por la sonrisa de aprobación de la señora Langston. Pero la noche había perdido su magia para ella.

Pero cuando se despidió del salón aquella noche, el disgusto de Bradford seguía persiguiéndola. Y más tarde, cuando se quedó sola en su habitación, tuvo motivos para preguntarse si le había presionado demasiado.

Uno de los criados le había dejado una nota en la puerta de la cocina. Un escalofrío la recorrió al leerla.

ABANDONA LONDRES O MUERE

Capítulo 10

Después del desayuno, Brad llamó a su reluciente carruaje negro con el escudo de armas ducal estampado en las puertas y le dio la dirección de la señorita Sabrina Larson a su cochero.

Se recostó en el lujoso asiento, con la mirada perdida mientras Londres pasaba a toda velocidad a su lado, y la mañana gris hacía juego con la penumbra de su interior.

Maldita sea. ¿Cómo podía ser tan tonto como para creer que ella se pondría en sus manos, que le permitiría cuidar de ella? No, tenía que fingir para calmar su codicia, cantando por oro como una vulgar bailarina de ópera. Odiaba que hubiera jugado con sus emociones. Que le hubiera hecho desearla.

Todo en ella gritaba que no era el tipo de mujer adecuado para un duque. Mentirosa o inocente, virgen o sirena, no podía decidirse. Cada vez que la veía, parecía llevar una cara diferente. ¿Cuál era la verdadera Sabrina Larson?

Era la primera mujer en años que le hacía prestar atención al mundo más allá de las teclas de su piano. Cuando estaba con Sabrina, se sentía vivo de una manera que no había sentido desde que era un joven sin experiencia, deseoso de dejar su huella en el mundo.

Ella era un misterio que pedía ser resuelto, y él no podía resistirse a su atractivo. Pero no jugarían con él. Disfrutarían el uno del otro, pero él guardaría su corazón y su fortuna. Cuando su relación terminara, la dejaría marchar sin remordimientos.

Sabrina estaba desayunando cuando llegó Bradford. La criada le hizo pasar a la sala de desayunos y escapó lo más rápidamente posible, dejándolo en la puerta, frente a Sabrina. Con

una mirada, despidió al lacayo que estaba cerca.

—Esperaba que ya hubiera terminado de desayunar —dijo cuando el criado salió corriendo de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

—Me he quedado en cama esta mañana. —Primero apartó la mirada y se encogió de hombros—. Me acosté tarde por la noche.

Él se puso rígido.

—¿Tuvo una aventura?

—No sea ridículo. —Ella curvó el labio y se concentró en su desayuno—. Además, ¿quién es usted para hacerme semejante pregunta?

—Soy Bradford. —Entró en la habitación y ocupó una silla en la cabecera de la mesa. Notó el enfado en su rostro, y le pareció muy gratificante.

—Muy bien, pero no es mi amo. Creía que ya lo habíamos hablado.

Se acomodó en la silla, estiró los pies bajo la mesa y se llevó las manos a la cintura.

—Dígame por qué estaba en el salón anoche cuando le advertí sobre eso de fingir ser alguien que no es.

—No es asunto suyo.

—Lo es cuando vive en una casa que yo le proporciono.

Levantó la barbilla.

—Le dije que no estaba conforme con esta situación. Ya es bastante malo que viva en su casa, Bradford; no puedo depender de usted para todo. Debo ganarme mi propio camino.

—Tengo dinero. Puede usarlo.

—No cuando puede cortarme el grifo en cualquier momento. No dependeré de nadie.

—Ya depende de mi buena voluntad para que le permita quedarse con el bebé. —Se enderezó lentamente en la silla, y una parte de él sintió un placer perverso al ver cómo ella le observaba con recelo—. ¿Y si le pagara para que fuera institutriz de David?

Ella guardó silencio un momento y luego dijo:

—Hasta ahora, había deseado eso mismo. Pero hace poco me he dado cuenta de que debo tener ingresos fuera de su influencia.

—Y este es el camino que ha elegido. —Consiguió no sonreír. Aparentemente ella era vulnerable a él, de lo contrario aceptaría su oferta sin reparo—. ¿Qué me impide llevarme a David para siempre? ¿Enviarlo a un orfanato? ¿Dónde le dejaría eso?

Si las miradas pudieran arder, él habría quedado carbonizado.

—Soy más que consciente de esa posibilidad, por eso debo tener mis propios ingresos.

—Siempre que la fuente de esos ingresos no incluya desplumar a mis amigos.

—Yo no desplumo a nadie. Actúo bajo otro nombre, como muchos otros en el escenario hoy en día.

—No me gusta. —Se levantó y se acercó al lado de la mesa de ella, luego se inclinó, giró la silla de ella hacia él y la enjauló con una mano en cada brazo de la silla—. Yo soy el que tiene el poder aquí, Sabrina. Si yo lo quisiera, no volvería a ver al chico.

Él captó el destello de miedo que cruzó por su rostro y se sintió impresionado por la rapidez con que ella lo reprimió.

Miró fijamente las manos que la aprisionaban.

—Ha hablado mucho de ser diferente, Alteza, y sin embargo ahora veo que es como cualquier otro hombre, que solo quiere salirse con la suya, sin importar quién salga herido en el proceso.

—Si eso fuera cierto la habría echado a la calle la primera vez que la vi. En lugar de eso, la mantengo. ¿Es ese el acto de un hombre egoísta?

—Si espera que pague su generosidad compartiendo su cama, entonces sí, lo es.

—No me he fijado en una mujer desde la muerte de mi esposa. —Las palabras estallaron antes de que él pudiera detenerlas, pero el atisbo de sorpresa complacida en su rostro pesó más que cualquier arrepentimiento. Le deslizó un dedo por la mejilla—. Somos una combinación explosiva, Sabrina. ¿Por qué se resistes a lo que es tan natural? ¿No siente curiosidad?

—No voy a dar la espalda a lo que es correcto solo por un momento de placer. —Ella se apartó de su contacto.

Dejó caer la mano y cerró los dedos en un puño.

—¿Y seducir a los hombres con su voz es correcto? ¿En qué se diferencia de las mujeres que despliegan sus encantos de forma más evidente?

Ella se encabritó y le abofeteó la cara. El fuerte crujido los dejó atónitos a los dos. Él se frotó la mejilla mientras se enderezaba.

—Lo siento. Eso fue grosero. No me conoce. —Su respuesta fue tan baja que tuvo que esforzarse para oírla. Sus manos se retorcían en su regazo, retorciendo la sencilla muselina de su vestido de mañana—. He hecho lo que debía para sobrevivir en este mundo, a pesar de las acciones inmorales de los que me rodean. Le he jurado a Lucy que cuidaría de su hijo. —Sus ojos ardían con determinación y con un destello de lágrimas, mientras le sostenía la mirada—. Y lo cumpliré.

—Y su forma de hacerlo es cantando por una moneda.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —le preguntó—. No puedo aceptar dinero de usted, no mientras viva en su casa. Se acerca demasiado a un límite que no pienso cruzar.

—Me encantaría que lo cruzara... conmigo.

Su aguda mirada transmitió su opinión sobre esa sugerencia.

—Puedo convertirme en lavandera y trabajar por unos centavos. Sé leer y escribir, pero ¿qué hombre me contrataría para ser su empleada? Si no quiere ser un padre para David, entonces yo soy todo lo que tiene, y debo encontrar la manera de mantenernos sin poner en peligro mi vida o mi virtud.

Dio un paso atrás.

—¿No ve que este camino no es mejor que cualquier otro para una mujer sola?

—No estoy sola. Laurence me está ayudando.

—¿Laurence? —soltó una carcajada—. Querida niña, Laurence Berkley tiene sus propios problemas. El hombre está completamente acabado.

Ella se puso en pie.

—Laurence me ha ayudado desde el principio, y se lo agradezco.

—¿Cómo es que tiene tanta fe en un hombre que apenas conoce?

Puso las manos en las caderas.

—Es un viejo amigo de la familia.

—¿El amigo de su madre? —preguntó él con suave amenaza—. ¿Amigo de Nora?

Ella se aquietó.

—¿Qué sabe de mi madre?

—Sé que era guapa. —Seguro de que el poder había vuelto a él, Brad se llevó las manos a la espalda—. Nora Larson, la sensación del escenario londinense. Luego desapareció de Londres para no volver jamás.

—¿Quién se lo ha dicho? —susurró ella—. ¿Laurence?

—Me ocupo de saber estas cosas.

El color de la ira subió a sus mejillas.

—¿Hizo que me investigaran?

En lugar de enzarzarse en otra batalla de temperamentos, respondió:

—Una mujer llama a mi puerta afirmando que he engendrado un hijo con una mujer a la que no conozco. Luego, esa misma noche, la misma mujer se me presenta con un nombre completamente distinto. Soy un hombre rico. ¿Qué haría usted?

Se quedó callada durante un largo momento.

—Veo que puede parecer sospechoso —admitió.

—Efectivamente. —Él continuó—: Supongo que cuando Nora se fue de Londres, fue porque estaba embarazada.

Sabrina asintió.

—¿Y no sabe quién fue su padre?

—No. Ella nunca habló de él.

—Ahora entiendo por qué defiende a David con tanta vehemencia —dijo.

—¿Qué otra cosa se puede hacer? —exigió ella—. Al menos yo tenía a mi madre. David no tenía a nadie, excepto a mí, y le prometí a Lucy que me encargaría de que su padre se responsabilizara de él.

—Una noble empresa, sin duda. —Se inclinó hacia adelante—. Yo no soy su padre.

—Lucy dijo que lo era.

Él suspiró.

—Hay un hombre que se parece a mí, que se ha hecho pasar por mí. No ha dejado de

causar problemas.

En lugar de burlarse como él esperaba, ella se limitó a inclinar la cabeza y decir:

—Perdóneme, Bradford, pero como he dicho antes, eso parece un tanto fantasioso.

—Sé que lo es. He pasado las últimas semanas gritando mi inocencia al viento, solo para ser ignorado. Este tipo se parece a mí y conoce mis costumbres. Y es lo suficientemente listo como para mantenerse alejado de cualquiera que me conozca bien.

—Y es el padre de David.

—Es la única explicación. Sé que estaba enclaustrado en Bradford durante el tiempo en que el niño fue concebido. Perdóneme por mi falta de delicadeza, pero no hay otra manera de decirlo. Este canalla había empezado con pequeñas travesuras, así que nunca me enteré hasta que regresé a Londres hace poco. —Hizo una pausa al ocurrírsele una idea—. ¿Dijo Lucy alguna vez algo sobre el padre de David? Supongo que usted tampoco lo conoció.

—No lo conocí. Lucy ya llevaba varios meses de embarazo cuando regresó a Little Depping. —Sus mejillas se sonrosaron al decirlo y no pudo mirarle a los ojos.

Su modestia le pareció encantadora y erótica al mismo tiempo. ¿Se sonrojaría así la primera vez que se desnudara para un hombre?

¿Para él?

—A veces hablaba de usted —continuó Sabrina, sacándolo de su imaginación. De cómo llegaba después de la función en un carruaje de alquiler y se reunía con ella en la puerta del teatro.

—¿Un carruaje de alquiler?

Sabrina se encogió de hombros.

—Lucy supuso que usted quería evitar a los chismosos.

—O no tenía su propio carruaje.

—Usted es un hombre reservado, Bradford, y odia los chismes. No parece una explicación tan extraña.

—Tengo carruajes más que suficientes, si decido ser discreto sobre algo —dijo—. ¿Este tipo le proporcionó una casa? ¿Un carruaje? ¿Joyas? Son típicas de un hombre que toma a una amante bajo su protección.

—No.

—¿Dónde iban cuando estaban juntos? ¿A las habitaciones de ella? ¿A la de él?

Su ceño se frunció al darse cuenta.

—Ella nunca iba a casa de él, y no podía llevar a nadie a la suya, ya que compartía habitaciones con otra actriz.

—Entonces, ¿dónde estaban a solas?

—No lo sé. —Ruborizada, hizo un gesto con la mano para evitar la pregunta—. Usted más que yo sabrá dónde fue con Lucy para estar a solas.

—No fui yo, señorita Larson. —Se inclinó hacia adelante y capturó su mirada—. Un hombre como yo tiene más de un hogar en caso de que quiera aislamiento. Tengo un yate. También tengo suficiente dinero para conseguir una casa para mi amante en poco tiempo. Así que dispongo de lugares privados más que suficientes para llevar a una mujer, lugares que no están atendidos por extraños que venderían mi intimidad por un par de chelines. Mis sirvientes están bien pagados por su discreción.

—Usted aseguró esta residencia muy rápidamente —ella concedió—. E imagino que podría haber alojado a Lucy con estilo si así lo hubiera decidido. Pero debe admitir que su historia parece sacada de una novela.

—Lo sé. —Controlando su frustración, dijo—: Quizá le ayude saber que mi padre era conocido por ser avaro en discreción y liberal con su semilla. Tengo hermanastros que llegan a mi puerta todas las semanas. Creo que este impostor es uno de ellos.

—¿Un hermano que se parece a usted?

—Sí. Explicaría muchas cosas.

—Incluyendo los dedos Middleton.

—Exacto. —Le dedicó una sonrisa ladeada—. No soy el villano que usted cree.

Sabrina lo miró a los ojos oscuros y su interior se derritió lentamente. Parecía tan serio, tan auténtico. ¿Se atrevía a creer aquella locura?

—Digamos que tiene razón y que no es el padre de David. ¿Por qué ha hecho todo esto? —Señaló la casa—. ¿Por su abuela?

Se acercó a la ventana y miró hacia la calle.

—Como he dicho, el padre de David bien podría ser mi hermano, aunque ilegítimo. Eso convierte a David en mi sobrino, en mi familia. Es mi deber cuidar de mi familia.

Se le entrecortó la voz, solo un matiz. Siguió mirando fijamente a la calle, pero sus manos, que seguían aferradas a su espalda, mostraron por un momento los nudillos blancos.

Ella pudo sentir la angustia que desprendía como un fuerte perfume.

—¿Siempre protege a los Middleton, aunque no sean legítimos?

Él asintió. Luego se aclaró la garganta y se volvió hacia ella.

—Como ya he dicho, las indiscreciones de mi padre llegan a mi puerta con regularidad. Siempre he proporcionado a mis hermanastros un asentamiento para comenzar una vida. Después de todo, no fue su elección nacer. Fue un descuido de mi padre.

Se acercó más a él, fascinada por el derroche de sentimientos que podía ver en sus ojos. Su

voz era tranquila, su postura recta y correcta, pero ella percibía el hervidero de emociones a punto de desbordarse.

—Si está decidido a hacer lo correcto por David, ¿por qué no lo acepta en su casa?

—No puedo.

Se detuvo a un brazo de distancia. No podía reprimir completamente la acusación en su tono.

—¿Porque no es un verdadero Middleton?

—No. —Apretó la mandíbula—. Porque no podría soportarlo. —Las pocas y cortantes palabras transmitieron su dolor como si lo hubiera gritado.

—Muchos hombres se sienten incómodos con los niños —dijo ella.

—Esa no es la razón. —Intentó sonreír, pero se le notaba el tormento—. Perdí a mi propio hijo y no creo que pudiera amar a otro.

—Claro que podría. El corazón es capaz de todo tipo de amor.

Sacudió la cabeza.

—Yo no soy como usted. No puedo olvidar... —Extendió la mano y le acarició la mejilla —. Ni meter a alguien en mi corazón.

Ella se lamió los labios secos, totalmente consciente del calor de su carne contra su cara. Sus instintos la impulsaron a morderle la mano, a acercarse, a acurrucarse en su abrazo. Pero se resistió, apenas.

—Tiene miedo.

—Que lo diga una mujer. —Él rio y soltó la mano—. No protegí a mi hijo nonato. No correré el riesgo de que vuelva a ocurrir.

—Estoy segura de que volverá a casarse, a tener más hijos.

—No. —Sacudió la cabeza—. Llevo casi dos años solo, encerrado en mi finca, perdido en mi música. Llorando la muerte de un sueño que nunca podré tener.

—Oh, Bradford. —Ella no pudo contenerse y acortó la distancia que los separaba, apoyando una mano en el brazo de él—. Tal vez el sueño no esté muerto, solo retrasado.

Él soltó una risita reacia y le dio una palmadita en la mano.

—Quizás. O quizá esté destinado a estar solo. Una persona puede estar muy a gusto sola. Sin obligaciones, sin nadie que juzgue. Es bastante liberador.

Ella le sonrió.

—Pero usted no quiere eso, ¿verdad? Quiere una familia. Debería tener lo que quiere.

—Sé lo que quiero. —Le cogió los dedos y los entrelazó con los suyos. Sus palmas se apretaron la una contra la otra. Sin guantes, solo carne caliente. Su mano casi se tragó la de ella.

—Bradford...

—No te mentía cuando te dije que eras la única mujer en la que me había fijado desde la muerte de mi esposa —murmuró, rodeándole la cintura con el otro brazo y atrayéndola contra él. Le apretó las manos contra el corazón—. Todo en ti capta mi atención y no la suelta.

—Oh —fue todo lo que pudo decir. Había rechazado las atenciones de hombres borrachos en el pasado, sintiendo repulsión por sus manos manoseadoras, pero el abrazo de Brad era algo completamente nuevo. Podía sentir los latidos de su corazón bajo sus manos unidas, su aroma la atraía más en lugar de repelerla. Era mucho más grande que ella, su cuerpo tan diferente al suyo. Pero no era peligroso. Ni amenazante. No. Las diferencias entre ellos la fascinaban tanto como la emocionaban. Instintos que no reconocía cobraron vida en su interior, exigiéndole que se acercara a él.

—Eres tan hermosa —murmuró—. Y enérgica. No dudas en decirme que me vaya al diablo.

—Estoy segura de que nunca he dicho eso.

—Lo has hecho, solo que no con palabras. Dices «sí, Alteza» con los labios, y «al diablo contigo» con los ojos. Me distrae muchísimo. —Su mano se deslizó por su espalda y se extendió entre sus omóplatos.

—Procuraré ser más discreta.

—Oh, no, no hagas eso. —Inclinó la cabeza y le acarició el cuello por debajo de la oreja—. Me gusta saber que tengo ese efecto en ti.

El recorrido de sus labios por el cuello le produjo sensaciones que le recorrieron el cuerpo de la cabeza a los pies y viceversa. Jadeó y cerró los ojos mientras las deliciosas vibraciones le hacían girar la cabeza. Él le besó el cuello y luego llegó el sutil roce de sus dientes contra la carne sensible.

—Dios mío —susurró ella.

—Eres tan suave —murmuró él—. Tan cálida. No escondes tus emociones.

Bajó y la rodeó, lamiéndola, en la base de la garganta. Tan cerca de su pecho. Él desenredó sus dedos y aplastó la mano de ella contra su pecho, luego la rodeó con ambos brazos, atrayéndola completamente contra él.

Su cuerpo cantaba de alegría, el hambre surgiendo como una bestia y exigiendo ser alimentada. Se aferró a su cuello mientras él bajaba la cabeza y le besaba el borde del corpiño. Oyó un sonido extraño, como un gemido, y se dio cuenta de que procedía de su propia garganta. Se agarró a su cuello con ambas manos, aferrándose a él mientras las sensaciones invadían su cuerpo.

—Eres muy hermosa —murmuró él, cogiéndole el pecho con una mano. Frotó con el pulgar el pezón endurecido a través de la fina tela, y las caderas de ella se estremecieron contra él por sí solas, con un grito agudo saliendo de entre sus labios. Él se movió y se tragó el sonido en

la boca.

Su beso hizo desaparecer cualquier pensamiento racional. Le acarició el pecho, se lo masajeó, incluso se lo apretó mientras le abría los labios y la acariciaba con la lengua. Su cerebro estuvo a punto de estallar cuando le mordió el labio inferior y luego se lo chupó.

Dios mío... ¿por qué nadie le había dicho que era posible sentir tanto placer?

La coherencia se desvaneció rápidamente cuando él la tocó en lugares donde nadie la había tocado antes. Su modesto fichu de encaje se agitó indefenso en el suelo cuando él deslizó la mano dentro de su corpiño, más allá de la camisa, tirando del material hacia abajo para liberar sus pechos desnudos al sol de la mañana. La arrinconó contra la mesa del desayuno, con el borde presionándole el trasero y los muslos. Ella abrió la boca para protestar... para preguntar... tal vez para suplicar más. Entonces la boca de él se cerró sobre su dolorido pezón y las palabras se desvanecieron con la explosión de felicidad que la recorrió.

La levantó para sentarla sobre la mesa, apartando una silla que casi se cayó por su entusiasmo. Cambió la succión al otro pecho, amasando el primero con su mano fuerte y acariciando con el pulgar el pezón duro y puntiagudo. Apenas podía respirar, apenas podía seguir el ritmo del revoltijo de sensaciones que le agitaban el cerebro y le encendían las entrañas.

Tiró de sus faldas, subiéndoselas. Su mano se deslizó por debajo, deslizándose a lo largo de sus medias, y luego encontró la carne vulnerable de sus muslos. Se quedó sin aliento. Levantó la vista, la miró y la sostuvo mientras metía la mano entre sus muslos.

Se le cortó la respiración. Su corazón se detuvo. Luego retumbó como un trueno cuando él deslizó el dedo por su parte más íntima.

Ella se estremeció como un potro recién nacido, arqueándose hacia él, separando las piernas temblorosas para ayudarlo. Mientras tanto, él la observaba, acariciando los sensibles pliegues con una habilidad soberbia que derretía su voluntad como si fuera mantequilla.

—Ahí estás —murmuró, acariciándola suavemente—. Ah, Sabrina. Eres exquisita. —Le rozó los labios con un beso mientras le pasaba el pulgar por los sensibles pliegues. Ella gimió, el sonido quedó atrapado en su boca mientras él deslizaba suavemente un dedo en su interior.

Sus caderas se arqueaban sobre la mesa y sus ojos se cerraban. Él la sujetaba con firmeza, provocándola con movimientos superficiales del dedo entre sus piernas. Mientras tanto, su pulgar bailaba y se frotaba contra aquel punto que le hacía ver estrellas detrás de los párpados cerrados. Estaba perdida ante las clamorosas exigencias de aquel cuerpo desconocido que no sentía como propio y, sin embargo, lo era.

Presión, una presión increíble. Todo palpitaba, se hinchaba. Corría hacia algo, desesperada.

—Por favor —susurró. Y otra vez—. Por favor. —Y otra vez.

—Sí, dulce Sabrina. Sí, esto es lo que quieres.

Entonces él hizo algo, un giro de su mano o un movimiento de un dedo, y su cuerpo se rompió en mil pedazos allí mismo, en la sala de desayunos, entre las tazas de té y la vajilla.

—Buena chica —murmuró—. Buena, buena chica.

Durante largos momentos estuvo perdida, a la deriva, flotando en el mar, en el cielo o en alguna parte. Finalmente —minutos, horas—, el latido constante de su corazón la devolvió a sí misma. Abrió los ojos, parpadeando contra la luz del sol que entraba por las ventanas del comedor.

—Eres tan hermosa, Sabrina. Le tocó el pelo, la mejilla, le deslizó los dedos por la garganta hasta los pechos, aún desnudos—. Eres verdaderamente magnífica en tu pasión, mi dulce reina amazona.

—Nadie me lo dijo. —Su voz sonaba ronca, sin usar. Levantó una mano temblorosa para tocar su espesa cabellera oscura, como siempre había deseado—. Nadie me dijo que podía ser así.

—Eso y mucho más. —Le dio un suave beso en los labios—. Eso no fue más que un tierno juego, mi amor. Solo un breve atisbo a la pasión que te espera.

—¿Lo... lo hicimos? —Ella se levantó con dificultad sobre los codos y miró hacia abajo, casi temerosa de lo que vería. Pero él seguía completamente vestido, aunque su propia ropa estaba tironeada y desordenada—. ¿No habrás...?

—Tu virtud está intacta. —Volvió a sonreírle de forma ladeada, sus ojos oscuros brillaban con humor y todavía hervían de lujuria—. La sala de desayunos no es lugar para que una dama entregue su virtud. Me esfuerzo por un entorno más romántico.

—Oh, Dios mío. —¿Renunciar a su virtud? ¿Qué había hecho? Luchó por sentarse y él, caballero como era, la ayudó.

—Esto es solo el principio, mi amor. Ahora que estás aquí, podemos tener esto y mucho más, cuando queramos.

Sus palabras la consternaron. ¿Qué le había pasado? ¿En qué estaba pensando? ¿Había pensado en algo?

Se bajó la falda y él la ayudó a extender la muselina arrugada para que la cubriera por completo. Dejando que él se ocupara de eso, ella tiró con urgencia del borde de la camisa hasta el punto en que era decente, y luego del corpiño del vestido. Sin el fichu, la prenda dejaba al descubierto demasiado de su pecho para las horas de la mañana, pero no había nada que hacer al respecto. Él ya había visto todo lo que ella intentaba ocultar.

Laurence tenía razón. Corría el riesgo de perder su corazón —y algo más— por Bradford.

Intentó bajar y él la ayudó, enganchándola por la cintura y levantándola de la mesa. En el instante en que sus pies tocaron el suelo, él la habría cogido en brazos, pero ella extendió ambas manos, deteniéndolo con las palmas apoyadas en su pecho.

Él le sonrió, apoyando las manos en su cintura.

—¿Estás mareada?

—Indignada —corrigió ella, y le dio un fuerte empujón.

Él retrocedió un paso y la soltó.

—¿Qué te pasa?

—Te dije que no compartiría tu cama, Bradford, y lo dije en serio.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Más juegos de tu parte, Sabrina?

—Nada de juegos. Cruzó los brazos sobre su pecho parcialmente expuesto, sintiéndose desnuda a la brillante luz del sol de la mañana a pesar de estar completamente vestida—. Te dije que hay un límite que no cruzaré. Esta mañana he estado a punto de cruzarlo. Menos mal que recuperé la cordura.

—¿Así es como lo ves? —Ella había esperado ira, pero en su lugar él sonrió, una sonrisa oscura, depredadora y masculina que la emocionó y amenazó al mismo tiempo—. Podría haber tomado tu virginidad aquí mismo. Y tú lo habrías agradecido.

Se le calentó la cara, pero no aflojó la postura.

—Habría luchado contigo.

Él soltó una carcajada.

—Me habrías dado la bienvenida. Afronta la verdad, Sabrina. Te habrías entregado a mí allí mismo, en la mesa del desayuno.

Él tenía razón, maldito sea, pero a ella no le quedaba más que su terquedad para protegerse.

—Tienes derecho a opinar, pero ten por seguro que no se volverá a presentar una oportunidad así. Me ocuparé de ello.

—Cree eso si te ayuda a dormir por las noches, mi dulce niña, pero ambos sabemos la verdad de lo que ocurrió aquí.

Ella tragó con fuerza.

—Vete, por favor.

—Como desees. —Hizo una elegante reverencia, sin un pelo fuera de su sitio, sin una arruga en la corbata. Su elegancia no disimulada no hizo más que avivar su ira.

Le señaló con el dedo.

—Y quiero que sepas que seguiré actuando como condesa, Bradford. No interfieras.

Él arqueó las cejas mientras se enderezaba.

—Tan feroz guerrera. Muy bien, sigue cantando si lo deseas. Pero no creas que así encontrarás un rico protector. Te advierto que enviaré a David a un orfanato en cuanto descubra tal enlace.

—No quiero un protector rico —espetó ella—. Y tú eres vil al amenazarme.

—Te guste o no, ahora tienes un protector. —La cogió por la barbilla y le dio un fuerte beso en los labios—. Procura recordar lo que ha pasado aquí, mi amor, porque estamos lejos de haber terminado.

Giró sobre sus talones y abandonó la habitación, dejándola despeinada y confusa, y aún deseándole. Vislumbró su fichu en el suelo, debajo de la mesa, y se agachó para recogerlo, volviendo a colocar el encaje en su sitio para preservar su pudor, aunque ya era tarde para eso. Echando un largo vistazo a la mesa del desayuno —la vajilla había sido apartada pero no rota, gracias a Dios—, reflexionó sobre lo que había ocurrido aquí... y lo que casi había ocurrido.

Llamaría a Laurence. Necesitaba más trabajo, más dinero para librarse de esta precaria situación. Había jurado que no sería la amante de Bradford, y no lo sería. Laurence podría

invertir su dinero y ayudarla a encontrar más oportunidades para actuar. Así se libraría de Bradford y de sus arrogantes exigencias.

Pero mientras abandonaba la sala del desayuno y se dirigía a su alcoba para recuperar su aspecto, todos los músculos y terminaciones nerviosas de su cuerpo seguían sintiendo el contacto de él. No podía evitar preguntarse, en un sentido estrictamente educativo, por supuesto, qué otros posibles placeres podrían haber más allá de lo que él le había mostrado.

Solo de pensarlo sintió otro escalofrío y apartó de su mente aquella idea escandalosa. No importaba qué otros placeres él planease compartir con ella; no tenía intención de rendirse a su voluntad. Pero cuando vio sus mejillas sonrojadas y su pelo alborotado en el espejo, experimentó un momento de pánico.

¿Tendría realmente la fortaleza para resistirse a él? ¿O acabaría siendo una mujer más descartada de la cama de un hombre rico?

Capítulo 11

Por la tarde, Sabrina había decidido dos cosas. En primer lugar, no volvería a dejar que las cosas se le fueran de las manos con Bradford. Sería fuerte y resistiría sus insinuaciones. Ahora que conocía los peligros sensuales que él le ofrecía, creía que era menos probable que cayera bajo su hechizo. Ahora estaba prevenida.

Y más curiosa que nunca.

Había escapado del encuentro con su virtud intacta; por lo tanto, era hora de fortificar sus defensas y prepararse para el asedio. Y saldría victoriosa.

En segundo lugar, decidió que probablemente Bradford no había enviado la nota amenazadora que recibió. No era de los que se arrastraban por las sombras asustando a las mujeres con trozos de papel. Si quisiera, podría echarla de Londres con poco esfuerzo, pero era el tipo de hombre que se enfrentaba a un cuerpo cara a cara sin mucho disimulo. Con Bradford siempre sabías quién se metía contigo y por qué.

Lo que significaba que había alguien más en Londres que la quería muerta.

Luchando por ignorar el pánico que le recorría el cuerpo, se obligó a reflexionar racionalmente sobre el asunto aquella tarde mientras tomaba una taza de té en el salón. Siendo una mujer inteligente, estaba naturalmente preocupada por su propia seguridad. Tener un enemigo misterioso que podía salir de las sombras en cualquier momento causaba estragos en los nervios. Consideró brevemente la posibilidad de hablar con Laurence sobre el asunto, pero luego lo reconsideró cuando se le ocurrió que él podría estar relacionado de algún modo con la amenaza. El hecho de que contara entre sus conocidos a un despiadado prestamista y a aquellos

amenazadores agentes de recaudación la hizo dudar a la hora de buscarle como protector.

¿Y Bradford? Antes se convertiría en una mendiga en las calles que ponerse en una posición de vulnerabilidad con él. Sin duda, él aprovecharía la oportunidad para «protegerla» obligándola a dejar de actuar, y eso era algo que ella no podía permitirse. No cuando significaba la diferencia entre sobrevivir o morir de hambre para ella y el bebé, en caso de que Bradford decidiera que se había cansado de ellos.

Su escasa herencia estaba casi agotada, ya que se había gastado en pagar el sueldo de la señora Russell y en comprar los vestidos de noche que necesitaba para actuar. El duque había asumido ahora los gastos de la señora Russell, contándola entre los sirvientes de la casa que él también mantenía; sin embargo, Sabrina sabía que no podía permitir que él absorbiera también las facturas de su ropa. En cuanto un hombre empezaba a pagar las facturas de la modista de una mujer, solo faltaba un paso más para que ella cayera en su cama y entregara su cuerpo y su independencia.

Ya lo había visto antes, numerosas veces con su madre a lo largo de los años. Algún tipo adinerado se encaprichaba de su madre y la convencía de que fuera su amante exclusiva.

—Este va a durar —decía Nora, abrazándola y sonriendo—. Este será el que nos cuide para siempre.

Y luego, meses después, a veces solo semanas, ella y Nora se encontraban de nuevo en las calles porque el tipo que juró cuidar de Nora para siempre se había mudado a pastos más verdes y a una nueva amante. El patrón nunca vaciló.

Dudaba que fuera muy diferente con Bradford. Era mejor permanecer en rincones separados, sin cruzar nunca la línea de la tentación. Hacerlo significaría un desastre, tanto para ella como para David, porque sabía que Bradford nunca le ofrecería matrimonio. No a ella.

Alejó la atractiva posibilidad, alarmada por su propio anhelo. Las cosas eran como eran y ningún sueño iba a cambiarlas. Contemplar siquiera un atisbo de semejante idea significaba, sin

duda, un desengaño amoroso.

La señora Potts, el ama de llaves, se acercó a la puerta del salón.

—Disculpe, señorita. Su Excelencia ha enviado a una doncella para que la atienda. Solicita que la conozca y le dé su aprobación personal antes de que le permita instalarse abajo con el resto del personal.

—Oh. —Sorprendida, Sabrina dejó el té. ¿Una doncella? ¿Era otra forma astuta de burlar sus defensas?—. Muy bien, entonces.

La señora Potts miró hacia el pasillo.

—Vamos.

Una joven rubia de la misma edad que Sabrina entró en la habitación, con las manos apretadas alrededor de una cartera desgastada.

—Annie, ella es la señora Larson.

Annie dio un pequeño respingo. Su voz, cuando hablaba, tenía el sabor distintivo de los menos afortunados de Londres.

—Encantada de conocerla, señorita Larson.

Sabrina asintió con la cabeza.

—Bienvenida, Annie. ¿Su Excelencia te ha enviado para ser doncella?

—Sí, señorita.

—Ya veo. —Sabrina estudió el aspecto de la muchacha, notando ya los signos de pobreza y abuso—. ¿Has sido alguna vez doncella de una dama?

Annie levantó la barbilla y dijo:

—No, señorita.

La insinuación de ánimo hizo sonreír a Sabrina. La falta de experiencia no disuadiría a esta chica de intentar mejorar su suerte en la vida.

—Nunca he tenido una doncella, así que será una aventura para las dos. Señora Potts, déjenos un momento a solas, por favor.

El ama de llaves se sobresaltó, pero obedientemente salió de la habitación, dejándolas solas para conversar.

Sabrina había tenido la tentación de mandar a paseo a la muchacha sin dudarlo. Con solo seis vestidos en su armario, apenas necesitaba una doncella. Pero cuando echó un vistazo a la muchacha —en el tinte amarillo verdoso de los moratones desvanecidos, la ropa muy remendada, el duro brillo de la supervivencia en sus ojos—, supo que no podía rechazar a Annie. Había visto la misma mirada cansada y hastiada en los ojos de demasiadas chicas que habían seguido el camino de su madre. Aunque era poco ortodoxo que un caballero enviara a una mujer de dudosa virtud a ser criada de alguien que pretendía ser una dama, era evidente que Brad había sabido que no podría rechazar la necesidad de empleo de la muchacha.

Maldito fuera su pellejo. No quería aceptar favores de él. Pero no podía dudar de su astucia.

—Estoy segura de que nos irá muy bien juntas —dijo. La chica se relajó visiblemente.

—Eso es lo que dijo que diría.

—¿El duque?

—Sí, señorita. Dijo que usted era una dama amable y que no le importaría nada que yo fuera... —Cerró la boca.

Sabrina fingió no haber oído la metedura de pata.

—Siéntate, Annie, y conozcámonos.

Annie miró los muebles.

—No quiero ensuciar nada.

—No lo harás. Siéntate en ese sillón y cuéntame cómo has llegado hasta aquí.

Annie se acercó al precioso sillón y lo miró por un momento antes de sentarse cautelosamente en su borde.

—Ya se lo he dicho, me envió Su Excelencia.

—¿Siempre has trabajado para el duque?

—Hasta ahora no. Pasó un dedo curioso por el borde esculpido de la mesita que tenía al lado.

—¿Dónde trabajabas antes?

—En Fulton's. —Se inclinó más para mirar las tallas—. ¿Son ángeles?

—Querubines, creo. ¿Qué es Fulton's?

Annie levantó la cabeza, con los ojos muy abiertos por la alarma.

—Eh... el lugar donde trabajaba.

—¿Qué clase de negocio es? —Annie guardó silencio.

Sabrina se inclinó hacia adelante.

—Puedes contármelo, Annie. No te juzgaré.

—Su Excelencia podría enfadarse conmigo si se lo cuento —replicó ella—. Y se lo debo.

Sabrina se puso tensa. ¿Qué tenía Bradford sobre esta dulce niña?

—¿Qué quieres decir? ¿Te ha obligado el duque a hacer esto?

—No, señorita.

—Está bien que me lo digas, Annie. No te presionaré para que hagas algo contra tu voluntad.

—No, no me obliga a hacer nada que no quiera. —Se cruzó de brazos.

Sabrina le sostuvo la mirada.

—Si estás segura. No quiero que el duque te haga sentir obligada.

—¡No! —Annie se puso de pie—. Me salvó, eso es lo que hizo. Me salvó de que me metieran con extraños todas las noches y de actuar como si me gustara. Y de que me golpearan solo porque a algún borracho le apetecía. —Levantó la cartera del suelo y apretó las asas con ambas manos—. Yo era una puta, señorita Larson, simple y llanamente. Y entenderé si quiere que me vaya.

Bajo la bravuconería de su tono se escondía una desesperación que Sabrina conocía bien. Se le partió el corazón y supo que Bradford había ganado.

—Claro que no quiero que te vayas. —Sabrina también se puso de pie—. Me atrevería a decir que ser doncella de una dama es mejor que aceptar cinco o seis clientes por noche y recibir solo una pequeña parte del precio pedido. A menos que el tipo te deje un poco más en el buró.

Annie entrecerró los ojos.

—Sabe mucho para ser una señorita.

—Mi madre se dedicaba a esto —dijo Sabrina—. Tú y yo no somos tan diferentes.

Después de un momento, Annie concedió:

—Tal vez.

—¿Cómo dejaste Fulton's? —Sabrina volvió a sentarse y le hizo un gesto a Annie para que también lo hiciera.

—Me golpeó el tipo que se parece al duque. —Annie volvió a sentarse en el sillón.

—Por el... —El aliento abandonó sus pulmones. Dios mío, ¿estaba diciendo esta chica que las escandalosas historias de Brad sobre un impostor eran ciertas?

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Quiere decir que no lo sabe? Un tipo que se parece al duque ha ido por la ciudad diciendo que él es el duque. Está causando problemas y el duque es culpado, ¿ve? Cuando Su Excelencia vino a buscar al canalla de Fulton, todos pensamos que había vuelto, el que me había apaleado. Pero no era él. Tienen ojos diferentes, ya sabe.

—No, no lo sabía. Tomó aire, intentando calmar su acelerado corazón. Si había que creer a Annie, entonces había juzgado gravemente mal a Bradford.

Y si había dicho la verdad sobre el impostor, ¿también decía la verdad sobre todo lo demás? ¿Que no era el padre de David?

¿Había estado condenando a un hombre inocente?

Se inclinó hacia delante, sosteniendo la mirada de Annie.

—¿Así que tú misma viste a ese hombre? ¿Al que se parece al duque? ¿Y te hizo daño?

Annie asintió, su expresión desprevenida.

—Me dio una buena paliza. El malo tiene ojos verdes, verdes salvajes como los del diablo. Pero el duque tiene esos ojos marrones que pueden mirarte con toda la amabilidad del mundo. Así es como se nota la diferencia. El duque pagó a Ball por mi contrato.

—Y ahora trabajas para él.

Annie asintió.

—Como dijo, ser criada es mejor.

—En efecto. —Se sentó, apenas capaz de respirar, aturdida por las revelaciones de la muchacha. Todo lo que había pensado sobre Bradford debía reconsiderarse ahora. Si no era el

villano egoísta que había abandonado a Lucy, ¿en qué lo convertía eso? ¿En un viudo afligido que había sido agraviado por un doble? ¿Un hombre que intentaba corregir los daños hechos en su nombre, aunque él mismo era inocente de los crímenes?

Oh, Dios, ¿un hombre de honor?

Annie se relajó un poco en su silla, sin duda aliviada de que no le enseñaran la puerta.

—Si no es una dama, ¿entonces cómo aprendió a hablar tan elegantemente?

—Cuando era joven, mi madre pagó para que me educaran. —Sabrina intentó dejar a un lado sus emociones y centrarse en la conversación.

—Ojalá la mía hubiera hecho eso. Pero se fue con un tipo cuando yo tenía once años. Desde entonces me cuido sola. —Volvió a tocar la talla querúbica de la mesa—. Siendo criada, ¿qué tengo que hacer?

—Creo que me ayudas a vestirme y a peinarme.

Annie sonrió.

—Sé de peinados. Solía ayudar a las chicas de Fulton's.

Sabrina asintió en señal de aprobación, aunque quería hacer una mueca ante la dura vida de esta chica. Ella misma no había vivido sus años en el lujo, pero al menos durante un tiempo fue educada en el habla y el refinamiento, la lectura y el cifrado. Esas habilidades habían demostrado ser útiles en los años más recientes, más magros.

—Entonces ya tienes algo de experiencia.

—Puedo ayudarte con el pelo y los vestidos y cosas así. ¿Qué más?

—Oh, venir conmigo a sitios, supongo. A la biblioteca o de compras.

—¿Ir de compras? ¿Cuándo haremos eso?

—Esta tarde —improvisó Sabrina—. Necesito cintas nuevas para un vestido que estoy

remendando. Tienes que venir conmigo.

—¡Me encanta ir de compras! —Con los ojos brillantes, por un momento Annie pareció una joven cualquiera ante la perspectiva de ir de compras—. ¿Cuándo vamos?

—Quizás debas acomodar tus cosas en tu habitación, y yo te llamaré cuando sea hora de partir.

—De acuerdo. —Annie se levantó de un salto—. ¿Dónde está mi habitación?

—La señora Potts te la mostrará.

Sin embargo, antes de que pudiera llamar a la sirvienta, se oyó un golpecito en la puerta del salón; luego se abrió de golpe y la señora Russell se asomó.

—Señorita, su hombrecito está despierto —anunció.

—Pase, señora Russell. Sabrina le hizo señas para que entrara y le tendió los brazos a David. El bebé tenía las mejillas sonrosadas y los ojos somnolientos, con ese mohín confuso que suelen poner los niños al despertarse de la siesta. La niñera se lo puso en los brazos.

—¿Es su bebé? —preguntó Annie.

—No. Es el bebé de mi amiga.

—¿Dónde está su amiga?

—Ha muerto.

Annie contempló eso por un momento.

—Una vez conocí a una chica de Ball que se dejó coger, y cuando nació el bebé no paraba de decir a todo el mundo que era el bebé de su amiga.

Sabrina puso los ojos en blanco.

—La verdad es que no es mi bebé. Yo solo cuido de él.

—¿Es el bebé del duque, entonces?

—Es usted muy grosera, jovencita —espetó la señora Russell.

Annie abrió la boca como para replicar, pero Sabrina le llamó la atención e hizo un gesto con la cabeza hacia la silla. Apretando los labios, Annie volvió a sentarse.

Sabrina se volvió hacia la niñera.

—Señora Russell, por favor, busque a la señora Potts y dígale que Annie ya puede ir a su cuarto.

—Volveré en un momento para alimentar al nene. —La señora Russell dio un último bufido de desaprobación a Annie, y luego salió de la habitación.

—No le caigo bien —dijo Annie.

Sabrina lanzó una mirada tras la niñera que se marchaba y replicó:

—Debes ser más discreta al expresar tus pensamientos, Annie. Si quieres saber algo, espera a que estemos solas y pregúntamelo.

—Puedo hacerlo. Así que usted y el duque...

—No.

—¿Nunca?

—No.

Annie miró a su alrededor, al fino mobiliario.

—Pero vives en su casa, ¿no?

—Solo temporalmente.

—Pero estás aquí. —En el rostro de Annie se dibujó una expresión que parecía demasiado cansada del mundo para sus tiernos años—. Ese es el primer paso, señorita.

—Por favor, llámame Sabrina. ¿Cuál es el primer paso?

—Cuando un hombre te quiere en su cama. Primero te acorrala, luego te seduce. —La miró fijamente con esa mirada directa de ojos azules—. ¿Se siente acorralada?

—No. —Sabrina mintió sin inmutarse—. En absoluto.

—Quizá deberías. Porque estás en una posición aquí, seguro. Por mucho que me guste el duque, sigue siendo un hombre. Si no quiere acabar en su cama, señorita Sabrina, debería tener mucho cuidado.

—No te preocupes, Annie. Sé lo que hago.

—Eso está bien. Más de una chica que conozco se encontró con las faldas revueltas antes de poder pestañear, incluso cuando juraba a Dios en el cielo que no iba a entregarse a un tipo. Es muy fácil olvidar todo eso cuando un tipo te enciende el fuego.

La mente de Sabrina volvió a la sala del desayuno.

—No temas, Annie. Tengo el control total de la situación.

Pero por mucho que intentara creerlo, algo en su interior se burlaba de ella por mentirosa.



Nash entró de golpe en su habitación, todavía furioso por el encuentro con su padre. ¿Cómo era posible que aquel hombre volviera a hacerle sentir como un mozalbete con unas pocas palabras bien pronunciadas?

Su ayuda de cámara apareció de otro lugar del piso.

—Buenas tardes, milord.

El...

—Debo cancelar mis planes para esta noche en el club, Smithers. Mi padre exige mi presencia en una cena para asistir al baile de la señorita Casey.

—Muy bien, señor. Si…

—¿Qué clase de vida es para un hombre ser vendido como un bien mueble en una subasta? —Nash se quitó los guantes, luego se quitó el sombrero, arrojó los guantes dentro de él y entregó ambos al ayuda de cámara—. Esta chica no tendría ninguna oportunidad de alcanzar una posición tan elevada si su padre no fuera tan rollizo en el bolsillo.

—En efecto, señor. Tal vez sea un buen momento para decirle...

—Es una chica sencilla: ojos marrones, pelo castaño. Muy aburrida. Ella está comprando su camino en los escalones superiores, Smithers, te lo digo. Al menos una vez que me case con ella, el dinero será mío. Pero maldita sea si me gusta ser llevado al altar como un cordero al matadero.

—Siempre puedes negarte a casarte con la moza.

Nash giró la cabeza al oír la divertida voz masculina.

—¿Qué haces aquí?

—El duque de Bradford ha venido a verle, milord—, soltó Smithers—. Está esperando en el salón.

—Más bien, estoy esperando en el vestíbulo. —Apoyado en la puerta del salón, un sonriente Darius Jones levantó un vaso—. Me he servido tu whisky, Lahgton.

—Ya veo. —Nash se volvió hacia su criado—. Gracias, Smithers. Estaremos en el salón y no nos molestarán.

—Muy bien, milord. —Smithers salió corriendo.

Nash miró a Jones con fastidio.

—Tú, al salón.

—Percibo hostilidad de tu parte, Lahgton. —Jones se apartó de la jamba de la puerta y precedió a Nash a la sala—. ¿He hecho algo que te disguste?

Nash lo siguió, cerró las puertas del salón con un chasquido y se volvió hacia él.

—He intentado localizarte. ¿Por qué no has respondido a mi llamada?

Jones se inclinó hacia delante y su mayor estatura le dio un aire amenazador.

—Porque no soy tu lacayo, Lahgton.

Por una vez, Nash no retrocedió. En lugar de eso, miró a Jones con dureza.

—Puede que te hagas el duque, Jones, pero no olvides que no tienes ninguna consecuencia real que te recomiende.

Los ojos de Jones se entrecerraron.

—Soy un Middleton.

—Por sangre, pero no por ley,

—¡Maldita sea la ley!

—Aprecio tus sentimientos, pero debes aceptar la verdad tal como es.

—¿Qué sabes tú de eso? —Jones se acercó a un sillón, donde se sentó sin invitación—. Naciste en el privilegio con sirvientes limpiando tu suave y blanco culo desde el momento en que saliste del vientre. ¿Cuándo has tenido que trabajar por algo en tu vida?

Nash curvó el labio.

—Aparentemente debo venderme en matrimonio simplemente para tener mi propia fortuna. ¿Cómo de justo es eso?

—Me haces reír, Lahgton. El pobre vizconde tiene que casarse con una moza rica para continuar con su lujoso estilo de vida. Qué tragedia.

—Me gustaría verte hacerlo. —Nash se acercó al aparador, repentinamente deseoso de un whisky.

—¿Casarte y acostarte con una joven virgen a cambio de un montón de oro? Soy tu hombre.

—Permíteme darte las indicaciones de la señorita Casey, entonces.

Jones soltó una carcajada.

—Anímate y sigue la línea como un buen chico, Lahgton. Solo tienes que zamparte a la potra una vez y luego consolarte con la gorda bolsa de su papá.

Armado con su whisky, Nash se volvió para enfrentarse a su némesis.

—Creo... Dios mío, te has cortado el pelo igual que Bradford.

—Mejor para engañar a las masas, muchacho.

Nash apretó con fuerza su vaso.

—Hay que poner fin a esta locura.

—Me parece bien. No te cases con la imbécil.

—Lo has entendido mal. Me refiero a este asunto con Brad. Tus tratos con el heredero de Rothgard fueron censurables. Es un milagro que los chismosos aún no se hayan enterado de la historia. Ahora estás llevando las cosas demasiado lejos.

Jones sonrió satisfecho.

—El joven sabía lo que hacía cuando se sentó en aquella mesa de juego. Quizá incluso aprendió una lección del incidente. Yo, sin embargo, adquirí un poco de carne de caballo de primera en el trato.

—¡Y casi llevó al chico a la bancarrota! Pensé que estabas centrando tus esfuerzos en Brad.

—Él es un hombre adulto. Y esto está relacionado con nuestro querido duque. Rothgard tiene a un hombre vigilando la casa del duque desde hace un par de semanas, aunque no he podido descubrir por qué. Debe de haber algún tipo de conexión, así que organizar la partida de cartas con el hijo de Rothgard me pareció la mejor manera de congraciarme —rio entre dientes —. Por supuesto, una vez que descubrí que el tipo era un jugador de cartas completamente inepto, no pude resistirme a la oportunidad de llenar un poco más las arcas.

Nash entrecerró los ojos. —Esto se acaba ahora. Todo este asunto con Brad, todo.

La cara de Jones se ensombreció.

—¿Quién demonios eres tú para decidir cuándo termina?

—No te ayudaré más. Seguramente estarás de acuerdo en que Brad ha pagado el precio de su insulto hacia mí.

—¡Al diablo con tu maldito honor! ¿Qué hay de mí? ¿Crees que he estado planeando todos estos años solo para arrastrarme y esconderme bajo una roca por tu palabra? ¿No consigo lo que quiero?

—No si eso significa hacer daño a la gente. Ese truco en el parque podría haber matado a alguien.

—Exageras, Lahgton. —La boca de Jones se curvó con diabólico regocijo—. Pero tendrías que haber visto a esas delicadas damas levantándose las faldas, gritando y dispersándose como gansos cuando bajamos corriendo por el sendero.

—Me alegro de que te divirtieras, pero la señora Colley resultó herida cuando su montura asustó a sus caballos. Su carruaje quedó completamente destruido.

—Una pena. Supongo que la arpía vive, ya que su desaparición aún no es conocida por la

sociedad.

—¡Maldita sea! —Nash estalló—. ¿No te importa nadie más que tú mismo?

—Es un resumen justo.

—Por eso ya no te ayudaré. Estás perdiendo el control.

—Me controlo perfectamente, Lahgton. Creo que eres tú quien siente la falta de control sobre mí.

—Sí, maldita sea, tienes razón. Has perdido toda dirección. Este juego ha durado demasiado, y no te ayudaré más. No puedo tener esta locura sobre mi conciencia. —Nash dejó su vaso sobre la mesa.

—Al diablo con tu conciencia. —Jones terminó su whisky—. Has ido demasiado lejos para detenerte ahora.

—¿Estás loco? Coge el dinero que has ganado y desaparece por donde has venido. —Nash agitó una mano desdeñosa—. Nadie se dará cuenta.

—Eres un ingenuo si crees que eso puede ocurrir. —Jones se levantó y miró al vizconde con evidente desprecio. —Si nos detenemos ahora, Bradford descubrirá lo que has hecho, y entonces ¿dónde estarás?

Nash se tensó.

—Me perdonará.

—¿Lo hará? ¿Es una persona tan santa que perdonaría a su mejor amigo por ayudar a un canalla como yo a arruinar su buen nombre? —Jones se inclinó más cerca.

—¿Perdonó a su propio padre? No, no lo perdonó. Bradford no tolera la traición.

—Eso fue diferente —dijo Nash, pero incluso él oyó la falta de convicción en su propia voz.

—No, no lo fue. Bradford no perdona fácilmente, y te considerará el traidor definitivo por ayudarme a arruinarle.

Nash no pudo responder a eso. Sabía que Jones tenía razón. Bradford nunca le perdonaría.

—No quiero que nadie más salga herido. No más carreras por el parque. Y no más desplumar a jovenzuelos de sus herencias.

—Sí, mi señor. —Jones ejecutó una elegante reverencia—. Como desee.

—No te burles de mí, maldita sea. Esto es un asunto serio. Nunca debería haber llegado tan lejos.

—¿Cómo pensabas que iría, viejo Lahgton? Desde que supe que era el hijo mayor del duque de Bradford, he querido obtener lo que era mío de ese usurpador. Es lo justo. El primogénito siempre lo hereda todo.

—Eres ilegítimo —señaló Nash—. Los bastardos no pueden heredar el título, no importa lo que elijas creer. Nunca puede ser tuyo.

Jones le dedicó una terrible sonrisa.

—Eso ya lo veremos, Lahgton. Ahora te agradeceré que en adelante no utilices la palabra «ilegítimo». Proyecta una imagen chabacana sobre mi linaje.

—¡No tienes linaje!

—En efecto, lo tengo. Pertenece al duque de Bradford. Y con tu ayuda, Lahgton, ese seré yo.

Con un saludo burlón, Darius Jones se dio la vuelta y abandonó el piso.

Nash se quedó donde Jones le había dejado, enfermo de remordimiento por el juego que había empezado. ¿Cuándo había perdido el control? Al principio parecía una broma, un truco para conseguir un poco de venganza encubierta —y un poco de dinero— sin que Brad supiera

que estaba implicado.

Pero ahora... ahora Jones estaba hablando locuras. ¿Qué quería decir con que pretendía convertirse en el duque de Bradford? Eso era imposible. Un bastardo no podía heredar. Pero a menos que quisiera confesárselo todo a Bradford, no había nada que pudiera hacer respecto a Jones y sus locuras. No podía arriesgarse al escándalo, especialmente con el compromiso con la señorita Casey colgando ante él como su única esperanza de independencia financiera.

Así que se callaría y vigilaría de cerca a Jones. Si se mantenía alerta, podría detener al impostor antes de que ocurriera algo irrevocable. Antes de que alguien más saliera herido.

Capítulo 12

Brad llegó a la casa dower precisamente a las once de aquella mañana. La citación de su abuela estaba redactada en frases breves y concisas, y no admitía discusión. Debía presentarse en su casa a esa hora, y no se tolerarían excusas.

Al oír su llamada, el mayordomo abrió la puerta y le saludó, inclinándose a un lado para dejar entrar a Brad en la casa. Un lacayo vino a quitarle el sombrero y los guantes, y Brad dijo:

—Winters, ¿dónde está mi abuela?

—En el salón chino —respondió el mayordomo—. Permítame que le anuncie, Alteza.

—No es necesario, Winters. Me está esperando.

Brad subió las escaleras hasta el segundo piso y se dirigió con precisión infalible al salón chino. Un lacayo se apresuró a abrir la puerta, pero Brad no aminoró el paso y se dirigió directamente al salón. Se detuvo en el umbral.

—Buenos días, abuela. Le pido disculpas. No sabía que tenía visita.

La duquesa le dirigió la misma mirada severa que le dirigía de niño cuando había manchado de barro las alfombras de Aubusson.

—Creo que conoces a Lady Crisdale. Y esta es su compañera, la señorita Tenet.

La arpía sentada frente a su abuela le dirigió una mirada que debería haberle incinerado en el acto. Vestida de pies a cabeza con crepé y bombardino negro, la anciana lady Crisdale llevaba ya unos trece años de luto por su marido. Brad creía que la enterrarían vestida de luto.

Su acompañante, una criatura de aspecto tímido y con gafas, lo observaba con palpable aprensión, como si pudiera abalanzarse y devorar a cualquiera de las dos en cualquier momento.

A pesar de su evidente hostilidad, Brad se inclinó y dijo:

—Es un placer volver a verlas, lady Crisdale, señorita Tenet.

—Tienes valor, Bradford. —Con un resoplido, Lady Crisdale se puso rígidamente en pie. Su compañera se levantó de su asiento y tomó el brazo de la viuda, estabilizándola—. No puedo entender que te atrevas a hablarme, canalla.

La educada sonrisa de Brad se congeló en su rostro.

—¿La he ofendido, Lady Crisdale?

—No te preocupes por mí, jovencito. ¿Qué hay de tu pobre abuela? ¿No tienes consideración por lo que tus hazañas hacen a su buen nombre? Debería darte vergüenza.

Antes de que Brad pudiera hablar, la abuela se levantó.

—¿Le digo a Winters que llame a tu carruaje, Aurelia?

—Excelente idea. Desde luego, no me quedaré en esta casa mientras tu nieto esté por aquí.

—Entiendo tus sentimientos, Aurelia. Sin embargo, ten en cuenta que es mi nieto, y te pediré que no hables mal de él en mi presencia.

—¡Deberían azotarle por los escándalos que ha provocado! —Lady Crisdale apretó los labios y tendió la mano a la duquesa—. Estoy indignada.

La duquesa cogió la mano de su amiga y la acarició.

—Lo sé, querida. Pero es mi nieto.

—Una circunstancia desafortunada.

—Vamos, convoquemos a Winters. —La duquesa acompañó a Lady Crisdale y a su

acompañante fuera del salón, enviando una dura mirada a Brad que le advertía que no interfiriera.

Pues bien. ¿Qué demonios había sido eso?, se preguntó.

El reloj de la chimenea no paraba de sonar mientras él se sentaba en una silla a esperar el regreso de su abuela. Ella había exigido que se presentara y luego parecía molesta de que lo hiciera. Observó cómo se movían las manecillas del ornamentado reloj, escuchando la ociosa conversación de los criados mientras recorrían los pasillos. Pasaron veinte minutos antes de que oyera los pasos de la duquesa acercándose.

Se levantó de un salto cuando ella entró en la habitación, pero ella le dirigió una mirada severa y señaló con la mano el sillón.

—Siéntate, Damon. Quiero hablar contigo.

—Estoy a tu servicio, abuela.

Ella soltó un pequeño bufido —un sonido extraño para una duquesa, especialmente una de su avanzada edad— y se sentó en el cómodo sofá frente a él. Solo cuando ella estuvo sentada se sentó él.

—Me gustaría saber qué te pasa, Damon. He oído las historias más sorprendentes sobre tu conducta, y no puedo creer que esas personas estuvieran hablando de mi nieto. Había oído hablar mejor de tu padre, incluso en sus peores momentos.

Brad hizo una mueca.

—¿Qué has oído?

—Toda clase de habladurías, algunas de las cuales ni siquiera deberían susurrarse en presencia de una dama. Pero mis amigos son leales y la mayoría son demasiado viejos para que les importe una higa lo que piense la sociedad, así que me han traído las historias para que pueda juzgar por mí misma si te has convertido en un malhechor como tu padre, que en paz descanse.

—En efecto, se habla mucho de mí —dijo él—, pero la mayor parte puede descartarse. Quizá deberías contarme lo que has oído.

Ella entrecerró los ojos y ladeó la cabeza, como si intentara determinar si decía la verdad.

—Se habló de puñetazos en una sala de juego conocida como Fulton's. Estoy segura de que nunca has estado allí.

Asintió, agradecido de reconocer la verdad.

—No participé en ningún altercado de ese tipo.

—Y un escándalo sobre una carrera por Hyde Park en la que el coche de una dama resultó dañado.

—Eso también lo he oído.

—¿Es cierto?

—El incidente ocurrió, pero yo no estaba presente.

—Hmm. Y también algunos rumores vergonzosos sobre ti jugando con las mujeres como el peor tipo de libertino e incluso iniciando un romance con alguna condesa italiana.

—Ah. —No pudo evitar sonreír—. Esa condesa italiana es la señorita Larson.

La abuela jadeó, con los ojos azules brillando de mal genio.

—¡Damon, por favor, dime que no te has aprovechado de esa pobre chica!

—Cálmate, abuela. No tenemos ninguna aventura; simplemente he alquilado una casa para que vivan la señorita Larson y el bebé hasta que solucionemos el asunto de la paternidad del niño.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué Aurelia supone que es italiana? Conocí a la chica y es tan inglesa como tú o yo.

—Cierto. —Hizo una pausa, buscando las palabras—. La señorita Larson se gana la vida cantando profesionalmente en eventos de moda. Se hace llamar condesa para parecer exótica.

—Qué tontería. El mundo educado se cree cualquier cosa. —Su abuela abrió el abanico y empezó a agitarlo—. No puedo entender que una joven decente como la señorita Larson actúe como una vulgar gitana para entretener a los diez mil de arriba. ¿Tiene talento?

—Lo tiene —admitió—. Ahora que la he instalado en una casa decente y le he proporcionado sirvientes, no espero que continúe con semejante locura.

—Excelente. Puedo respetar su necesidad de mantener al niño, pero ya que te encargarás de ello, debería dedicarse a actividades más propias de una mujer de buena cuna.

—Mis sentimientos exactamente.

La duquesa cerró su abanico.

—¿Entiendo que la tratas con respeto? No quiero oír que has comprometido la reputación de la chica.

Resistió el impulso de apartar la mirada de aquellos inquebrantables ojos azules.

—Por supuesto que no, abuela. Has declarado al niño un Middleton, y tanto él como la señorita Larson permanecerán bajo mi protección hasta que descubramos la identidad del padre.

—Sin duda uno de los golpes de tu padre —murmuró ella—. Es lo único que tiene sentido.

—De acuerdo —dijo él—. He conseguido un investigador de Bow Street para que investigue.

—Lástima que no seas el padre de la criatura. Encuentro a la señora Larson y a su hijo muy agradables.

Levantó las cejas.

—No habría esperado oír tal afirmación de ti, abuela. La madre de la señorita Larson era

actriz, su padre desconocido. Apareció en mi puerta con un niño que insiste en que es mío. La mayoría de las damas de su calibre la considerarían inferior.

—La mayoría de las damas de mi calibre son tontas —espetó la duquesa—. Esta chica se comporta bien y tiene modales aceptables. Y se esfuerza por hacer lo correcto por un niño que ni siquiera es suyo. En mi opinión, es más que digna de mi compañía.

—Debo admitir que me sorprende tu tolerancia.

—Al mundo le vendría bien un poco más de tolerancia —declaró, abriendo de nuevo su abanico—. Sin duda disminuiría la aflicción de los nervios.

Brad soltó una risita.

—Abuela, eres especial.

—Desde luego que lo soy. Pero no creas que esto te expulsa de las zarzas todavía, muchacho. ¿Qué hay de esos desagradables rumores? Si no eres tú quien propaga estos escándalos, ¿quién se atreve a avergonzar el nombre de Bradford de semejante manera?

Apretó la mandíbula.

—Un farsante, abuela. Un sinvergüenza que se parece a mí lo suficiente como para presentarse como Bradford con el fin de cometer esta travesura.

—¡Santo cielo! —El abanico de la duquesa cesó en seco—. ¿Quién es ese vagabundo?

—No lo sé. Eso es otra cosa que el investigador está indagando. El impostor es el que inició la reyerta en casa de Fulton y es también el que desguazó el nuevo carruaje de la señora Colley.

—¿Y es también el hombre que engendró al bebé de la señora Larson? Ella parecía convencida de que tú eras el pícaro que engendró y luego abandonó al niño.

—He empezado a creer lo mismo —admitió Brad—. Lo que significa que este tipo ha

estado preparando su travesura durante mucho más tiempo del que sospechaba.

La duquesa volvió a doblar su abanico y se inclinó hacia delante.

—Si el progenitor de la criatura era uno de los hijos viles de tu padre, tal vez se parezca lo suficiente a ti como para causar este enredo. Juro que es el impostor que buscas.

—No lo sabré con certeza hasta que lo encuentre. —Cogió su mano pequeña y arrugada y le besó el dorso—. Hasta entonces, no creas las historias que oigas sobre mí. Es astuto y parece volverse más insolente con cada desafío.

La duquesa le acarició la mejilla.

—Encárgate de poner fin a esto, hijo mío.

—Lo haré, abuela. Nadie ensuciará el nombre de Bradford nunca más, no mientras yo respire.



—¡Nunca he estado en Bond Street, nunca en todos mis días! —Vestida con el útil vestido gris de Sabrina y el bonete de paja, Annie rebotó en su asiento mientras giraba a un lado y a otro, tratando de ver todas las tiendas desde la calesa—. ¡Caramba, mira qué señoras tan elegantes!

Vestida con un elegante vestido azul pálido y un bonete a juego, Sabrina no pudo evitar sonreír.

—Recuerda, Annie, que ahora trabajas en un buen hogar. Trata de reflejar la dignidad de tu posición.

—Claro. Quiero decir, por supuesto. —Annie cruzó las manos con fuerza sobre su regazo, pero su mirada continuó yendo y viniendo, provocando una carcajada de Sabrina.

La calesa se apartó del tráfico y en unos instantes el lacayo había bajado de un salto y estaba tendiendo la mano a las damas para que bajaran.

Annie se quedó boquiabierta al ver a las mujeres de moda abarrotando las calles, con los criados cargados de paquetes corriendo tras ellas.

—Es como un circo —susurró.

—En efecto. Ten cuidado de no separarte de mí. —Con la cabeza alta, Sabrina empezó a abrirse paso entre la multitud hacia las puertas de la tienda.

Annie se apresuró detrás de ella, murmurando observaciones en voz baja.

—Cielos... ¿cómo se mantiene ese sombrero en la cabeza? ¿Es un nido de pájaros? Y seguro como que respiro, que se rellena el pecho. Caramba, mire el pelo de esta. Ese rubio no es natural, no con esas cejas negras...

Sabrina no pudo reprimir una risita mientras escuchaba las coloridas cavilaciones. Tendría que discutir con Annie su habilidad para susurrar. Estaba claro que creía que estaba siendo discreta, pero las miradas que de vez en cuando le lanzaban los transeúntes contaban otra historia.

—¡Alto! ¡Al ladrón! —El grito detuvo a la multitud en seco. Las cabezas se giraron cuando un niño pasó corriendo junto a ellos, abriéndose paso entre la multitud con un retículo[1] de dama en la mano. Sabrina pasó la mirada de la exagerada matrona que se lamentaba de su pérdida al muchacho que desaparecía. En silencio, le deseó buena suerte.

Un par de criados emprendieron la persecución, apartando a los elegantes compradores de su camino mientras se abrían paso entre la multitud. Sabrina se vio arrinconada contra la pared de la tienda mientras las damas gritaban. Miró a su alrededor en busca de Annie y pudo ver las flores de su sombrero no muy lejos. La chica se había colocado al frente de la multitud para observar mejor la huida del ladrón, por supuesto.

Sabrina se enderezó la cofia y se aseguró de que su retícula permaneciera sujeta a su muñeca. Fue a dar un paso hacia Annie. Entonces alguien la empujó hacia atrás con una mano alrededor del codo. Solo tuvo un momento para mirar a su captor, que iba vestido con librea, como un mozo de cuadra, con un sombrero que le ensombrecía la cara, entonces notó la hoja afilada de un cuchillo presionándole el costado.

—En el callejón, ahora.

Miró a su alrededor, buscando frenéticamente a Annie, pero la chica había desaparecido de su vista. La multitud seguía agitándose, la horda parloteando sobre el ladrón y lo que había sido robado, estirando el cuello para ver. El cuchillo se clavó con más fuerza, lo suficiente para que ella lo sintiera incluso a través de su corsé.

—Ahora. O puedo matarte aquí mismo. Nadie se daría cuenta. —Dio un tirón, y ella no tuvo más remedio que dar un paso atrás. La multitud se agitó a su alrededor, sin que nadie se diera cuenta de que el hombre la estaba alejando lentamente de la seguridad de los demás.

—¿Qué quieres? —murmuró ella—. No tengo dinero.

—Cierra la boca —gruñó él—. Quiero que vengas conmigo. Y mantén esa lengua en silencio. No quisiera tener que cortártela.

La absoluta certeza, casi alegría, en su tono le hizo comprender que podría hacerlo. Deseando en silencio que Annie fuera a buscarla, no tuvo más remedio que permitir que el rufián la alejara de la multitud y la llevara a la esquina del edificio. Allí, la hizo girar bruscamente y se extendió ante ella un callejón oscuro y estrecho, con el sol tapado por los edificios apiñados.

—Camina —le ordenó, y le dio un empujón.

Caminó, sabiendo a cada paso que tal vez nunca saldría viva de aquel callejón. Un paso, dos. Entonces tropezó, sorprendiéndole, y se agarró a la pared para apoyarse mientras él murmuraba una maldición.

—¡Maldita seas, cerda problemática! —La agarró por el cuello, haciéndola gemir mientras las cintas de su bonete se clavaban en su carne, y le tiró de la cabeza hacia atrás con el brazo por debajo de la barbilla para dejarle la garganta al descubierto. El frío acero le oprimió el pulso—. Otro movimiento estúpido como ese y te cortaré aquí mismo.

—Me tropecé —dijo ella.

—¡Inútil! —De un tajo le cortó la cinta de la cofia y lanzó por los aires la costosa pieza de sombrerería. Aterrizó en el tejado de un cobertizo cercano, con solo las cintas colgando a la vista. Le apretó el pelo con el puño, le inclinó la cabeza hacia atrás hasta que la columna ya no pudo curvarse más y volvió a colocarle la cuchilla justo debajo de la oreja—. Si vuelves a hacer otra tontería, morirías en segundos y nadie lo sabría jamás.

—¿Qué quieres? —susurró ella.

—Darte un mensaje. Ahora camina por este callejón para que pueda dártelo como es debido. —Con una risita desagradable que hizo que su corazón gritara de miedo, la empujó por el callejón que tenían delante.

Con un suave empujón de su pie, apartó un poco más hacia las sombras el retículo que se le había caído y dejó que él la empujara, rezando por no haber escondido demasiado bien la única pista que alguien podría utilizar para encontrarla.

—Nunca lo encontrarán —dijo Annie riendo entre dientes, apartándose de la escena en la que el ladronzuelo había perdido a sus perseguidores. Miró a su alrededor, buscando a Sabrina. Pero, aunque la multitud empezaba a dispersarse, no la vio.

El carruaje seguía parado delante del pañero, ya que el cochero no había podido mover el equipo con todos los espectadores que atestaban las calles. Se apresuró a agarrar al cochero cuando empezaba a subir al carruaje.

—¿Dónde está la señorita Larson?

El lacayo le apartó el brazo.

—Creía que estaba con usted.

—La perdí entre la multitud.

—¿Está en la tienda?

—No he mirado.

—Yo lo haré. Quédate junto al carruaje. —El joven se metió en la tienda, deslizándose fácilmente entre los ricos clientes con sus ricas ropas y capas de faldas, desapareciendo de la vista.

—¿Dónde puede haber ido? —se dijo Annie—. Las dos estábamos aquí de pie. —Giró lentamente en círculo. Ahora que la emoción había terminado, los espectadores habían vuelto a sus rutinas normales. La alta burguesía bien vestida se paseaba por la calle, seguida de criados. Los caballos y los carruajes pasaban a toda prisa, y el ruido de las ruedas casi ahogaba las llamadas de los vendedores ambulantes. No parecía haber nada raro. Pero ella había visto y oído lo suficiente en sus veintidós años para saber que una escena normal podía esconder bajo sí un suceso escalofriante.

El lacayo salió de la tienda, con una expresión cabizbaja que denotaba su derrota.

—¿No está dentro? —preguntó Annie.

Él negó con la cabeza.

—¿Cómo es posible que hayamos perdido a nuestra ama en tan poco tiempo? Nos

despedirán a todos.

El cochero se inclinó.

—Thomas, caminad un poco por la calle para ver si tal vez la señorita Larson entró en otra tienda durante todo el alboroto. Tengo que mover el aparejo.

Thomas asintió.

—Tal vez lo hizo. Tal vez la multitud...

—¿Qué es eso? —Annie corrió hacia el callejón al lado de la tienda—. ¡Ahí! Espera un momento.

Una chica delgada —apenas más que una niña— levantó la cabeza del retículo azul que estaba examinando. Apretó los dedos en torno a su premio, giró y corrió en dirección contraria.

—¡Es el bolso de la señorita Sabrina! —Annie llamó a los hombres y corrió tras la niña.

—¡Espera! ¡Espera! —Thomas, el lacayo, se lanzó tras ella y la agarró del brazo.

—¿Qué estás haciendo? —Annie se sacudió el agarre—. ¡Esa pequeña se habrá ido en un tris!

—Salió del callejón —dijo Thomas. Señaló el camino por donde habían venido—. ¿No deberíamos empezar por ahí?

Annie dudó. Su sangre le exigía perseguir a la ladronzuela, pero su verdadero objetivo era encontrar a Sabrina. Asintió con la cabeza y giró sobre sus talones, dirigiéndose hacia el callejón al trote. Thomas la siguió con facilidad.

—¿Qué ha pasado? preguntó John, el cochero, cuando se acercaron—. ¿La habéis cogido?

—No, pero venía de ahí adentro. —Thomas señaló el callejón—. ¿Tienes tu pistola, John?

—Sí, la tengo. —Con el rostro desencajado, el cochero metió la mano debajo de su asiento y sacó el arma—. Ten cuidado. Está cargada.

—Bien. —Agarrando la pistola, Thomas se encontró con la mirada de Annie—. Quédate detrás de mí, Annie.

—No lo haré —espetó ella, irritada y halagada a la vez, y echó a correr hacia el callejón.

—Joder —murmuró Thomas y se apresuró a seguirla.



—¿Qué quieres? susurró Sabrina, deseando que no le temblara la voz.

—Bueno, esa sí que es una buena pregunta. —Su agresor la agarró por la cintura y la empujó contra él. Olía a cerveza rancia y a ajo, y su aliento apestaba lo suficiente como para asfixiarla cuando se acercó a su oído—. ¿Qué ofrecerás por tu vida?

—Como no soy tonta, te ofreceré lo que quieras aceptar.

—¿Y si quiero «tomarte»? —Apretó las caderas contra su trasero y ella se dio cuenta de que estaba excitado. La bilis le subió a la garganta, pero luchó por mantener la cabeza.

—Tienes un cuchillo. No puedo detenerte.

—Así es. —Le pasó el filo de la navaja por la mejilla—. Y vas a decirme cuánto te gusta o te cortaré esa cara tan bonita.

Sus miembros empezaron a temblar y se obligó a respirar.

—¿Por qué haces esto? ¿Para robarme? ¿Violarme? ¿Qué quieres de mí?

—Alguien me contrató. Dijo que te secuestrara y te diera un mensaje.

Ella no pudo reprimir un estremecimiento de repulsión cuando él deslizó el filo del cuchillo por su pecho.

—¿Qué mensaje? ¿De quién?

—Abandona Londres o muere. Ese es el mensaje. —Le frotó el pecho con el dorso de la mano, aún con el cuchillo en ella—. Tienes buenas tetas para ser tan pequeña. Siempre quise metérsela a una dama, ver qué tienes tan especial bajo esas faldas que no tengan las demás rameras.

Ignoró la vulgaridad y se centró en el asunto que tenía entre manos.

—¿Quién te envía?

—No lo sé, hablé con un criado. Pero me han dicho que no les importa lo que te pase, con tal de que salgas de Londres. —rio—. O que mueras.

Su obvio disfrute de su miedo casi la paralizó. No había ninguna Lucy para salvarla esta vez. Tendría que depender de su propio ingenio.

—Hay una calle muy transitada a pocos metros —le recordó.

—Supongo que tendremos que estar callados —rio de nuevo, frotando su entrepierna contra el trasero de ella.

—Te aseguro que no me callaré. Gritaré tan fuerte como pueda.

—Entonces te mataré—. Levantó el cuchillo hasta justo debajo de su barbilla.

—Eso arruinará tus otros planes para mí, ¿verdad? ¿Cómo te saldrás con la tuya si estoy muerta? —Hizo una pausa—. A menos que seas uno de esos hombres que disfrutan robando tumbas con ese propósito.

—¡Maldita sea! —La apartó de un empujón—. ¿Qué clase de dama habla así? Yo no juego con los muertos.

Ella se encogió de hombros, sopesando sus posibilidades de huir.

—Solo intento entender qué quieres de mí.

—Planeas chillar, ¿verdad? —La agarró por el pelo, arqueándole la cabeza hacia atrás con un doloroso tirón—. Asegurémonos de que eso no ocurra. Así los dos conseguiremos lo que queremos.

La puso de rodillas, se clavó el cuchillo entre los dientes y empezó a desabrocharse los calzones.

Consciente de lo que pretendía, ella le agarró el abrigo con ambas manos y utilizó su cuerpo como palanca para ponerse en pie. El inesperado movimiento le hizo retroceder dando tumbos. Con los ojos encendidos de furia, bramó de rabia. El cuchillo se le cayó de entre los dientes y cayó al suelo.

Ella se subió las faldas a las pantorrillas y salió corriendo como un rayo hacia la luz del sol al final del callejón.

Dos formas aparecieron de repente, bloqueando la gloriosa luz del sol y su vía de escape. Pero ella ni siquiera dudó. Fueran quienes fueran, podían dejarla pasar o ser pisoteados.

Entonces se dio cuenta de que una de ellas llevaba falda. No podía dejar que otra mujer cayera en la trampa que acababa de dejar atrás.

—¡Corre! —gritó—. ¡Tiene un cuchillo! ¡Llama al guardia!

—¿Señorita Sabrina?

La voz de Annie. Casi se le doblaron las piernas, pero no aminoró el paso. Annie empezó a correr hacia ella, seguida por un hombre.

—¡Annie, no, retrocede! Está justo detrás de mí.

—Yo me ocuparé de él. Annie, aleja a la señora. —Antes de que Sabrina pudiera identificar al joven que hablaba, pasó corriendo junto a ella, con una pistola en la mano.

—Señorita Sabrina, ¿qué ha pasado? —Annie la alcanzó y la agarró por los brazos,

deteniéndola de un tirón.

Sabrina se aferró a ella, jadeando. Su maldito corsé no le dejaba entrar suficiente aire en los pulmones.

—Un hombre me agarró y amenazó con matarme.

—¿A plena luz del día? Un bastardo descarado, sin duda.

Sabrina soltó una media carcajada, todo lo que le permitieron sus apretados cordones.

—Debemos discutir tu lenguaje en otro momento, Annie, pero debo decir que estoy de acuerdo contigo.

—Olvidé mi lenguaje, señorita. ¡Estuvo a punto de ser asesinada en Bond Street! ¿Qué dirá Su Gracia sobre eso?

—Nada. —Se encontró con la mirada de Annie, la sostuvo—. No le contarás nada de esto, Annie.

—Pero...

—No soy su responsabilidad. Por favor, recuérdalo.

Annie apretó los labios, los ojos entrecerrados.

—Vive en su casa y es su lacayo quien está persiguiendo al canalla ahora mismo. ¿Cómo no vamos a decírselo?

Sabrina cerró los ojos, incapaz de mantener su bravuconería un momento más. Las piernas le temblaban tanto que podían doblarse en cualquier momento.

—¿Qué lacayo? —preguntó, intentando cambiar de tema.

—Thomas. Es un buen muchacho. Volvamos al carruaje.

Sabrina aceptó agradecida el brazo de Annie que la rodeaba por los hombros mientras la

criada empezaba a guiarla hacia la calle, a pocos pasos de distancia. El terror de su terrible experiencia empezaba a hacer mella en ella.

—Pensé que el bandido estaba justo detrás de mí.

—Tal vez Thomas lo detuvo.

—Tal vez. —Sabrina se detuvo justo antes de entrar en la franja de luz que la pondría a salvo—. Pero no oí la pistola, y este tipo tenía un cuchillo.

Annie la miró, con la preocupación que Sabrina compartía reflejada en sus ojos.

—¿Volvemos a buscarlo?

Sabrina miró hacia las sombras.

—No sé si sería prudente...

—Enviaremos a alguien a buscarlo —decidió Annie—. Por ahora debemos llevarte a casa.

—No quiero dejarle...

—¡Alguien viene! —Annie la arrastró hacia la luz del sol—. ¡Date prisa, por si es tu atacante!

—¡Annie! —La voz de Thomas acompañaba el sonido de sus pies corriendo. Jadeaba cuando llegó hasta ellas—. El agresor se escapó. Se metió por una grieta entre los edificios y no pude dispararle. Pero ya se ha ido.

Las palabras del lacayo parecieron liberar algo dentro de ella. Las rodillas de Sabrina finalmente se convirtieron en agua, y Annie la atrapó mientras tropezaba.

—Se acabó. Llevémosla a casa. —Annie le ofreció su hombro y los dos sirvientes ayudaron a Sabrina a subir al carruaje y alejarse de la escena.

Capítulo 13

Bradford golpeó la puerta de la casa de Sabrina con el puño enguantado. La puerta se abrió, pero en lugar del mayordomo se encontró frente a Annie.

—¿Cómo está? —preguntó entrando en la casa.

Annie cerró la puerta tras él.

—Un poco alterada, eso es todo. El villano no la lastimó, solo la asustó.

—¿Cómo puede haber ocurrido algo así, y nada menos que en Bond Street?

—Bueno, Su Gracia, creo que no fue solo un robo. Ella dice que se suponía que tenía que darle un mensaje.

—¿Qué mensaje?

Un criado apareció para coger el sombrero y los guantes de Brad. Mirando al tipo, Annie dijo:

—Quizá sea mejor que hablemos de esto en el salón.

—En efecto. —Apreciando su sentido de la discreción, Brad entregó su sombrero al criado —. Adelante, Annie.

Una vez en el salón, Annie cerró las puertas y sacó un trozo de papel de su bolsillo.

—La señorita Sabrina me pidió que no le dijera nada de lo que ha estado ocurriendo, pero encontré esto entre sus cosas cuando estaba guardando su ropa. Y luego el incidente de hoy...

Brad cogió el papel y lo leyó.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no me lo dijo?

—No sé cuándo lo recibió, pero el tipo que la agarró hoy le dio el mismo mensaje. «Vete de Londres o muere».

—Ella es nueva en Londres. ¿Cómo puede tener enemigos? —Miró a Annie—. ¿Dónde está?

—En la guardería con el pequeño David. Dice que él la calma.

—Esto no puede seguir así. —Aplastó la nota en su puño—. Por Dios, ¿no se da cuenta de que puedo protegerla?

Annie frunció los labios.

—Le dije lo mismo, Alteza, pero me dijo que ella no era su responsabilidad y que no debía hablarle de esto. Supongo que es demasiado testaruda para saber cuándo pedir ayuda. Algunas de las chicas de Ball's eran iguales.

La boca de Brad se torció.

—Me alegro de que tuvieras más sentido común, Annie.

Se encogió de hombros.

—Como dijo, este trabajo es más fácil que prostituirse. Y no he olvidado quién me apartó de eso.

Se metió la nota arrugada en el bolsillo del abrigo.

—¿Dónde está la guardería?

—Por aquí—. Annie abrió las puertas del salón y lo guio hacia las escaleras.

Sabrina abrazó al pequeño David y le hizo cosquillas en la barbilla con el dedo. Después de los angustiosos sucesos de Bond Street, se había cambiado de ropa e inmediatamente se dirigió a la guardería. Contemplar el inocente rostro de David hacía que todo el desagradable episodio pareciera lejano.

Pero ni siquiera la tranquilizadora influencia de la presencia del bebé pudo evitar que su mente siguiera dándole vueltas a los últimos acontecimientos. ¿Quién había enviado al bandido tras ella? ¿Quién deseaba tanto su desaparición? Obviamente, quien había contratado a aquel matón también le había enviado la nota anónima. Al principio pensó que había sido Bradford, pero ahora lo descartó por completo.

Lo que significaba que tenía un enemigo desconocido que la quería muerta.

Aquel pensamiento la dejó helada. Había pensado brevemente en contarle el asunto a Brad, pero se contuvo de dar un paso tan insensato. Ya era bastante malo que viviera en su casa, bastante malo que ahora él pagara por el mismo pan que se llevaba a la boca.

Era hora de irse. En cuanto terminara las actuaciones que tenía programadas, cogería el dinero que había ganado y desaparecería con David. Al principio había pensado quedarse en Londres, pero eso fue cuando pensó que Brad era el padre de David, lo que no era el caso ahora. El campo era más asequible y podría vivir de lo que ganara como condesa hasta que consiguiera otro empleo. Era mejor así.

Sobre todo, para su corazón.

La puerta de la guardería se abrió, pero no apartó la vista del bebé.

Ahora era el centro de su vida y haría todo lo posible por él.

—Un momento más, señora Russell. Creo que está casi dormido.

—Excelente. Esperaré.

Ella levantó la cabeza al oír la voz grave. Un escalofrío la recorrió al ver al sofisticado Bradford de pie en la puerta del ambiente doméstico de la guardería. Por alguna razón, la imagen le pareció más agradable de lo que parecía razonable.

—Alteza, ¿qué haces aquí?

Entró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí, pero no se acercó. Mantuvo las distancias con el bebé, como siempre.

—Me enteré de los acontecimientos de hoy.

—Oh. —Su emoción se desinfló—. Eres muy amable al venir, pero como puedes ver, estoy ilesa.

—¿Lo estás? —Recorrió la habitación y se detuvo junto a un viejo caballo balancín de madera y le tocó la cabeza con un dedo. La pintura del juguete había empezado a desteñirse, pero su gesto le transmitió una reverencia que la sorprendió—. Era mío. Le puse Zeus. Dimos muchos paseos salvajes juntos cuando yo era niño.

—No lo sabía. —Su corazón se derritió un poco ante su tono melancólico y sus defensas se debilitaron—. Estaba aquí cuando llegamos.

—Imagino que alguien pensó que el joven David lo disfrutaría.

—Si no quieres que él lo tenga...

—No, está bien. —Levantó una mano y le sonrió, pero el dolor parpadeó en sus ojos—. Si mi hijo hubiera vivido, habría disfrutado de Zeus tanto como yo lo hice en mi juventud. David es un Middleton. Debería tener todos los beneficios de ser miembro de la familia.

—Sobre eso... —Una mirada hacia abajo reveló que David por fin se había dormido. Se puso en pie y se acercó a su cuna—. Annie me contó lo que hiciste por ella. Cómo la sacaste de ese horrible lugar. —Con cuidado, colocó al bebé en su cama, arropándolo con las mantas.

—Una dama no debería oír esas historias.

Se enderezó y lo miró a los ojos.

—Bradford, ambos sabemos que no nací dama, aunque me considero respetable.

—Sin embargo, tu comportamiento indica que fuiste criada como tal.

—Eso no viene al caso. —La cálida admiración en sus ojos oscuros solo resucitó los recuerdos del escandaloso placer en la sala de desayunos. Se esforzó por centrarse en la conversación—. Sabes muy bien que he visto cosas que ninguna dama debería ver. Digamos que soy una mujer de carácter que hará todo lo posible por llevar una vida respetable.

—Muy bien. —Él asintió—. También te considero una mujer sensata.

—Gracias. —Juntó las manos delante de ella, más contenta de lo que debería por semejante cumplido.

—Por eso no entiendo por qué no acudiste a mí con esto. —Sacó un papel arrugado del bolsillo y lo desplegó. Ella lo reconoció enseguida.

—Annie. —Apretó los labios en una línea—. Le pedí específicamente que no te molestara con esto.

—¿Molestarme? —A pesar de su tono tranquilo, sus ojos ardían—. Jovencita, alguien ha estado amenazando tu vida. ¿Ni una sola vez pensaste en pedir ayuda?

—Las notas anónimas vienen de cobardes. —Se encogió de hombros—. Pensé que tal vez dejarían de hacerlo si no les hacía caso.

—Por lo visto, tu brillante plan no funcionó, ya que hoy te han abordado en medio de una calle muy transitada.

—Lo sé. —Quiso apartar la mirada de la acusación que había en sus ojos, pero hacerlo le permitiría ver su vulnerabilidad. En lugar de eso, endureció su columna vertebral—. Pero como

ves, estoy ilesa.

—Por pura suerte y la tenacidad de tus sirvientes. Te exijo que dejes de actuar como condesa. Ahora es innecesario, y te está poniendo en peligro.

—No lo haré.

Parpadeó.

—¿Cómo dices?

—He dicho que no, que no lo haré. —Puso las manos en las caderas, decidida a mantenerse firme—. Ya hemos hablado de esto antes, Alteza. No eres responsable de mí. Vine aquí porque creía que eras el padre de David. Pero ya no lo creo.

—¿En serio? —Volvió a meter la nota en su bolsillo—. Ahora que lo pienso, creo que tuve una borrachera después de la muerte de mi esposa, y recuerdo haberme aprovechado de los servicios de una pequeña actriz complaciente...

—¡Tonterías! Tú y yo sabemos que eres un hombre demasiado honorable para andar con una mujer tan poco tiempo después de que tu esposa e hijo fueran enterrados. Y si te acostaste con Lucy, nunca la habría abandonado si estuviera embarazada.

No dijo nada durante un largo momento.

—Esto es todo un cambio de opinión para ti, querida. Hace solo unos días estabas decidida a enviarme al Hades en la punta de una horca con tus propias manos.

—Ahora te conozco mejor. —Él la miraba con un cariño que no hacía más que alimentar el deseo que bullía en lo más profundo de su ser—. Desde que nos conocimos, nunca pude equiparar al hombre honorable que estaba viendo con las historias del canalla que había oído de Lucy. Pero entonces Annie me contó cómo conoció ella misma al impostor. Jura que se parece a ti, y de repente sus alocadas historias de que alguien se hacía pasar por ti se convirtieron en realidad y no en ficción.

—Tendré que agradecérselo a Annie, ya que por desgracia mi propia palabra no era prueba suficiente. —Se le había cerrado la boca—. Así que has decidido que no soy el padre de David. ¿Y ahora qué?

—Terminaré las actuaciones que tengo programadas en este momento, y luego David y yo nos iremos de Londres.

—¿Y si no te dejo que te lo lleves? —Se encogió de hombros cuando ella se quedó boquiabierta—. El niño es sin duda un Middleton. ¿Por qué no dejarías a David a mi cuidado? Después de todo, soy el cabeza de familia.

—Porque...

—¿Porque quieres criarlo tú misma?

—Sí. —Levantó la barbilla—. Un niño necesita amor, no niñeras ni internados. Apenas puedes estar en la misma habitación que él, y mucho menos abrazarlo o consolarlo.

—Tonterías.

—No son tonterías en absoluto. Incluso ahora te quedas al otro lado de la habitación antes que acercarte a la cuna. David ha perdido a su madre y ha sido abandonado por su padre. No lo veré crecer en la fría esterilidad de un internado.

—El chico merece una educación digna de un Middleton. Es lo que su madre querría.

—Cierto. Pero faltan al menos siete años para que esté listo para eso, Su Alteza. ¿Quién cuidará de él hasta entonces? ¿Una niñera? ¿Una institutriz? Esa no es la educación que una madre querría para su hijo.

—No es así, Sabrina. —Se acercó a ella, a pesar de la proximidad de la cuna—. Lucy quería que su hijo tuviera su derecho de nacimiento. Eso significa vivir en la casa de un duque. Ser criado por institutrices y tutores. Ser educado en Eton como todos los Middleton lo han sido durante generaciones. —Le puso la palma de la mano en la mejilla—. Eres tú, mi pequeño

corazón blando, quien quiere para él más que eso.

—Se merece más. —Ella se apartó de su contacto, reprimiendo en silencio su pulso acelerado.

—¿Y si puedo darle más? ¿Cuál sería entonces tu argumento?

—No tendría ninguno, obviamente. —Atrapada, le miró fijamente—. Adelante, entonces. Levántalo, si quieres. Me gustaría ver si puedes.

—Un reto, ¿verdad? —Miró al bebé dormido—. No quisiera despertarlo.

—Tal vez no lo hagas.

—Sin embargo...

—No puedes hacerlo, ¿verdad? —Ella le dedicó una sonrisa triste, con el corazón desgarrado por el conflicto que podía ver en su rostro.

—Estoy seguro de que puedo, pero me parece una lástima despertarlo. —Se acercó un paso a la cuna y se detuvo. Se quedó mirando al niño a un metro de distancia, con los dedos entrelazados.

—Creo que debe quedarse conmigo. No es tu hijo, y Middleton o no, no creo que un hogar frío y austero sea lo mejor para él.

—¿Tendrías a un Middleton criado como un chico de campo corriendo por la pradera?

—Sí. Será feliz. Amado. ¿Puedes prometerle lo mismo?

—Maldita sea. —Se apartó de la cuna para estrecharla entre sus brazos—. No me dejas nada, ¿verdad? Este niño que me recuerda al que me fue negado. Y tú, una mujer hermosa que me hace sentir vivo de nuevo. —Apoyó su frente contra la de ella—. Quédate conmigo. Comparte mi cama, Sabrina. Sabes que estamos bien juntos.

—No puedo. —Su susurro salió áspero y torturado—. Debemos irnos de Londres, David y

yo, especialmente con este lunático que me envía amenazas.

—Yo puedo protegerte.

—Tienes tus propios enemigos, Bradford.

—¿Dudas de mí? —Le giró la cara hacia la suya con una mano en la barbilla. Ella quería ronronear como un gatito al sentir sus dedos contra su garganta, mientras su corazón se partía lentamente en dos ante la decisión que debía tomar.

—Soy un amante hábil, Sabrina —dijo él—. Y te deseo con todas mis fuerzas. Ninguna otra mujer me ha excitado así, ni siquiera mi esposa. Te haría feliz, y tú y el bebé estaríais a salvo.

Le acarició la espalda con la otra mano, y ella no pudo resistirse a inclinarse hacia él, solo por un momento.

—¿Y dónde viviríamos?

—¿Qué hay de malo en vivir aquí? —Él agachó la cabeza, aspiró su aroma.

—¿Y cuando vuelvas a tu finca? ¿Entonces qué?

—Hay una cabaña en el terreno, del tamaño justo para ti y David. —Le acarició la garganta con la boca—. Nos veríamos con frecuencia.

—Tentador, Su Alteza. —Ella se alejó de él, con un cosquilleo en la carne, pero con el corazón dolorido—. Pero no. Seré dueña de mi propio destino, no de la cama de un noble.

Su expresión se ensombreció.

—Me importas, Sabrina. Esto no es solo el capricho de un duque.

—Me estás pidiendo que renuncie al único control que tengo sobre mi propia vida —dijo ella en voz baja—. Te agradezco que te preocupes por mí, Brad. Pero si cruzo ese límite, nunca podré volver a ser lo que era.

—¿Lo que eras? Sabrina, eres una mujer sin familia, sin dote. Te estoy ofreciendo una vida cómoda y fácil, un entorno seguro en el que criar a David.

Ella se las arregló para no estremecerse ante su contundente resumen de sus antecedentes.

—A cambio de compartir tu cama. ¿Y cuándo te canses de mí? ¿Qué pasará entonces? ¿Cuándo envejezca y pierda mi aspecto? ¿Me quitarás a David y me dejarás seguir mi camino?

—¿Cómo puedes pensar que haría algo así? —La ira le crispó la voz—. Maldita sea, mujer, yo cumplo mis promesas, y te prometo que tendrás una buena vida bajo mi protección todo el tiempo que desees.

—De nuevo, agradezco tu oferta. —Ella le puso una mano en el pecho y le ofreció una pequeña sonrisa—. Pero nunca seremos iguales, Brad. Siempre seré una sirvienta más, sujeta a tus deseos y a tus gustos cambiantes. Al menos por mi cuenta puedo tomar decisiones y no preocuparme por estar en deuda con nadie.

—No te entiendo. —Se apartó de ella y se dirigió a la ventana que daba al pequeño patio de la casa—. ¿No te das cuenta de que la mayoría de las mujeres darían cualquier cosa por la oportunidad que tú estás rechazando?

—Sí, me doy cuenta. Pero como bien has dicho, Alteza, yo no soy como la mayoría de las mujeres.

No se dio la vuelta.

—Al menos permíteme ayudarte con este enemigo que pareces haber adquirido. No puedo entender cómo, pero podría estar relacionado con mis propias dificultades.

—Toma la nota —dijo ella—. Y estaré encantada de darte una descripción completa del hombre que me atacó esta tarde. Pero no dejaré de actuar, Brad. Esta noche debo hacer una actuación para Oakley. Tengo otras tres actuaciones más y luego me iré de la ciudad.

Agachó la cabeza, estudiando ostensiblemente el alféizar de la ventana.

—Oakley, ¿eh? Uno de sus famosos musicales, supongo.

—Sí, así es.

—¿Y cuándo piensas marcharte? Me gustaría saberlo para ocuparme de los asuntos de la casa.

Estudió su espalda, deseando que la mirara.

—Mi última actuación programada es el viernes.

—Dentro de cinco días.

—Sí.

—Muy bien. —Finalmente se volvió hacia ella, pero ella no pudo leer su expresión—. Me pondré en contacto contigo después de hablar con mi hombre de negocios. —Se dirigió hacia la puerta.

—Bradford. —Ella lo detuvo con una mano en el brazo—. Quiero que sepas que no ha sido una decisión fácil para mí. Es un hombre atractivo y generoso.

—Entiendo tus razones, Sabrina. Solo me pregunto si tú las entiendes. —A continuación, abrió la puerta y salió de la habitación, dejándola contemplando su significado.

Capítulo 14

Los musicales Oakley se habían convertido en una especie de tradición a lo largo de los años, y no por el talento musical de las cuatro hermanas Oakley. Más bien porque el señor Oakley, un caballero de nacimiento, pero un hombre rico por sus habilidades, solía compartir consejos sobre inversiones con invitados selectos durante el intermedio. Para la mayoría de los hombres, tolerar los berridos de las hermanas era un sacrificio más que suficiente por la oportunidad de engrosar las arcas familiares. Y para el señor Oakley, impartir un poco de sus vastos conocimientos era pago más que suficiente por haber conseguido marido para tres de sus cuatro hijas. Solo la más joven, con el desafortunado nombre de Ophelia Oakley, seguía soltera.

Aunque no por mucho tiempo, si el señor Oakley tenía algo que decir al respecto.

Al llegar, Sabrina se encontró con un pequeño grupo de unas veinte personas reunidas en la sala de música. Aunque no era la única artista, sin duda era la atracción principal. Las jóvenes debutantes que estaban presentes se encargarían del resto de la velada con sus diversos talentos.

La señora Oakley la saludó calurosamente y con cierto entusiasmo, al igual que el señor Oakley. La joven Ophelia, de apenas diecisiete años, se sonrojó y tartamudeó y acabó retirándose a un rincón con las otras chicas de su edad. Sabrina vio que Lord Highbrow estaba presente, pero su breve preocupación por las manos errantes del anciano caballero se alivió rápidamente cuando vio que su esposa también estaba presente.

La señora Oakley se paró frente al piano y aplaudió.

—Por favor, tomen asiento, estamos listos para comenzar.

Los invitados barajaron y murmuraron, y finalmente todos se sentaron en las sillas que los criados de los Oakley habían dispuesto. Sabrina se fijó en una chica rubia que le resultaba familiar y que estaba sentada con los Highbrow, pero antes de que pudiera pensar mucho en ello, se abrió la puerta de la sala de música.

—El duque de Bradford —anunció el criado y se hizo a un lado para que Brad entrara en la sala.

—¡Su Alteza! —La señora Oakley se apresuró a acercarse al duque, que se encontraba en la puerta, y su marido se levantó de su asiento entre el público para seguirla—. ¡Estoy tan contenta de que haya podido unirse a nosotros! —exclamó la señora Oakley.

—El placer es mío, señora —dijo Brad con una breve reverencia. Se volvió para saludar al señor Oakley, luego siguió a su anfitriona y a su anfitrión a la sala y se dejó conducir a un asiento.

Justo al lado de Ophelia Oakley, por supuesto.

La joven se sonrojó y apartó la mirada de él, pero Brad no pareció darse cuenta. Vio a Sabrina de pie a un lado de la sala, esperando su señal. Sus miradas se cruzaron durante un largo instante.

¿Qué demonios hacía él aquí? se preguntó Sabrina, luchando contra el impulso de retorcerse los dedos, sintiendo como si le saltaran ranas en las entrañas. Creía que ya habían arreglado las cosas.

La señora Oakley volvió a ocupar su lugar ante el piano.

—Bienvenido, Alteza —dijo públicamente a Bradford, y luego miró al resto de sus invitados—. Y ahora, me complace presentarles a una artista de talento que se está convirtiendo rápidamente en el furor de Londres. La Condesa della Pietra.

Sabrina se adelantó entre aplausos, pero solo era consciente de una persona, de un par de

ojos. Una mirada oscura y ardiente que parecía clavarse en lo más profundo de su ser. Con esfuerzo, mantuvo la compostura mientras se sentaba ante el piano.

Pero cuando puso las manos sobre las teclas, supo que, a pesar de los demás en la sala, esta noche tocaba para una persona. Para un hombre. La emoción la inundó, suplicando ser liberada, y supo que esta actuación sería diferente a cualquier otra. Al tocar la primera nota, la fuerza de sus sentimientos tomó el control, estremeciéndose en cada acorde, anhelando cada compás.

A través de la música, se entregó a Bradford de forma completa, exquisita y triste.

De la única forma que podía hacerlo.



La interpretación lo sacudió como si fuera un trapo mojado, escurrido y dejado a secar junto al fuego de la chimenea. Su voz le acarició; sus manos en las teclas podrían haber sido dedos en su carne. Lo envolvió en música, alivió las heridas de su corazón, acarició los restos maltrechos de su alma.

Cuando ella terminó, él no se atrevió a moverse, no fuera que temblara como un cachorro atrapado en la lluvia, desesperado por estar cerca de su calor.

Con su interpretación, Sabrina había tocado lugares profundos en su interior que solo la composición había expuesto a la luz del día. Se sentía desnudo. Como si ya fueran amantes.

Pero durante el intermedio, mientras permanecía fuera de los pequeños grupos de conversación, la observó. La forma en que la seda zafiro se movía con su grácil cuerpo, la forma en que la luz de las velas bailaba sobre su pelo. Y cada curva de su boca, cada balanceo de sus caderas —incluso la delicada curva de su codo— le recordaban con fuerza que no eran amantes.

Que, de hecho, tenía la intención de dejarlo en una semana.

¿Cómo iba a dejarla marchar?

—Bradford, canalla, qué descaro mostrar su cara aquí.

Brad se volvió hacia el áspero susurro, con su mirada más fría.

—Buenas noches, Highbrow.

El viejo conde le miró con el ceño fruncido, pero estaba claro que intentaba mantener la discreción.

—De haber sabido que estaría aquí, nunca habría asistido. ¿No tiene honor, hombre? ¿Ni vergüenza?

Brad se puso rígido, viejos recuerdos de su padre afloraron ante el desdén de las palabras del anciano.

—Estoy perdido, Highbrow.

—Al diablo con usted. —Highbrow cogió una copa de champán de la bandeja de un criado que pasaba por allí y bebió un trago—. ¿Cómo sabía que estaría aquí? ¿Acaso acostumbra a alardear de su victoria frente a sus víctimas?

—De verdad que no sé de qué me está hablando.

—El juego de cartas. La forma en que descaradamente estafó al joven Alan con la mayor parte de su herencia.

Brad mantuvo su estoicismo con esfuerzo. Otra vez el impostor. Tenía que ser él.

—Refrésqueme la memoria.

—Refrescar... —Los dedos del conde se tensaron en torno a su copa de champán. Sus amables ojos azules se endurecieron como piedras preciosas brillantes—. ¡Si Sabrina no estuviera aquí, joven mocoso, le plantaría cara!

—¿Sabrina? —Brad miró hacia Sabrina, que charlaba con el señor Oakley.

—¡Míreme cuando le hablo! —La voz del conde seguía siendo baja, pero el gruñido de ira era inconfundible—. ¿La ve ahí, sentada con mi esposa? Se desmayó cuando le vio entrar, y no por su cara bonita. Si hubiéramos sabido que estaba invitado a este musical, nunca habríamos asistido.

Sentado con... Brad dirigió su mirada hacia Lady Highbrow. Una guapa rubia vestida de blanco debutante y perlas estaba sentada junto a la dama, con la mirada fija en las manos cruzadas sobre su regazo.

—Perdone mi ignorancia, Highbrow, pero ¿quién es Sabrina?

—La hija de Rothgard —espetó Highbrow—. Como si no lo supiera. A Rothgard le encanta Shakespeare. ¿Por qué si no iba a llamar a sus hijos Sabrina y Alan?

—¿Y qué se supone que he hecho yo?

La cara del conde enrojeció.

—¡Sabe muy bien que estafó miles de libras al joven Alan en la fiesta de cartas de Maynard la otra noche!

—Se equivoca, Highbrow. No asisto a las reuniones de Maynard.

El conde soltó un fuerte suspiro, y por un momento Brad estuvo seguro de que el anciano moriría en el acto de pura apoplejía.

—La manzana no cae lejos del árbol, ¿verdad? —espetó—. Sí que es hijo de su padre.

Brad consiguió no inmutarse y se llevó las manos a los costados.

—Que Rothgard se ponga en contacto conmigo para que aclaremos este malentendido.

—Oh, se pondrá en contacto usted. Tiene suerte de que haya decidido mantener el asunto en secreto. —El conde le dirigió una mirada despectiva—. Es una vergüenza para su título,

Bradford, incluso más que su padre. Rothgard se encargará de que reciba su merecido. —Giró sobre sus talones y se alejó.

Momentos después, Highbrow, su esposa y Rosemary pasaron junto a él y se despidieron de los Oakley.

Brad miró hacia donde Sabrina, su Sabrina estaba hablando con uno de los invitados. Solo verla aliviaba el escozor que le había dejado el desprecio de Highbrow. El maldito impostor debía de haber atacado al heredero de Rothgard y ahora tenía que resarcirse. Sus travesuras estaban pasando de molestas deudas y seducción de mujeres a desplumar a jóvenes señores y generar sucesos que ensombrecían el honor de Bradford. Tal vez Rothgard estuviera dispuesto a atender a razones.

Su Sabrina se movió, su vestido zafiro se deslizó con su elegante paso y volvió a distraerlo. Dejó de lado el asunto de Rothgard y se centró y se concentró en el enemigo de Sabrina. Por eso estaba allí, ¿no? ¿Para mantenerla a salvo?

Mientras él la observaba, ella se agachó detrás del piano, ofreciéndole una breve pero memorable visión de su trasero, y volvió a ponerse en pie, con el retículo en la mano. Luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

¿Acaso la mujer era tonta? No debería salir sola. ¿Y si el loco atacaba mientras ella estaba fuera de su vista? Su sangre se agitó con el olor de la persecución y empezó a perseguirla.

En cuanto salió de la habitación, vio a Sabrina subiendo las escaleras del segundo piso. Se apresuró a seguirla y llegó al rellano de la siguiente planta justo a tiempo para verla meterse en una habitación al final del pasillo y cerrar la puerta sin hacer ruido.

Él la siguió. Una mirada feroz hizo que la doncella saliera corriendo de la habitación.

Sabrina se dio la vuelta cuando él cerró la puerta tras la criada, encerrándolos a los dos solos en una pequeña alcoba.

—Por el amor de Dios, Bradford, ¿qué haces?

—No deberías salir sola. No es seguro. —Miró la cama que dominaba la habitación y luego volvió a mirarla a ella.

Sus mejillas se sonrosaron.

—Tú eres más peligroso, Brad. Vete, por favor. He venido aquí en busca de intimidad.

—Sigues intentando apartarme de tu vida —dijo él, acercándose a ella—. ¿Tan monstruoso soy?

—No, eres un granuja.

—Mentira. Siempre te he tratado con respeto. —Se detuvo a escasos centímetros.

—Tu definición de respeto es diferente a la mía. Hubo momentos en los que me trataste como si fuera a robar la plata.

Asintió a regañadientes.

—Cierto. Pero ahora que te conozco mejor, no puedes quejarte. Ojalá reconsideraras tu decisión.

—No puedo. —Ella fijó los ojos en su pecho—. Tiene que ser así. Lo siento.

—Estaré encantado de mantener a David. De su educación.

Ella dirigió su mirada a la de él entonces, sus propios ojos brillando de emoción.

—Me quieres en tu cama, y dirás cualquier cosa para llevarme allí.

Él se puso rígido.

—No soy ningún canalla para obligarte, querida. Quieres seguridad para David, y yo puedo proporcionártela.

—Desde luego... si comparto tu cama. Hay un nombre para las mujeres que aceptan

semejante trato, mi querido duque, y me niego a aceptar esa denominación. Ahora si me disculpas... —Ella miró la pantalla china de la esquina y luego alzó las cejas, expectante.

Él frunció el ceño, desconcertado.

—Esperaré fuera de esta habitación, Sabrina, y continuaremos esta discusión.

Soltó un resoplido de frustración.

—¡Por Dios, Bradford, eres una bestia testaruda! —Hizo una pequeña reverencia—. De acuerdo. —Señaló la puerta—. Márchate.

—Estaré justo fuera —le recordó él, ahogando una risita con esfuerzo. Por Zeus, era encantadora incluso en su ira.

Se cruzó de brazos y esperó a que él abriera la puerta. Le hizo un pequeño saludo antes de salir al pasillo. Cuando se giró para cerrar la puerta tras de sí, vio un destello de faldas zafiro cuando ella se escondió detrás del biombo.

Se quedó en el pasillo, imaginándosela revolviendo la ropa. Pensó en sus pequeñas manos apartando cada prenda, revelando su hermosa carne centímetro a centímetro. Había desnudado a muchas mujeres en su vida y no le costaba imaginar el aspecto que tendría ella desnuda y caliente en su cama, con los muslos abiertos en señal de bienvenida...

Unas voces lo distrajeron. Tres damas subían las escaleras —Ophelia Oakley y otras dos debutantes— parloteando como urracas. Le lanzaron miradas interrogantes al llegar al rellano. Como no quería que lo tomaran por tonto, saludó a las damas con la cabeza y se alejó de la puerta por el pasillo. Las muchachas lo siguieron con la mirada, riendo y cuchicheando, y luego se apresuraron a entrar en la misma habitación de la que Sabrina aún no había salido.

Se preguntó qué tenían las mujeres que las hacía viajar en bandadas como una manada de gansos.

La puerta se abrió al cabo de una eternidad. Sabrina salió con el rostro pálido y los ojos

verdes muy abiertos por la angustia. Aferraba su retícula con los dedos en blanco.

Llegó hasta ella en tres largas zancadas.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha tratado mal alguna de esas chicas?

Ella se limitó a mirarle, con expresión perdida.

—No. Ignoraron mi existencia, como siempre.

Sin importarle la posibilidad de que les vieran, le cogió la barbilla con la mano y le acarició la delicada piel con el pulgar.

—Entonces, ¿qué te ha puesto esta cara?

—No es nada. —Ella se sacudió el contacto.

El soltó la mano y la cogió del brazo.

—No soy tonto. Ha ocurrido algo.

Ella tiró, pero él no la soltó.

—Déjalo estar, Bradford. No es asunto tuyo.

—Tú eres mi preocupación, Sabrina, lo admitas o no. —La condujo a regañadientes por el pasillo hasta una alcoba que había visto antes—. Ahora, dime qué te ha puesto esa cara.

Ella le miró durante un largo momento, hasta que él se preguntó si realmente le había cerrado el paso. Entonces soltó un suspiro y abrió el retículo. Todos sus sentidos se pusieron alerta cuando ella sacó un papel doblado.

—¿Otra nota?

Ella asintió, con los hombros caídos por el cansancio.

—¿Cómo se las arregla para esto? —susurró—. Estábamos en una habitación llena de gente.

Le cogió el papel, desenvolviendo suavemente sus dedos alrededor de él. La mano de ella temblaba, y su visión le hirió profundamente. Sabrina nunca había tenido miedo, ni siquiera cuando se enfrentaba a él por David. Le devolvió la mano al brazo y ella se aferró mientras él abría lentamente el papel.

LA MUERTE TE ESPERA EN LONDRES. MÁRCHATE AHORA O ATENTE A LAS CONSECUENCIAS.

Él arqueó una ceja.

—Bastante dramático —comentó.

—Quizás pensó que aún no había dejado claro su punto de vista —se las arregló para decir, pero el humor cayó por su propio peso—. Estaba en mi retícula, Brad. ¿Cómo es posible? Todos estábamos allí, en la sala de música. Deberíamos haberlo visto.

—Tienes razón, deberíamos haberlo visto. Podría haber sido cualquiera. Un sirviente, o incluso uno de los invitados. Por desgracia, no estaba prestando atención. No podía apartar mis ojos de ti.

—Adulador. —Un esbozo de sonrisa curvó sus labios.

—Me has atrapado en tu red de encantos —murmuró él, llevándose la mano de ella a los labios.

—¿Nunca dejas de seducirme? —Sin duda quería reprenderlo, pero sus palabras tenían un ligero matiz de anhelo.

—Soy una bestia testaruda —le recordó—. Y voy a insistir en que te vayas ahora. Aquí hay alguien que es tu enemigo.

Vio un destello de rebelión en sus ojos, pero entonces ella apretó los labios y asintió.

—He terminado la actuación que acordé.

—Te acompaño a casa. —Levantó una mano cuando ella empezó a hablar—. Y ni una palabra de protesta.

Su nariz se arrugó, y parecía tan entrañable que a él le dolió el corazón.

—No soy tonta, Bradford. Admito que me sentiría más segura si me acompañas a casa.

Extendió el brazo y ella le apretó la mano en el codo.

Sabrina volvió a la sala de música con Bradford como su sombra. Había insistido en soltarse de él y reunirse con la multitud por sus propios medios, a pesar de que probablemente alguien de la sala le había metido la nota amenazadora en el retículo. Miró a cada uno de ellos a los ojos, pensando que sabría de quién se trataba con solo una mirada. Pero a nadie le salieron cuernos de diablo ni se reveló de ningún otro modo. Se despidió de sus anfitriones y se dirigió sola al vestíbulo de la planta baja. Un solo lacayo atendía la puerta, ya que el musical no terminaría hasta dentro de unas horas. Ella le pidió que llamara a su carruaje.

Él se apresuró a obedecer. Mientras esperaba, pudo oír el murmullo de una conversación procedente del piso de arriba, el tintineo de las teclas cuando algún neófito arrancaba una melodía al pianoforte. El vestíbulo parecía enorme y silencioso, a pesar de los lejanos sonidos de la civilización. Un escalofrío le recorrió la piel, pero no de frío.

Unos pasos en la escalera detrás de ella le aceleraron el corazón. Miró a su alrededor, medio asustada por lo que pudiera ver. Pero era Bradford.

Su corazón volvió a latir a un ritmo tranquilo y sosegado.

Dio una orden al criado, pidiendo que trajeran su carruaje. Luego se puso a su lado, con las manos cruzadas a la espalda, estudiando un óleo de una escena veraniega en un lago, como si apenas se conocieran.

Pero ella sabía que no era así. Era todo lo que podía hacer para mantener su fachada de indiferencia, para no echarse en sus brazos y dejar que su fuerza reconfortante la tranquilizara.

Bradford, con su encanto innato y su sutil persistencia, estaba demostrando ser un oasis casi irresistible de cordura en un mundo cada vez más loco.

Lo cual era muy peligroso en su actual estado de vulnerabilidad. Alguien le deseaba el mal, y ella no tenía ni idea de quién podía ser. Que ella supiera, no había hecho daño a nadie. Pero las misivas amenazadoras y el rufián que la había abordado el otro día indicaban lo contrario. Alguien quería que se fuera de Londres.

Quizá debería hacerles caso.

Los honorarios que cobraría por sus dos últimas actuaciones ayudarían mucho a mantener a David, pero quizá fuera más seguro para ambos si se olvidaba de ellos, cogía lo que había ganado hasta entonces y huía al campo. Más tarde podría ponerse en contacto con Laurence para conseguir el resto del dinero de su madre.

Y, sin embargo, qué difícil sería alejarse del hombre que tenía a su lado.

Llegó Annie, llamada desde el piso de abajo con la noticia de que su ama se marchaba. Lanzó a Sabrina una mirada de desconcierto, pero Bradford sacudió apenas la cabeza. Cuando Annie se acercó, inclinó la cabeza para hablarle en voz baja y rápidamente cerca del oído. Ella asintió, con ojos preocupados mientras escuchaba. Miró a Sabrina una vez, luego dos. Temerosa. Preocupada.

Fuera llegó el carruaje de Sabrina, distrayendo al lacayo de la puerta.

Brad la miró.

—Viajarás en mi carruaje conmigo—, murmuró, con una voz tan baja que apenas se oía—. Enviaremos a los tuyos delante y, con suerte, distraeremos a cualquiera que intente seguirte. Dale a Annie tu capa.

La tranquila orden en su voz hizo que algo en su interior se ablandara. Ella siempre había notado que mientras él nunca fue cruel con ninguno de los sirvientes, nadie dudaba de quién

estaba a cargo de los asuntos. Antes, ese tono autoritario la habría hecho retroceder. Pero ahora...

Ahora la hacía sentirse segura.

Sin decir palabra, se quitó la capa y se la pasó a Annie. La criada le dio a Sabrina su propia prenda desgastada a cambio, y Sabrina se la puso agradecida. Ambas se subieron las capuchas para ocultar sus identidades mientras Brad susurraba nuevas instrucciones.

Cuando el lacayo les devolvió la mirada, el engaño se había consumado.

—Permítame escoltarla hasta su carruaje, condesa —dijo Brad, ofreciéndole el brazo a Annie. Ella asintió, en silencio, y dejó que él la guiara. Sabrina se apresuró a seguirlos, como una sirvienta más.

Permaneció en la sombra mientras Brad hacía ademán de ayudar a Annie a subir al carruaje. Luego, cuando John, el cochero, puso el equipo en marcha, Brad le hizo un gesto. Ella se apresuró a cogerle la mano mientras él se dirigía a su carruaje, con el escudo de armas en la puerta abierta. Con un fuerte tirón, casi la empujó al interior del carruaje, moviéndose con rapidez para empujarla dentro mientras él subía al vehículo.

Ella aterrizó en el asiento de enfrente, con el corazón palpitante y la respiración entrecortada. La puerta se cerró con un chasquido y él golpeó el techo del vagón con los nudillos. El carruaje se puso en marcha.

Estaban a salvo.

—Espero que sea suficiente para confundir a tus enemigos —dijo, con voz cálida y tranquilizadora en el vagón poco iluminado. Ella vislumbró sus dientes mientras él esbozaba una sonrisa.

En este mundo inseguro, él era la única certeza. Un hombre al que al principio creyó un canalla, pero que había demostrado ser un caballero de honor y compasión. La protegería si ella lo permitía, la envolvería en suaves sedas y la mantendría a salvo en un hogar confortable. Nada

le faltaría.

Pero, aun así, se sintió impulsada a actuar conforme a sus sentimientos, a demostrarle su gratitud, que no lo desechaba tan a la ligera como él creía. Así que se sentó a su lado. Y cuando él la miró inquisitivamente, ella se inclinó y lo besó.

Capítulo 15

Su inocente beso provocó un infierno.

Él la atrajo hacia su regazo, con la boca hambrienta. Exigente. Ella cerró los ojos y liberó sus defensas. Necesitaba que la abrazara, que la tocara con aquellas manos llenas de talento. Solo una vez más quería saborear esas deliciosas emociones que se arremolinaban. Ya sabía que estaba enamorada de él. No le parecía tan mal robarle unos instantes de placer frente a toda una vida sin él.

Apretó las faldas con las manos, subiéndolas lo suficiente para deslizar la mano por debajo de ellas, a lo largo de su pierna cubierta de medias. Todo en su interior la instaba a tumbarse, a abrirse a él, a darle todo lo que era.

Las farolas parpadeaban brevemente a través de las ventanas del carruaje, proyectando un extraño velo de irrealidad sobre ellos. Su boca en su garganta, sus dientes mordisqueando lo suficiente para hacer burbujear su interior. Su mano en su pecho a través de la ropa. Su otra mano subiendo más allá de su liguero hasta la carne sensible y desnuda de la parte superior de su muslo.

Ella tampoco se contuvo y se lanzó al encuentro de su lengua con la suya. Deslizó las manos por aquellos hombros fuertes y anchos, deleitándose con su cuerpo masculino. Cuando le acarició el pezón con el pulgar, ella jadeó y él retuvo el sonido en la boca.

Ansiaba entregarse a él de una vez por todas. ¿Estaría mal? Ella lo amaba. Seguramente por eso estaría bien.

Su mano subió por debajo de la falda y le rozó el muslo.

Por una vez quiso cruzar el puente que los separaba, ir con él a un lugar donde pudieran disfrutar el uno del otro y simplemente estar juntos.

Llegaron a su destino demasiado pronto.

Ella se dio cuenta de que el carruaje iba más despacio, porque él se separó poco a poco de su beso y le cogió la cara con las manos, apoyando la frente en la suya.

—Hemos llegado.

Le entraron ganas de llorar. Demasiado pronto. Quería más, necesitaba más. Pero quizá era lo mejor. En otro momento habría arrojado todos sus principios al Támesis con tal de pasar unos momentos más entre sus brazos. Le acarició la mejilla con la mano.

—Gracias por acompañarme a casa.

—No es...

La puerta del carruaje se abrió y Sabrina se deslizó rápidamente de su regazo al asiento de al lado. Un lacayo vestido con la librea de Bradford se asomó al interior del vehículo, con expresión impasible.

—Buenas noches, Alteza.

—A ti, Benjamin. —Brad se levantó y se dirigió a la puerta.

Aturdida al darse cuenta de que habían llegado a la casa Middleton y no a la suya, no pudo hacer más que echarse la capucha de la capa a la cabeza para ocultar su identidad. ¿Por qué estaban aquí? ¿Qué estaban haciendo?

Bajó del carruaje y se volvió para tenderle la mano. Ella vaciló, considerando seriamente las ramificaciones de quedarse donde estaba y exigir que la llevaran a casa. ¿Debería dar a los criados algo de lo que cotillear con semejante escena? Él esperó pacientemente mientras ella se

debatía con la idea, y al final ella decidió tratar el asunto a solas. El personal no necesitaba ningún drama para entretenerse.

Le cogió de la mano, ignorando obedientemente el dulce estremecimiento que le producía la mera idea de pasar más tiempo con él. La ayudó a bajar del carruaje y luego la condujo a paso ligero hasta los escalones donde se encontraba el mayordomo abriendo la puerta de la casa.

—Buenas noches, Alteza.

—Buenas noches. —Bradford se quitó el sombrero y se lo entregó al hombre calvo—. Despida a los sirvientes por esta noche, Watson. No deseo ser molestado.

—Muy bien, Alteza. —Sin revelar un atisbo de emoción, el mayordomo cerró la puerta y abandonó el elegante vestíbulo, con el sombrero de su señor en la mano.

Bradford miró a Sabrina, con su oscura mirada ardiente de pasión.

—Ven conmigo, querida. Quiero enseñarte algo.

Ella no se movió.

—¿Por qué estamos aquí? Esta no es mi casa.

—No, es la mía.

El arrepentimiento le dejó un sabor amargo. Estaba actuando como cualquier otro hombre. Ella se había permitido demasiadas libertades en el carruaje, y él, obviamente, lo había interpretado como...

—No he cambiado de opinión sobre lo de compartir tu cama —dijo en voz baja, consciente de que el sonido podía resonar en la cavernosa casa—. No debería estar aquí contigo.

—¿Y en el carruaje?

—Solo fue gratitud. —Le sostuvo la mirada con esfuerzo.

Su boca se torció en una sonrisa torcida.

—Un beso en la mejilla es gratitud, Sabrina. Lo que compartimos es más que eso.

—Entonces solo fue un momento de locura —susurró ella. Las lágrimas escocían, pero se negó a derramarlas—. Por favor, Brad, no hagas esto más difícil de lo necesario. Vuelve a llamar al carruaje y envíame de vuelta.

—Sé que me deseas —murmuró él.

—Cierto. —Ella jugueteó con las cuerdas de su retícula—. Si estuviera buscando un amante, tú serías el hombre que elegiría. Si estuviera buscando uno.

—No es el tipo de cosas que se le dicen a un hombre al que se intenta desanimar. —Ella cerró los ojos.

—Lo sé. Intento ser sincera.

—Quieres certeza. Una garantía. Pero querida, no hay garantías en esta vida. Si las hubiera, mi hijo seguiría vivo.

—También Lucy.

—Así es. En lugar de eso, solo estamos nosotros. —Le acarició la mejilla con el dorso de los dedos—. Nunca te forzaré, querida niña. Si decides aceptarme como tu amante, solo tienes que decirlo. Mientras tanto, hay algo que me gustaría enseñarte. Algo que nadie más ha presenciado. ¿Vienes? —Volvió a dedicarle aquella sonrisa torcida—. Te prometo que mantendrás la modestia todo el tiempo.

La miró con auténtico afecto en los ojos, con un tacto tierno. El tiempo y las circunstancias siempre habían estado en su contra, así que ¿cómo iba a rechazar esta última oportunidad? Ella asintió y le permitió que la cogiera de la mano de nuevo y la condujera hacia la escalera curvada.

De todas las maravillosas habitaciones de su casa, no esperaba que la llevara a la sala de música.

Por su aspecto, sabía que era su santuario privado. La decoración era oscuramente masculina, con alfombras del tono de los abetos e instrumentos bien pulidos que brillaban al resplandor de las lámparas esparcidas por la habitación. Una elegante arpa se curvaba cerca de la ventana, y un violín estaba montado en lo que parecía una especie de estante a medida sobre una mesa. Un piano de cola Broadwood. Cerca de la pared había un escritorio con papeles esparcidos. Cerca de la chimenea había un sillón de aspecto confortable y una mesita, perfecta para una cena nocturna.

—Los criados saben que suelo trabajar en mi música por la noche —dijo, cerrando la puerta tras ellos—. A veces estoy aquí hasta el amanecer si la musa se ha apoderado de mí.

—Qué habitación tan maravillosa. —Se acercó al arpa, embelesada por la majestuosidad y elegancia del instrumento.

—Era de mi madre —dijo—. Se volvió a casar hace unos años y vive en Italia. Nadie la ha tocado desde entonces.

—Es una lástima. Un arpa tan hermosa merece ser tocada a menudo.

—Siempre lo he pensado. —Se acercó a ella y tiró de los lazos de su capa. Ella separó los labios y dirigió su mirada sorprendida hacia la de él mientras él le quitaba la prenda de los hombros. Sus ojos brillaron con picardía cuando dijo—: No me regañes. Has dejado claro que esta es la única prenda que te quitaré esta noche.

El corazón le dio un vuelco y se esforzó por mantener una expresión severa.

—Cuida tus modales, Bradford.

—Por supuesto. —Él se inclinó, extendiendo una mano hacia el sillón.

—El trono de mi señora espera.

Ella marchó hacia el sillón y se sentó.

—¿Estás satisfecho, Alteza?

Él se enderezó y dobló la capa sobre su brazo como el mejor criado.

—Difícilmente, señorita Larson, pero no permitiré que eso arruine mi sorpresa para ti.

Ella se burló de su insensatez, pero esperó pacientemente mientras él iba a colocar su capa sobre la silla del escritorio.

—No puedo quedarme mucho tiempo. Debo volver con David.

—Annie y los demás cuidarán bien de él. —Jugueteó con los papeles del escritorio, ordenándolos hasta encontrar lo que buscaba. Agarró varias hojas con las manos y se volvió hacia ella. Se detuvo.

La inusual vacilación captó su atención más de lo que lo habría hecho un grito.

—¿Pasa algo?

—En absoluto. —Dejó escapar un largo suspiro, luego se dirigió a un rincón de la habitación y cogió un atril, levantándolo fácilmente con una mano para llevarlo al centro de la habitación. Acomodó sus papeles sobre él, y ella vislumbró líneas y notas distintivas, escritas a mano.

Música.

¿No estaría a punto de tocar una de sus composiciones para ella? Semejante honor la dejó sin aliento. No se merecía semejante regalo.

Sonrió un poco inseguro, luego se acercó a la mesa y sacó el violín y el arco del estante. Los llevó de nuevo al atril, pulsó las cuerdas del violín y realizó pequeños ajustes en las clavijas. Esto duró varios minutos.

¿Qué clase de tonta era para excitarse tanto viéndole afinar el violín? El pulso le temblaba en las venas y su piel se enrojecía de calor. No podía apartar los ojos de sus dedos, que

acariciaban las cuerdas con tanta destreza.

Finalmente, él levantó su mirada hacia la de ella.

—Esta es una parte de la ópera que he estado escribiendo desde que murió mi esposa. Es un aria cantada por una joven que acaba de perder a su hijo. Nadie más que yo la ha oído nunca.

Puso una mano sobre su atronador corazón.

—Es un honor que me permitas escucharla.

—Puede que seas la única otra persona que conozco que lo apreciaría. —Levantó el instrumento hasta la barbilla e hizo una mueca de dolor—. Te ruego que me disculpes, Sabrina, pero no puedo tocar así.

—Oh, no, no lo pienses ni un momento más. —Ella se levantó, decepcionada más allá de las palabras, aunque no quería que él lo viera.

—No, no, siéntate. —Señaló la silla con la mano que sostenía el arco—. Solo tengo que hacer un ajuste.

Ella volvió a sentarse y él se acercó al escritorio y dejó el violín y el arco. Luego se quitó el abrigo. Ella se quedó boquiabierta cuando él se desprendió de la prenda y la dejó sobre el escritorio, mostrando su impresionante figura vestida únicamente con la camisa de lino níveo. A continuación, rasgó el nudo sencillo pero elegante de su corbata, desenrollándolo finalmente y tirándolo sobre su abrigo. Tomando de nuevo el violín y el arco, volvió al atril.

Sin su abrigo Weston y su elegante corbata, Bradford parecía... salvaje. Su camisa blanca resaltaba su físico masculino: hombros anchos, cintura delgada. Y sus ajustados calzones... tuvo que apartar la mirada para no fijarse demasiado en algo por lo que sentía demasiada curiosidad. Cuando se encontró echando otro vistazo, levantó la mirada. Un mechón de pelo negro azabache le cubría la frente. y, sin corbata, podía estudiar cada detalle de su garganta, que por alguna razón le fascinó de repente.

Dejando el arco sobre el atril, se pasó el violín por debajo de un brazo y luego por debajo del otro para poder remangarse cada una de las mangas y dejar al descubierto sus fuertes antebrazos. Se le hizo la boca agua al verlo, como si fuera un sabroso pastel preparado para ella.

—Con esto ya está. —Tomó el violín por el cuello con una mano y cogió el arco con la otra. Empezó a levantar el instrumento hasta la barbilla, pero se detuvo—. Debería haberte pedido permiso para quitarme el abrigo, Sabrina. Te pido disculpas. Tiendo a ser bastante obstinado cuando se trata de mi música.

—En absoluto. Como colega músico, lo entiendo perfectamente. Por favor, no pienses más en ello.

—Te agradezco tu indulgencia. —La sonrisa que le dedicó fue tan dulce, tan infantil, que apenas podía creer que fuera el mismo hombre que la había llevado al clímax en la mesa del desayuno.

Pero con el primer zumbido del arco sobre las cuerdas, supo que estaba en presencia de un maestro.

El violín cantó al amor, a una madre y su hijo. Lloraba la agonía de la pérdida y la desesperación. Lloraba corazones rotos y vidas destrozadas.

La música la arrastró como la más fuerte de las mareas y la llevó a un viaje de dolorosa negación, de culpa frustrada. Un dolor terrible y oscuro que nunca dejaba de latir. Deber y sufrimiento. La tortura de vivir. No podía evitar ahogarse en él, perderse en él.

Entonces, un rayo de luz. De esperanza. De amor, renovado.

Para cuando su arco acarició las cuerdas con la última nota, las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Abrió los ojos —los había cerrado durante la interpretación— y la miró. Tanteó en su retículo, buscando su pañuelo. La pequeña bolsa se le cayó de las manos. En un momento estaba

arrodillado frente a ella. Dejó el violín en el suelo, cogió el retículo y se lo entregó. Pero sus manos seguían sin poder tocar las cuerdas.

Con delicadeza, apartó sus dedos agitados, abrió el cordón y sacó el pañuelo. Pero en lugar de dárselo, lo utilizó para secarle las mejillas.

Su ternura le hizo perder el control. Ella levantó una mano temblorosa para cubrir la suya.

—Ha sido lo más desgarrador que he oído nunca. Ha sido precioso.

Agachó la cabeza un momento, concentrándose en la alfombra.

—Gracias.

—Qué trágico —murmuró ella—. Perder a tu mujer y a tu hijo nonato al mismo tiempo. ¿Fue un accidente? ¿Una enfermedad?

—No. Nada de eso. Apretó el pañuelo contra la palma de su mano y dejó caer el retículo sobre su regazo. Luego se levantó y se acercó a dejar el violín en su estante.

Ella se aferró a sus pertenencias, desconcertada por su postura rígida y sus movimientos torpes.

—¿Me dirás qué ha pasado?

Él no dijo nada, sólo volvió a buscar el atril. Cogió sus páginas con una mano y el atril con la otra, llevándolo de vuelta al rincón. Luego se volvió hacia su escritorio, revolvió las páginas de su ópera y volvió a colocar en la pila las que había tocado.

—¿Brad? Contéstame, por favor.

Se puso rígido, apoyó las manos en el escritorio e inclinó la cabeza.

El silencio pesaba en la habitación como un manto de lana en verano. Pesado.

Asfixiante.

Sabrina se levantó de la silla, dejó el pañuelo y el retículo en el asiento y se dirigió hacia él. Se detuvo antes de tocarle el brazo con vacilación.

Él se lo quitó de encima y la miró. Sus ojos oscuros brillaban con una pena no derramada y su boca estaba sombría. Parecía peligroso, impredecible.

Torturado.

La angustia irradiaba de él en ondas casi visibles. Ella no pudo resistir la llamada. Con valentía, se acercó y le puso la mano en el pecho. Su corazón retumbó contra su palma. Tan vibrantemente vivo. Todo lo que hacía, lo hacía con tanta pasión.

Se quedó muy quieto, con la respiración agitando sus fosas nasales.

—Te pasó algo terrible —susurró ella—. Me doy cuenta. Es tan horrible que ni siquiera puedes hablar de ello.

Él cerró los ojos, se estremeció.

—Brad. —Ella se acercó, lo rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho—. Siento mucho que te hayan herido.

Se le escapó un sonido: un sollozo, una risa, un grito de dolor. Tal vez las tres cosas. La rodeó con los brazos y la abrazó con fuerza, como si el mero hecho de abrazarla fuera a disipar su angustia.

Ella se aferró a él, intentando absorber su dolor. ¿Cómo podía pensar que él era el tipo de hombre que dejaba embarazada a una mujer y luego la abandonaba? Él lo sentía todo tan profundamente. Nunca desecharía a una persona como si fuera menos que nada.

Le enterró la cara en el pelo. Sus manos acariciaban su espalda, no con la intención de excitarla, sino como si intentara asegurarse de que realmente estaba allí. Ella seguía susurrándole seguridades, con la esperanza de prestarle la fuerza suficiente para volver al presente.

—Ella mató a mi hijo —murmuró.

La conmoción se apoderó de ella, aunque se esforzó por no demostrarlo.

Él se enderezó y la miró. La angustia marcó las líneas de su rostro.

—Mató a mi hijo —repitió—, y al hacerlo, acabó con su propia vida.

—Oh, Brad.

—Fue un matrimonio de conveniencia. —La soltó y se inclinó para abrir un armario junto al escritorio en el que ella no había reparado. Sacó una botella y un vaso, levantó ambos y enarcó una ceja.

Ella negó con la cabeza.

—No, gracias.

Él abrió la botella y vertió un poco de licor en el vaso.

—El matrimonio fue concertado por nuestros padres. Era muy guapa y, según descubrí, bastante vanidosa. —Miró el licor y bebió un trago—. Tan vanidosa que no quería que mi hijo deformara su belleza.

—Oh, no. —Se tapó la boca.

—Acudió a una lugareña que le dio unas hierbas, prometiéndole que la librarían del niño.

—Seguramente sabía que necesitarías un heredero.

—A ella no le importaba. El prestigio de ser duquesa y su propia belleza eran sus únicas preocupaciones. Se volvió un poco loca cuando descubrió que esperaba un hijo mío. Pensé que era simplemente un miedo natural por el nacimiento o algo así. Supongo que no le presté suficiente atención. Estaba mareado con la idea de ser padre. —Dejó caer el resto de su bebida —. Así que murió, y el bebé con ella.

—No podías saber que pretendía hacerse daño a sí misma.

—¿A sí misma? No, no tenía intención de hacerse daño. Solo al niño. —Dejó el vaso sobre el escritorio—. Solo a mi hijo.

—Qué horrible. —Con la garganta apretada, se rodeó el cuerpo con los brazos—. Ahora entiendo por qué evitas a David.

Se frotó los ojos con una mano.

—Es cierto que el muchacho me recuerda de nuevo lo que perdí.

—Siento mucho haber irrumpido en tu vida y habértelo impuesto.

—¿Qué? —Levantó la cabeza y la miró—. ¿No entiendes lo que me has hecho, Sabrina Larson? Estaba muerto por dentro, y entonces llegaste a mi puerta con tus principios altruistas y tu testarudez y me devolviste a la vida.

Sacudió la cabeza.

—No, empeoré las cosas para ti al endilgarte a David.

—No lo hiciste. —Le cogió la cara entre las manos y la obligó a mirarla—. Estaba perdido en mi música, en el pasado. Torturado por los recuerdos. Tú me trajiste al presente. Y te doy las gracias por ello. —Con reverencia, le dio un beso en los labios.

Su voluntad se derritió como el hielo al sol.

Él se apartó, sus labios curvados en una sonrisa, sus ojos amables. La casa estaba en silencio, los criados dormidos. Sus instrumentos los rodeaban como guardianes, brillando a la luz de la lámpara. Mañana tenía intención de cancelar las actuaciones que le quedaban, y luego ella y David se marcharían de Londres.

Pero esta noche... Esta noche era su única oportunidad de robar unos momentos de felicidad para atesorarlos durante el resto de sus solitarios días. Porque sabía que nunca conocería a otro hombre como Brad. Él le había abierto su corazón. Tal vez era hora de que ella

hiciera lo mismo.

—¿Cuál es su nombre de pila, Alteza? —Dio un paso atrás y se desabrochó lentamente uno de los guantes.

Su mirada se fijó en sus manos.

—Damon.

—¿Damon Middleton, Duque de Bradford? —Se quitó el guante de la mano.

—Damon Alistair Ryanard Gideon, en realidad. —Él no apartó la mirada mientras ella se desabrochaba tranquilamente el otro guante.

—Soy Sabrina Louisa. —Ella sonrió y dejó los guantes sobre su escritorio.

Se levantó para quitarse las horquillas del pelo. Los mechones de ébano le caían por los hombros y la espalda. Colocó las horquillas en el escritorio, junto a los guantes, y sacudió la cabeza, con el pelo lacio brillando como el azabache a la luz de la lámpara.

—Sabrina —dijo en un ronco susurro—, ¿qué estás haciendo?

—Cambiando de opinión. —Ella le cogió la mano y se la puso sobre el pecho.

Su suave carne bajo la palma encendió la mecha de su deseo cuidadosamente guardado. Le rodeó la cintura con el brazo y tiró de ella para abrazarla. Sus labios se entreabrieron y sus párpados se cerraron. Bajo su mano, su pezón se hinchó.

—No juegues conmigo, Sabrina —le advirtió, casi mareado por su aroma—. Te deseo demasiado.

—Esto no es un juego. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se acercó más a él—. Quiero que me hagas el amor, Damon.

—Dijiste que no serías la amante de ningún hombre. —Le enterró la cara en la garganta y le mordió la carne.

—Y no lo seré. —Ella arqueó el cuello, permitiéndole más acceso. Sus ojos oscuros, seductores de pecado, se deslizaron hacia los de él—. Solo puede ser esta noche, Damon. Si no puedes aceptar mis condiciones, me iré.

—¿Puedes irte tan fácilmente? —Tiró del corpiño de su vestido de noche, pasó la lengua por las curvas expuestas de su pecho.

Ella respiró con un pequeño chillido de sorpresa que le hizo sonreír. Metió los dedos en su escote. Encontró su pezón y lo frotó con el dorso de los dedos.

—¿Puedes dejarme ir tan fácilmente? —Ella jadeó mientras él acariciaba un punto especialmente sensible—. Por favor, di que sí, Brad. Por favor, di que podemos tener esta noche.

—Podemos tener esta noche. —La besó y le clavó las uñas en los hombros, frotándose contra él. Se apartó del beso, atrapando su labio inferior entre los dientes. El cerebro se le había nublado; la sangre le retumbaba en las venas, exigiéndole que la tomara. Aquí. Aquí y ahora—. Mañana —murmuró—, hablaremos.

—Hablaremos. Sí. Ahora bésame antes de que me vuelva loca.

Le cubrió la boca con la suya, aplastándola en su abrazo, con una mano enredada en aquel pelo negro y gitano. Ella se arqueó contra él, exigiendo en silencio más cerca, más fuerte, más rápido.

Y él nunca decepcionaba a una dama.

Capítulo 16

Le quitó la ropa con una habilidad que la dejó sin aliento, dejándola vestida solo con el camisón y las medias. Dejó a un lado el resto de la ropa, con movimientos rápidos y seguros, el rostro tenso por la urgencia. Ella se hundió en sus brazos, con las rodillas débiles, contenta de que hiciera con ella lo que quisiera. La arrinconó contra el piano y le metió el pezón en la boca a través del delicado algodón de la camisa. Ella gimió cuando el placer estalló en su interior y le agarró el pelo con las manos mientras él le masajeaba las nalgas con las palmas.

Debería haberse asustado. Era virgen. Pero había visto y oído demasiadas cosas a lo largo de su vida como para dejarse vencer por el pudor de una doncella. En secreto, siempre se había preguntado qué se sentía al ser tomada. Estaba claro que no podía ser doloroso —excepto la primera vez, según le habían dicho— o, de lo contrario, las mujeres nunca tolerarían ese comportamiento. Y confiaba en que Brad-Damon sería amable.

Le acarició la cara entre los pechos y luego cogió entre los dientes el escote de su camisa e intentó bajársela. Ella chilló sorprendida y él soltó la prenda, sonriéndole.

Agarró su camisa e intentó tirar de los bordes de la cintura de sus calzones, aunque solo lo consiguió a medias.

—¿Te ha complacido eso, hombre malvado?

—¿Quieres maldad? —Su sonrisa temeraria la emocionó y la puso nerviosa. Se tiró de la camisa por encima de la cabeza, haciendo saltar la corbata por el camino, y luego tiró la prenda al suelo. Antes de que ella pudiera hacer algo más que contemplar su torso desnudo, él se inclinó y cerró la tapa del pianoforte. El chasquido de la madera la hizo dar un respingo y soltó un gritito

cuando él la agarró por la cintura y la sentó encima del instrumento.

Ella se sentó con la cara a la altura de la suya, con el corazón a punto de salírsele del pecho. Le sostuvo la mirada durante un largo momento y luego deslizó las manos por debajo del borde de la camisa, acariciando las pantorrillas con medias y los ligueros con volantes... antes de que sus manos recorrieran sus muslos desnudos. Ella no dijo nada, se limitó a mirar. Solo sintió. Sus labios se entreabrieron.

Sus pulgares le rozaron el monte antes de agarrarle las nalgas con ambas manos y tirar de ella hacia delante, empujándole la camisa hasta la cintura.

—¡Caramba! —Ella se agarró a sus hombros y se sonrojó cuando él miró su feminidad expuesta. Estuvo a punto de zafarse, pero la expresión de agradecimiento de su rostro la mantuvo cautiva. Lentamente, él levantó su mirada hacia la de ella.

—Esto es perverso —susurró, inclinándose para besarla con perezosa deliberación. Como si tuviera todo el tiempo del mundo para disfrutar de su boca, para juguetear con su lengua. Mientras tanto, acariciaba sus húmedos pliegues con los dedos. Ella gimió, inclinándose hacia su beso, abriendo un poco más las piernas.

—Y esto. —Bajó la cabeza hacia sus pechos y tomó entre los dientes el duro pezón. Y sus dedos seguían entre sus piernas.

Ella echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y se aferró a él con ambas manos.

—Y esto —murmuró él, bajándola para que se tumbara sobre el piano. Luego agachó la cabeza y le metió la lengua entre las piernas.

Ella se sobresaltó y estuvo a punto de incorporarse. Pero él le puso una mano en el pecho, la volvió a tumbar con suavidad y le hizo girar la cabeza con el placer insano de su boca.

Estaba tan excitada que su cuerpo respondió instantáneamente a sus exigencias. Él la empujó hacia arriba hasta que ella arqueó la pelvis hacia su boca, suplicándole en susurros que

pusiera fin a su tormento. Entonces lo hizo, y el placer estalló en ella como fuegos artificiales.

Su cuerpo se desplomó sobre el piano, y las manos de él en sus caderas la sujetaron para que no resbalara y cayera al suelo hecha un charco.

—Dulce niña —murmuró él—. ¿Quieres más?

Ella ladeó la cabeza y abrió los ojos. Él la observaba con esa mirada atenta, la imagen completa de un hombre que se aferra a su control con dedos resbaladizos.

—Te deseo. —Ella onduló las caderas—. Por favor, Dios, termínalo, Brad. Tómame antes de que me vuelva loca.

—¿Estás segura? —advirtió él en tono gutural, rasgando los cierres de sus calzones.

—Estoy segura. —Ella sonrió cuando él consiguió bajarse la ropa, dejando al descubierto esa parte de él que ella nunca había visto, solo imaginado. Y su imaginación no le había hecho justicia. Su virilidad avanzaba como si encabezara la carga, dura e hinchada.

Por un instante, el pánico revoloteó en su vientre.

—Eres más grande de lo que esperaba.

Él soltó una risita mientras deslizaba las manos por debajo de su trasero y la empujaba hacia el borde del pianoforte.

—No temas, Sabrina. El hombre y la mujer fueron diseñados por Dios para encajar juntos, como una llave en una cerradura.

—Confío en que no me hagas daño. —Ella se agarró a sus antebrazos y se aferró.

—La primera vez de una doncella implica un poco de incomodidad —dijo él, empujando la cabeza contra sus pliegues femeninos—. Procuraré ser suave.

—Gracias —murmuró ella, y luego gimió cuando él presionó su carne caliente en lentos e implacables incrementos.

La llenó hasta casi reventar, introduciendo su virilidad en su cuerpo inexperto. Ella se estremeció al sentir el pinchazo mientras él avanzaba inexorablemente. Cuando estuvo completamente dentro de ella, se inclinó para besarle los labios.

—Aguanta —le aconsejó, y empezó a moverse.

Hacía unos instantes, su boca le había parecido el cenit del paraíso. Pero esto... esto transformaba su cuerpo y hacía girar sus sentidos, el epítome de todo lo que había sentido antes.

—Eso es —murmuró él, levantando la pierna de ella por debajo de la rodilla y curvándola alrededor de su cintura—. Agárrate a mí, amor. Déjame llevarte a lugares que nunca has imaginado.

—Dios mío, ¿qué me estás haciendo?

Él apretó sus caderas contra las suyas, su dureza rozando puntos sensibles en lo más profundo de su ser que ella nunca había imaginado tener.

—Haciéndote mía.

—Oh, Dios. —Sus ojos se cerraron cuando empezó de nuevo. Se aferró ciegamente a su cuello mientras él se inclinaba sobre ella, lamiéndole los pezones con la lengua, volviéndolos locos de deseo. Él parecía crecer dentro de ella, moviéndose más rápido, más fuerte. Con más urgencia.

—Agárrate a mí —le ordenó, y luego empujó una vez, dos veces. Luego salió de ella y se puso rígido, con los ojos cerrados y los músculos del cuello hinchados.

Un gemido largo y grave se escapó de sus labios cuando el clímax se apoderó de él, sus dedos se aferraron a las extremidades de ella mientras se derramaba sobre su muslo. Luego se relajó, sobre ella, a su alrededor.

Ella jugó con su pelo mientras él recostaba la cabeza cerca de su hombro, respirando como si hubiera corrido kilómetros. Una pequeña sonrisa curvó sus labios.

—Así que esto es hacer el amor.

Abrió un ojo.

—Dame unos momentos y te mostraré más, quizás incluso en una cama esta vez. Me temo que se acabó más rápido de lo que pretendía. —Volvió a cerrar los ojos y levantó una mano para acariciarle perezosamente el pecho—. Te deseaba demasiado. No puedo imaginar no quererte nunca. Incluso cuando estemos en la madurez.

Intentó no interpretar demasiado su comentario.

—Nunca te imaginé como un viejo lascivo.

—Sin embargo, yo te imaginaba todo el tiempo. —Acarició perezosamente su forma desnuda—. Así. Desnuda. Mía.

Ella se sintió halagada por su deseo, pero le dolía el corazón por lo que él no le ofrecía. Había sucumbido a sus pasiones y se había entregado a él, pero nada había cambiado. Y nada cambiaría. Nunca tendría su amor ni el derecho a estar a su lado como su esposa.

—Soy tuya por esta noche —susurró. Solo esperaba tener la fuerza para alejarse cuando llegara el momento.



—Bueno, Bradford, estamos esperando. Muestra las cartas.

Darius Jones levantó una ceja regiamente sardónica.

—¿Está insinuando algo, Rothgard?

—Tal vez sí. —Lord Rothgard golpeó el borde de la pila de cartas sobre la mesa—. Nadie

tiene tanta buena suerte.

Jones se encogió de hombros.

—La suerte no está contigo esta noche, Rothgard. O quizá sea su habilidad lo que está en duda.

Rothgard se puso en pie, con los ojos verdes encendidos.

—Tenga cuidado con sus palabras, duque.

—No todos los hombres tienen cabeza para las cartas. —Jones sonrió satisfecho—. Quizá sea un rasgo familiar.

Los hombres que observaban la partida murmuraron alarmados a medida que aumentaba la tensión en la sala.

—¿Qué está insinuando, Bradford? —preguntó Rothgard.

—Simplemente una observación de que no todos los hombres tienen la lógica —o el temperamento— para el juego. Como su hijo, por ejemplo.

—¡No meta a mi hijo en esto! —Rothgard puso las cartas boca abajo sobre la mesa.

—Debo admitir que fue un placer ganarle. Su ganado será una maravillosa adición a mi establo. —Jones también dejó sus cartas—. ¿Concede esta partida, Rothgard? ¿O es este drama una mera forma de evitar el pago de sus pérdidas?

El conde se puso rígido.

—Tenga cuidado, Bradford.

—Simplemente me pregunto si se trata de una nueva táctica empleada por los hombres de su familia, para provocar un incidente en las mesas cuando la suerte no acompaña. Uno casi podría llamarlo hacer trampas... o deshonroso, en el mejor de los casos.

Rothgard se puso en pie de un salto y su silla volcó.

—¿Se atreve a poner en duda mi honor? No acepto eso de nadie.

—Tan vehemente. —Jones jugueteó con su pila de ganancias, una sonrisa jugueteando en sus labios.

—Exijo una satisfacción.

—Cuando quiera —dijo Jones asintiendo con la cabeza.

—Mis segundos se pondrán en contacto con usted. —Rothgard se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en la mesa—. Y manténgase alejado de mi hijo. —Se apartó de un tirón y salió furioso de la habitación.

Jones miró a los espectadores.

—¿Alguien más quiere jugar?

Capítulo 17

-¡Brad!

El grito, seguido de un empujón en el hombro, despertó a Brad de un sueño profundo.

—Es medianoche; déjame dormir.

—Son las nueve de la mañana, tonto, y hay mucho que hacer.

Brad abrió los ojos, entrecerrándolos a la luz de la mañana.

—¿Quién abrió las cortinas? —Miró con el ceño fruncido a Ryan, que estaba de pie junto a su cama—. ¿Qué haces aquí?

—¿Te acostaste tarde? —preguntó Ryan, con todo su sarcasmo.

—¿Estás borracho? —La voz de Dorian llegó de algún lugar detrás de Ryan, donde la luz del sol era más brillante.

—No estoy borracho —espetó Brad, cerrando los ojos contra el resplandor cegador.

—Es lo único que tiene sentido para mí —dijo Dorian—. ¿Qué otra explicación hay para lo que ocurrió anoche?

Anoche...

Brad se sentó derecho en la cama, arremangándose las mantas alrededor de la cintura. Miró a su alrededor. Pero no quedaba ni rastro de Sabrina. Había desaparecido.

—¡Maldita sea! —murmuró, y se levantó de la cama arrastrando la manta.

—Así se habla —dijo Dorian—. Todavía hay tiempo para arreglar las cosas.

—No es demasiado tarde —convino Ryan.

Ignorando sus tonterías, abrió de un tirón la puerta de la alcoba.

—¡Phillips!

Una criada que pasaba por allí se volvió para mirarlo, chilló alarmada por su casi desnudez, enrojeció y se escabulló por el pasillo.

—¡Trae a Phillips! —gritó tras ella, cerró la puerta y se apoyó en ella. Sus amigos le observaban desde sus puestos junto a la cama—. ¿Y qué demonios hacéis vosotros dos aquí?

—Somos tus segundos —dijo Dorian—. Al menos supongo que lo somos. No se lo pedimos a Nash.

—¿Segundos? ¿Para qué demonios? —Ryan frunció el ceño.

—Tu duelo con Rothgard.

—¿Mi qué con quién? —La puerta se abrió detrás de él, golpeándole la espalda. Miró por encima del hombro y a través de la abertura vio a su ayuda de cámara que le devolvía la mirada —. Ah, Phillips. Muy bien. Debo vestirme inmediatamente.

—Si, debes hacerlo —asintió Dorian, mientras Brad abría la puerta de par en par para que el ayuda de cámara pudiera entrar—. Cuanto antes presentemos tus disculpas a Rothgard, antes se olvidará todo esto.

—No sé qué balbuceáis —dijo Brad, y luego se dirigió a su ayuda de cámara—. ¿Cuándo se fue la señorita Larson?

—¿La señorita Larson? —Ryan lanzó una mirada interrogante a Dorian, que enarcó las cejas.

—Creo que fue poco antes de las ocho, Alteza. Watson la envió a casa en su carruaje. —El

criado bajo la voz—. El escudo ducal estaba cubierto por discreción.

—Excelente. Al menos sé dónde está. —Le dio una palmada en la espalda a Phillips—. Buen hombre. Ahora tráeme algo de ropa. Debo atraparla antes de que huya de Londres.

El ayuda de cámara corrió hacia el armario y Ryan se levantó de su asiento.

—¿No has oído ni una palabra de lo que hemos dicho, Brad?

—No, y no tengo tiempo...

—Basta. —Ryan levantó la mano—. Haz tiempo. Anoche el duque de Bradford insultó al conde de Rothgard durante una partida de cartas en casa de Maynard. Rothgard ha lanzado un desafío. Pistolas al amanecer mañana en Hyde Park.

—No estuve en casa de Maynard anoche. Estuve...

—Estuviste aquí —terminó Ryan por él—. Con alguien llamada señorita Larson, aparentemente.

—Oh, ya veo —le dijo Dorian a Ryan—. Debe de haber sido el impostor.

—¿Qué? ¡Maldito sea ese sinvergüenza! ¿Ha insultado a Rothgard?

—Y ha hecho que Rothgard desafíe a Bradford —aclaró Ryan.

—Maldita sea. Iré a ver a Rothgard y se lo explicaré.

—¿Explicar qué? —Dorian arqueó las cejas—. ¿Que tienes un gemelo loco corriendo por Londres sembrando el caos en tu nombre, cuando es bien sabido que eres hijo único? Bueno, esa es una explicación que yo creería, ¿no estás de acuerdo, Ryan?

—Oh, indudablemente. —Ryan se cruzó de brazos y asintió.

—Además, como tus segundos, deberíamos ser nosotros los que presentáramos tus disculpas —dijo Dorian.

—No, el impostor es mi cruz, así que yo me encargaré del asunto. ¿Por qué fue el insulto? —Brad permitió que Phillips lo empujara al vestuario, pero mantuvo la puerta entreabierta y alzó la voz para hacerse oír—. ¿Cartas, no?

—El falso Bradford impugnó el honor del conde insinuando que Rothgard intentaba hacer trampas —explicó Dorian, alzando la voz para que se le oyera—. Naturalmente, eso provocó un desafío, a menos que te disculpes por el desaire, en cuyo caso, Rothgard podría aceptar tus disculpas, aunque lo dudo después de lo ocurrido con el joven Alan.

—¿Alan? —Brad salió de su camerino vestido con calzones, camisa y medias. Phillips se apresuró tras él, con un corbatón colgando de sus dedos—. Espera un momento. Highbrow me dijo algo sobre eso en el musical de anoche.

—Highbrow y Rothgard son amigos de la escuela —dijo Ryan—. Estoy seguro de que Highbrow está al tanto de los secretos de la familia.

—Su Excelencia, por favor siéntese —dijo Phillips—. Debo atarle el corbatín. —El ayuda de cámara agitó el trozo de lino—. ¡No puede ir a ninguna parte hasta que esté vestido apropiadamente!

Brad apartó una silla de madera de una pequeña mesa y se sentó en ella.

—Un simple nudo hoy, Phillips. Me marcho dentro de unos minutos.

—Pero, Alteza...

—Estoy sentado, Phillips. Adelante. —Miró a sus amigos—. Dorian, ¿qué sabes de este asunto con Alan?

Phillips dio un suspiro agraviado, pero se acercó y comenzó a anudar el corbatín alrededor del cuello de Brad.

—El escándalo ha sido silenciado —dijo Dorian, moviéndose para colocarse donde Brad pudiera verlo alrededor del ayuda de cámara—. Por suerte, suelo frecuentar ciertos

establecimientos que atienden a una clientela de clase social algo inferior. Algunos de estos tipos estaban en Maynard's durante el incidente con Alan.

—¿Qué dicen que pasó?

—El falso duque limpió a Alan de la mayor parte de su herencia. El conde estaba fuera de la ciudad en una de sus fincas del norte. Cuando Rothgard regresó y descubrió lo que había ocurrido, se hizo invitar a la siguiente reunión de Maynard y retó a una partida al que creía que era Bradford. No sé si pretendía recuperar la riqueza de su hijo o simplemente enfrentarse al hombre que se la había arrebatado, pero lo siguiente que supimos es que se hicieron acusaciones y el impostor puso en duda el honor de Rothgard.

—Y ahora hay una cita al amanecer para mañana por la mañana —dijo Ryan—. Pero dudo que el impostor vaya a presentarse.

—Lo que pondría a tu honor en entredicho —dijo Dorian—. Se ha lanzado un desafío. Puede disculparse.

—Lo cual Rothgard probablemente no aceptará, no después de lo sucedido con el joven Alan —señaló Ryan, como había hecho Dorian momentos antes.

—O puedes reunirte con él al amanecer —dijo Dorian—. Ahora sabemos que eres un tirador de primera...

—Pero si matas a Rothgard, puede que tengas que huir del país —concluyó Ryan.

—Y si Rothgard te mata, bueno, ninguno de nosotros quiere eso. —Dorian frunció el ceño —. Y si no apareces, el honor de Bradford quedará en entredicho.

—Ya hubo bastante de eso en tiempos de tu padre —dijo Ryan—. Así que la mejor solución sería encontrar a este impostor y hacerlo marchar hasta Rothgard para probar tu historia sobre un doble.

—Pero llevamos buscándolo desde que volviste a Londres y seguimos sin encontrarlo, así

que no podemos contar con esa táctica —dijo Dorian—. Ahora bien, si tuvieras alguna otra forma de demostrarle a Rothgard que no estuviste anoche en casa de Maynard...

—Como un testigo que pueda responder por ti... —Ryan enarcó las cejas en señal de querer decir algo.

—No tengo ningún testigo —dijo Brad mientras Phillips terminaba el último nudo de su corbata.

—¿Y la señorita Larson? —preguntó Ryan—. ¿Podría ella dar fe de tu paradero?

—Ni hablar. —Brad se puso en pie mientras el ayuda de cámara regresaba al camerino, para reaparecer instantes después con un abrigo verde botella. Brad extendió los brazos y dejó que el ayuda de cámara le vistiera con la impecable creación de Weston—. No meteré a una dama en esto.

—Oh. —Dorian y Ryan intercambiaron miradas—. Como pasó la noche contigo, supusimos...

—No asumas nada. Y olvidaos de la señorita Larson. Ella no será parte de esto.

—Pero... —Ante la aguda mirada de Brad, las palabras murieron en los labios de Dorian.

—Iré a ver a Rothgard e intentaré apaciguarlo —dijo Brad, quedándose quieto mientras Phillips comprobaba el ajuste de su abrigo—. Es un hombre razonable.

—Ruego que tengas razón —dijo Ryan—. Pero seremos tus segundos hasta que se resuelva el asunto. Mientras tanto, seguiremos buscando al impostor con la esperanza de arrastrarlo ante Rothgard.

—De acuerdo. —Brad hizo un gesto al ayuda de cámara para que se marchara y se volvió hacia la puerta—. Os enviaré una nota a los dos y os haré saber si necesitaré vuestros servicios. Espero que no.



—¿Qué clase de locura es esta? —El Conde de Rothgard irrumpió en el salón donde le esperaba Brad. Era un hombre alto y delgado, con el pelo oscuro salpicado de plata, cejas espesas, nariz afilada y brillantes ojos verdes. A pesar de su edad —algo cercana a los cincuenta, supuso Brad —, el conde seguía poseyendo una poderosa fuerza de presencia que habría hecho acobardarse a un hombre menos seguro de sí mismo. Sobre todo, ahora que la furia se desprendía de él en oleadas, como el vapor en la calzada después de una fuerte lluvia.

—He venido a disculparme por el malentendido de anoche —dijo Brad, poniéndose en pie.

—¿Malentendido? —Rothgard señaló con el dedo—. ¿Cómo se atreve a insultar mi honor y luego espera que lo perdone todo con unas bonitas palabras? Alguien tiene que ponerle en su sitio.

—Conozco mi lugar. —Decidido a no ceder a su propio temperamento, Brad se recordó a sí mismo que aquel hombre había sido maltratado por el impostor y tenía todo el derecho a estar enfadado—. Soy el Duque de Bradford, y he venido a disculparme y ofrecer restitución.

—¿Restitución? —Su insulto podría haber sido perdonado con una restitución —dijo Rothgard—. Pero lo que le hizo a mi hijo fue inconcebible.

—Estoy dispuesto a reparar...

—¡Enmendar! Le quitó la paga de un año, se apropió de sus establos y vendió su equipo favorito. ¿Cómo demonios va a enmendar eso?

—Si simplemente me diera una cifra...

—No se trata del dinero, sinvergüenza, se trata del honor de mi familia. Y eso no tiene

precio. —Rothgard lo miró con desprecio—. Excepto quizás su sangre. Ahora salga de mi casa.

—Yo también tengo mi honor —dijo Brad, decidiendo mostrar todas sus cartas—. Y está siendo manchado por otro. Alguien está manchando mi nombre, alguien que se parece mucho a mí.

—¿Está borracho? ¿Qué clase de historia sin sentido es esa?

—Es la verdad. No estuve en casa de Maynard anoche, Rothgard. Ni la noche que su hijo lo perdió todo. Este tipo se parece a mí, se hace llamar Bradford y me está causando muchos problemas.

Rothgard se le quedó mirando durante un largo momento, y luego se echó a reír.

—¿Espera que me crea una historia tan descabellada?

—Es la verdad.

—¿La verdad? ¿Y hay alguien que pueda dar fe de su paradero la noche en que mi hijo lo perdió todo? ¿O anoche?

—Mis sirvientes atestiguarán que estuve en casa las dos noches en cuestión.

—¿Sus sirvientes? —Rothgard rio entre dientes—. Sus sirvientes dependen de usted para su vida, así que por supuesto dirán lo que usted les pida que digan. ¿No hay nadie más? ¿Alguien que no dependa de usted para vivir?

Brad pensó brevemente en Sabrina.

—No. No hay nadie.

—Entonces no tenemos nada que discutir. Nos veremos mañana al amanecer. Espero que sus asuntos estén en orden.

—Ocúpese de los suyos. —Con la mandíbula apretada, Brad salió del salón.



Con el corazón encogido, Sabrina escribió la última nota para cancelar sus actuaciones. No podía quedarse más tiempo en Londres, no después de haber pasado la noche en brazos de Brad.

No le preocupaba el escándalo. Más bien, temía por su corazón. Sabía que, si se quedaba, acabaría de nuevo en su cama, sin importar su determinación. Y nunca querría irse.

Una parte de ella se preguntaba si esa vida sería realmente tan mala. Ser cuidada por un hombre como Brad, un hombre que nunca la trataría con desprecio, aunque su relación llegara a su fin. Vivir una vida cómoda criando a David mientras disfrutaba de noches de pasión en la cama de Brad. Tan tentador...

¿Pero depender de él para cada mendrugo de pan, cada prenda de ropa? No, ella no quería nada de eso. Quería su respeto, no su dinero. Quería que la valorara como persona, no como posesión. Pero el duque de Bradford estaba demasiado por encima de Sabrina Larson de Little Depping, por muy condesa convincente que fuera. El único cargo al que podría aspirar sería el de señora; su nacimiento le impedía cualquier cosa más honorable que eso. Una vez se había jurado a sí misma que nunca se rebajaría a tal posición, y tenía la intención de cumplir su promesa.

Por difícil que fuera.

Ya no había nada más que hacer. Lo mejor era que cogiera a David y volviera al campo. Había recogido sus pertenencias y las del bebé. Tan pronto como Laurence llegara con lo que le quedaba de su herencia, se llevaría a David y compraría un asiento en el siguiente coche de correo que saliera de Londres.

Quedarse más tiempo, dejarse tentar por lo que no podía tener, le partiría el corazón en dos.

Llamaron a la puerta principal. Mientras los criados atendían a la persona que llamaba,

Sabrina dirigió cuidadosamente cada misiva, realmente triste por tener que cancelar los compromisos. Aunque al principio se había resistido a la idea de actuar, tenía que admitir que parecía tener talento para ello. Disfrutaba cantando ante el público, aunque no ambicionaba pisar los escenarios londinenses. Esa vida solo le había traído sufrimiento a su madre, así que, como condesa, se había contentado con pequeñas reuniones privadas.

Si las cosas hubieran sido diferentes, habría seguido actuando mientras la sociedad lo hubiera querido.

El lacayo anunció a Laurence, y ella levantó la vista cuando su amigo entró en la sala. Entonces dio un grito ahogado y se puso en pie de un salto.

—¡Santo cielo, Laurence! ¿Qué ha pasado?

Intentó sonreír, a pesar del labio hinchado.

—Mint y Barney tuvieron unas palabras conmigo anoche.

—¡Dios mío! —Ella le ayudó a sentarse en una silla y luego se cernió sobre él, observando su maltrecho rostro0. —¡Debes estar loco para relacionarte con gente así!

—Estoy de acuerdo contigo. Y procuraré hacerlo mejor. —Hizo una pausa y sacó una bolsa del bolsillo de su abrigo—. Empezando por esto.

—Oh, bien, trajiste el dinero. —Sabrina abrió la bolsa, miró dentro y se quedó sin aliento —. ¡Cielo santo, Laurence, esto es demasiado! —Levantó la mirada hacia la de él—. No aceptaré ni un céntimo más de lo que es mío. Debes llevarte el resto.

—Es todo tuyo —carraspeó, y su rostro enrojeció, pero no apartó la mirada—. Te dije que tus inversiones no habían ido bien, que habías perdido la mitad de tu dote por ello. Pero la verdad es que me llevé el dinero.

—¿Qué? Ella solo pudo quedarse boquiabierta ante él, el amigo más querido de su madre —. ¿Cogiste el dinero? ¿Para qué?

Señaló su cara magullada.

—Para jugar. Los prestamistas me perseguían y sentí que no tenía elección. Lo pedí prestado. —Apretó la mandíbula—. No, lo robé. Me dije a mí mismo que lo devolvería, pero nunca lo hice. Pero entonces llegaste a Londres pidiendo el dinero, y me entró el pánico.

Con el corazón encogido, Sabrina se hundió en la silla.

—¿Cómo pudiste?

—Sé que es inconcebible, y tu madre, que Dios la bendiga, probablemente me hubiera asado vivo si hubiera estado aquí para verlo. No sabes cuánto lamento haber traicionado tu confianza.

—Oh, Laurence. —Entristecida, desilusionada, cerró la bolsa y apretó las manos en torno a ella. Cada vez parecía más conveniente que abandonara Londres—. Quizá deberías irte ahora.

Intentó sonreír, pero no le llegó a los ojos.

—No te culpo por ello. Pero el dinero no era mi única razón para hacer esta llamada. ¿Has oído lo último?

—¿Lo último de qué?

—Cotilleos —confirmó—. Se rumorea que Rothgard ha desafiado a Bradford.

—¿Qué? —Se quedó boquiabierta—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Anoche Bradford insultó el nombre de la familia de Rothgard en la mesa de juego. Y después de lo que el duque le hizo al hijo de Rothgard, no puedo culpar al hombre por retar a Bradford.

Dejó caer la bolsa sobre la mesa.

—Será mejor que me lo cuentes despacio. —Ella sabía que tenía que ser el impostor. Después de todo, Brad había estado comprometido con ella la noche anterior. Pero nadie más lo

sabría. Para el mundo, sí que parecería que había impugnado el honor de Rothgard.

—Como he dicho, empezó con el hijo de Rothgard. Highbrow perdió la paga de un año y todo su establo en Bradford en una partida de *whist* hace un par de noches. Sospecho que Rothgard fue en busca de un enfrentamiento con el duque, y resultó en un desafío.

—Por supuesto que Bradford se negó. —Ella se encontró con su mirada, esperando que estuviera de acuerdo—. Naturalmente le daría explicaciones a Lord Rothgard. Le pedirá disculpas.

Laurence vaciló.

—No puedes simplemente rechazar un duelo, querida. El honor está en juego.

—Pero es inocente del crimen. Conoces al impostor, Laurence. Seguramente fue él, y no Bradford, quien hizo estas cosas.

—No creo en ese cuento, y pensé que tú tampoco. Por otra parte, tal vez tu ternura por el duque te haya hecho cambiar de opinión sobre su carácter.

Ella le frunció el ceño.

—No me trates con condescendencia, Laurence. No estás en posición de lanzar piedras. Han salido a la luz hechos que me hacen creer sin lugar a dudas que realmente hay un impostor que intenta ensuciar el nombre de Bradford.

—Ya veo. —Le envió una mirada de lástima—. Como desees, querida. Pero sentí que debías oír las noticias de un amigo.

—¿Cuándo tendrá lugar el duelo? —preguntó ella, ignorando deliberadamente la referencia a sí misma.

—Mañana al amanecer. Estoy seguro de que puedo saber el lugar.

—No, gracias. —Ella se puso de pie, y la cortesía exigió que él también lo hiciera—.

Agradezco tu ayuda mientras estuve aquí en Londres. Pero tengo mucho que hacer, y...

Levantó una mano.

—Estuve en el escenario durante más de treinta años. Sé cuándo el público ha perdido el interés.

—Lo siento. —Su expresión abatida tiró de su fibra sensible, pero ella no podía ignorar el hecho de que le había mentido. Le había robado—. Cuídate, Laurence.

—Y tú. —Le cogió la mano y le dio un beso en el dorso, luego puso la otra mano sobre la suya y la miró a los ojos—. Tu madre estaría orgullosa de ti.

Sus mejillas se sonrosaron y ella soltó lentamente la mano.

—Gracias, Laurence.

—Adiós, preciosa. Con una reverencia, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Sabrina esperó a oír la puerta cerrarse tras él para coger el dinero y seguirle. Cuando llegó al vestíbulo, le dijo al mayordomo:

—Llama al carruaje. Y envía a Annie a mi habitación.

—Sí, señorita.

Luego se volvió hacia la escalera. Había tenido la intención de abandonar Londres inmediatamente, sin ver a Brad, con el corazón bien guardado. Pero ahora...

Cuando llegó al final de la escalera y se dirigió a su dormitorio, Annie ya la estaba esperando.

—Llama a la señora Russell para que cuide a David —le dijo—. Luego ayúdame a cambiarme de ropa. Vamos a hacer una visita.

Capítulo 18

-¿Cómo que el duque no está en casa? Sabrina fulminó con la mirada al mayordomo canoso—. ¿Adónde ha ido?

—No puedo decírselo, señorita. ¿Quiere dejar su tarjeta?

—No, no quiero dejar mi tarjeta. Deseo esperar el regreso del duque.

Una expresión de dolor cruzó el rostro del sirviente.

—No sé cuándo será eso, señorita, así que es mejor que deje su tarjeta.

—Apuesto a que está ahí —dijo Annie—. Solo que no quiere salir.

El mayordomo se irguió, con los rasgos rígidos.

—Le aseguro que Su Gracia no está en casa. Le informaré de su llamada. —Y cerró la puerta.

Annie se quedó boquiabierta ante la puerta cerrada.

—¡Rudesby!

—Cálmate, Annie. —Sabrina comenzó a bajar las escaleras hacia su carruaje, que estaba parado en la acera—. Tal vez debí dejar mi tarjeta, pero la olvidé en mi prisa por llegar aquí.

—El duque sabe quién eres. Ese estirado recibirá lo suyo.

A pesar de su angustia, Sabrina sonrió ante la lealtad de la chica.

—Tengo toda la intención de hablar con el duque hoy, no importa cuántos sirvientes

intenten bloquear el camino.

—¡Ese es el espíritu! —Annie sonrió y luego señaló la calle con la cabeza—. Y puede que tengas tu oportunidad. Creo que ese es el carruaje del duque.

—Oh. —Sabrina se detuvo en la acera cuando el elegante carruaje se detuvo detrás de su propio vehículo. Cuando el duque bajó del carruaje, su corazón dio un brinco de vértigo.

El duque se detuvo al verla en la acera y se acercó a ella, devorando la acera con sus zancadas. Hizo una reverencia.

—Señorita Larson.

Ella hizo una reverencia.

—Excelencia.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—No. —Por el rabillo del ojo se dio cuenta de que el mayordomo abría la puerta, de que los lacayos esperaban al duque. Pero no podía apartar la mirada de él, de aquellos aterciopelados ojos oscuros que incluso ahora hervían de pasión apenas contenida.

—Entra. —Le tendió el brazo y ella lo cogió, permitiéndole que la acompañara escaleras arriba. Annie le siguió—. No deberías haber venido tan atrevidamente —murmuró cuando entraron en la seguridad de su casa—. Los cotillas hablarán.

—Que hablen. —Ella levantó la barbilla—. Más bien creo que hoy hay un bocado más sabroso para ellos.

Le entregó su sombrero al mayordomo.

—Así que te has enterado.

—Lo he oído. ¿Por qué haces esto? —Buscó respuestas en su rostro—. Sabes tan bien como yo que anoche no estuviste cerca de Rothgard.

—Aquí no. —Deslizó un brazo hacia el pasillo—. Vayamos al salón. Annie, ponte cómoda abajo. Y Watson, ¿te encargarás del té?

—Sí, Alteza. —El mayordomo se volvió para cumplir la orden mientras Sabrina acompañaba a Brad al salón.

—¿Te das cuenta —dijo Brad cuando entraron en el salón—, de que has arriesgado tu reputación al venir hoy aquí?

—No me importa. Me voy de Londres de todos modos.

—Odio que digas eso tan fácilmente.

—No tengo elección. Sabes que no. —A solas con él en el salón, le puso una mano en el brazo—. Dime que no eres tan tonto como para encontrarte con lord Rothgard mañana al amanecer.

—Estás bien informada.

—Laurence me lo dijo. Entiendo que sientas la necesidad de pagar a los comerciantes y reparar otros daños por las acciones del impostor, pero ¿arriesgar tu vida? ¿No es demasiado sacrificio?

—Es complicado.

—No, no lo es. —Frustrada por su tranquila aceptación, apoyó las manos en las caderas—. Veo la elección aquí. Si no te reúnes con Rothgard, tu honor está en duda. Si lo haces, podrías morir o, en el mejor de los casos, verte obligado a huir del país.

—Eso es todo. —Brad asintió al criado que entró en la habitación con una bandeja de té y galletas—. No nos molesten —le dijo al hombre.

—Sí, Alteza. —Con una mirada curiosa hacia Sabrina, el hombre salió de la habitación cerrando las puertas tras de sí.

—¿Puertas cerradas? De verdad, Alteza. ¿Qué dirán los criados?

—Que los cuelguen. —La estrechó entre sus brazos—. He estado pensando en esto desde que abrí los ojos esta mañana y ya no estabas. —Bajó la cabeza y le dio un beso que le hizo girar la cabeza y le trajo todos los recuerdos de la noche que habían pasado juntos.

Cuando la soltó, necesitaba aferrarse a él para mantener el equilibrio.

—Santo cielo.

Apoyó la frente en la suya.

—Me desperté, pero no estabas allí. Odiaba esa sensación.

Ella le acarició la mejilla.

—Esto es lo mejor, Brad. No puedo vivir como tu amante.

—¿Y como esposa? ¿Te quedarías entonces?

Su aliento se congeló en sus pulmones.

—¿Qué me estás preguntando?

—Nada. Solo intento comprenderte. —Dejó escapar un largo suspiro—. Te quiero conmigo, eso es todo.

—Ya veo. Solo lo dijiste para llamar mi atención. —Decepcionada, se esforzó por explicarse—. No es que no quiera estar contigo. Sí que quiero. Pero no puedo en conciencia compartir tu cama a cambio de comida y refugio. No importa cómo se disfrace la situación, siempre sigue siendo la misma. Sería una puta.

—Así que un anillo de boda marca la diferencia.

Aguijoneada por el tono seco, se zafó de su abrazo.

—Sí, porque significa que tengo valor para ti más allá de un cuerpo caliente en tu cama.

Significa que confías en mí para llevar tu nombre y a tus hijos, para estar a tu lado en los buenos y en los malos momentos.

—Confío en ti. —La ternura en su voz fue casi suficiente para convencerla. Casi.

—Parece que no lo suficiente. —Exhaló un suspiro frustrado—. Esto no nos lleva a ninguna parte. ¿Qué vas a hacer con el duelo?

Él tomó su cambio de tema con calma.

—No hay nada más que hacer que reunirnos con Rothgard al amanecer.

—¡No estás considerando semejante locura! Ni siquiera estabas allí. Estabas conmigo.

—Lo recuerdo. —El calor de sus ojos oscuros, la aspereza de su voz, le dijeron sin duda que lo recordaba.

—Entonces díselo a Rothgard. O deja que yo se lo diga. Soy la única persona que puede probar que no estuviste en esa partida de cartas anoche.

—No. —Sacudió la cabeza—. No sacrificaré tu reputación para salvar mi honor.

—Mi reputación no vale tu vida.

—Tu reputación lo vale todo, y haré lo que sea para protegerla. El impostor es mi problema, y este duelo es el resultado de ello. Si la resolución es encontrarnos con Rothgard al amanecer, que así sea.

Se acercó más, bajando la voz para dejar claro su punto de vista.

—Escúchame, Damon. No puedes dejar que este impostor te venza atrayéndote a este duelo. Si mueres, entonces él gana.

—Y si no aparezco, él también gana. Mi honor no valdría nada.

—Pero si le explicas...

—Traté de explicar. Rothgard se rio en mi cara. —Fijó su mandíbula—. Nadie trata a Bradford con tanta falta de respeto.

—¡Ahora solo estás siendo terco!

—No más que tú. —Levantó las cejas—. Te niegas a ser la amante de un hombre por lo que le pasó a tu madre. Bueno, me niego a permitir que se insulte mi honor. Mi padre hizo suficiente de eso para toda una generación de Middletons.

—Me niego a ser la amante de un hombre porque quiero más de lo que tuvo mi madre. Quiero importarle a alguien.

—Y quiero que me conozcan como un hombre mejor que mi padre, no que me consideren igual que él. Sin embargo, eso es exactamente lo que está haciendo este impostor: hacer creer a la gente que soy igual que mi padre. Sin honor.

—Y si me quedo aquí —dijo en voz baja—, seré igual que mi madre: una amante. Una posesión. Una empleada a la que despedir.

—Si eso es lo que piensas, ¿por qué te quedaste conmigo anoche?

Ella lo miró fijamente un largo momento, con el vacío llenándole el pecho donde había estado su corazón.

—¿No lo sabes?

—No, no lo sé.

—Tal vez fue un poco de locura. Quizás solo curiosidad. —Parpadeó rápidamente, luchando contra la humedad—. Por favor, no permitas que ese duelo suceda.

—Si Rothgard no acepta mis disculpas, no puedo hacer nada.

Ella moqueó e ignoró su mirada escrutadora.

—¿Eso es todo lo que tienes que hacer, disculparte?

—Siempre y cuando él lo acepte, cosa que no ha hecho. Así que no queda más remedio que enfrentarse a él.

—Podrías simplemente no aparecer.

—¿Y ser tachado de canalla deshonroso? Preferiría morir.

—Es muy posible.

—Soy un tirador de primera.

—¿Así que prefieres matarle a sufrir deshonor? ¿Por qué los hombres sois tan ridículos? —Ella rebuscó en su retícula y sacó un pañuelo, luego se secó los ojos—. No lloro por ti —le dijo en su tono más altivo—. Creo que tengo polvo en el ojo.

—Claro que lo tienes. —Volvió a estrecharla entre sus brazos y la abrazó—. Querida niña. Si las cosas fueran diferentes.

—Entonces haz que sean diferentes. —Ella aplastó el pañuelo en su mano y golpeó su pequeño puño en el pecho de él—. Eres un duque, ¿verdad? ¿No puedes poner fin a esta locura?

—Solo reuniéndome con Rothgard al amanecer.

Dejó caer la mano a un lado.

—No esperes que vaya a tu funeral.

—He hecho los arreglos para David —dijo—. Solo tienes que consultar a Barstairs, mi hombre de negocios...

—No quiero tu dinero. Nunca lo he querido. —Volvió a moquear, angustiada al darse cuenta de que las lágrimas habían empezado a resbalar por sus mejillas—. Ya que insistes en seguir con esta tontería, rezaré por ti. —Ella dio un paso atrás, fuera de su alcance.

—Sabrina...

Levantó las manos.

—Déjame en paz. Tú has tomado tu decisión y yo he tomado la mía. David y yo nos iremos en el coche del correo de la tarde. Si sobrevives... —Respiró entrecortadamente—. Si sobrevives a esta tontería, no me busques.

—Pero...

Dio un paso adelante y le dio un beso en la mejilla, luego le miró a los ojos.

—Adiós, Brad. Que sepas que te llevas mis oraciones contigo. —Le puso el pañuelo en la mano, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Brad la vio marchar. Todo en su interior le pedía que volviera a llamarla, que le rogara que se quedara. Pero no pudo.

Aplastó el pañuelo en su puño, con el suave aroma del agua de rosas pegado a sus dedos. Sus opciones en esto eran morir o ser deshonrado, y no quería exponer a Sabrina a ninguna de las dos situaciones. La quería demasiado.

No, se dio cuenta. Era más que eso. Se había enamorado de ella.

Sabrina, con sus maneras correctas, su moral inquebrantable, su pasión generosa y su obstinada independencia. Habría sido una gran duquesa. ¿Pero cómo podía pedirle que uniera su futuro al suyo? Si no se presentaba ante Rothgard al amanecer, llevaría la mancha de la deshonra todos sus días. ¿Cómo podía pedirle que compartiera eso? ¿Soportar eso? ¿Y cómo podía pedirle que fuera su esposa, solo para hacerla viuda antes de que fuera una novia?

Mejor que lo dejara ahora, antes de saber lo que podrían haber tenido juntos. Mejor dejarla marchar y que él cargase con la culpa de lo que iba a suceder.

Se llevó el pañuelo a la nariz y dejó que el aroma permaneciera en su mente. Y pensó en lo que podría haber sido.



El amanecer llegaba rápido cuando la muerte era inminente.

Brad estaba sentado en su carruaje, mirando a través del campo verde el carruaje de Rothgard. Los segundos se reunieron en medio del prado, con mechones de niebla que les rodeaban los tobillos mientras examinaban las pistolas de duelo y hablaban en voz baja.

Las cortinas del carruaje de Rothgard se movieron. Brad observó con una calma que calaba hasta los huesos cómo el conde se asomaba. Sus miradas se cruzaron brevemente, y luego su oponente desapareció de nuevo en su carruaje.

Brad miró el pañuelo que tenía en las manos. Enrolló el delicado cuadrado blanco alrededor de sus dedos, y cada vuelta desprendía más aroma a agua de rosas del trozo de lino. El material blanco se había ablandado con los años, y en algunos puntos la tela era casi transparente, aunque las diminutas flores azules de los bordes conservaban su color. Una elaborada N adornaba una esquina, con una rosa azul de tallo largo como línea central de la letra.

¿N de Nora?

Sería propio de Sabrina conservar el pañuelo de Nora como recuerdo de su madre. Igual que él lo guardaba para recordar a Sabrina.

No supo con certeza cuánto tiempo permaneció allí sentado, pero entonces se abrió la puerta del carruaje y Dorian estaba allí, con el rostro sombrío.

—Estamos listos.

Brad se metió el pañuelo en la manga del abrigo y bajó del carruaje.

Rothgard esperaba junto a sus segundos, uno de los cuales era Highbrow. Su otro segundo llevaba el maletín con las pistolas de duelo. El médico, el doctor Morse, se quedó cerca.

Rothgard observó a Brad con ojos de piedra.

Tonterías. Brad se detuvo, observando el cuadro. ¿No había esperanza de que se calmaran los ánimos en esta locura? ¿No era posible un desenlace pacífico y razonable?

El impostor ganaría, maldito sea. A menos que convenciera a Rothgard de que podían resolverlo sin derramar sangre.

—¿No aceptará mis disculpas, Rothgard? —gritó, acercándose a su oponente.

—¿Disculpas? —se burló Rothgard—. ¿No fue usted quien me contó la historia de su malvado hermano gemelo que anda por Londres causando todo tipo de escándalos? ¿Qué clase de disculpa es esa? Según usted, es inocente y ese otro es el canalla. —Sus compinches rieron entre dientes y lanzaron miradas de lástima a Brad.

—Sospecho, Rothgard, que no aceptará nada de mí.

—¿Después de lo que le hizo a mi hijo? No lo haré.

La última de sus esperanzas de una reconciliación pacífica tuvo una muerte corta y definitiva.

—Está diciendo la verdad —dijo Ryan—. Realmente hay un tipo que se parece a él causando todos estos problemas.

—Está tan loco como él —se burló Rothgard.

Brad puso la mano en el hombro de su amigo.

—No se puede razonar con él, Ryan. Sigamos con esto.

Rothgard se quitó el sombrero y el abrigo, quedando en mangas de camisa. A pesar de su edad, el hombre parecía tan en forma como Brad. Esperó con desdén en el rostro mientras Brad le entregaba su sombrero a Dorian. Luego Ryan ayudó a Brad a despojarse de su abrigo inmaculadamente confeccionado. El pañuelo de Sabrina se escurrió del interior de la manga y

revoloteó hasta el suelo.

—Maldita sea. —Brad apenas había conseguido zafarse de la prenda cuando Highbrow se abalanzó y recogió el trozo de encaje.

—¿Y qué es esto, Bradford? ¿Una muestra de su hombría? —Brad extendió la mano.

—Por favor, devuélvamelo.

Highbrow soltó una risita y agitó el pañuelo. Luego su expresión se tornó sobria y levantó el cuadrado por las esquinas para poder ver mejor el bordado. Miró a Rothgard.

—Mira esto.

Rothgard le arrebató el pañuelo a su amigo, echó un vistazo al dibujo y se quedó paralizado.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó con voz ronca.

—Pertenece a una amiga. Por favor, devuélvamelo.

Los dedos de Rothgard se cerraron en torno al trozo de algodón, se lo llevó a la nariz y aspiró.

—Attar de rosas —inspiró.

—Parece...

—Sé lo que parece —espetó Rothgard, cortando a Highbrow—. Pero es imposible. —Fijó su mirada en Brad—. ¿Un amigo, dice?

—Una querida amiga. —Brad siguió tendiéndole la mano—. Si usted quisiera...

—¿Dónde está? —preguntó Rothgard—. ¿De qué la conoce?

Brad miró a Rothgard con el ceño fruncido.

—No veo por qué esto es asunto suyo.

—¿Seguimos con el duelo? —preguntó Dorian—. ¿Antes de que venga alguien y nos denuncie a la guardia?

—Eso no importa —dijo Highbrow—. ¿De dónde sacó el pañuelo de Nora?

—Ya es demasiado tarde. Viene alguien —comunicó Dorian mirando al otro lado del parque.

Todos se volvieron hacia el carruaje que se acercaba. El segundo de Rothgard cerró la funda de la pistola e hizo una señal a uno de los lacayos de Rothgard para que viniera a llevárselo al carruaje.

Ryan tapó los ojos.

—Parece uno de tus aparejos, Brad.

—Maldita sea. ¿Qué diablos hace ella aquí? Discúlpenme, caballeros, mientras me ocupo de este asunto. —Incluso cuando el carruaje se detuvo cerca de los combatientes, Brad estaba dando zancadas hacia adelante—. John, ¿estás loco por traerla aquí?

El cochero parecía tan descontento como Brad.

—Si no lo hubiera hecho, Su Alteza, iban a contratar a un matón.

—Maldita sea esa mujer. Este no es lugar para ella.

El joven Thomas, el lacayo, bajó de un salto y abrió la puerta del carruaje. Annie salió corriendo.

—Hemos venido a impedir que se mate —anunció alegremente.

—Annie, no deberías estar aquí. Ahora coge a tu señora y vuelve a casa.

Sabrina apareció en la puerta.

—No voy a ninguna parte —anunció. Se negó a dar un paso adelante, para ayudarla a bajar del carruaje, pero ella bajó ágilmente con la ayuda de Thomas. Una vez en el suelo miró

fijamente a Brad—. Me niego a quedarme en casa retorciéndome las manos, Brad, cuando puedo poner fin a esta tontería.

—Este no es lugar para una mujer. —La cogió del brazo y trató de empujarla de vuelta al carruaje—. Vete. Ahora.

—No lo haré. —Ella le quitó el brazo de un tirón y miró detrás de él, al grupo reunido—. ¿Quién de vosotros es lord Rothgard? —preguntó, dando zancadas hacia delante.

—Yo soy Rothgard. —El conde se adelantó, con el rostro fascinado.

—Condesa —dijo Highbrow—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Arreglando las cosas. —Ella se centró en el conde, que estudió su rostro con algo parecido al asombro—. Lord Rothgard, el duque es inocente de los crímenes que usted le imputa. Hay alguien que se le parece mucho y que anda por Londres causando no pocas travesuras. Sospechamos que este malhechor es uno de los bastardos del anterior duque que se divierte a costa del duque.

—Bradford lo dijo en su disculpa —dijo Rothgard, con tono amable—. Sin embargo, señorita, debe comprender lo fantasioso que suena eso.

—Lo comprendo. Pero mi doncella lo ha visto con sus propios ojos y puede dar fe de que existe.

—¡Es cierto. Lo vi! —aseguró Annie.

—Basta ya —gruñó Brad—. Se supone que aquí tiene lugar un duelo.

Sabrina le lanzó una mirada de incredulidad.

—¿Tantas ganas tienes de morir, Alteza?

Él la fulminó con la mirada.

—u confianza en mí es asombrosa.

—Condesa, ¿cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Highbrow.

Rothgard lanzó una mirada significativa a su amigo.

—Highbrow, ¿no quiere presentarme a esta dama?

—Esta es la Contessa della Pietra, Rothgard. ¿Recuerdas que te hablé de ella? Es la maravillosa cantante que tanto se parece a Nora Larson.

El conde tomó la mano de Sabrina y le rozó el dorso con un beso.

—Se parece mucho a nuestra vieja amiga Nora —dijo—. Debe perdonar nuestras miradas.

—En realidad —dijo Sabrina con una sonrisa de disculpa—. Nora era mi madre.

La mano del conde se estrechó en torno a la suya.

—¿Qué ha dicho? —espetó.

—Nora Larson era mi madre. —Suavemente, ella tiró de su mano, que el conde finalmente cedió—. Milord, debe comprender que ha cometido un error al desafiar al duque. Él estaba ocupado la noche en que usted lo desafió. Doy fe.

—Suficiente. —Brad la tomó del brazo—. Sabrina, deberías irte a casa. Esto es asunto de hombres.

—¿Dijiste Sabrina? —Highbrow susurró e intercambió miradas con Rothgard.

—Deténgase —dijo Rothgard—. Quizá me he precipitado al rechazar sus disculpas, Bradford.

—¿Qué? —Brad frunció el ceño, confundido.

Ryan se inclinó hacia delante.

—No lo ponga en duda, Brad.

—Estaba furioso por lo que le hicieron a mi hijo —dijo Rothgard—. Pero si usted no fue el

autor de esa fechoría ni el hombre que me insultó, entonces no tengo nada contra usted. —Volvió a mirar a Sabrina—. ¿Cuándo se casó su madre, querida? ¿Era su padre un hombre amable?

Sabrina se puso rígida.

—Mi madre nunca se casó, milord.

—Ya veo. —Él la estudió, deslizando la mirada de su pelo a su cara y viceversa—. ¿Puedo preguntarle su edad, condesa?

—En realidad, me llamo Sabrina Larson. La Contessa della Pietra es un nombre que uso cuando actúo.

Rothgard tomó aire.

—¿Cuál es su nombre completo, querida?

—Sabrina Louisa Larson.

—Señorita Larson —susurró Dorian dándole un codazo a Ryan.

—¿Y su edad...? —volvió a preguntar Rothgard.

—Tengo veintidós años.

—¿Y su fecha de nacimiento?

—Por piedad, Rothgard —intervino Brad—. ¡Esto no es la inquisición! La señorita Larson no tiene nada que ver con nuestro asunto. Permítame subirla a su carruaje y devolverla a su casa.

—Le ruego indulgencia —dijo Rothgard, levantando una mano—. Dígame su fecha de nacimiento, señorita Larson.

—El veintinueve de diciembre —contestó ella, intercambiando una mirada perpleja con Brad.

—¿Y usted es testigo de que Bradford no estaba en casa de Maynard anteanoche?

—Así es. Y mi criada es testigo de que realmente hay un hombre que se hace pasar por el duque y se le parece mucho.

—La partida en la que se produjo el insulto fue a altas horas de la madrugada —dijo el conde con una sonrisa amable—. Así que, por mucho que admire su intento, no logro entender cómo puede presentarse como testigo...

—Estuve en compañía del duque toda la noche. —Sus mejillas se encendieron ante los jadeos de los caballeros que los rodeaban, pero no se arredró.

—Maldita sea, Sabrina. —Brad la giró para mirarle, pero al ver la obstinada lealtad en sus ojos, se desvaneció el severo sermón que pretendía soltarle. Le acarició suavemente la mejilla—. No quería esto para ti —murmuró.

Ella le dedicó una cálida sonrisa.

—No podía dejar que pagaras el precio de algo que no has hecho. Esta vez no.

Rothgard fulminó a Brad con la mirada.

—Maldito seas, Bradford. Justo cuando estaba dispuesto a aceptar sus disculpas, me da una razón perfecta para seguir adelante con el duelo.

—Por piedad, Rothgard. ¿Qué podría haber hecho en los últimos cinco minutos que le haya herido lo suficiente como para retarme?

—Bradford, si lo que sospecho es cierto... —El conde miró a Sabrina— ...creo que puede haber comprometido a mi hija.

Capítulo 19

Fue un grupo atónito el que se reunió en la casa de Bradford para discutir los nuevos acontecimientos. Rothgard había retirado el desafío y a Sabrina le daba vueltas la idea de que había encontrado a su padre.

Se sentaron en la sala de desayunos —Bradford, Sabrina, Rothgard, Highbrow, Dorian y Ryan— y disfrutaron de un desayuno caliente mientras trataban de asimilar las inesperadas sorpresas del día.

Highbrow pinchó un trozo de salchicha y miró a Rothgard con el ceño fruncido.

—No puedo creer que no me contaras lo tuyo con Nora. Han pasado más de veinte años.

—Pido disculpas —dijo Rothgard—. Me encontraba en una situación difícil. Se esperaba que me ofreciera para Penélope, y sin embargo aquí estaba yo enamorándome de Nora. Decidimos mantener nuestro amor en secreto hasta que yo pudiera ofrecerme por ella.

Sabrina dejó el tenedor. Había estado dando vueltas a la comida en el plato en vez de comer, con la mente dándole vueltas a las implicaciones de la mañana.

—¿Quiere decir que pretendía casarse con mi madre?

—Sí. —Una sonrisa melancólica cruzó su rostro—. Nora era única. No me importaba que fuera una pobre campesina y actriz, mientras que yo era un nuevo conde. Me habría casado con ella sin dudarlo.

—¿Por qué no lo hizo? —preguntó Brad.

—Ella desapareció. —El dolor se reflejó en su rostro—. Desapareció de Londres. Intenté encontrarla, pero mi Nora no era tonta. Cubrió su rastro lo bastante bien como para que nunca pudiera localizarla, a pesar de intentarlo durante años.

—¿Siguió intentando encontrarla? —susurró Sabrina.

—Por supuesto. —Rothgard suspiró y cogió su taza de café—. Al principio me enfadé. Decidí que nunca me había amado de verdad y seguí adelante con mi matrimonio con Penélope. Pero a medida que pasaba el tiempo, seguía molestándome que huyera de aquella manera. Huir no era el estilo de Nora. Ella prefería mantenerse firme y luchar contra el mismísimo arcángel por su lugar en el cielo antes que huir y esconderse. Algo debió de pasar para que se fuera. —Envió una tierna mirada a Sabrina—. Solo puedo suponer que ese algo fuiste tú.

—Tal vez temía que no se casara con ella sí estaba embarazada —dijo Ryan.

—¡Bah! ¿Nora? —Highbrow soltó una carcajada—. Más bien se presentaría ante Rothgard y le exigiría que hiciera lo correcto con ella.

—No era de las que se apartan a un lado, eso seguro. —Rothgard sonrió, pero luego la expresión se desvaneció—. Me entristece saber que ha fallecido. Cuando supe que eras su hija, esperaba... —Se le quebró la voz y miró su plato de comida sin tocar.

Sabrina vaciló, luego alargó la mano y se la tocó.

—¿Por qué cree que es mi padre?

Rothgard la miró y giró la mano para que sus palmas se apretaran brevemente.

—Tu madre era una mujer leal. Mientras estuviéramos juntos, nunca me traicionaría con otro hombre. Le dije que tenía intención de casarme con ella, pero que primero tenía que liberarme de las expectativas de la familia de Penélope. Ella estaba dispuesta a esperarme. Nos conocimos en las Navidades de 1792, y nuestro romance duró los meses de invierno y la mayor parte de la temporada siguiente.

—Nací en diciembre de 1793.

—Lo que significa que fuiste concebida alrededor de abril de 1793, el punto álgido de mi aventura con Nora.

—Ella desapareció alrededor de junio de ese año —ofreció Highbrow—. Rothgard y yo estábamos locos por ella y la lloramos. No tenía ni idea de la profundidad de su relación.

—Te pareces a tu madre —dijo Rothgard—. Tu cara es casi idéntica, y tu voz suena igual que la de ella.

—Mamá era pelirroja de ojos azules. Siempre me pregunté de dónde había sacado yo el pelo negro y los ojos verdes. Mi piel también es más oscura que la de ella. Mamá era muy blanca.

—Tenemos un caballero español unas cuantas generaciones atrás en el árbol genealógico. Periódicamente su coloración más oscura aparece en nuestra descendencia. Pero tus ojos verdes vienen de mí, un rasgo notable en nuestra familia.

—Me parece extraño que tenga familia. Lo único que tuve fue a mamá.

Rothgard sonrió.

—Tienes un hermano y una hermana. Alan es mi heredero, un buen chico. —Levantó una ceja hacia Bradford y volvió a mirar a Sabrina—. Y tú tienes una hermana, que también se llama Sabrina.

Sabrina se quedó boquiabierta, y Dorian dijo:

—Una coincidencia extraordinaria, diría yo.

—En realidad, no —replicó Rothgard—. Nora sabía que yo estaba loco por Shakespeare. Siempre había pensado llamar a mi primer hijo Highbrow o Sabrina. Me conmueve que se acordara de eso y te pusiera el nombre que yo habría puesto. —Se le quebró la voz y apartó la

mirada.

Sabrina se quedó mirando el plato. Tenía hermanos, aunque medio hermanos.

Hermanos legítimos.

No como ella.

—¿Qué vas a decirles? —preguntó, la pregunta casi ahogándola. Qué horrible sería encontrar por fin a su padre y no poder reconocerlo nunca en público.

—Debo hablar con mi mujer y mis hijos y darles la noticia con delicadeza. No tengo intención de ignorar tu existencia, querida. Pero comprende que es un asunto delicado.

—Por supuesto. —Ella asintió con la calma propia de una dama, pero por dentro, su corazón bailaba de alegría.

—Y usted, Bradford. —Rothgard miró fijamente a Brad—. Hablaremos de su relación con mi hija con cierto detalle.

—Tengo intención de casarme con ella —aseguró Brad.

—¡¿Qué?! —Ryan dejó caer su brindis.

—¿Casarse? —Dorian dejó la copa con un fuerte chasquido.

Sabrina miró boquiabierta a Brad y luego a su padre.

—Solo lo dice porque cree que mi reputación está en peligro. Por favor, no le preste atención.

—Su reputación está en peligro. Me complace que pretenda hacer algo al respecto.

—Te quiero, Sabrina —confesó Brad, acercándose a ella por encima de la mesa y agarrándole los dedos—. No te lo dije antes porque pensé que podría morir o, como mínimo, sufrir un horrible escándalo. No quería eso para ti.

—¿Y qué hay de lo que yo quiero? —exigió ella. Se puso de pie, separando sus dedos de los de él—. Nunca he tenido intención de casarme.

—Tonterías —intervino Rothgard—. Por supuesto que te casarás. Y te proporcionaré una dote.

Ella lo miró sorprendida, dividida entre el deseo de ser aceptada por su padre y el de mantener su independencia.

—¿Y David? —desafió, volviéndose hacia Brad—. Ni siquiera soportas estar cerca de él.

—¿Quién es ese David? —preguntó Rothgard.

—Su hijo —respondió Brad—. Y sí, puedo soportar estar cerca de él. Simplemente llevará tiempo.

—¡Su hijo! —Rothgard golpeó la mesa con la mano—. Que alguien me lo explique. Ya.

—Es el hijo de mi amiga —explicó Sabrina—. Murió en el parto y he decidido criarlo como si fuera mío.

—Oh. —La ira se desvaneció de su rostro—. Muy bien, entonces.

—El niño es un Middleton —dijo Brad.

Dorian se atragantó con sus huevos.

—¿Lo es?

—Será criado como tal, tal como quería Lucy —continuó Brad—. Pero también será criado con amor, como tú quieres.

Sabrina abrió la boca para protestar más.

—Te quiero, Sabrina. Te quiero a ti y le quiero a él. Ya lo siento mío.

—Oh. —Ella cerró la boca, vio la verdad en sus ojos—. Eres un hombre imposible —dijo,

sentándose y cogiendo el tenedor—. Y no tengo ni idea de por qué te quiero.

Brad sonrió.

—Te lo recordaré más tarde. Lord Rothgard, me gustaría pedir formalmente la mano de su hija en matrimonio.

—Hecho —dijo Rothgard, y luego tomó su primer bocado de comida.

—Bien, Rothgard —dijo Highbrow—. Se acaba de convertir en padre, suegro y abuelo en un solo desayuno.

—Siempre he sido un tipo eficiente —afirmó Rothgard.



—¿Adónde vas, Lahgton?

Nash dio un respingo al oír la siniestra voz procedente de las profundidades del establo. Su caballo, Zeus, se revolvió y resopló, indicando la presencia de un intruso. Nash sacó la pequeña pistola que llevaba para tales casos; esta zona de Londres no era la mejor ni siquiera a plena luz del día.

—¿Quién es? —preguntó.

Al cabo de unos instantes, Darius Jones salió de entre las sombras.

—Soy yo, Nash. Tu buen amigo «Bradford».

Nash no aflojó la empuñadura del arma, pero la bajó. Aunque el intruso no era un ladrón cualquiera, Darius Jones distaba mucho de ser digno de confianza.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—Tengo maneras, como deberías saber. He recibido una noticia angustiosa. Bradford está vivo. —Escupió esto último, con el labio curvado por el disgusto.

—¿Qué quieres decir? Claro que está vivo. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque me tomé muchas molestias para que lord Rothgard lo retara a duelo. Pero algo salió mal, y mis fuentes me dicen que en lugar de sangre en el campo esta mañana, Rothgard y Bradford y todos sus segundos y su amante han regresado a Middleton House para desayunar. ¡A desayunar! No se ha disparado ni un tiro.

—¿Amante?

—Esa atractiva moza italiana. Bradford le ha proporcionado una casa, así como un carruaje y sirvientes. Tal vez debería hacerle una visita como Bradford a esa moza y darle un buen revolcón —se burló.

—No sé de qué estás hablando. No conozco a ninguna amante.

—Al parecer, no te incluye en todo, ¿verdad, Lahgton? —Jones rio entre dientes—. Esta mañana, después de mi decepción por el duelo, fui a casa de la moza y la espié. Y descubrí algo maravilloso.

Nash lo miró, preguntándose si podría derribar a Jones, montar en su caballo y escapar antes de que el tipo volviera a levantarse. Pero Jones le seguiría la pista.

—Cuéntame lo que has descubierto —dijo, esperando que eso satisficiera al loco y le permitiera seguir su camino.

—La amante de Bradford tiene un hijo —se regodeó—. Solo tiene meses. Debe de haber parido en el campo mientras él estaba en el exilio con su maldita música.

A Nash se le cayó la mandíbula de la sorpresa antes de que pudiera pensar en ocultar su expresión.

—Ah, no lo sabías. Es un hombre tranquilo, ese querido duque, debo reconocerlo. Sin duda la mandó llamar cuando decidió quedarse en Londres.

—Solo se quedó en Londres por tus hazañas —replicó Nash—. De lo contrario, habría regresado al campo justo después del funeral de Harry.

—¡Y nunca habría sabido de esta nueva debilidad! Piensa en cómo lloró la muerte de su esposa y del mocoso que llevaba dentro. Debo admitir que me sorprende que tomara una amante tan rápidamente. No creía que el santo Bradford se doblegaría ante las mismas necesidades físicas que el resto de nosotros. Pero lo hizo y los resultados están a la vista. —Se frotó las manos.

El pavor invadió a Nash con dedos helados.

—Bradford va a llevar a su pequeño hijo a dar un paseo por el parque... al menos por lo que saben los criados. Piensa en lo maravilloso que será cuando descubra que me he escabullido con el niño y que cambiaré la vida del bebé por la suya.

—¿Matarías a un bebé?

—Solo si es necesario. No te preocupes, Lahgton. Sabes tan bien como yo que Bradford acudirá al rescate.

—No puedo permitirlo. —Nash volvió a levantar la pistola y apuntó al corazón de Jones—. Esto ya ha ido demasiado lejos. No seré partícipe de muertes inocentes.

—Bien. —Los ojos verdes de Jones se entrecerraron amenazadores—. Entonces supongo que no lo verás.

Jones sacó la mano, tiró de la muñeca de Nash hacia el cielo y apretó. La pistola cayó al suelo. Nash contraatacó pateando a Jones en las tripas, haciéndole caer de bruces sobre la paja. Luego metió el pie en el estribo, lanzó la pierna por encima de la silla y puso en marcha a Zeus.

Solo había avanzado unos metros más allá del establo cuando oyó el ruido de la pistola. El

fuego le desgarró el hombro y el dolor casi le cegó. El mundo se tambaleó. Luchó por sujetarse, por permanecer montado.

La oscuridad se adentró en los bordes de su visión.



—Di que te casas conmigo —dijo Brad.

Rothgard y sus segundos habían abandonado Middleton House. El conde tenía la intención de informar inmediatamente a su familia de la existencia de Sabrina; no quería perder más tiempo como su padre. Dorian y Ryan también se habían marchado, discutiendo entre ellos la necesidad de localizar al vizconde Lahgton e informarle de los sorprendentes sucesos de la mañana.

Lo que dejó a Sabrina a solas con Brad en los jardines.

—Di que te casarás conmigo —repitió él. Se sentaron en un banco de piedra rodeado de rosales, con Annie deambulando por los senderos a varios metros de distancia a efectos de decoro. Brad había acordado visitar a Rothgard al día siguiente para discutir oficialmente su oferta de matrimonio, pero Sabrina aún dudaba en aceptarlo.

—Anoche fue mi regalo para ti —le dijo—. Por favor, no te sientas obligado a ofrecerme matrimonio simplemente porque ahora tengo un padre.

—No me han obligado a nada. Te quiero como esposa. —Le levantó la barbilla y apretó los labios contra los suyos.

Como siempre, su contacto le hizo saltar chispas por todo el cuerpo. Lo único que deseaba era perderse entre sus brazos y dejar que la cuidara para siempre. Pero había algo en su interior

que se lo impedía.

Se separó del beso.

—Quiero seguir actuando.

—No necesitamos los ingresos. —Él sonrió, una expresión infantil que iluminó todo su rostro—. Pero si significa tanto para ti, no tengo inconveniente en que actúes siempre que quieras. Será un honor para cualquier anfitriona que la duquesa de Bradford cante en su evento.

Algunas de sus defensas se derritieron ante la sinceridad que podía oír en su voz.

—¿Y David?

Le cogió la mano y le pasó el pulgar por los dedos.

—Será criado como hijo del duque de Bradford. Nunca podrá heredar; no puedo cambiar la ley. Pero será tan apreciado como cualquier otro hijo de nuestra unión.

Ella no pudo evitar expresar el pensamiento que le rondaba por la cabeza.

—Pero ¿cómo puedes atesorarlo si ni siquiera puedes obligarte a abrazarlo?

Dejó escapar un largo suspiro.

—El dolor por perder a mi propio hijo se desvanece cada día más, pero puede que mi corazón tarde algún tiempo en sanar. Con el tiempo me sentiré más a gusto con él.

—Eso espero. —La incertidumbre persistía.

—Sabes que te quiero. —Entrelazó los dedos de ella con los suyos—. No podía decirlo ayer cuando pensaba que podría encaminarme hacía la muerte, pero ahora soy libre de gritarlo a los cuatro vientos.

—Pero mi madre estaba...

—No me importa.

—Y aunque mi padre es conde, no estaba casado con...

—Eso no importa.

—Pero eso me hace...

Le puso el dedo en los labios.

—Eso te convierte en la mujer que amo. La mujer que se enfrentó a un duque en nombre de un niño que ni siquiera era suyo. Una mujer decidida a todo, a hacer los sacrificios necesarios para que se hiciera justicia y se cuidara de sus seres queridos. Una mujer testaruda e inteligente que me dará hijos testarudos e inteligentes y que nunca jamás me aburrirá.

Ladeó la cabeza, algo esperanzada al oír hablar de más hijos.

—¿E hijas?

Él rio.

—Estoy seguro de que nuestras hijas serán tan guapas, testarudas e inteligentes como su madre.

Una sonrisa curvó lentamente sus labios.

—Si me convierto en duquesa, quiero organizar una casa de caridad donde las mujeres que están en el camino de la familia y fueron abandonadas por sus amantes puedan quedarse y empezar a reconstruir sus vidas.

Guardó silencio durante un largo momento.

—Estoy de acuerdo en que se necesita un lugar así, pero tal vez sea mejor llamarlo casa de expósitos por el bien de los estirados de la sociedad.

Ella entrecerró los ojos, pero no vio resistencia en su expresión.

—¿Estás dispuesto a ayudarme a crear esa institución benéfica?

—Sí. —Inclinó la cabeza y le besó los dedos—. Simplemente quiero evitar las críticas de los estrechos de miras.

Ella le miró fijamente durante un largo momento. Con este hombre a su lado y el poder de una duquesa, podría ayudar a tantas personas como Lucy, que habían sido abandonadas por quienes decían amarlas. Tomando su rostro entre sus manos, lo besó con todo el amor que bullía en su interior.

—Sí —murmuró contra sus labios—. Sí, seré tu esposa.

Él la rodeó con sus brazos y la besó con una pasión que le robó el aliento. Ella cerró los ojos y le devolvió el beso.

Largos momentos después sonaron pasos en el camino.

—Alteza.

Brad se tomó su tiempo para romper el beso. Sin apartar la vista del radiante rostro de Sabrina, dijo:

—Debe desearme felicidad, Watson, ya que la señorita Larson ha aceptado ser mi esposa.

—Excelentes noticias, su Gracia.

Sabrina oyó el tono preocupado al mismo tiempo que Brad miraba a su mayordomo.

—¿Pasa algo, Watson?

—El vizconde Lahgton está aquí, Alteza. Ha sido gravemente herido y ha insistido mucho en hablar con usted.

—Santo Dios. —Brad saltó del banco, arrastrando a Sabrina con él—. ¿Dónde está?

—Le hemos instalado en su cámara habitual.

Brad entró a grandes zancadas, Sabrina corriendo a su lado.



Nash estaba más pálido que las sábanas blancas sobre las que descansaba. Phillips se alejaba de la cama con el abrigo manchado de sangre del vizconde, que evidentemente había que cortar. También le habían quitado a Nash el paño del cuello.

—Le han disparado —dijo el criado—. Hemos mandado llamar a un médico.

Brad asintió y se puso a un lado de la cama.

—Caramba, Nash, ¿qué diablos te ha pasado?

—Brad... tenía que decírtelo.

—¿Decirme qué? —Brad acercó una silla a la cama e indicó a Sabrina que cogiera otra—. No es momento de confesiones en el lecho de muerte, Nash. Estoy seguro de que estarás bien pronto.

Nash consiguió sacudir lentamente la cabeza contra la almohada.

—Van a por el bebé.

—¿Qué? ¿El bebé de quién?

Nash miró a Sabrina detrás de él.

—David —susurró ella horrorizada.

Brad se inclinó hacia delante para oír mejor.

—¿Quién viene a por el bebé?

—Yo... lo siento. Fui… mal amigo.

—No lo entiendo. ¿Alguien va detrás de David?

—Sí. —asintió ligeramente—. Bebé. David.

—¿Quién? —Brad rodeó con la mano el hombro bueno de Nash como si pudiera introducir su propia fuerza vital en el hombre—. ¿Quién viene a por él?

—Tú. Pero... tú no.

—Yo, pero no... Maldita sea, Nash, ¿estás intentando decirme que el impostor quiere al bebé por alguna razón?

—Sí. —Nash asintió—. Te odia. Quiere matarte.

Una horrible sospecha floreció en su mente.

—¿Sabes quién es, Nash?

La pena retorció los rasgos de Nash.

—Lo siento.

—Dios mío. —Brad apartó la mano del hombro de Nash—. Le has estado ayudando, ¿verdad?

Lentamente, Nash asintió.

—Está loco. Celoso... de ti. Quiere ser duque.

—Ni siquiera voy a discutir esa locura.

—Jones —logró decir Nash—. Darius Jones.

—¿Así se llama?

—Sí. —Nash aspiró un suspiro tembloroso—. Deprisa.

Brad se levantó de la silla y salió de la habitación, dejando que Sabrina corriera tras él.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella, intentando seguirle el paso mientras bajaba las escaleras.

—Voy a traer aquí al bebé para que esté a salvo.

—Nash dijo que está loco. ¿Crees que David está en peligro?

Se detuvo en mitad de la escalera y se volvió hacia donde ella estaba, un peldaño por encima de él. Tomó sus manos entre las suyas y la miró profundamente a los ojos.

—Me aseguraré de que no le pase nada a David. Pero debemos actuar con rapidez. Puede que Jones ya haya robado al niño.

—¿Puede entrar en la casa y llevarse al niño? —preguntó Sabrina, mientras Brad bajaba las escaleras—. ¿Cómo puede hacer semejante cosa?

—Sencillo. —Llegaron a la planta baja y se dirigieron al vestíbulo—. Él soy yo, ¿recuerdas?

—Dios mío. Puede simplemente llegar como el duque y nadie le cuestionará.

—En efecto. —Brad llamó la atención de su mayordomo—. Haz que traigan el carruaje, Watson. Y asegúrate de que mis pistolas estén cargadas. Las necesitaré.

—Sí, Alteza. —El mayordomo inmediatamente comenzó a dirigir a los sirvientes para cumplir la petición de su amo.

—Voy contigo.

—No, no vendrás. —Puso sus manos sobre sus hombros—. Este tipo puede ser peligroso, así que es mejor que no estés en la zona. Lo detendré, recogeré a David y volveré aquí.

—Pero...

—Tiene que ser de esta manera —dijo—. No puedo permitir que estés en peligro. —Dos lacayos se apresuraron con un par de pistolas y su sombrero. Se puso el sombrero y guardó las pistolas bajo el abrigo. Tomó la mano de Sabrina entre las suyas y le dio un apasionado beso en el dorso—. Espérame —dijo, con los ojos oscuros brillantes de promesa y determinación. Luego

se dio la vuelta y salió por la puerta.

Ella lo vio marchar, con el pánico desgarrándole las entrañas. Era valiente al enfrentarse solo a aquel loco. Sin embargo, seguía temiendo por él. Este impostor les había hecho bailar alegremente durante meses. ¿Por qué esta vez era diferente?

Porque por primera vez, se dio cuenta, les habían avisado con antelación de dónde iba a estar el villano.

¿Y Brad esperaba que ella se quedara atrás mientras él se arriesgaba? Estaba loco si pensaba que ella se escondería dócilmente cuando su hijo estaba en peligro. Y ella no estaba dispuesta a perder a su futuro marido antes de que tuviera la oportunidad de pronunciar los votos.

—Llame a mi carruaje, por favor, Watson.

—Lo siento, señorita. El duque me ha ordenado que no le permita seguirle.

Ella se puso a su altura, altanera.

—Para su información, no estoy siguiendo al duque. Tengo una cita con lady Rothgard.

—Si me da su dirección, se la daré al cochero.

—Gracias —dijo Sabrina—. Por favor, envíe a Annie de vuelta a mi casa; estaré bastante segura con un lacayo en casa de lady Rothgard. —Y tal vez Annie pudiera escapar con David antes de que ocurriera lo peor.

Capítulo 20

Cuando Sabrina llegó a la casa de Rothgard, ni siquiera había pensado que podrían rechazarla. Pero lord Rothgard reconocería su nombre y fue a él a quien pidió ver. Al parecer, había alguien en casa, pues le pidieron que entrara y la condujeron a un salón para que esperara.

Llevaba allí varios minutos, recorriendo la habitación y estudiando la encantadora decoración china, cuando entró la condesa. Lady Rothgard se mostró fría, vacilante y curiosa al decir:

—Buenas tardes, condesa. Qué sorpresa que haya venido a visitarnos.

—Buenas tardes, lady Rothgard —Sabrina hizo una reverencia—. Esperaba hablar con su marido. ¿Está en casa?

—No, ha estado fuera toda la mañana. —La condesa se sentó en una silla—. ¿Puedo preguntarle por qué busca a mi marido?

Por la calma con que la condesa la recibió, Sabrina supuso que Rothgard aún no había tenido la oportunidad de hablar con su familia sobre los acontecimientos de la mañana.

—La señora Hayword me sugirió que hablara con su señoría sobre una representación de *La Tempestad* que le gustaría ver —mintió—. Creo que está buscando mecenas que donen fondos.

—Oh, una obra de teatro. —Lady Rothgard asintió—. Y *La Tempestad* es su favorita. Sin duda le daré el mensaje cuando regrese.

—Gracias. —Tenía que volver a casa, volver con David. Rothgard no podía ayudarla—.

Tengo otra cita, así que me despido...

—Mi marido es extraordinariamente aficionado al teatro. —El filo en la voz de lady Rothgard detuvo su salida.

Miró hacia atrás.

—Cada uno debe perseguir sus pasiones.

—Así es. —La condesa se miró las manos cruzadas—. ¿Es usted una de esas pasiones, condesa?

Sabrina parpadeó sorprendida.

—¿Cómo dice?

La condesa se puso en pie.

—No ha venido aquí a solicitar donativos para las artes, ¿verdad? Tiene algún interés personal en mi marido.

Sabrina se acercó a la puerta, ansiosa por escapar. Quizá Brad había traído a David sin incidentes. Tal vez Nash se había equivocado y el impostor no había amenazado a su hijo. Pero lo dudaba.

Venir aquí le había hecho perder un tiempo precioso.

—Por favor, dígale a lord Rothgard que vine a llamarlo.

—Sabía que esto pasaría. Se parece a ella. La primera vez que la vi, lo supe.

El siseo urgente de la voz de la otra mujer la puso en guardia.

—Lady Rothgard, me tiene en desventaja.

—¿Cómo podría resistirse? Una mujer que se parece tanto a su amada Nora. Por supuesto que la buscaría. Cualquier cosa con tal de tenerla de nuevo.

Su voz se volvió chillona. Sabrina se apresuró a volver con la condesa, maldiciéndose por haber venido a Rothgard en persona. Pero la idea de un padre era aún tan nueva, que había querido volver a verlo.

—Lady Rothgard, tiene una idea equivocada.

—¿La tengo? ¿Va a negar aquí, en mi propio salón, que tiene una aventura con mi marido?

—Por supuesto que sí —aseguró Sabrina—. Escúcheme, Lady Rothgard. Nora Larson era mi madre.

—¡Su madre! —La condesa palideció—. Dios mío, con razón te pareces tanto a ella.

—Realmente debería discutir este asunto con el conde —dijo Sabrina—. Nunca debí haber venido. Debo marcharme, ahora mismo.

—¡No! —Lady Rothgard la agarró del brazo—. No puedes dejarme aquí con esta incertidumbre. ¿Qué es mi marido para ti? ¿Por qué está realmente aquí?

Sabrina suspiró, deseando estar en cualquier lugar menos ahí, mirando el semblante lleno de dolor de la condesa.

—Debería ser él quien se lo dijera.

—Entonces hay algo que contar. —Sus dedos se clavaron en el brazo de Sabrina.

—Nada importante. Que tenga un buen día, milady. —Ella trató de apartar los dedos de la mujer, mirándola fijamente mientras lo hacía.

De repente, la condesa jadeó y se soltó.

—Esos ojos. Dios mío. No es su amante. Es su hija, ¿verdad?

—Lady Rothgard...

Sabrina extendió una mano suplicante, pero los ojos de la otra mujer se pusieron en blanco, y luego se desplomó en un desmayo.

—¡Oh, no! —Sabrina consiguió cogerla antes de que cayera al suelo. Con un poco de esfuerzo, arrastró a la condesa hasta el sofá y la tumbó de medio lado. Mientras luchaba por subir las piernas a los cojines, oyó unos pasos en el pasillo—. ¡Socorro! —gritó—. ¡Aquí!

La puerta estaba ligeramente entreabierta y se abrió para dejar ver a la hija de Rothgard, la otra Sabrina. Pálida, rubia y tímida...

—¿Qué le ha hecho a mi madre? —gruñó, y luego saltó sobre Sabrina como una tigresa.



Brad entró por la puerta principal de la casa de Sabrina, alerta a cualquier cosa fuera de lo normal.

Una criada entró por el pasillo.

—¡Dios mío, Alteza, creía que estaba en el cuarto de los niños! ¿Ha vuelto la señora Russell?

—Todavía no. —Brad miró hacia la escalera—. Voy a volver a subir a ver a David.

—Muy bien, milord. —Tarareando una melodía para sí misma, la criada continuó por el pasillo.

Brad subió las escaleras sigilosamente, sacando del bolsillo una de las dos pistolas que había traído. Llegó al cuarto de los niños sin incidentes y abrió la puerta.

—Entra, Damon, muchacho. Ya era hora de que nos conociéramos.

Brad hizo una pausa y luego empujó la puerta para abrirla del todo. Un hombre estaba sentado en una silla en medio de la habitación, meciendo con el pie la cuna en la que dormía el niño. Tenía una pistola en el regazo. La sonrisa que se dibujó en su rostro era la misma que Brad

veía en el espejo todas las mañanas. Su complexión, su peinado... ahora Brad comprendía por qué habían engañado a sus propios sirvientes. Salvo por los ojos verdes y la locura que brillaba en ellos, el impostor era su duplicado.

—Supongo que usted es Darius Jones. —Brad cerró la puerta tras de sí.

La cara del doble se iluminó.

—Así que Nash sobrevivió, ¿verdad? Contaba con ello. —Golpeó su pistola—. Al final decidí que quería matarte yo mismo. Mucho más satisfactorio.

—Admito que estoy perdido —dijo Brad, manteniendo su propia pistola fuera de la vista con la pierna—. Nunca te he visto antes, ni siquiera he oído hablar de ti. ¿Cómo es posible ¿Cómo es que me guardas tanta enemistad?

—Justicia. —El pie de Jones resbaló de la cuna con un golpe seco—. Yo era el primogénito, ya sabes. Nuestro padre debía haberse casado con mi madre, pero tu madre le sedujo y le atrapó en el matrimonio.

—Si no recuerdo mal, mis padres estaban prometidos desde el nacimiento.

—¿Según recuerdas? ¡Tú no estabas allí, imbécil! ¿Cómo puedes recordar algo que no presenciaste?

—Mi abuela me contó la historia.

—Como si ella pudiera recordar algo claramente a su edad. No, mi madre me contó que yo debería haber sido duque de Bradford. —Jones ladeó la cabeza, con una sonrisa en los labios—. Entonces conocí al querido vizconde Lahgton, y todo el plan se unió en una hermosa sinfonía. Deberías apreciarlo.

—¿Cuál es tu intención? —Brad se acercó más a la cuna—. ¿Por qué te has tomado tantas molestias para manchar mi nombre?

—En parte era puro entretenimiento. Pero en verdad, pretendo verte muerto y entonces tomaré tu lugar. Soy, después de todo, el hermano mayor.

—No veo cómo podría funcionar algo así —dijo Brad—. Si yo muriera, sería bastante público, y entonces todo el mundo sabría que tú no eres el verdadero duque.

—¡Yo soy el verdadero duque! —rugió Jones, poniéndose en pie. El bebé empezó a gemir —. ¡Silencio, engendro del infierno! —Apuntó la pistola a la cuna.

—¡No! —Brad saltó hacia delante y golpeó la mano de Jones hacia arriba. La pistola salió disparada hacia el techo.

Jones retiró el puño y le golpeó en la mandíbula. La cabeza de Brad se echó hacia atrás al estallarle el dolor en el cráneo. Intentó sacar su propia pistola, pero Jones se la arrancó de la mano.

—Una bala disparada, por lo que solo queda una. —Jones le lanzó al suelo con una fuerte patada en el abdomen—. ¿Mato al padre o al hijo? —Balanceó la pistola de un lado a otro entre Brad y David.

—Tu hijo —consiguió decir Brad, jadeando—. El hijo de Lucy.

—¿Lucy? Dios mío, ¿esa puta que se hacía pasar por actriz? —rio—. Así que esto es suyo, ¿no? Ella fue la primera en creer que yo era Bradford.

—Nunca serás Bradford. —Brad podía sentir la otra pistola bajo su abrigo, clavándose en su costado.

—Ya soy Bradford. Y pronto todo el mundo también lo sabrá. —Los lamentos del bebé se hicieron más fuertes, y Jones lanzó una mirada molesta a la cuna—. ¿Acaso esa burbujeante masa de carne humana se calla alguna vez?

—Le has despertado.

—¡Silencio! —Jones gritó al niño—. ¡He dicho silencio! —Pateó la cuna.

—Es tu hijo —dijo Brad.

—Como si me importara un mocoso pulgoso. Aunque tal vez cuando me reconozcan como duque, me sirva un trozo de esa mariquita que has estado guardando. —Se echó a reír, pero entonces el bebé emitió una nota estridente, chillando lo bastante fuerte como para hacer añicos las ventanas—. Maldito seas —tronó, levantando su arma hacia la cuna—. ¡He dicho silencio!

Brad sacó su segunda pistola y maldijo al enganchársela en el abrigo. Jones maldijo al niño, apuntando con cuidado.

Sonó un disparo y los llantos del bebé cesaron bruscamente.



Sabrina luchó contra el salvaje termagante[2] que volaba hacia ella con las uñas extendidas como garras.

—¡Cálmate! Se ha desmayado. Tu madre se ha desmayado.

—¿Qué le has hecho? —La muchacha agarró una madeja de pelo de Sabrina y tiró.

—No le he hecho nada. —Sabrina agarró la muñeca de la chica y apretó con fuerza.

La hija de Rothgard chilló y soltó el pelo de Sabrina.

—¡Te dije que te fueras! ¿Por qué no pudiste irte de Londres, dejarnos en paz? —Golpeó la mano de Sabrina.

Sabrina no aflojó el agarre, solo sacudió a la chica.

—¡He dicho que te calmes! ¿Tienes sales para tu madre?

—Vete de Londres. —La rubia lloriqueó—. ¿Por qué has tenido que venir aquí? Todo era perfecto antes de que llegaras.

—¿Qué demonios está pasando?

La voz masculina, atronadora y furiosa, hizo que las dos chicas giraran la cabeza. Lord Rothgard estaba de pie en la puerta, con las manos en la cadera y una multitud de sirvientes reunidos tras él.

—Lady Rothgard se ha desmayado —dijo Sabrina mientras la hija de Rothgard gritaba—: ¡Papá, ha herido a mamá!

—Por piedad. —Rothgard hizo una señal a una de las criadas—. Trae la vinagreta de lady Rothgard. —La criada salió corriendo. Rothgard miró a Sabrina—. Mi esposa es propensa a los desmayos. Por favor, libere a mi hija. Solo tiene diecisiete años y es algo excitable.

Sabrina soltó a su hermanastra, y la rubia tropezó sollozando hasta el sofá donde yacía su madre.

—¿Qué le has hecho a mamá?

—Calla, cariño. Se pondrá como una rosa en cuanto Bridget vuelva con la vinagreta. —Rothgard levantó la vista al oír el ruido de unos pies que corrían. La criada regresaba jadeante. Le cogió la vinagreta y se acercó al sofá, donde sacudió la cajita de plata y la agitó ante las narices de su esposa.

La condesa jadeó, moqueó y se despertó de un tirón.

—Cielos, ¿qué me ha pasado? —Miró a su alrededor, vio a Sabrina y palideció.

—¡Oh, mamá! —La hija de Rothgard abrazó a su madre y miró a Sabrina—. Te dije que te fueras de Londres. ¿Por qué no me hiciste caso? ¿No ves cuánto daño le haces con solo estar aquí?

—¿Cómo que me dijiste que me fuera de Londres? —preguntó Sabrina—. ¿Tú enviaste las notas?

—La primera vez que mamá te vio en casa de la señora Hayword, se desmayó. Y sé por qué. Es porque te pareces a ella.

—¿A ella?

—A tu madre. Nora Larson.

Una mirada de asombro cruzó el rostro de Rothgard, y despidió a los sirvientes, dándole la vinagreta a uno de ellos.

—Volved a vuestros deberes. —Mientras se dispersaban, cerró las puertas del salón y se dirigió al sofá donde su hija estaba sentada con su esposa—. Sabrina, dime de qué se trata.

—Como dije... —Sabrina comenzó.

—Ella... —empezó la hija de Rothgard.

—Silencio. —Ambas se callaron y Rothgard las miró de una a otra—. Esto va a ser bastante confuso si las dos tenéis el mismo nombre. —Señaló a la más joven—. Tú. ¿Cuál es el problema?

—Ella —espetó su hija—. Solo verla le rompe el corazón a mamá. Quiero que se vaya y nos deje en paz.

—He estado recibiendo notas amenazadoras advirtiéndome que abandone Londres —soltó Sabrina, optando por no revelar el ataque físico en el callejón—. Al parecer, las ha enviado su hija.

—¡Me horroriza ese comportamiento! —afirmó Rothgard—. Debería darte vergüenza, Sabri.

—Ella no pertenece aquí. —Sabri señaló con el dedo a Sabrina—. ¡Su madre era una puta

que intentó alejarte de mamá!

Aturdida por el ataque, Sabrina solo pudo mirar fijamente a la joven, con la fría ira disparándose en su vientre. Con esfuerzo, se abstuvo de vomitar su propio veneno.

—¡Sabrina! ¿Cómo te atreves a decir algo así? La condesa miró horrorizada a su hija.

—¿Dónde has oído ese cuento? —Rothgard gritó.

—De papá Stone.

—¿Mi padre? —Lady Rothgard jadeó.

—Me contó la historia cuando estaba tan enfermo, cuando yo era la única con la que podía hablar. Me contó cómo esa actriz trató de engañarte. Pero él se ocupó de ella. Le pagó para que desapareciera, a ella y a su mocosa.

—¡Sabrina Julieta Titania Evers! —exclamó la condesa—. ¡Me horroriza oír semejante inmundicia salir de tus labios!

—Es la verdad. —Sabri lanzó una mirada mordaz a Sabrina.

—Así que eso es lo que ocurrió. —Rothgard miró a Sabrina—. Nunca supe por qué Nora se marchó tan abruptamente. Pero si mi suegro estaba involucrado... bueno, era un hombre despiadado.

—Le pagó para que se fuera —dijo Sabri—. Y le dijo que haría que la mataran si no se iba de Londres y no volvía jamás.

—Dios del cielo. —La condesa se hundió contra los cojines—. Puedo creer esto de él; estaba decidido a que nos casáramos, Stephen.

—Lo sé. —El rostro de Rothgard parecía tallado en granito—. Sabri, Penélope, esta joven es Sabrina Larson. Es mi hija, y pretendo reconocerla como tal.

—¡Papá, no!

La condesa asintió amablemente.

—Como desees, Stephen.

—También se comprometerá con el duque de Bradford, una vez que se firmen los documentos apropiados. Eso podría ser ventajoso para Sabri.

—Hermana de una duquesa. —La condesa contempló la idea, la ansiedad desapareciendo de sus ojos, sustituida por un brillo de excitación.

—¡No diré que es mi hermana! —Sabri cruzó los brazos sobre el pecho, con expresión amotinada.

—La acogerás como a tu hermana —advirtió Rothgard—, o pasarás el resto de la temporada en el campo.

Sabri se quedó con la boca abierta, pero no dijo nada más, solo se sentó con los brazos cruzados y un mohín en su bonita cara.

Sintiendo que el peligro había pasado, Sabrina reclamó la atención de Rothgard.

—Milord, he venido a pedirle ayuda; sin embargo, puede que ya sea demasiado tarde.

Su angustia debió de resonar en su voz.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Esta mañana supimos que el impostor iba a intentar secuestrar a David... o algo peor. Bradford ha ido a detenerlo. Solo.

—¡Malditos sean estos jóvenes exaltados! ¿Dónde está Bradford ahora?

—En mi casa. —Se mordió el labio—. Temo lo peor, pues he permanecido aquí demasiado tiempo.

—No puede haber peor momento para las tragedias de Cheltenham[3] —gruñó él, con una mirada torva a su mujer y a su hija—. Sabri, me ocuparé de tu abominable comportamiento más

tarde. Y Penélope... —Su voz se volvió tierna—. Lamento cualquier dolor o vergüenza que esto haya podido causarte.

El rostro de lady Rothgard se iluminó, y Sabrina se dio cuenta de que realmente amaba a su marido. Y aunque Rothgard nunca había olvidado a Nora, su primer amor, parecía querer mucho a su esposa.

—Es un shock —convino la condesa—, pero capearemos el temporal. —Se recompuso visiblemente y le ofreció a Sabrina una sonrisa tentativa—. Bienvenida a nuestra familia, querida.

—Gracias.

—Continuaremos más tarde. —Rothgard se llevó la mano de su esposa a los labios—. La vida de un niño puede estar en peligro, y el tiempo es esencial.

—Ve —instó lady Rothgard—. Mis oraciones van contigo.

—Gracias —susurró Sabrina.

—Vamos —dijo Rothgard—. Tomaremos mi carruaje.



Cuando llegaron a la casa de Sabrina, Rothgard indicó un aparejo aparcado a un lado mientras bajaban del carruaje.

—Es el carruaje del cirujano.

—Dios mío. —Sabrina se recogió las faldas y subió corriendo los escalones.

—No te asustes, querida. —Rothgard la alcanzó con facilidad justo cuando levantaba la

aldaba.

Trató de calmarse, pero miró esperanzada cuando se abrió la puerta.

—Watson, ¿está todo bien?

—Señorita Larson, pase por favor, milord, ¿puedo coger su sombrero?

—Éste es lord Rothgard —dijo Sabrina mientras su padre se quitaba el sombrero y se lo entregaba al criado—. ¿Dónde está el duque?

—Creo que sigue en la guardería. Le tendió una mano mientras ella corría hacia las escaleras.

—¡No, señorita! Espere. —El mayordomo se volvió hacia Rothgard—. Tal vez quiera acompañarla, milord. No es un espectáculo para los ojos de una dama.

Mientras corría escaleras arriba, Sabrina oyó el comentario del mayordomo a Rothgard. El miedo le supo amargo en la boca, y el corazón le latía tan fuerte que estaba segura de que todos podían oírlo.

—Por favor —susurró al detenerse frente a la habitación de los niños. Vacilante, empujó la puerta.

La habitación estaba vacía. Pero la sangre había salpicado las paredes, se había acumulado en el suelo.

Salpicaba la cuna.

¿Dónde estaba David?

Un sollozo áspero, con hipo, escapó de sus labios. No podía apartar la mirada de la cuna manchada de sangre del bebé. Le flaquearon las rodillas y se apoyó en el marco de la puerta, deslizándose lentamente hacia el suelo, sin querer saberlo. Y desesperada por saberlo. Su mundo se tambaleó y amenazó con volverse negro.

—Dios mío, señorita Sabrina. ¿Qué hace aquí? —Annie apareció en el pasillo detrás de ella y la ayudó a ponerse de pie—. Este no es lugar adecuado para usted.

¿Qué había pasado? Creyó que hablaba, pero no podía pronunciar las palabras. Dejó que Annie la sostuviera, incapaz de apartar la mirada de la sangrienta escena.

—Sabrina, ¿qué ha pasado? —Rothgard la alcanzó y palideció al ver la guardería.

—Subió aquí antes de que pudiéramos limpiar el desastre —dijo Annie—. La señorita Sabrina es muy dulce. Esto debe de haberla asustado mucho.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Rothgard.

—Ese impostor vino de visita, haciéndose pasar por el duque. Yo estaba con la señorita Sabrina, o le habría dicho a ese mayordomo estirado que no dejara entrar a ese canalla. Pero después de que vino el verdadero duque, ese falso duque hizo que lo dispararan.

—¿Y David? —Sabrina forzó las palabras—. ¿Dónde está?

—No te preocupes por él —Annie le dio unas palmaditas en el brazo—. El duque se lo llevó al jardín. Estaba muy alterado por los disparos y todo eso. Su Alteza pensó que las flores lo calmarían.

—¿Está bien? ¿Los dos están bien?

—Perfectamente.

Sabrina respiró hondo. David estaba bien. Brad estaba bien.

—¿Y el impostor? —Rothgard preguntó.

—Más muerto imposible. El cirujano tiene el cuerpo al final del pasillo.

—Debo ir con él. Debo verlo por mí misma. —Sabrina se separó de ellos y corrió hacia las escaleras.

—Tengo que encontrar a esas criadas para que me ayuden a limpiar este desastre —

murmuró Annie.

Empezó a alejarse, pero Rothgard le cogió la mano. Le frotó el pulgar sobre la mancha negra de pólvora en la yema del pulgar.

—Gracias por ayudarle.

Sorprendida, asintió lentamente y continuó con sus tareas.

Cuando Sabrina irrumpió en el jardín, vio a Brad inmediatamente. Estaba sentado en un pequeño banco de piedra, con la cabeza inclinada hacia el bulto envuelto en una manta que llevaba en los brazos.

De repente, su mundo se enderezó sobre su eje. El cielo era azul, el aire cálido y las flores olían dulcemente.

—¿Estáis bien? —le preguntó, acercándose a él.

Él la miró y le sonrió.

—Perfectamente, como diría Annie.

—¿Y David?

—Gritaba como para despertar a un muerto. La señora Russell había salido al mercado, así que estoy intentando mantenerlo calmado hasta que vuelva. —Se movió en el banco, mostrando que el bebé roía y chupaba con vigor uno de sus dedos—. No creo que aún se haya dado cuenta de que esta no es la teta que quiere.

Una risa sorprendida escapó de su garganta.

—Esperemos que siga en la ignorancia un poco más. —Se sentó en el banco, a su lado, y apoyó la cabeza en su hombro—. Veo que has superado tu aversión a los niños.

—Nunca les tuve aversión. —Se inclinó hacia ella y le rozó la cabeza con un beso—. Adoro a los niños. Cuando perdí al mío... —Se le quebró la voz y carraspeó—. Perdí a mi hijo

antes incluso de tenerlo en brazos. Fue la agonía más feroz y desesperada que he sentido nunca. Pensé que evitando a este bebé no volvería a sentir eso.

Extendió la mano para acariciar con el dedo la cabeza mullida del niño.

—Supongo que algo te hizo cambiar de opinión.

—Jones iba a matarle, a disparar al bebé delante de mí, y todo aquel horror volvió a surgir. Nunca había sostenido a este niño, traté de fingir que no importaba. Que no existía. Y otra vez me quitarían a un bebé que estaba a mi cuidado. Otra vez fracasaría.

—No fracasaste —dijo Sabrina, sonriéndole.

—Podría haberlo hecho, de no ser por Annie —corrigió Brad—. Mi maldita pistola estaba enredada en mi abrigo. Ella había reconocido al impostor y se sirvió de mi cofre de armas. Disparó justo cuando liberé mi pistola e hice lo mismo. Uno de los dos lo mató; no sé cuál.

—Aunque no dispararas el tiro mortal, hiciste todo lo posible por salvar a David.

—Sí. —Estuvo de acuerdo—. Al menos esta vez tuve la oportunidad de intentarlo.

—Serás un buen padre.

Sonrió al niño.

—Espero que tengas razón.

—Recuérdame que te cuente mi visita a casa de Rothgard —dijo ella—. Esta noche será una historia divertida.

—¿Por qué no me lo cuentas ahora?

—Más tarde. Se inclinó hacia delante para besar la parte superior de la cabeza de David, luego se volvió hacia Brad y apretó su boca contra la de él en un beso suave y prolongado—. Tenemos el resto de nuestras vidas.

—Lo tenemos —asintió él, y luego inclinó la cabeza hacia el cielo para ver pasar las nubes.

El cielo era azul y el aire cálido, y el corazón del duque comenzó a curarse al sentir que ante él se extendía un nuevo comienzo.

Una nueva oportunidad para amar y ser amado.

Notas

[1] El «retículo», «balandrán» o «ridículo» es un bolso femenino.

[2] Significa «tres veces errante». Aparece en la literatura europea del medioevo y hace referencia a una especie de Dios musulmán. Una especie de contraparte a la Santa Trinidad compuesta por Mahoma, Apolión y Termagante, bajo un concepto negativo. Algo parecido a un demonio.

[3] Cheltenham es una ciudad balneario y *borough* situada en el condado británico de Gloucestershire